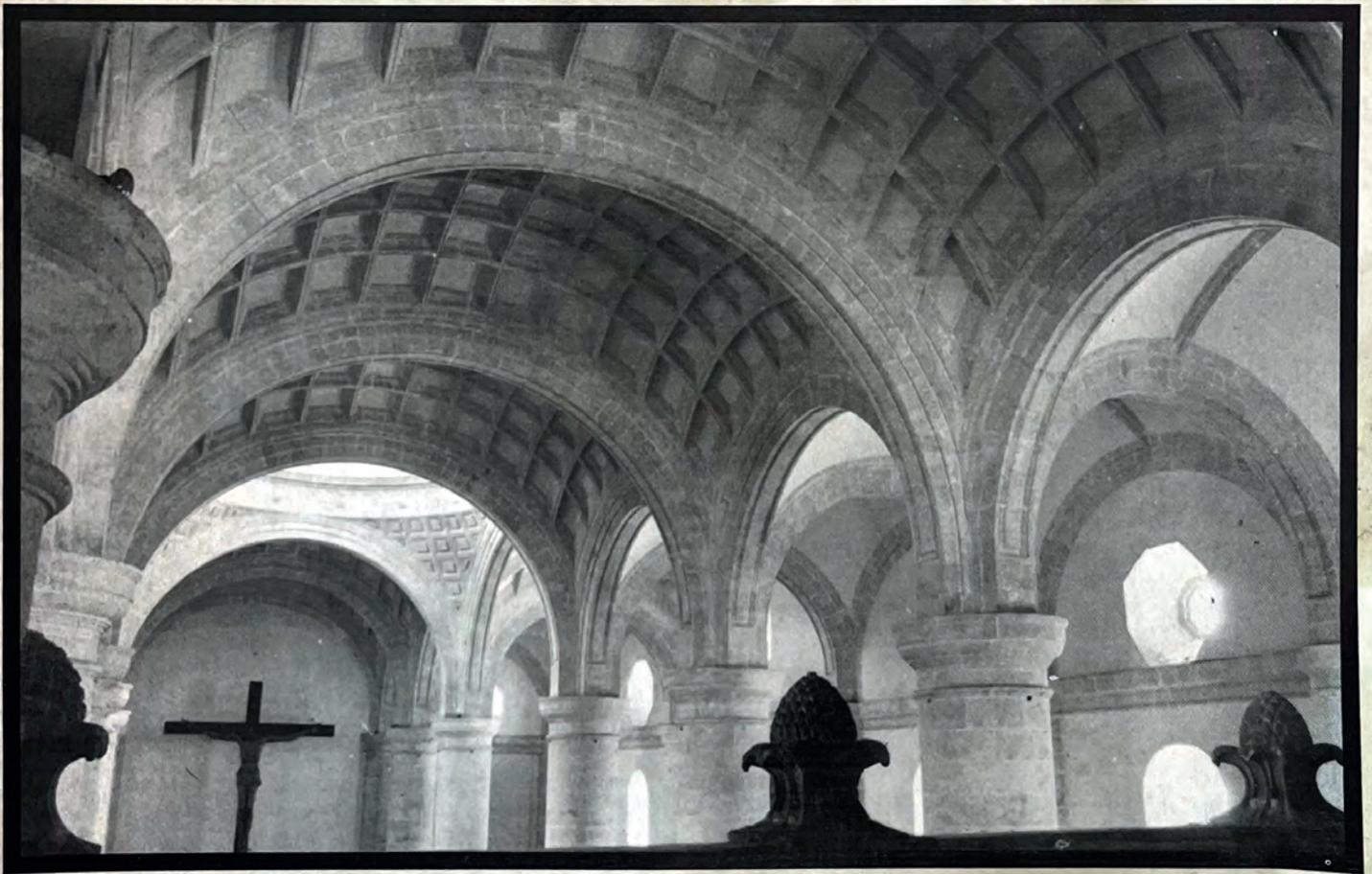


Iglesias de Yucatán

Miguel A. Bretos



portafolio fotográfico de
Christian Rasmussen

Iglesias de Yucatán

Miguel A. Bretos

portafolio fotográfico de

Christian Rasmussen

Producción Editorial Dante, S. A. de C. V.

IGLESIAS DE YUCATAN

Miguel A. Bretos

portafolio fotográfico de
Christian Rasmussen

1ª edición: 1992

© Producción Editorial Dante, S. A. de C. V.
Calle 59 N° 472, C. P. 97000
Mérida, Yucatán, México

© del texto: Miguel A. Bretos

© de la fotografía: Christian Rasmussen

Diseño: Carlos Cámara Ruz

Queda hecho el depósito que marca la ley
I. S. B. N. 970-605-031-0

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

E

Entre 1929 y 1933, un equipo de investigadores comisionados por la Dirección General de Bienes Nacionales de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público realizó un censo de todas las construcciones religiosas de Yucatán asequibles por ferrocarril, carretera o volán. El resultado de sus desvelos fue publicado doce años más tarde en dos gruesos volúmenes bajo el nombre de *Catálogo de construcciones religiosas del estado de Yucatán*. Con excelentes planos y elevaciones, fotos y una gran riqueza de datos, se describen allí no menos de 310 monumentos religiosos, desde la gran catedral de Mérida hasta la más humilde capilla rural.

El *Catálogo* que, como es natural, se convirtió en obligada fuente de consulta, es notable no sólo por lo que incluye, sino por lo que no incluye. Campeche y el entonces territorio de Quintana Roo, por supuesto, no están representados, como no lo están monumentos yucatecos tan importantes como Chancénote e Ichmul, inasequibles a los investigadores por aquellos años. Tampoco aparecen la multitud de capillas y oratorios asociados con los centenares de haciendas de la región; mucho menos las decenas de templos arruinados, perdidos en la campiña, en la floresta, y en la memoria.

Con todo, el *Catálogo* dramatizó la importancia de la arquitectura religiosa de la península. La espadaña de la vieja parroquia, las almenas del antiguo convento, y la humilde fachada de la capilla rural, son parte integral del paisaje yucateco; ni más ni menos que los campos de heneqén, erizados bajo el sol peninsular, la arruinada pirámide, y los extraños

cenotes. Son parte de un paisaje humano en el cual el recinto de la iglesia, con toda su carga afectiva, espiritual e histórica, sigue siendo eje vital de un pueblo esencialmente religioso, escenario de sus más importantes rituales, y teatro de su sociabilidad.

Aunque no ha sido justipreciada, la arquitectura religiosa peninsular tiene una gran importancia dentro de la tradición del arte mexicano. Todo el mundo reconoce que la catedral de Mérida es uno de los monumentos capitales de la Nueva España, y aún del mundo colonial americano. Pero hay más, mucho más. La más somera inspección revela en Yucatán un abundante legado de extraordinaria originalidad; una arquitectura tenaz e idiosincrática, reacia al ropaje decorativo tan característico de la estética novohispana.

El barroco, estilo mexicano por antonomasia, llegó al Mayab solo esporádicamente. No creemos que exista un solo edificio colonial en Yucatán, secular o religioso, que encuadre dentro de la sensibilidad "barroca" novohispana ni en la forma ni en el fondo. Y, sin embargo, Yucatán tiene insospechadas resonancias dentro de la tradición nacional. La versión peninsular de la arquitectura de la llamada "conquista espiritual," por ejemplo, tiene gran importancia como fenómeno de ámbito novohispano. La península de Yucatán puede preciarse de poseer el atrio mendicante más extenso de la Nueva España (Izamal), el claustro más pequeño (Calkiní), y la nave más larga (Dzidzantún). El desaparecido convento mayor franciscano de Mérida tuvo la peculiaridad de ser la única fundación de frailes en México que retuvo, como parte integral de un convento cristiano,

importantes porciones de un “palacio” prehispánico. La capilla de indios yucateca fue una creación de gran originalidad dentro del paradigma mexicano.

En pleno siglo XVII apareció en Izamal la modalidad del camarín de la Virgen, casi cien años antes que en el centro del país. Y en Yucatán se levanta, caso insólito en México, y acaso en las Américas, la única iglesia católica romana, la actual iglesia parroquial de Carrillo Puerto, antiguo *Balam Na*, en ser originalmente construida por los seguidores de un culto nativo autónomo totalmente marginado de la iglesia institucional.

Sin pretender abarcar un campo que, como es ya evidente, resulta extenso, complejo y generalmente mal documentado, esta obra busca aproximarse a la arquitectura religiosa de la península de Yucatán en algunos de sus más ejemplares monumentos. Desde la portentosa catedral de Mérida hasta la humilde y conmovedora capilla de la hacienda de Santa Bárbara Paraíso en Kopomá, y desde el desaparecido convento mayor de San Francisco hasta el *Balam Na* de la Chan Santa Cruz rebelde, hemos tratado de dar en texto y fotos una visión lo más informativa posible de cada monumento, buscando identificar aquello que los aún y hace esencialmente yucatecos.

Lo dicho del magistral *Catálogo de construcciones religiosas* se aplica por igual a este modesto esfuerzo. Hay mucho, demasiado tal vez, que no aparece aquí. ¿Cómo justificar la omisión de la catedral de Campeche? ¿O de los conjuntos de Motul, Mama, Tihosuco, Muna, Ticul, y tantos otros monumentos de singular importancia? No hay más respuesta que declaramos víctimas sufrientes de la tiranía del espacio. Pero protestamos nuestra convicción de que los monumentos presentados, sin ser “típicos,” tienen una significación que los trasciende. Entendiéndolos, podemos entender mucho acerca de la tradición de la arquitectura religiosa hispano-yucateca por ellos representada.

En general, el tiempo no ha sido amable con los monumentos de Yucatán. A la eficacia disolvente del medio tropical se han unido la destructividad del hombre y su incompreensión. Tal vez fue un mal augurio que uno de los primeros intentos de crítica del arte colonial yucateco, escrito en una época del más férvido anti-hispanismo, llegara a la conclusión que “los objetos de arte son rarísimos,... los monumentos religiosos son de construcción mezquina,... la catedral es opresiva,” y la pintura “no ha podido progresar.”¹ ¿Para qué conservar tales esperpentos?

Tierra de política a veces agitada y convulsa, la península de Yucatán ha visto desaparecer o estropearse buena parte de su legado monumental. La guerra de castas dejó una secuela de destrucción y abandono.² En una sola noche infame de 1915, la ciega furia “desfanatizadora” redujo a cenizas imágenes, altares, e irremplazables objetos de arte por todo el estado de Yucatán. En nuestros días, alguna que otra mal concebida y, por lo general, costosa restauración, ha desvirtuado importantes monumentos.

Este volumen, publicado en primera instancia en Yucatán y no en ninguna prensa extranjera, destila años de investigación en bibliotecas y archivos de España, América, y Australia, adonde se conserva una rica colección de libros y documentos relativos a Yucatán en la Biblioteca de la Universidad de La Trobe en Melbourne, y veintenas de viajes a los más remotos rincones de Yucatán, Campeche y Quintana Roo. Estas páginas son, antes que para nadie mas, para la comunidad peninsular. Si logran avivar en el lector el interés por los monumentos coloniales de la península y el ansia de conocerlos más profundamente —en resumidas cuentas, la forma más eficaz de protegerlos— este esfuerzo habrá sido bien empleado.

Merida, 6 de enero de 1992.
A los 450 años de su fundación.

Miguel A. Bretos

1. A.R.P., “Las Bellas Artes en Yucatán.” *La guirnalda*, 1 (1861), 136-137.

2. El Presbítero Norberto Domínguez. “Los templos de Yucatán.” *La guirnalda*, 1 (1861), 83-84, resume la destrucción debida a la guerra.

Yucatán: Conquista espiritual y arquitectura religiosa

Cuba fue la tierra de donde vinieron los españoles a Yucatán por primera vez. Francisco Hernández de Córdoba visitó el litoral de la península en 1517, y Juan de Grijalva un año después, pero la conquista tuvo que esperar a la conclusión de la de México. El Mayab fue pacificado entre 1533 y 1547 por una banda de castellanos al mando de una dinastía de aventureros oriundos de la docta Salamanca: el Adelantado Francisco Montejo; su hijo natural, Francisco “el Mozo,” y un sobrino llamado también Francisco, hijo de su hermana.¹

En marcado contraste con la subyugación del imperio azteca, la del “país de pavas y venados” fue prolongada y tediosa. Los mayas no poseían una organización centralizada de cuya efectividad dependiera la amazón carismática de un imperio tribal. A la llegada de los españoles, los yucatecos estaban divididos en no menos de diez y ocho *kuchkabalob* o “cacicazgos” independientes, y a menudo rivales.² No había en Yucatán un Moctezuma ni un Atahualpa, ni una Tenochtitlán o un Cuzco que ocupar, desplegadas las sargas de la Virgen entre el vaho de las cabalgaduras y el humo de la pólvora

Carente Yucatán de la riqueza de un México o de un Perú, no existían tampoco el incentivo ni los recursos para montar la operación que hubiera resultado en un más expedito doblegamiento. Además, el país era inhóspito y extraño: llano, quemante, rocoso; sin ríos ni arroyos ni nada que recordara a los castellanos a la España remota y añorada.

El tesón de sus capitanes fue una de las armas secretas de los conquistadores de Yucatán. Las otras fueron las enfermedades y los trastornos que la presencia de los españoles implicaban para el mundo nativo. En 1547, quebrantada la voluntad de los mayas por tres lustros de lucha y el fracaso de la gran rebelión del año anterior, varios influyentes potentados aceptaron en Maní la soberanía de la casa de Austria. La capitulación de Maní, empero, no afectaba a toda la península. Hacia el Sur y el Este, vastas regiones fronterizas permanecerían virtualmente independientes por generaciones.

La resistencia maya, ya cultural, ya militarmente, es un tema fundamental de la historia de Yucatán. El reino de los irreductos Itzáes en el Petén sería una espina en el costado

del régimen colonial hasta 1697. La tímida rebelión de Canek en pleno siglo XVIII, ejemplarmente aplastada, recordó a los amos coloniales lo esencialmente precario de la civilización hispano-yucateca. La guerra de castas del siglo XIX estuvo a punto de re-mayanizar la península, y de hecho lo hizo en su mitad oriental. Vencidos pero no convencidos, los antiguos rebeldes han mantenido hasta nuestros días una inquebrantable verticalidad.³ Desde los compiladores de los *Libros de Chilam Balam* hasta los custodios actuales de la tradición oral nativa, los sabios mayas han mantenido vivo el espíritu de identidad y rebeldía de una raza cuyo nombre mismo —“maya” quiere decir “no muchos”— atestigua su singularidad.

Es posible que, en resumidas cuentas, el conquistador definitivo de los mayas no lo fuera ni el uno ni el otro Montejo, ni aquel azorado y esforzado capitán, Martín de Ursúa y Arizmendi, al pisar la isla de Tah Itzá el 13 de marzo de 1697, ni siquiera el general porfirista Ignacio Bravo, vencedor de los rebeldes de Chan Santa Cruz en 1901, sino el Lic. Luis Echeverría Alvarez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, y promotor de la colonización moderna de Can-Cún por el “jet set” internacional. Pero eso ya es otra historia.⁴

La conquista espiritual: franciscanos y seculares.

Concluida la pacificación en 1547, procedieron los españoles al segundo paso en el programa imperial establecido por Castilla en el Nuevo Mundo: la conversión. La “conquista espiritual” —la frase, popularizada por Ricard hace cincuenta años, fue utilizada por el cronista yucateco Bernardo de Lizana tres siglos antes⁵— recayó sobre el orden franciscano de la regular observancia, veterana ya para aquel entonces de las misiones de Indias.⁶

El primer grupo de franciscanos llegó a Yucatán a mediados de la década de los mil quinientos treinta. No fue sino hasta 1545, sin embargo, que los hijos del *Poverello*



Motul, situado en la región norte de la península, es uno de los más fascinantes monumentos franciscanos. La fachada, fechada en 1651, tiene hermosos detalles manieristas.



Vista del claustro de Motul.

establecieran una base segura en la península al llegar dos partidas de frailes desde México y Guatemala, respectivamente. Como Cortés, quien recibió a los primeros frailes de la Nueva España con marcada y bien meditada deferencia, los Montejos dieron la bienvenida a los hermanos seráficos con singular respeto, calculado para dramatizar ante el pueblo nativo el extraordinario y transcendental papel que los frailes debían jugar en sus vidas.

Los franciscanos destinados a Yucatán eran los herederos de una generación de experiencia en la conversión de los nativos de la Nueva España. Conscientes de la labor de sus hermanos en el centro de México, los presuntos apóstoles del Mayab tenían a su disposición un arsenal de técnicas misioneras de probada eficacia. Como en México, pompa y ritual, arte y arquitectura, el magisterio, y la prédica del Evangelio en la difícil y poco familiar lengua de los nativos, habrían de conjugarse para llevar a los mayas el mensaje de la nueva religión.⁷

El mensaje era sencillo en apariencia: apenas las bases mínimas de la fé contenidas en el catecismo. Los mayas habrían de recibir los conceptos básicos, tales como los de la Trinidad, la Encarnación, la virginidad de María, la Resu-

recepción de Cristo y la Redención. Una vez aprendidos los rudimentos cristianos y las oraciones —el Padre Nuestro, Ave María, Salve y Credo— los catecúmenos recibirían el bautismo a la mayor brevedad posible. La reverencia por la Cruz, el respeto por los ministros de la fe y, sobre todo, la puntualidad en asistir a la doctrina serían inculcados en todo momento, como lo sería el concepto, novedoso para los mayas, del matrimonio cristiano.

En Yucatán, como en el resto del mundo colonial español, el papel de los frailes en la gran conversión no estuvo exento de ambigüedades. Durante la alta Edad Media, las órdenes mendicantes —franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios— habían jugado un papel especializado como misioneros y predicadores. En Europa, empero, las esferas del clero regular y secular se habían mantenido claramente delimitadas, reservándose a los últimos la administración y el ministerio parroquiales. En las Indias, la radical carestía de clero al principio de la conquista impuso nuevas modalidades. La famosa Bula Omnimoda (*"Exponi nobis fecisti"* del papa León X) autorizó a las órdenes mendicantes, bien equipadas y organizadas para la tarea, a tomar control de las misiones del mundo colonial.



Plinto del alfiz, en Motul.

A medida que la iglesia se afianzaba, sin embargo, un clero secular cada vez más cuantioso comenzó a reclamar los antiguos fueros parroquiales que tradicionalmente le habían pertenecido. La expansión de la órbita de la clerecía, por supuesto, tenía que darse a expensas de los frailes ya establecidos en el campo, sobre todo cuando (como ocurrió hacia 1700) esa expansión misional hacia nuevos territorios ya no era posible ni práctica. Aunque tímidamente al principio, a partir del siglo XVIII la clerecía de Yucatán asumió el papel de principal mecenas y constructor de las numerosas iglesias parroquiales que las nuevas circunstancias y una creciente población demandaban.⁸

La falta de clero en Yucatán, regular o secular, dio origen a una modalidad catequética que tendría considerable importancia tanto en la época de la conquista como en siglos venideros. Impelidos por la necesidad, los franciscanos formaron un cuerpo de auxiliares religiosos nativos —los llamados “maestros cantores” o *ah cambesah*— cuyas funciones incluían asistir a la catequesis y mantener las numerosas capillas en las que no había clero residente. En tales lugares, numerosos durante todo el período colonial, estos capataces espirituales tenían a su cargo el culto en su forma más básica y cotidiana. Esta práctica se mantuvo más o me-

nos intacta bajo la clerecía. El Obispo canario Francisco Pablo Matos Coronado reportaba a finales de los 1730 que:

todos los domingos y días festivos se celebran en estos pueblos de cabecera los divinos oficios con la decencia posible acudiendo los indios por mañana y tarde a oír la explicación del Evangelio que nunca omiten los curas sin gravísima causa. Y en los mismos días en los partidos acomodados, y cada quince en los muy esparcidos, va el ministro ayudante a cada uno de los referidos anexos a decir misa y explicar el Santo Evangelio, haciendo que entre tanto repitan todos los indios las oraciones y Catecismo tres veces o cuatro. Y acabado esto (que se hace al apuntar el día en el primer pueblo) pasa al segundo que suele estar distante tres leguas, y algunos más en donde dice segunda misa y ejecuta las mismas diligencias, y si la administración es larga y los operarios pocos, va con tercera misa a otro pueblo. Esto se ejecuta puntualmente sin más diferencia que ser la explicación más larga o corta y el examen de Doctrina más o menos exacto según el fervor y fuerzas del Ministro.

En los demás días del año corre la enseñanza de los

indios por cuenta de un indio que por lo común es de mucha razón y llaman *cambeçah*, que significa maestro. Y este está una hora de la mañana rezando con ellos las oraciones y haciéndoles varias preguntas con lo que suelen salir decentemente instruídos, y cuando no lo salen es seña de algún descuido en el cura y sus compañeros que deben visitar esta enseñanza entre año y diariamente en los pueblos de cabecera en que tienen la residencia fija.⁹

La pujanza de los cultos vernáculos en Yucatán desde el movimiento de Canek hasta el culto a la Santa Cruz de la guerra de castas se debe en buena parte a la presencia de estos especialistas religiosos populares. Aun hoy es común en muchos pueblos que el sacristán conduzca los rezos en ausencia del cura, abra y cierre el templo, mantenga los altares, y de vez en cuando le facilite el acceso al templo a importunadores y visitantes.

Obviamente, allá donde la supervisión clerical era (o es) remota y esporádica, también tendía a serlo la ortodoxia

cristiana. Así lo ha demostrado el trabajo de Miller y Farris en Tancah, visita del siglo XVI en la costa de Quintana Roo, y lo confirma día a día la observación. En Tancah —la antigua Tzamá— los investigadores hallaron conmovedora evidencia de sincretismo en una capilla de indios primitiva y similar a sus numerosos congéneres en el resto de la península: una ofrenda pagana en la base del altar y entierros mayas con el cadáver en posición fetal y una ofrenda de jade en la boca.¹⁰

No es de extrañar que en la remota Tzamá-Tancah de los inicios de la colonización latieran bajo la delgada epidermis cristiana las sensibilidades religiosas de los mayas. En el propio Maní, base de la empresa franciscana en Yucatán, el descubrimiento de extensas supervivencias religiosas nativas en 1562 condujo a la famosa inquisición de fray Diego de Landa que tan mala fama póstuma le ha valido.¹¹ Pero no importa cuanto crujieran las piras de Maní en el aquel ya remoto año del Señor: la tensión entre la ortodoxia cristiana y el trasfondo de creencias y hábitos nativos perduraría a lo largo de la historia de la región hasta el día de hoy.



(Fotografías izquierda y derecha) Murales del claustro alto en Motul.



Sincretismo religioso en el Yucatán de hoy. Capilla vernácula cerca de Mérida, 1980.

La arquitectura de la cristianización

En lo arquitectónico, Yucatán durante el siglo XVI fue fundamentalmente una provincia de la Nueva España. El clásico modelo de la misión mendicante con su atrio, posas, convento, portería y otros anexos, se implantó en la península más o menos íntegramente, aunque hubo significativas variantes, e incluso algunas notables desviaciones.¹²

La típica misión mendicante novohispana del siglo XVI consistía de un monasterio y sus dependencias normales: claustros, celdas, refectorio, cocinas, sala capitular, escuela, hospital y portería. Adosada al monasterio y asequible desde él se levantaba una iglesia de nave única de bóveda de cañón con un presbiterio de bóveda vaída con nervaduras góticas. Dichas facilidades, destiladas de siglos de arquitectura monástica europea, coexistían con lo que pudiéramos llamar el atrio y sus anexos, producto de condiciones específicamente coloniales. El atrio era una gran explanada rectangular delimitada por un pretil y asequible a través de sendos portones de ingreso. Cuatro capillas posas se alzaban normalmente en las esquinas. Curiosamente, en Yucatán no existieron las grandes cruces de atrio tan características del México central. ¿Sería ello resultado de la histeria desatada a raíz de los supuestos excesos idolátricos de 1562 y las truculentas historias de sacrificios humanos y crucifixiones de niños que tanto preocuparon a Landa?

Lo más extraordinario de toda esta composición era la llamada “capilla de indios.” Se trataba de una especie de presbiterio de piedra abovedado; una peculiar iglesia sin nave que más parecía el proscenio de un gran teatro abierto al aire libre. Allí se celebraban servicios religiosos en beneficio de grupos de fieles congregados en el atrio. La capilla de indios, como es bien sabido, fue una invención novohispana que se extendió a otras regiones de las Indias. En la opinión de John McAndrew, el complejo atrial —atrio, posas, capilla y anexos— fue la más original contribución de la América Hispana al inventario formal de la arquitectura occidental.¹³

Entre 1556 y 1584, los franciscanos construyeron en algunos de sus principales conventos yucatecos un conjunto de capillas de indios de suma originalidad. En ciertos casos, dichas capillas estuvieron elevadas sobre el nivel del atrio, característica por demás muy poco usual. Aunque austeros en apariencia y crudos en sus detalles, tales monumentos demuestran ingenio en su esquema compositivo y un alto grado de sensibilidad ante los cruciales problemas de volumetría, circulación, luz y sombra, y relación a los conjuntos de los cuales formaban parte.



Piedras mayas en un pavimento. Kopomá.

Como es natural, no todas las fundaciones seráficas de Yucatán poseían un convento de mampostería y una iglesia abovedada. Ello sólo era posible en las casas de mayor envergadura adonde moraban permanentemente los frailes. La mayoría de los pueblos de indios eran “visitas” servidas por frailes itinerantes que los atendían desde el monasterio más cercano o “cabecera.” Una típica “visita” del siglo XVI o XVII se componía de un santuario o presbiterio flanqueado por dos habitaciones de mampostería.

Tanto las capillas de las visitas como las capillas de indios de los grandes conventos estaban complementadas al frente con una ramada o techumbre de guano sustentada por horcones. Una de las más interesantes coyunturas yucatecas fue la tendencia de las capillas de indios primitivas a evolucionar con el tiempo y convertirse en iglesias convencionales con la adición de una nave en lugar de las antiguas ramadas. Volveremos a este problema con más detenimiento.

Durante el siglo XVII, numerosos conventos antaño modestos fueron expandidos y remozados. Así surgieron los ambiciosos conjuntos de Dzemul, Oxkutzkab, Tekax, Teabo, y otros, cada cual con su fascinante iglesia, resultado de la fusión de una nueva nave de bóveda con alguna primitiva capilla de indios. Los claustros del siglo XVII en Yucatán, invariablemente de una planta, estaban destinados a acomodar las cada vez más complejas y expansivas funciones de los conventos, ya que no una mayor población frailuna.

Hacia 1700, la provincia franciscana de San Josef de Yucatán llegaría a su máxima extensión. La liquidación del último reducto pagano de la península en 1697, sin embargo dejó a los franciscanos en un predicamento. Ya no quedaban mayas que reducir, y los que vivían en las inmediaciones de los grandes conventos eran en realidad parroquianos para cuyo ministerio sobraban clérigos. Los frailes, sin nada que ganar en una frontera ya cerrada y con mucho que perder ante las crecientes demandas del clero secular, tendrían que



Pila bautismal. Ticul (fecha en marzo de 1582).



Pila bautismal. Mama.



Pila de agua bendita. Tecoh.

luchar de allí en adelante por mantener su posición dentro de una coyuntura radicalmente alterada.

Matos de Coronado reportaba que en 1736 ya existían veintinueve conventos franciscanos por toda la península. De ellos, veinticuatro tenían iglesias abovedadas y extensas instalaciones. Muchos eran el foco de importantes asentamientos humanos. El que los franciscanos se las hubieran arreglado para mantener casi todos en su patrimonio hasta 1821 habla bien de su tenacidad y su pericia política. Buena parte de su éxito se debía al buen mantenimiento de sus fundaciones. Como observaba el perspicaz obispo, "los religiosos de San Francisco... recelosos de dar motivo por que pasasen sus doctrinas al clero secular han tenido el cuidado de edificar sus iglesias de bóveda o bovedilla según ha permitido el tiempo."¹⁴

Congelada *in situ* la provincia franciscana, el siglo XVIII se caracterizaría por un crecimiento acelerado de la clerecía. Según Matos Coronado, en 1736 el clero secular de su diócesis poseía treinta y cuatro curatos, de los cuales solo catorce tenían iglesias de piedra. El número de unos y

otros habría de duplicarse para finales de siglo. Hacia 1800 apenas quedaba parroquia en la península que no tuviera su propia iglesia de bóveda, en muchos casos espléndidas construcciones como Yaxkabá, Chemax, Espita y Hunucmá.

El siglo XIX, traumatizado por la lucha por la independencia y por la guerra de castas, representó por un lado una parálisis casi total en la construcción de iglesias en Yucatán, y por otro, la pérdida de veintenas de monumentos comprendidos dentro del territorio rebelde. Muchos de los últimos han sido reincorporados al culto en nuestros días, infortunadamente con grave merma de sus valores monumentales y estéticos en algunos casos.

Emplazamiento, orientación, urbanismo.

El mundo maya yace bajo los monumentos religiosos del Yucatán colonial. Como Ralph Roys observó hace treinta y

tantos años, “un gran número de asentamientos... están situados en lugares prehispánicos, y las plazas e iglesias actuales en los centros ceremoniales de los antiguos pueblos.”¹⁵ La observación de Roys, basada en un concienzudo censo de más de cuarenta monumentos en la región septentrional de Yucatán, tiene amplia base documental y resulta evidente al más inadvertido visitante. El propio Landa nos relata con lujo de detalles la transformación de los monumentos mayas de Mérida y de Izamal en sendos conventos franciscanos. En Santa Elena y Tecoh, el emplazamiento de las iglesias sobre masivas plataformas prehispánicas resulta dramáticamente obvio.

La superposición de monumentos cristianos a estructuras prehispánicas no se dio solamente en Yucatán. En realidad, fue un lugar común por toda la dilatada extensión de las Indias, desde México y Mitla hasta el Cuzco incásico. Sin embargo, la correlación entre lugares prehispánicos y sus sucesores coloniales parece ser excepcionalmente predecible en Yucatán.

Ello obedeció a una serie de razones. En primer lugar, la ocupación de un sitio prehispánico aseguraba acceso a la población allí concentrada y al prestigio acumulado del lugar. No es casual que las dos bases más importantes de la penetración franciscana en Yucatán se establecieran en Izamal y Maní, respectivamente: este la capital de un poderoso kuchkabal, y aquel un importante santuario. Por supuesto, en los asentamientos existentes había gran abundancia de piedra cortada y labrada proveniente de los antiguos edificios. La gran cantidad de piedra y cal disponible fue uno de los argumentos más convincentes para la selección tanto de Izamal como de Maní.

A lo largo del período colonial, comenzando con las famosas ordenanzas de López Medel de 1552, el régimen español insistió en la hispanización de las trazas y aspecto de los pueblos nativos. Las ordenanzas de López Medel disponían que todos los pueblos se fundaran a la usanza de los españoles, que estuvieran limpios sin sembrados ni arboledas, y que donde hubiera arboledas y sembrados estos se quemaran. Sin embargo, excepción hecha de algunas manzanas en los centros de aquellos poblados importantes como Izamal, Motul y Ticul, o allá donde el siglo XIX injertara algún paseo, parque o plazoleta, las ideas europeas de urbanización nunca llegaron a desplazar a las nativas. En la propia Mérida, la presencia tenaz de una gran plataforma nativa impidió la expansión de la traza española hasta bien entrado el siglo XVII.

Por lo general, en un pueblo yucateco la iglesia y anexos ocupan el centro de un vasto espacio abierto y amorfo. Excepto en las vías de acceso, escasean las calles trazadas a cordel. Y los mayas de hoy, como los de ayer, siguen cose-



ORDENANZAS DE TOMAS LOPEZ MEDEL, 1552

Que se construyan iglesias

Item. Ordeno y mando, que todos los pueblos de estas dichas provincias y naturales de ellas hagan buenas iglesias en sus pueblos, de adobes de piedra y bien labradas y aderezadas como conviene al culto divino: y esto mando que se haga dentro de dos años primeros siguientes, y mando que todos de mancomún hagan las dichas iglesias y ninguno se excuse. Y asimismo mando, que en ningún pueblo haya mas de una iglesia, donde todos concurren, porque así conviene a la paz y comodidad de los naturales. Y ningún cacique, ni principal, ni alguacil, ni otra persona alguna sea osado por autoridad a levantar ni hacer iglesia, ni oratorio o ermita. Y si alguna haya hecha, que luego se derribe, y ninguno sea osado a lo contrario so pena de cien azotes. Y no haya mas de una iglesia principal donde todos concurren. Las cuales dichas iglesias mando sean muy bien adornadas, y siempre estén limpias y bien cerradas, de manera que no puedan llegar ningunas bestias a ellas, y todas tengan sus puertas y llaves, y que ninguno sea osado de dormir en ellas ni meter cosa alguna.

Cogolludo, *Historia*.



chando frutos y criando pavos a pocos metros del centro de los poblados, cuyas periferias tienden a disgregarse retomando un aspecto típicamente nativo.¹⁶

La orientación de los templos con el ábside al levante y la fachada al poniente, tradicional en el occidente cristiano, fue observada en Yucatán en forma errática. En muchos monumentos la orientación de la iglesia tiene una desviación notable. Por ejemplo, la iglesia del convento mayor en Mérida estuvo orientada en dirección oeste-noroeste, como lo están las iglesias de Homún, Dzidzantún, Tekax, e inclusive de un conjunto tan importante como Maní. En Calkiní, el ábside de la capilla conventual daba al poniente, es decir, se invertía la norma. La fachada de la iglesia de Sisal da al noroeste. Izamal, en cambio, se orienta a lo largo de un eje riguroso de levante a poniente al igual que muchas otras, entre las que se cuenta la catedral de Mérida.

Las notables variaciones en la orientación cardinal de los templos, sin embargo, son inquietantes. ¿Sería ello tal vez producto de dificultades topográficas? No es probable en ninguno de los casos apuntados, posible excepción hecha del convento franciscano de Mérida. Es más, en Izamal,

donde sí existían serias dificultades de orden topográfico, la orientación de la iglesia es normal. ¿Se sacrificaría entonces en Yucatán la inmemorial costumbre cristiana posiblemente como una forma más de socavar la cosmovisión maya con su tradicional preocupación por la orientación de los edificios? Desgraciadamente, no hay respuesta fácil a este problema cuyo planteamiento es por demás fascinante.

Finanzas y movilización del trabajo

Con la excepción de los templos situados en pueblos de españoles, desde los primeros tiempos de la colonización la construcción de iglesias y conventos en Yucatán dependió de la habilidad del clero para conseguir recursos materiales y mano de obra en forma gratuita. Las actividades de fray Juan de Mérida en Maní, adonde seis mil indios construyeron el convento en solo seis meses, testimonia la habilidad de los frailes, al menos en los primeros años que siguieron a la conquista, para obtener la cooperación voluntaria y aun entusiasta de los caciques y sus súbditos.¹⁷ Es evidente que en una cultura agrícola profundamente preocupada por la necesidad de manipular las fuerzas del cosmos y de lo sobrenatural, los franciscanos lograran suplantar de hecho a la casta sacerdotal nativa, reorientando en beneficio del cristianismo la energía humana destinada antiguamente a los cultos mayas.

El fervor constructivo característico de la obra de un fray Juan de Mérida con sus miles de trabajadores y proyectos terminados con insólita rapidez, decayó para finales de los mil quinientos. Es evidente que los recursos humanos que hicieron posibles tales hazañas simplemente no existieran al alborar el nuevo siglo, época de notable contracción demográfica. Durante los mil seiscientos se construyeron o, mejor dicho, se ampliaron y completaron un puñado de conventos y alguna que otra iglesia de la clerecía —poquísimas las últimas. El XVIII, sin embargo, fue de extraordinaria actividad constructiva, sobre todo durante su segunda mitad.

Tanto regulares como seculares se las arreglaron para mantener vigente el sistema de trabajo no remunerado gracias al cual pudo llevarse adelante a lo largo de toda la era colonial —con los altibajos ya notados, naturalmente— la vasta obra de construcción iniciada a raíz de la conquista. El lunes, día infame en casi todas las culturas, era el destinado al trabajo en las iglesias. En 1680, la práctica de dedicar los lunes al mantenimiento y fábrica de los templos se consideraba “inmemorial desde la conquista” y estaba enraizada en toda la región.¹⁸

Bartolomé Pinzón, testigo de un informe a favor de los franciscanos recopilado hacia 1647, declaraba que “las casas de esta provincia se han fabricado... a costa de los indios porque ellos dan la cal, madera y otros materiales, y las hazen sin que los ministros de doctrina así regulares como seculares ni otras personas den ayuda.”¹⁹ Francisco de Espinoza Bonifaz, defensor de los indios en Yucatán por aquella época, declaraba que:



Marcas de Canteros. De izquierda a derecha: Conkal, Mama, Tekax.

todas las casas de doctrina de esta provincia así de regulares como de seculares se an fabricado y fabrican a costa de los yndios feligreses y los bienes de sus comunidades sin que otras personas les socorran con cosa alguna y los yndios plebeyos peones trabajan de balde en ellos y esto sabe como defensor general que es y experiencia que en esto tiene.²⁰

El sistema continuaba intacto siglo y medio después. En 1794 el obispo benedictino fray Luis de Piña y Mazo (1776-1795) escribía que “tan antigua como la conquista de la provincia era la práctica que los naturales concurriesen a levantar los templos con su trabajo y materiales sin otro extipendio que la comida y paga de los albañiles y maestros.”²¹

El modelo de la movilización gratuita del trabajo, evidente en apreciaciones separadas por casi siglo y medio de distancia, no era aplicable en el caso de las edificaciones urbanas. La imagen del fraile o el clérigo rural que incita al trabajo no remunerado en su doctrina rural está ausente en los pueblos de españoles. En el caso de la catedral de Mérida, el avance de las obras dependía de la disponibilidad de mano de obra remunerada y, por supuesto, de recursos materiales dentro de un marco en el cual cabía también la coerción. En 1572 se afirmaba que el avance de las obras de la catedral se encontraba muy atrasado por la dificultad en conseguir trabajadores, dado que los indios eran “agraviados en el pago de sus haberes,” y se sugería la puesta al día de tales obligaciones como único modo de llevar adelante el proyecto.²²

Nueve años más tarde, los oficiales reales de Mérida declaraban que en la obra de la catedral “los que labran la piedra... son indios y como bien vean que los ve persona a quien tienen respeto y ...quien los pueda mandar... harán mucho al caso.” Y también que como “es justo que sean bien tratados y que se les pague su trabajo conviene que tengan algún temor a quien ha de tratarlos...” y también “que no conviene ser muy suave con los indios porque si se vienesen a alzar hay para cada español más de cien indios.”²³ La parroquia de San Cristóbal en Mérida, construida durante la segunda mitad del siglo XVIII, nunca hubiera podido ser terminada de no mediar un fuerte donativo de la testamentaria del obispo fray Luis de Piña y Mazo, que permitió las erogaciones necesarias.

Como es natural, la diferencia entre la remuneración de oficiales y trabajadores era vastísima. Juan Miguel de Agüero, maestro mayor de la catedral de Mérida entre 1586 y 1590, devengaba un salario de 3200 reales al año, comidas y alojamiento. En 1588, Diego Can, carpintero, ganaba dos reales al día, y su compañero, Francisco Pol, uno. Un operario tenía que contentarse con dos reales por semana (no siempre pagados puntualmente, por supuesto.)²⁴ A fines del siglo XVIII, el arquitecto “europeo” responsable de las obras de San Cristóbal ganaba dos pesos fuertes por día.²⁵

Si bien la disponibilidad de fondos era requisito indispensable para la movilización del trabajo en pueblos de españoles, en los pueblos de indios operaban premisas bien distintas ya avanzado el período colonial. Así lo constató para su sorpresa el obispo Matos a fines del primer tercio del siglo XVIII.²⁶



Púlpito. Kopomá.



Púlpito. Pustunich.



Púlpito. Mama.



Púlpito. Uman.

La movilización gratuita del trabajo maya en la construcción de las iglesias obedecía, en última instancia, al tradicional sentido de responsabilidad comunitaria para con las deidades que antecede a la conquista y aun subsiste en el sistema de cargos y fiestas patronales que conforma buena parte de la vida ritual del pueblo. Para una comunidad agrícola necesitada de propiciar las caprichosas fuerzas de la naturaleza garantizando así su propia supervivencia, las iglesias representaban una sólida inversión.

Por supuesto, sobre este modelo inciden muchas variables. Una disminución de la población, por ejemplo, tenía que limitar forzosamente la capacidad para construir. De hecho, en Yucatán hay una correlación directa entre la edificación religiosa y la curva poblacional. El siglo XVII y las primeras décadas del XVIII, época de general contracción demográfica, lo es también en la construcción. La segunda mitad del siglo XVIII es expansiva tanto en lo demográfico como en lo arquitectónico. Por supuesto, la eficacia de tal o



Púlpito. Chemax.

tal otro cura (su interés por la construcción, su popularidad o impopularidad, sus habilidades lingüísticas) también eran un factor a tener en cuenta. En todo caso, el nivel de productividad del trabajo era terrible, como anotaba con des-



CONSTRUCCION DE IGLESIAS EN YUCATAN, 1739. LA OPINION DE UN OBISPO

En 1739 el obispo Francisco Matos Coronado elevaba a las autoridades metropolitanas el reporte de su visita episcopal y propuesta arancel. La de Matos, aunque corta, es una de las mas enjundiosas visitas episcopales que sobreviven del Yucatán colonial. De penetrante inteligencia y agradable personalidad evidente aún en la seca prosa oficial, el prelado canario pinta

un cuadro elocuente del estado de las iglesias de su diócesis y de las dificultades que su construcción suponía poniendo de relieve los problemas que la movilización del trabajo indígena implicaba en Yucatán durante el primer tercio del siglo XVIII.

En esta península y Gobernación de Yucatán sin incluir a Tabasco hay 63 iglesias parroquiales que se llaman cabeceras en donde está colocado con toda decencia el Santísimo Sacramento con lámpara continua alimentada de aceite de una semilla que abunda en el país y se

llama secoch; 29 se administran por religiosos de San Francisco... y las 34 restantes por clérigos seculares puestos en la conformidad que disponen las leyes. En estas cabeceras es la fija residencia del cura y de uno o dos clérigos (y a veces tres) según lo extenso o reducido de la Administración, y de allí salen a administrar según la necesidad a los Anexos (que aquí llaman visitas) y suelen ser desde uno hasta seis según la división que han hecho los Obispos.

Todos los domingos y días festivos se celebran en estos pueblos de

cabecera los divinos oficios con la decencia posible acudiendo los indios por mañana y tarde a oír la explicación del Evangelio que nunca omiten los curas sin gravísima causa. Y en los mismos días en los partidos acomodados, y cada quince en los muy esparcidos va el ministro ayudante a cada uno de los referidos anexos a decir misa y explicar el Santo Evangelio, haciendo que entre tanto repitan todos los indios las oraciones y Catecismo tres veces o cuatro. Y acabado esto (que se hace al apuntar el día en el primer pueblo) pasa al segundo que suele estar distante tres leguas, y algunos mas en donde dice segunda misa y executa las mismas diligencias, y si la administración es larga y los operarios pocos, va con tercera misa a otro pueblo. Esto se ejecuta puntualmente sin mas diferencia que ser la explicación mas larga o corta y el examen de Doctrina mas o menos exacto segun el fervor y fuerzas del Ministro.

En los demás días del año corre la enseñanza de los indios por cuenta de un indio que por lo comun es de mucha razón y llaman *cambeçah*, que significa maestro. Y este está una hora de la mañana rezando con ellos las oraciones y haciéndoles varias preguntas con lo que suelen salir decentemente instruídos, y cuando no lo salen es seña de algún descuido en el cura y sus compañeros que deben visitar esta enseñanza entre año y diariamente en los pueblos de cabecera en que tienen la residencia fija.

Habiendo hallado en el pueblo y curato de Mama fabricada una buena iglesia hasta la cornisa y deseando cerrarle la bóveda (lo que no había podido conseguir el cura por falta de indios), ocurrió con el mayor empeño a sacar mandamiento del Gobernador para que se me facilitasen pagándoles su

journal. Se necesitaron tantos pasos y diligencias y resultaron tantas dificultades que aunque por fin se dieron los indios, que hoy están trabajando en la citada obra, reconocí que era empresa ardua, y mas si se repetía en diez iglesias o doce que se deben levantar desde sus cimientos en lugar de otras tantas de paja. Sin embargo, expondré a Vuestra Majestad las iglesias que se deben reparar entresacando las que tienen imposibilidad absoluta, y exponiendo los medios con que se puede llegar al fin con mas o menos tiempo segun la aplicación que hubiere y otros incidentes que pueden estar a la vista.

Los religiosos de San Francisco, como mas antiguos en la administración y por otra parte recelosos de dar motivo por que pasasen sus doctrinas al clero secular, han tenido el cuidado de edificar sus iglesias de bóveda o bovedilla segun ha permitido el tiempo, de modo que de 29 curatos que están a su cargo solo tienen cinco iglesias cabeceras cubiertas de paja, y de estas se deben exceptuar por cortísimas las de Cansahcab y Teya quedándoles solo en términos posibles las de Telchac, Temax y Uayma, aunque bien mirado solo hay omisión en esta última porque también son pobres las otras dos citadas, y no dudo que siempre que por Vuestra Majestad se de una providencia general para que no falten los indios para la obra se esforzarán a reedificar aun las mas pequeñas.

A cargo de los clérigos seculares hay 34 curatos de los que solo 14 tienen iglesias de piedra; los 20 restantes son de paja. Y siendo nueve de tan tenue renta que no pueden mantener cura, ministro, ornamentos y todo el gasto... no puede el cura reponer algo para la obra si no es con irregular economía. Solo se pueden reputar por dignas de reparacion las once que son las siguientes:

| | | |
|----------|----------|-------------|
| Hunucmá, | su renta | 1,490 pesos |
| Umán, | | 1,460 |

| | | |
|-------------|----------|-------------|
| Peto, | su renta | 2,250 pesos |
| Ychmul, | | 2,050 |
| Chemax, | | 1,820 |
| Chancenote, | | 1,340 |
| Tizimín, | | 2,800 |
| Espita, | | 2,800 |
| Kikil, | | 1,700 |
| Yaxkabá | | 1,700 |
| Nabalam, | | 1,300 |

Todos los curas de estas iglesias a quienes he procurado persuadir a la decente fábrica de ellas, se han exhibido no solo resignados sino gustosos a concurrir con buena parte del costo; y algunos con todo de lo que se necesitase en dinero para el salario de los oficiales y alimentos de los peones, como se les junten la piedra, cal, maderas en bruto y demas materiales por los indios como se ha practicado otras veces, y se le señalen de sus mismos pueblos 20 o mas peones para dar mezcla a los albañiles y conducir la piedra para arcos, cornisas y remates siendo de cargo del cura satisfacer todas las labores. Pero aquí esta el punto de la dificultad, y aun imposibilidad de la obra.

La decidia de los indios y la poca necesidad que tienen del dinero ha puesto la cosa en tal estado que aunque cada uno de los curas tuviese prontos 20,000 pesos no podría hechar ni aun los cimientos del edificio. En esto puedo deponer de hecho propio por un cuarto de mi casa que estoy actualmente reparando, no habiendo sido posible facilitar los materiales menos que con un mandamiento del Gobernador, como lo practican todos los vecinos de esta ciudad. Fuera de ella, y en una fábrica tan vasta como la de una iglesia capaz de incluir 1,000 o 2,000 personas, no hay dificultad a que alcancen el dinero y la industria si no se añade la coacción.

A.G.I., México, 3187.





Pintura mural. Sacristía, Temax (siglo XVII?).

aliento Matos Coronado. Ello, por supuesto, desde el punto de vista de los colonizadores. Desde el de los colonizados, lo menos que se puede decir es que la baja productividad pudiera ser en ciertas circunstancias una sabia estrategia.

Sobre la identidad de los arquitectos de las iglesias de Yucatán queda aún mucho por conocer, y pocas fuentes por consultar. Sabemos que Pedro de Aulestía y Juan Miguel de Agüero participaron en la construcción de la catedral, y que a Agüero se debe casi con seguridad la cúpula. No se sabe mucho más. Entre los franciscanos se ha identificado media docena de arquitectos a quienes podemos atribuirles un puñado de monumentos. Pero es magro lo que conocemos de sus vidas fuera de lo poco dicho por Lizana y Cogolludo. La inmensa mayoría de los arquitectos responsables del vasto inventario religioso-vernáculo de Yucatán yace en el anonimato, aunque de vez en cuando alcancemos a divisar algunos nebulosos perfiles.

Como hemos anotado, es un hecho cierto que existiera en la provincia española de Yucatán una respetable capacidad artesanal. Los mayas poseían una venerable tradición de trabajo artístico a la cual se injertó en el siglo XVI una programática e iconografía europeas. La comunidad de artesanos y constructores del Yucatán colonial disfrutó, como el

vasto inventario monumental de la península lo atestigua, de un alto grado de organización y competencia. Queda mucho por aprender, sin embargo, acerca de la práctica de los oficios en el Yucatán español. Casos como el del maestro platero español Benito Ferráez, quien floreció de principios a mediados del XVII, y el del maestro cantero maya (o ladino) Pascual Estrella, personaje de fines del XVIII y principios del XIX, nos permiten vislumbrar, aunque a duras penas, el mecanismo artesanal en la colonia.

Ferráez, castellano de nacimiento, mantuvo estrechas relaciones profesionales con la provincia franciscana, viajando con cierta frecuencia al centro de México.²⁷ El trabajo del maestro Estrella, de gran competencia técnica y una tosca belleza, aparece en localidades tan distantes entre sí como Ichmul, Tihosuco y Hunucmá. El que Estrella haya sido con toda probabilidad un maya tiende a confirmar la sospecha de que buena parte de los maestros y oficiales de la construcción procedieran del sector nativo.²⁸ En todo caso, algunos artesanos parecen haber disfrutado de un respetable grado de movilidad, ejecutando su trabajo en localidades a menudo notablemente separadas entre sí.



San Antonio capturado en la estatuaria popular en la fachada de Ticul.



San Francisco de Asís en la fachada de Oxkutzkab.



Alfiz. Kopomá.

Estilo y materiales

La llegada de los europeos a Yucatán marcó una nueva etapa en el arte de construir. Como en el resto de la Nueva España, Yucatán pasó inmediatamente de la arquitectura del poste y el dintel a la del arco, la bóveda y la cúpula. Hechas las adaptaciones de ingeniería que las nuevas concepciones arquitectónicas demandaban, sin embargo, las técnicas del trabajo de la piedra y mampostería tendieron a seguir por sus derroteros tradicionales. El uso del *sahcab* se ha mantenido vigente hasta el día de hoy. Es común en Yucatán la explotación de las vetas de *sahcab* o *sahcaberas*, delatadas por agujeros atribuibles a topos descomunales. También mantienen su vigencia los reboques de *cancab*, el revestimiento arcilloso que produce, en las manos de un maestro, las satinadas superficies de los muros yucatecos.

En un sentido general, la hispano-yucateca es una arquitectura rectilínea, angular, de gran sencillez volumétrica, parco en recursos decorativos. La arquitectura eclesiástica no es excepción. Las plantas cruciformes son raras, aun bien adentrado el período colonial. También lo son las cúpulas. Las relativamente pocas cúpulas “cultas” que existen están planteadas sobre falsos tambores. En un caso —Motul— la cúpula está construída directamente sobre la bóveda de cañón de la nave, lo que requirió un masivo sistema de arbotantes, sólo parcialmente efectivo a juzgar por los modernos de concreto construídos hace pocos años. Por toda la península, sin embargo, abundan cúpulas vernáculas de un deli-



“Gallina ciega”. Yotholín.



Fachada. Oxkutzkab.



Fachada. Muna.

cioso primitivismo, muchas veces asociadas a antiguas capillas de indios, como en Tecoh, Kopomá o Calkiní

En Motul se presenta por primera vez hacia mediados del siglo XVII lo que sería un socorrido y práctico expediente en el tórrido clima peninsular: los corredores popularmente conocidos en Yucatán como “gallinas ciegas.” Las tenebrosas “gallinas,” delicias de generaciones de palomas y murciélagos yucatecos, daban acceso a una secuencia de ventanas y balcones al nivel de los arranques de las bóvedas. Las ventanas abrían hacia el exterior; los balcones hacia el interior de la nave. Desde el ejemplar de Motul que, tímida y estrechamente comunica la sacristía con los dos pequeños óculos del ábside, hasta el de San Cristóbal, que corre a lo largo de todo el perímetro del templo, incluyendo el coro alto, las gallinas ciegas son uno de los más simpáticos componentes del vocabulario arquitectónico de las iglesias de la región. La gallina ciega de Motul debe datar de mediados del siglo XVII; casi todas las demás aparecen en templos del XVIII.

Producto también de las medianías del siglo XVII fue el inicio de la tradición del camarín de la Virgen, modalidad que llegaría a alcanzar gran popularidad en la península yucateca. Al final del período colonial, se levantaban en Yucatán no menos de quince camarines dedicados a cultos marianos, entre franciscanos y seculares. De ellos, el de Izamal (contruido entre 1648 y 1656 y primero, por lo tanto, de la Nueva España), y el exquisito ejemplar dedicado a la Virgen de la Asunción en Tabi (postrimerías del siglo XVII a principios del XVIII), tienen marcado interés.

Uno de los elementos más característicos de la arquitec-

tura religiosa colonial de Yucatán es el diseño de la fachada. Yucatán es la tierra de la espadaña. Las hay de todos tipos y clases: altas y bajas, esbeltas y chaparras, feas y hermosas, hechas para sostener campanas o —como en Tixcuytún— solamente para ser vistas, como las cresterías de los templos mayas. Existen también numerosos ejemplares de fachadas con torres, y dentro de ese numeroso inventario una gran variación temática: las iglesias de tres torres de Yaxkabá y Homún (muy diferentes entre sí), la de una sola (inconclusa) de Umán, y así sucesivamente. En algunos de los conventos franciscanos del siglo XVI (Sisal, Dzidzantún, posiblemente Maní), se dispuso el campanario (una sencilla espadaña) al costado de la nave. Con ello se pretendía, suponemos, restar énfasis a la elevación frontal, objetivo por demás congruente con las regulaciones anti-suntuarias de los franciscanos.

Las fachadas de frontón sencillo abundan a través de toda la península. Son el resultado inevitable de la amplia difusión de las naves de techo de guano a dos aguas. En su mínima expresión, dichas fachadas están rematadas por un paramento triangular que corresponde a las vertientes del techo de guano. A menudo están complementadas por espadañas a cada lado, un frontón rectangular y una gran variedad de soluciones en el parapeto. Descubrir la fascinante variedad de las fachadas yucatecas dentro de sus formatos predecibles es uno, y no el menor, de los muchos deleites de las iglesias de Yucatán.

La fachada de la catedral de Mérida tuvo una gran influencia en el diseño de templos parroquiales durante el siglo XVIII. La proporcionalidad de la fachada emeritense y



Fachada. Ticúm.



Techo de rollizos. Chocholá.

su peculiar sintaxis volumétrica reaparecen en numerosas versiones vernáculas. El maestro Toussaint, gran observador, relaciona la fachada de la iglesia de San Cristóbal a la de la catedral "en la que parece se inspiraron."²⁹ Lo mismo podría decirse de Hocabá, Chemax, San Gervasio de Valladolid, y muchos otros lugares.



Techo de rollizos. Sotuta.

En Yucatán se utilizó extensamente la técnica de techar y abovedar conocida localmente como de "rollizos" o viguetillas de troncos. Infortunadamente, quedan poquísimos techos de rollizos originales. Durante los primeros tiempos de la colonización, tal parece que la técnica de los rollizos se utilizó solamente en techos planos, prefiriéndose para las bóvedas la mampostería armada sobre moldes o cimbras. Hacia mediados del siglo XVII, sin embargo, se hizo endémica en Yucatán la bóveda de rollizos dispuestos sobre arcos ingeniosamente espaciados de acuerdo a la longitud de los rollizos que se tenían disponibles.³⁰ Susceptibles al moho, sin embargo, los rollizos tendieron a ser sustituidos a partir del último tercio del siglo XIX por rieles de ferrocarril, prácticos sin duda, pero poco elegantes. El uso de rollizos sin ménsulas o impermeabilización adecuada en reconstrucciones modernas se nos antoja miope y desatinado.

Ingeniería hidráulica

Como en todas partes, el acceso al agua es un determinante de la vida en Yucatán. La introducción de las técnicas de ingeniería hidráulica europea en la tierra de los cenotes tuvo una importancia fundamental. Eso lo notaba ya por 1571 Alonso Rosado, encomendero de Dzan, Panabchén y Muna, quien escribía que los frailes tenían en sus pueblos "norias con sus caballos con que sacan el agua, y esto ha sido excelente para los naturales porque los pozos son pocos y poco profundos."³¹ Los bien cuidados jardines y arboledas, y las cristalinas fuentes que fray Alonso Ponce y sus secuaces hallaron a su paso por Yucatán pocos años después dan testimonio de la eficacia de las obras hidráulicas en las casas franciscanas.



Noria. Mama.

Es posible que las norias primitivas operaran con tracción humana. La introducción de bestias de tiro debe haber representado un notable avance. Las norias coloniales yucatecas se construían sobre las bocas de los cenotes. En algunos casos se cerraba el orificio del cenote con una bóveda, construyéndose otra sobre el paso de la yunta como puede verse aún en las norias reconstruidas (pero no operativas) de Sisal y Mama. Las norias de los conventos —cenotes de alta tecnología— con su relativamente extraordinaria capacidad para obtener, almacenar y distribuir el precioso líquido, llegarían a convertirse en puntos focales de los pueblos. Su avanzada arquitectura, como en los casos citados de Sisal y Mama, refleja su importancia.

Pintura y escultura en el Yucatán colonial

Los españoles encontraron una larga tradición pictórica en la península, adonde el arte de la pintura es de gran antigüedad. Los mayas clásicos produjeron importantes murales y una singular tradición de pintura sobre superficies cerámicas. Del período postclásico sobreviven importantes restos de pintura mural; baste mencionar los conocidos conjuntos del templo de los guerreros de Chichén Itzá y del templo de los frescos de Tulum.³² El contenido ideológico e iconográfico de la pintura indígena, sin embargo, resultaba desde todo punto de vista antitético a los objetivos del régimen español. De ahí su lapso durante las décadas que siguieron a la conquista, tan dramático en la península yucateca como en el resto de lo que sería el virreinato de la Nueva España.

La pintura mural de la colonia en Yucatán parece haber

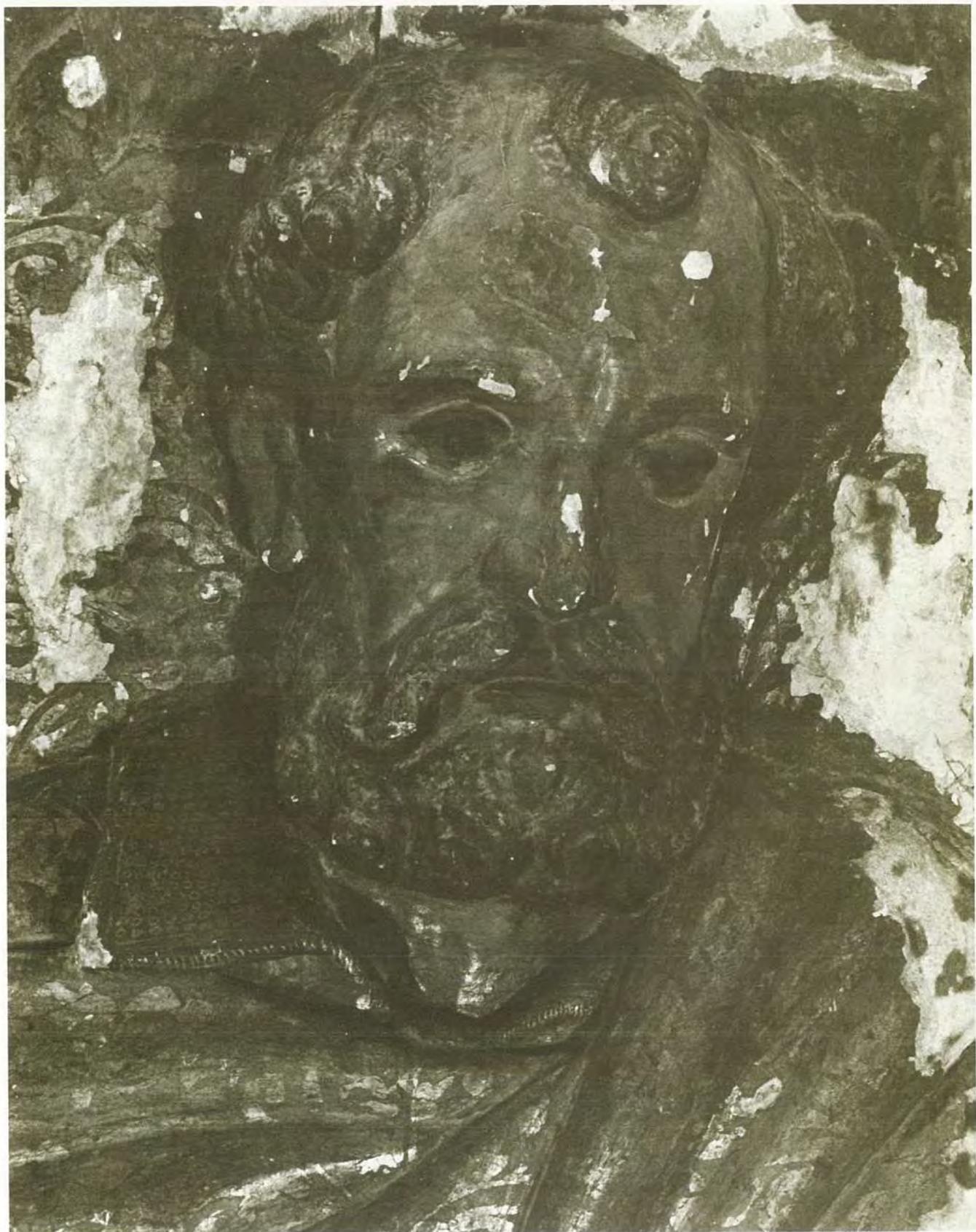
estado asociada al sector religioso, aunque no puede desconstruirse totalmente la existencia de murales en contextos seculares, tales como las casas de los más importantes conquistadores. Hasta ahora, sin embargo, no ha surgido evidencia alguna en apoyo de dicha suposición. La Casa de Montejo en Mérida, rehabilitada hace pocos años, no la ha aportado.

Dentro del dominio eclesiástico fueron los franciscanos los primeros en auspiciar ambiciosos proyectos de pintura mural, tanto en el convento mayor de Mérida como en sus conventos del interior, y ello incluye no solo a las casas de mayor envergadura en las cabeceras sino también a numerosas visitas. El convento mayor emeritense, infortunadamente demolido, poseyó riquísimas superficies ornamentadas por pinturas que fueron visibles hasta tiempos relativamente recientes. Sabemos por Cogolludo que el de la Mejorada en Mérida tuvo también extensas pinturas que hoy están encaladas y que conviene rescatar dados su potencial cultural y turístico.

La pintura mural de los primeros años de la colonia en Yucatán tiene importantes puntos de contacto con su equivalente mexicana. Como en México, en Yucatán hubo gran afinidad con el diseño arquitectónico pretendiéndose en muchos casos sustituir con pinturas ilusionistas elementos tridimensionales como jambas, hornacinas, cornisas y otros componentes. Ello es evidente, por ejemplo, en Motul, adonde un hermoso pórtico pintado luce en uno de los lienzos del claustro alto. En Teabo, grandes retratos de los evangelistas y doctores de la Iglesia penden de sendos “clavos” ilusionistas en las paredes de la sacristía.

Las fuentes de la pintura mural yucateca lo fueron sin duda grabados importados de Europa en el bagaje, por así decirlo, de los españoles. De la identidad indígena de la gran mayoría de los ejecutantes no cabe duda. La capacidad de los nativos para aprender y replicar formas visuales exóticas aprendidas por conducto de los misioneros es bien conocida.³³ En Yucatán está bien documentado el caso de fray Julián de Cuartas (1553-1610), maestro de numerosos artífices nativos.³⁴ Fray Julián, nativo de Almagro cerca de Ciudad Real (Castilla la Nueva), era arquitecto autodidacta al par que lingüista notable. Según Lizana, este benemérito franciscano, autor de “dos iglesias con sus conventos” y de varias “capillas mayores” e incansable constructor de relojes de sol, enseñó con diligencia el arte de la pintura a los indígenas con gran aprovechamiento.

Ya bien entrado el siglo XVII, la clerecía secular participaría activamente en el mecenazgo de pinturas murales. Los hermosos murales del camarín de la Virgen en Tabi son el ejemplo más dramático de esta fase de la pintura peninsular. Del XVIII existen murales de fuerte sabor vernáculo en Tixcaltuyub, adonde sobrevive casi intacto el programa deco-



Pormenor del retablo. Dzidzantúm.



San Juan Evangelista. Sacristía de Teabo.

rativo de la nave y altares laterales con grandes floripondios, cenefas y plafones en las bóvedas. Es importante que no se repinten.

En general, la condición de los murales coloniales yucatecos no es muy buena. El material de Tabi se conserva en estado bastante satisfactorio, y en excepcionales condiciones dos retablos pintados en Sisal. Encapsulados por sendos retablos de madera de posterior factura que han ayudado en no pequeña medida a su conservación, los impresionantes retablos murales de Sisal demandan inmediata y responsable conservación.

Casi todos los murales yucatecos —y esto incluye, por supuesto, a ejemplares aún desconocidos— fueron cubiertos con lechada de cal durante el siglo XIX, bien por encontrarse entonces muy pasados de moda, o debido a la creencia de que encalar paredes era una profilaxis efectiva contra numerosos enfermedades. La práctica de desembarazar a los murales de su encalado por parte de personas sin la preparación profesional necesaria para garantizar su integridad es lamentable y debe ser suspendida de inmediato. Hace algunos años, manos bien intencionadas sin duda, pero ignorantes de las más elementales reglas y técnicas de conservación, despojaron de su crisálida de lechada a los importantes murales de la sacristía de Temax. El resultado: los murales se encuentran actualmente en una fase terminal de deterioro. Otro tanto se hizo recientemente en Teabo. Tales prácticas, aunque emocionantes sin duda a corto plazo, son letales a la integridad de un valioso patrimonio.

Ya estabilizado el régimen colonial, hicieron su entrada en Yucatán algunos pintores y otros artífices. Abundan refe-

rencias a pinturas, aunque poco o nada se conoce en firme hasta ya entrado el siglo XVIII, en que aparecen en la comarca importantes, lienzos, algunos de firmas conocidas. El obispo cordobés Antonio Caballero y Góngora, que lo fue de Yucatán entre 1775 y 1776, trajo consigo una importante colección de arte, y parece que auspició el entrenamiento de varios artistas yucatecos.³⁵ En general, el estudio de la pintura de atril colonial en Yucatán está en sus inicios y confronta graves dificultades: una pavorosa atrición del inventario y una frustrante escasez de documentos.

Como en el caso de la pintura, los mayas yucatecos disfrutaban de una larga e ilustre tradición escultórica, ya muy disminuida, por supuesto, a la llegada de los castellanos, pero evidente en la alta calidad de la mejor escultura “colonial.” Como en el caso de la pintura, la escultura hispanoyucateca ha sufrido graves mermas, aunque sobreviven excelentes ejemplares. Baste citar los programas escultóricos de las fachadas de la Casa de Montejo, la catedral de Mérida y la iglesia franciscana de Dzidzantún.

Las pilas bautismales, de las cuales sobrevive una apreciable cantidad desde tiempos relativamente tempranos nos permiten una serie de inferencias interesantes sobre el trabajo de la piedra en la región. La gran variedad estilística de las pilas del siglo XVI y las onerosas dificultades de transporte en el caso de objetos que podían pesar a veces varias toneladas hacen suponer la presencia de numerosos artífices locales desde los primeros tiempos. En algunos casos la influencia del artífice, como es de esperar, trascendía a algún pueblo cercano. Solo en una ocasión, y eso a fines del siglo XVIII, puede demostrarse satisfactoriamente la presencia de



Ambón. Chemax.



Ambón. Mama.



Arranque del arco toral. Chemax.



Capialzado. Chocholá. Nótese la entrada al púlpito al costado.

material del mismo tallador en lugares distantes más de unos pocos kilómetros.

No hay duda que hayan funcionado algunos centros locales en que se trabajaba la piedra. El eje Ticul-Tekax durante el siglo XVII muestra evidencia de tal posibilidad. El que haya existido allí una especialización comarcana lo refuerza la presencia abundante de marcas de canteros, señal de un relativamente alto grado de profesionalismo, en el grupo de iglesias locales construidas entre 1690 y 1740. Ticul y Oxkutzkab mantienen hasta hoy una tradición de trabajo de piedra que inclusive parece está a punto de convertirse en un importante renglón de exportación.

El arte de los entalladores e imagineros parece haber florecido mucho más extensamente de lo que se supone. Sobreviven algunos púlpitos de madera de considerable interés en Maní, Mama, Umán, Maxcanú y otras localidades (los de Umán y Maxcanú, casi idénticos, proceden sin duda del mismo taller.) Infortunadamente, la pérdida de retablos, imágenes y mobiliarios ha sido severa.

Los primitivos retablos yucatecos parecen haber sido

una combinación de talla y pintura en el caso de los más importantes (Catedral, Dzidzantún), y de pintura solamente en los de menor envergadura. A finales del siglo XVII y principios del XVIII surge un tipo de retablo característico de la península de Yucatán del cual sobreviven un puñado de ejemplares. Infortunadamente, parecen ser muchos más los que se han perdido, como, por ejemplo, el de Tekax. Articulado por salomónicas y con un parapeto semicircular, este tipo de retablo ocurre en la Candelaria de Mérida, Maní, Oxkutzkab, Tabi, Teabo, Ucú, y Yaxkabá. El de Oxkutzkab, abominablemente repintado, es el de mayor envergadura de todos los que sobreviven. En Sacalum y Hocabá sobreviven interesantes retablos colaterales de piedra. Los de Hocabá, con crudos estípites terminados con estuco, pretenden imitar un retablo de madera tallada.

El estudio sistemático del arte y la arquitectura coloniales de la región está en su infancia. Descuellan importantes, aunque aisladas contribuciones como el imprescindible *Catálogo de construcciones religiosas*, y alguna que otra monografía o ensayo más o menos bien informado. De es-

pecial mérito en nuestra opinión es la contribución del finado arquitecto José García Preciat, pionero de estos estudios en Yucatán.³⁶

Existe un verdadero problema en el desconocimiento y, hasta no hace mucho, general indiferencia hacia un legado extenso e ilustre. ¿Cuántas veces no hemos visto, y ello en tiempos recientes, la pérdida o la desfiguración de importantes e irremplazables monumentos? ¿Cuántos visitantes a Yucatán, apurados viajeros entre atracciones empaquetadas y a veces hasta prefabricadas por los promotores turísticos, pasan raudos a pocos metros de tesoros perfectamente desco-

nocidos del arte regional? ¿Cuántos yucatecos han ido a Ichmul? ¿Cuántos quintanarroenses han visitado a Sabán o Tihosuco? ¿Cuántos campechanos pasan por Calkiní sin ponderar la importancia de aquel —es cierto— hoy maltrecho monumento? Repetimos nuestros votos de que este libro contribuya, aunque modestamente, a estimular el interés que los monumentos religiosos de Yucatán merecen y requieren a fin de asegurarle futuro a un pasado que es patrimonio común no solo de los peninsulares y sus hermanos de las otras regiones de la República mexicana, sino de todos los amantes de la tierra yucateca doquiera que estén.

NOTAS: Yucatán: Conquista espiritual y arquitectura religiosa

1. Sobre la conquista de Yucatán véase Chamberlain, *Conquista* y Clendinnen, *Ambivalent Conquests*, especialmente 3-44. Sobre los Montejo véase Rubio Mañé, *La casa de Montejo*.
2. Sobre el Yucatán indígena de la pre-conquista, véase Roys, *Indian Background*.
3. Sobre la supervivencia cultural maya durante el período colonial véase la excelente obra de Farriss, *Maya society*.
4. Bartolomé y Barabas, *La resistencia maya*, tiene interesantes observaciones acerca de las adaptaciones de los mayas a la penetración cultural y económica contemporáneas.
5. Ricard, *Spiritual conquest* (primera edición, 1933) y Lizana, *Devocionario*, cuyo título completo es *Devocionario de Nuestra Señora de Izamal y conquista espiritual* (Madrid: 1633.)
6. Sobre la gestión misionera franciscana véase Canedo, *Evangelización y conquista*.
7. Clendinnen, *Ambivalent Conquests*, 45-56; Ricard, *Spiritual Conquest*, passim, especialmente 39-60, 176-193.
8. Para una idea de la composición y contextura del clero yucateco durante el siglo XVIII, véase la tesis de Fallon, "Clero," infortunadamente plagada de errores.
9. "Visita... Matos," *A.G.I., México, 3168* Sobre los "maestros", véase Collins, "Maestros Cantores," en Jones, *Anthropology*, 233-47. Véase también Farriss, *Maya Society*, 233, 238-239, 335-336, 341-343.
10. Miller y Farriss, "Tancah," en Hammond, *Maya Archaeology*.
11. Clendinnen, *Ambivalent Conquests*, 72-92.
12. Para una extensa discusión del tipo de convento mendicante novohispano del s. XVI véase McAndrew, *Open-air churches*, especialmente 121-161.
13. Sobre la extensión del complejo atrial a otras regiones de las Indias, véase el seminal artículo de Mesa y Gisbert, "Iglesias con atrio y posas en Bolivia (1961)" y la obra de Goslinga, *Templos doctrineros neogranadinos*.
14. "Visita... Matos," *A.G.I., México 3168*.
15. Roys, *Conquest Sites*, 143.
16. Véase la breve discusión en Roys, *Indian Background*, 17-22.
17. Lizana, *Devocionario*, 89 v.
18. "Información a favor de la sagrada religión del señor San Francisco sobre lo expresado en el interrogatorio presentado por el padre lector fray Antonio de Salas, 28 de noviembre de 1680," *A.G.I., Escribanía 308, pieza 15*. Sobre el lunes, la siguiente declaración es típica: "que todos los lunes tanto en las doctrinas seculares como en las franciscanas se juntan los indios para limpieza, fábrica y aseo sin extipendio; que las obras las pagan de las limosnas y que cuando hay que construir algo los principales vienen a pedir licencia a los señores gobernadores y capitanes generales."
19. "Información a favor de la sagrada religión," *A.G.I., Escribanía 308, pieza 15*.
20. "Información a favor de la sagrada religión," *A.G.I., Escribanía 308, pieza 15*.
21. "Expediente... 1794," *A.G.I., México 1317*.
22. Real Cédula de diciembre 1 de 1572. *A.G.I., México 2999 (II)*
23. Gómez y Pacheco a la Corona, Marzo 6 de 1581, *A.G.I., México 365, pieza 127*.
24. "Cuenta y razón," *A.G.I., México 370*.
25. "Expediente... 1795," *A.G.I., México 1317*.
26. "Visita... Matos," *A.G.I., México 3167*.
27. Bretos, "Ferráez," *Arquitectura y arte sacro*, 171-177.
28. Bretos, "Estrella," *Arquitectura y arte sacro*, 219-232.
29. Toussaint, "Impresiones de un viajero," *Artes de México*, 169-70 (1960), 75.
30. Para una discusión de técnicas de techar y abovedar véase García Preciat, "Historia de la arquitectura."
31. "Relación de Çan, Panabachen y Mona [por] Alonso Rosado," *Relaciones de Yucatán*, I, 154-155. A la llegada de fray Alonso Ponce a Ichmul en julio de 1588 se llevaban a cabo, con gran expectativa por parte de los naturales, las obras de una noria de caballos. Ya se había cavado un pozo cerca del convento "para evitar el mucho trabajo" con que se sacaba el agua del viejo cenote.
32. Véase Robertson, "The Tulum Murals."
33. La literatura sobre este asunto es cuantiosa. Véase Manrique, "La estampa como fuente del arte," 55-60.
34. Una discusión mas extensa de los artistas mencionados se encuentra en las secciones apropiadas de este volumen.
35. Ruz Menéndez, *Estudios yucatanenses*, 104-105.
36. García Preciat, "Historia de la Arquitectura," 409-559.

La Catedral de San Ildefonso y su entorno y el ex-convento de las concepcionistas (“Las Monjas”)

Masiva, hiératica, solemne, la iglesia catedral de San Ildefonso ha velado por Mérida desde hace cuatro siglos.¹ En 1599, cuando el reboque pendía aún fresco de las paredes, el franciscano fray Juan Izquierdo, cuarto obispo de Yucatán, informaba a su rey acerca de la conclusión de las obras: “el templo ha salido el mejor de todas las Indias”, escribía, “porque en treinta años que tengo de servir a Vuestra Majestad en el Perú y la Nueva España, no he visto cosa semejante ni que le llegue”. Sin embargo, en la conciencia del prelado se agitaba una inquietud. Su sede, “tan grande y suntuosa que bastaría a cualquier ciudad populosa de España”, era a ojos vistas extravagante; “un exceso justificable solo por tratarse del servicio divino y como ejemplo a los naturales, tan débiles en la fe que deben ser guiados por cosas visibles”.²

Si el propósito del enorme templo era, como intimaba fray Juan, avasallar a los nativos con la majestad de la nueva religión, no hay duda de su éxito. Los libros mayas se refieren a la catedral con una reverencia no exenta de terror. El *Libro de Chilam Balam* de Tizimín, por ejemplo, nos dice del katún 9 Ahau, cuyo asiento estuvo en Mérida:

Nueve Ahau...
comenzó a construirse
la casa de Dios
que está en medio de Si Hó.
Apilar piedra sobre piedra
fue la carga del katún;
el comienzo de la horca,
de la fiebre de la nariz
y de los miembros.³

La vecinos de Mérida, en cambio, no compartían en modo alguno las dudas de su pastor. Por el contrario, al terminar el siglo XVI los meridianos tenían razón para sentirse orgullosos del noble edificio que se alzaba ante sus ojos.⁴ Aunque aún no se apreciara debidamente, la de Yucatán había logrado ya una importante distinción al convertirse en la única gran catedral hispano-mexicana en ser terminada durante los mil quinientos. Guadalajara no vería su conclusión sino hasta 1618, Puebla hasta la época del obispo Palafox y



Aldabón y detalle del claveteado. Puerta de la nave, catedral de Mérida.

Mendoza en pleno siglo XVII, Oaxaca hasta los mil setecientos, y la megalománica catedral metropolitana de México hasta después de la independencia.

La gran hazaña constructiva que representó la catedral de San Ildefonso se agiganta al considerar la relativa oscuridad y pobreza de Yucatán durante el siglo XVI. La rocosa planicie yucateca no era el quimérico El Dorado de los conquistadores. Más que en el botín o los metales, la riqueza de la península radicaba en la capacidad productiva de la raza



Casa de Montejo. Fachada.

nativa que, una vez subyugada, devino en el recurso económico más importante de la colonia. A pesar de la catastrófica merma numérica de los mayas, su sudor continuaría nutriendo la vocación parasitaria de sus conquistadores a través de los tributos y las encomiendas.

En los días del obispo Izquierdo, quien gobernó la diócesis entre 1587 y 1602, el contraste entre el opulento templo y su mezquino entorno no podía ser más dramático. Aunque de traza rectangular, con calles anchas y paralelas, y una inevitable plaza de armas como convenía a toda respetable ciudad indiana, la Mérida de los pioneros era modesta. “Una aldea”, decía el prelado en sus momentos de impaciencia.

Algún curioso visitante de 1600 que, en pos de la brisa, perenne preocupación de los meridianos, hubiese escalado las bóvedas de la iglesia primada, habría tenido ante sí un panorama abigarrado y fascinante. Numerosos techos de guano irradiaban en todas direcciones, interrumpidos por alguno que otro edificio de piedra en las inmediaciones de la plaza mayor, entonces como ahora centro neurálgico de la vida urbana.

A escasas cuatro cuadras hacia el sureste, adonde hoy se

levanta el mercado municipal, una vasta mole pétreica interrumpía dramáticamente la línea del horizonte. Era el convento mayor franciscano, improbable acrópolis asentada sobre una gran plataforma maya o *mul*. A pesar de que no se habían construido aún los baluartes de la ciudadela de San Benito —no lo serían sino hasta un siglo más tarde—, el convento franciscano le daba ya a aquella eminencia un aspecto masivo y dominante.

Mirando en dirección sur, nuestro visitante de 1600 gozaría de lo que era entonces y sigue siendo hoy una de las genuinas galas de la ciudad. Ocupando toda una manzana sobre el actual zócalo se levantaba la casa y solar del mayorazgo de Montejo, hogar de la más ilustre familia de Mérida. La casa era propiedad entonces del primer titular, don Juan de Montejo y del Castillo, hijo de don Francisco de Montejo el Mozo y doña Andrea del Castillo, y nieto por lo tanto del Adelantado de Yucatán. Su hijo y sucesor en el mayorazgo, don Juan de Montejo Maldonado, sería en último de los Montejo en detentarlo (1603-1643), pasando la dignidad después de su muerte a su sobrino nieto, Juan de Salazar Montejo.⁵ A principios de la década de los mil novecientos ochenta, sus últimos propietarios vendieron el histórico inmueble al Banco Nacional de México. El banco ha rehabilitado el inmueble esmerada y responsablemente. Sin embargo, es una lástima que la noble casona no sea ya el hogar de una familia, como lo fue por más de cuatrocientos años. Así corren los tiempos.

Sobre la exquisita fachada isabelina con su prepotente blasón, balcón y parapeto, dos caballeros de armadura y alabarda llevaban ya varios lustros de recia vigilancia sobre la plaza polvorienta, sustentados por cuatro ménsulas en las cuales el vulgo cree ver cuatro cabezas de indios vencidos. Entonces, como ahora, la casa de Montejo le daba al árido espacio cívico una nota de clase y distinción, cristalizando en severa escultura el ideal aristocrático al que los hijos de los conquistadores aspiraban y trataron de recrear tan diligentemente en las Indias.

A ambos lados de la casa del mayorazgo, calle de por medio, se alzaban las igualmente aristocráticas, aunque no tan pretenciosas, mansiones de los Bracamonte y Esquivel. Los primeros descendían de Hernando de Bracamonte, pionero y conquistador. Con la vecina familia primada de los Montejo y otro puñado de patricios, Bracamontes y Esquivel ocupaban la cúspide de la primigenia sociedad meridiana. La base de su riqueza eran las grandes sumas de tributo proveniente de sus encomiendas, la peculiar forma de servidumbre inventada por los castellanos mediante la cual la raza vencida pagaba con sudor y sangre su presunto ingreso a la fe, cuyos monumentos se iban levantando desafiantes entre los despojos del pasado maya.

La monumental casa de Montejo debe haber presentado un extraño aspecto en medio de un vasto solar todavía sin parcelar dentro del cual notábanse aún restos de edificaciones nativas de regular tamaño. Al otro lado de la plaza, a lo largo de lo que hoy es la calle 61, se agrupaban las mansiones de varias otras familias patricias de menor alcurnia. Es allí que pocos años más tarde don Antonio de Figueroa haría construir de piedra las casas reales u hospicio de la ciudad, residencia ocasional de los gobernadores.⁶

Frente a la catedral y al otro lado de la plaza, entonces pelada y sin árboles, se divisaba la arruinada aunque todavía imponente plataforma conocida como *Xbaklumchaan*. La inmensa estructura formaba parte de las ruinas de Ich Can Si Hó, la urbe nativa ya antigua y abandonada cuando Montejo y sus castellanos sentaron en ella sus reales. Entre aquellas mismas ruinas se había firmado solemnemente ante notario, el seis de enero de 1542, día de los Santos Reyes, el instrumento de fundación de la que sería capital de la provincia española de Yucatán. Es irónico que las imponentes ruinas mayas le dieran nombre a la ciudad española: la triste grandeza de los despojos nativos conjuraba en los conquista-



Catedral de Mérida. Vista exterior de la cúpula. Los delgados arbotantes recuerdan a los de la catedral de Sevilla, su posible antecedente.

dores nostálgicas memorias de Emerita Augusta, la Mérida de Extremadura. Y el salmantino Montejo, transido de añoranza por la patria lejana, y queriendo tal vez asociar su empresa a los hechos gloriosos de los romanos, hacía constar el origen del nombre en los autos.⁷

Para la nueva ciudad el enorme mul era a la vez un obs-



Catedral de Mérida. Vista interior de la cúpula.

táculo y una ventaja. Evidentemente, Xbaklumchaan oponía una infranqueable barrera a la expansión de la traza. Vista desde otra perspectiva, la hercúlea acumulación pétreo era una conveniente cantera de la cual podía obtenerse un abundante suministro de materiales de construcción. Poco a poco, las piedras que otrora sustentaron las recias edificaciones mayas se fueron injertando en el tejido arquitectónico de la ciudad española.⁸ Aún hoy, una inspección cuidadosa de los edificios de Mérida revela el ocasional fragmento que, a modo de fósil inserto en algún fantástico estrato, nos habla de sus desaparecidos hacedores. Con qué sentimiento los miembros de la raza conquistada habrán desmantelado la obra de sus mayores, sólo podemos imaginármolo.

Donde hace siglos se levantara la mole del Xbaklumchaan se alza hoy el edificio de la municipalidad de Mérida, renovado a mediados del siglo XX con alguno que otro detalle *art déco* superpuesto a la fábrica original. Otro edificio sucesor del Xbaklumchaan, un imponente palacete hispano-yucateco conocido como "El Olimpo", fue demolido hace pocos años para abrirle paso... ¡a un estacionamiento! Así, se afirma, progresa Mérida.



Las Monjas, Mérida. Escudo concepcionista.

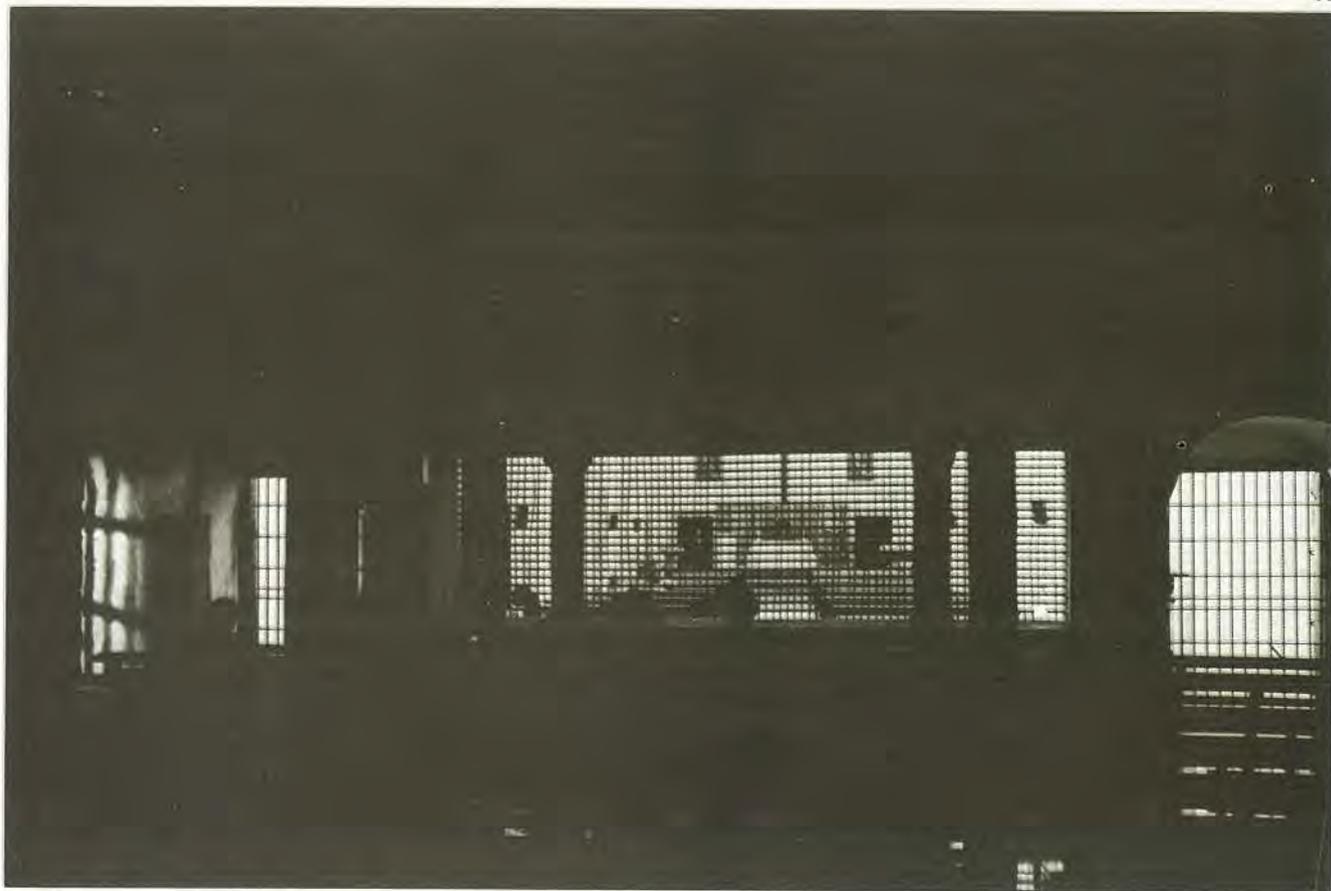
Inmediatamente detrás de la gran plataforma, implacablemente reducida a montones de escoria hacia 1600, iba levantándose otro proyecto del patriciado meridano que el buen obispo Izquierdo conceptuaba por descabellado e inútil en las rudas condiciones de la frontera: un convento para monjas de clausura.⁹ Los impulsores del convento habían sido Fernando de San Martín, uno de los conquistadores originales de Yucatán, y su mujer. Ambos habían llegado a una longevidad poco menos que pasmosa para la época; él, a sus ochentas, y ella, a sus noventas. Y no era frívola, en verdad, la aspiración de esta dura pareja de pioneros a que existiese en Mérida una clausura. Una de sus hijas había tenido que tomar el velo en la lejana capital del virreinato.¹⁰

La campaña en pro del establecimiento de un convento de monjas en Mérida había comenzado en 1588 con el apoyo decidido del entonces gobernador, Antonio de Vozmediano.¹¹ Pocos años más tarde el proyecto recibía un gran impulso al hacer un fuerte donativo nuestro Fernando de San Martín, y recibirse para la obra una real merced de 2,000 pesos de renta proveniente de encomiendas quitadas al Adelantado Montejo, su mujer y su hijo. Otro donativo de 1,200 ducados de rentas de los indios hecho por Leonor de Garibay vino también a engrosar el capital del proyecto.¹² El 22 de mayo de 1589 constaba por escritura haberse juntado un caudal de 2,101 pesos como donativo del vecindario en cabildo abierto.¹³

El 22 de junio de 1596 tomaban posesión del convento las que serían sus primeras ocupantes. Las religiosas fundadoras habían venido desde el convento de la Concepción de México y eran la madre Mariana Bautista, abadesa, María del Espíritu Santo, portera y tornera mayor, Ana de San Pablo, maestra de novicias, María de Santo Domingo, vicaria conventual, y Francisca de la Natividad, vicaria de coro y organista. A mediados del siglo XVII, la comunidad llegaba a cuarenta religiosas profesas, reclutadas de entre las hijas de los principales vecinos de Mérida.¹⁴

El obispo Izquierdo no tenía empacho en condenar un proyecto que, aunque piadoso, carecía a su entender de la solvencia necesaria. El primero de abril de 1598, el prelado le escribía al rey poniéndolo al día de los asuntos del convento, "comenzado bien en contra de mi voluntad y fuera de lugar en esta aldea". Las seis monjas concepcionistas importadas de México, proseguía Izquierdo, no se hallaban bien, pues "acostumbradas a un clima fresco se enferman, aplanchadas por el calor extremo".¹⁵

A pesar de las tal vez bien fundadas, pero impolíticas reservas del prelado, y de la aparente incomodidad de sus primeras reclusas, el convento meridano salía adelante gracias a su inmensa popularidad entre el vecindario. El 9 de marzo



Las Monjas, Mérida. Reja del coro.

de 1610 el gobernador Carlos de Luna y Arellano ponía la primera piedra de la iglesia, “asistiendo a ello toda la nobleza de la ciudad con mucho regocijo”. Veintitrés años después se abría la iglesia al culto con toda solemnidad.¹⁶

El conjunto, conocido localmente como “las Monjas” a pesar de su condición actual de parroquia secular, es una de las más genuinamente deliciosas reliquias coloniales de Mérida. Su más acusada característica externa es una torre-mirador soportada en parte por la bóveda vaída del santuario sobre cuya convexidad se asienta. La bóveda, construida por el gobernador Esteban de Azcárraga entre 1645 y 1648,¹⁷ es la más antigua de la ciudad después de las de la Catedral, y ostenta una primitiva red de nervaduras góticas en el intradós. La torre es de hecho una *loggia* dispuesta en derredor de la bóveda con aperturas otrora cegadas por celosías hacia tres de sus lados. Parece haber servido de mirador desde el cual la enclaustrada comunidad religiosa podía disfrutar de las brisas, la vista, y hasta una cierta intimidad con la vida de la calle sin sacrificar la virginal protección de la clausura.

Dentro de la iglesia, el severo carácter cenobítico de la fundación se impone a cada paso. El coro alto está sustentado por dos hileras de columnas crudamente trabajadas aun-

que esbeltas y graciosas. Entre la nave y el sotocoro se levanta una cancela de hierro forjado, equipada de sendas espinas férreas. Dos portones de hierro, uno a cada lado, comunican el sotocoro con la nave. Un confesionario trabajado en el espesor de la pared completa el conjunto.¹⁸

El propósito de rejas y celosías como las del convento meridano era permitir a las monjas asistir a funciones semi-públicas en la nave de la iglesia sin violentar los rigores de la clausura, recibiendo la comunión a través de una cratícula. De hecho sustraían a las residentes del espacio público de la iglesia y recordaban una vez más el matrimonio místico de las enclaustradas con Cristo. La analogía entre la clausura y el serrallo, por supuesto, aunque no intencional, no es por ello menos aparente. Debe notarse que esta erizada reja es la más antigua cancela de un coro de monjas mexicano que sobreviva en lo esencial.¹⁹

El profundo y recogido sotocoro así como el coro mismo eran aseQUIBLES solo desde el claustro. El objetivo, repetimos, era el de impedir cualquier contacto entre las monjas residentes y el siglo acechante más allá de las rejas y parapetos. Como sería característico en las iglesias de monjas de la Nueva España, la entrada pública está situada al costa-



Capilla del Hospital San Juan de Dios, fines del siglo XVI. Portada lateral.

do de la nave del lado de la epístola, paralela a la hoy calle 63. Desde allí se gana acceso desde el exterior a través de un pequeño atriozuelo.

La iglesia y anexos se encuentran hoy en bastante buen estado, aunque el conjunto haya sufrido crueles mutilaciones. El convento fue suprimido en 1863 y desalojado el 12 de octubre de 1867. Durante el gobierno del general Alvarado, el templo fue dado al pillaje y despedazados los retablos, costeados a mediados del siglo XVIII por el entonces obispo, fray Ignacio de Padilla y Estrada. La iglesia y convento han sido destinados a diversos usos: almacén de henequén, viviendas, escuela, bodegas. En 1920 el templo fue devuelto al clero, siendo reconsagrado como iglesia parroquial. El gran claustro con su hermosa escalinata fue remodelado como biblioteca y centro cultural durante la década de 1970.²⁰

Además de los franciscanos y las monjas concepcionistas, la otra orden religiosa activa en la península hacia 1600 era la orden hospitalaria de San Juan de Dios o teatinos, cuyo hospital quedaba inmediatamente al norte de la catedral

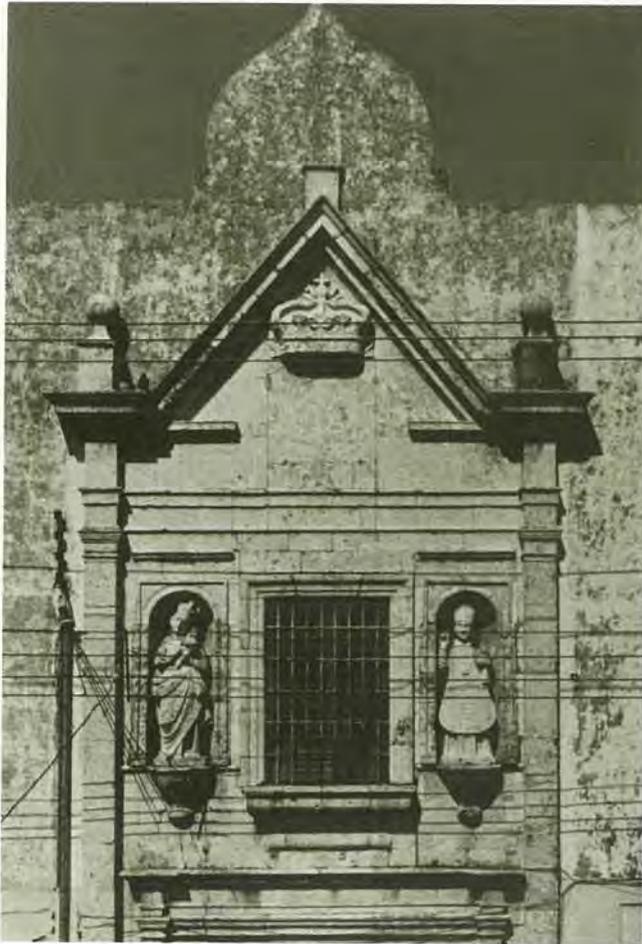
al cruzar la hoy calle 59.²¹ Los jesuítas, la tercera y última orden de varones en operar en Yucatán durante la colonia no harían su aparición sino hasta mediados del siglo XVII. En 1600, el lugar adonde se levantaría su colegio y hermosa iglesia, hoy llamada de “La Tercera Orden”, yacía vacante a dos cuadras al norte de la catedral.²²

El hospital de San Juan de Dios se levantaba en terrenos facilitados por otra pía pareja de linaje conquistador, don Gaspar Juárez de Avila y su mujer, doña Isabel de Cervantes, cuya mansión colindaba con la plaza mayor por el lado del norte (la esquina de 60 por 59 de la moderna urbe.) El hospital se dedicó el 18 de mayo de 1562 y fue formalmente traspasado a la orden de San Juan de Dios por el obispo fray Gonzalo de Salazar el 6 de diciembre de 1625. La graciosa capilla, dedicada a Nuestra Señora del Rosario y costeada enteramente con limosnas de los fieles, se hallaba en pie desde 1579.

La capilla del hospital de San Juan de Dios hace alarde de un refinamiento inesperado para tan temprano edificio. La entrada lateral, situada sobre la calle 61, está enmarcada por un primoroso alfiz de piedra en forma de rosario, alusión a la santa patrona. Sobre el alfiz luce una hornacina pequeña que ha mucho perdió su imagen, sin duda de la Virgen. Una pequeña entrada sobre el ábside, flanqueada por dos pilastras coronadas por urnas y cabezas de leones, da acceso a la calle.

La capillita es todo lo que sobrevive del antiguo conjunto hospitalario. Habiendo servido a los enfermos bajo los frailes hasta 1821, y después como enfermería municipal por 40 años mas, el edificio se destinó bajo el Porfiriato para albergue del seminario conciliar. En 1915 fue confiscado. Hoy se encuentra demolido, y es un milagro que la capilla haya quedado en pie. Por siglos esperanza y consuelo de los dolientes, la vacante capilla está hoy rodeada por un vil estacionamiento y algunas de las mas execrables edificaciones de concreto de que la moderna civilización iberoamericana es capaz en sus momentos mas venales e insensibles... Pero es hora de bajar del tejado con nuestro hipotético visitante. Exploremos con él la vasta sede del obispado de Yucatán al despuntar el siglo XVII.

El complejo catedralicio hacia 1600 comprendía al templo propiamente dicho y una serie de edificios aún en construcción dentro de la manzana al levante de la plaza principal. La obra de la catedral misma con sus 4,438.79 metros cuadrados de superficie estaba completamente terminada. Ello incluía el hermoso blasón de la fachada con su toisón de oro y su cartela (fecha en 1599), así como las torres gemelas, vistas ya en pie por fray Antonio de Ciudad Real en 1588 y terminadas del todo once años mas tarde.²³ El palacio episcopal, apenas comenzado, quedaba inmediatamente



Mérida. Pórtico del Seminario conciliar de San Ildefonso, establecido por el obispo Martínez de Tejada en 1751 y construido por su sucesor, fray Ignacio de Padilla, a fines de la década. El santo patrono de la diócesis, de mitra y casulla, ocupa el nicho de la izquierda. El local del seminario es hoy en día un comercio de telas y ropa.



Mérida, Catedral. Cuerpo central de la fachada.

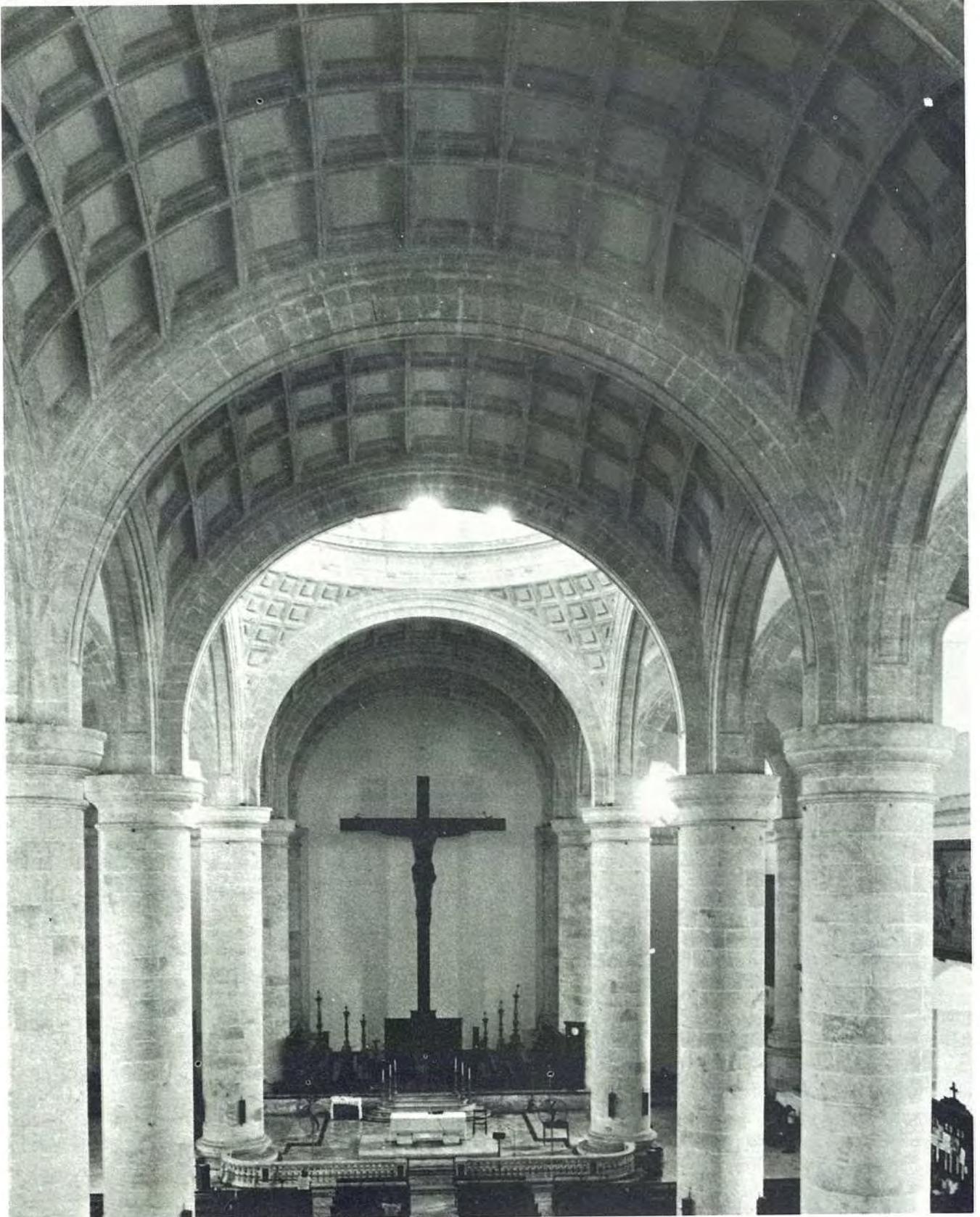
al sur del templo, repleto sin duda el vacante solar de piedras, tablados para los andamios, talleres y otras necesidades de la obra catedralicia.

No existían aún ni el Seminario Conciliar (obra de los Obispos Tejada y Padilla durante el siglo XVIII), ni la capilla del Divino Maestro, ni la de Santa Ana (hoy sagrario), ni la capilla llamada de San José, que por siglos sirviera de comunicación entre la nave del templo y el palacio episcopal. La capilla de San José fue demolida durante el bienio de 1915-16, terrible para la catedral, para abrir paso al "Pasaje de la Revolución". El propio palacio episcopal, una sobria estructura hispano-yucateca, fue remodelado también por aquella época por el arquitecto Manuel Amábilis para servir de sede al "Ateneo Peninsular". Remozado con enormes urnas y otros elementos *beaux-arts*, el antiguo episcopero

alberga hoy a las oficinas del distrito militar y numerosos comercios y dependencias.²⁴

A pesar de su espléndida arquitectura, el templo carecía de ornamentos interiores en 1600. Faltaban aún el coro y el primero de los dos retablos mayores que tuvo la catedral. El coro primitivo, obra del siglo XVII, estuvo situado en medio de la nave como se estilaba en las catedrales de la Nueva España. El actual de mampostería fue diseñado por el arquitecto Emilio Dondé e inaugurado por el primer arzobispo y trigésimo sexto prelado, Martín Tritschler y Córdoba, en 1902 (el monumento funerario de Tritschler puede verse aún en el pasillo del lado de la Epístola.)

El retablo original, combinación de elementos murales y de escultura, fue descrito en detalle por Cárdenas Valencia y Cogolludo, quienes lo vieron en su apogeo. Ya pasado de



Mérida. Catedral. Vista general de la nave.

moda despues de ciento y tantos años de servicio, fue reemplazado a mediados del siglo XVIII por el que subsistió hasta el saqueo realizado por turbas anticlericales en la noche del 24 de septiembre de 1915.²⁵ El gigantesco “Cristo de la Unidad” que hoy ostenta el ábside data de 1955. Es obra del escultor madrileño Ramón Lapayese del Río, y fue tallado en madera de abedul sobre una cruz de caoba.²⁶

El vasto recinto en sus primeros años debe haber lucido hermoso en su casta grandeza y majestuosas proporciones. Aunque naturalmente interesado en exagerar la pobreza del mobiliario y enseres de la catedral (ayer como hoy el más seguro camino a las arcas públicas), el Obispo Diego Vázquez de Mercado describía en 1606 el desnudo interior tal como luciría a los ojos de nuestro hipotético visitante en los albores del siglo XVII:

Para tal iglesia como tenemos no hay sino una imagen de lienzo puesta en un marco sin otra cosa... En seis altares que hay en las naves laterales no hay imágenes ni aderezo para ellas que es una gran falta. Sólo en uno está un Cristo pequeño arrimado a la pared y en otro una imagen de Santa Ana de bulto, muy pequeña, sin aderezos de cielos y doseles... no hay casullas y frontales de los colores que el ordinario manda conforme a las fiestas de los santos... De plata hay gran falta pues no hay una lámpara para el altar mayor donde hay sacramento. No hay para los caperos mas de dos cetros

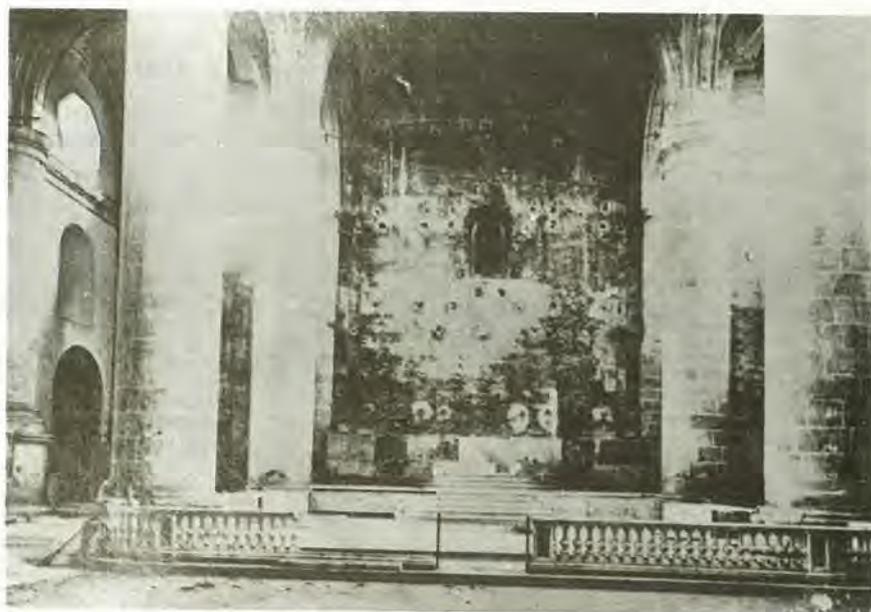
y son menester otros cuatro y muy gran falta de cálices y candeleros y de una custodia para las procesiones del Santísimo Sacramento y de un palio, que el que hay está muy viejo.²⁷

Este cuadro de pobreza material se subsanaría en años venideros.²⁸ Al escribir Cárdenas Valencia en los 1630, el interior de la catedral era ya motivo de orgullo cívico. El prolijo Cogolludo, dos décadas mas tarde, nos pinta un cuadro de una cierta opulencia; una gran catedral no sólo terminada en lo material, sino equipada digna y aún lujosamente. Infortunadamente, nada queda del diseño interior de la primera mitad del siglo XVII, corona de la magna obra comenzada en los albores de la conquista.

Al tiempo de la fundación de Mérida, Montejo el Mozo instruyó al clérigo Francisco Hernández seleccionar el mejor lote en la nueva ciudad “para construir la iglesia principal adonde los fieles puedan oír la doctrina y recibir los sacramentos”. La manzana de terreno al costado este de la plaza fue escogida, y una estructura provisional de techo de guano construida sin mas demora. Este edificio, poco menos que una “casa de paja”, estaba directamente al sur de la catedral, presente en el lugar que después ocuparía la capilla de San José, y hoy el inicuo “Pasaje”. Las fuentes están concordantes en que el edificio era de vil calidad. Durante la estación de lluvias el agua calaba como un cedazo, y durante la seca el riesgo de incendios era constante. Los horcones se podrían y



El antiguo retablo de la catedral, costado por el obispo Padilla y Estrada y dedicado por el obispo Antonio Alcalde, como lucía a principios del siglo.



La pared del ábside pocos días despues de su destrucción en septiembre de 1915.



Catedral. Querubines.

las paredes constantemente rezumaban humedad; en fin, la primitiva catedral no era muy recomendable, y siempre estaba necesitada de remiendos y arreglos.²⁹

Aún así, la iglesia provisional se las arregló para perdurar por casi medio siglo, durante los gobiernos de los cuatro primeros obispos residentes: el manso Toral, el implacable Landa, el docto Montalvo y el frugal Izquierdo, siempre quejumbroso ante el derroche y el malgasto. En abril de 1603 se transfería la Sagrada Forma al nuevo templo, en medio del mayor boato posible, y el antiguo jacal era demolido sin lamentaciones.³⁰

La fecha del comienzo de las obras en la catedral definitiva no está muy clara. En 1557, la Corona concedió a fray Juan de la Puerta, obispo electo de Yucatán, la primera de una larga serie de limosnas y dádivas para su futura sede. Una Real Cédula de 31 de agosto de 1561 conminaba al gobernador a dar inicio a la tarea, y es casi seguro que se comenzara a trabajar en serio poco tiempo después.³¹ La obra continuaría por más de una década sin que se logaran grandes progresos. Hacia marzo de 1571 cesó toda actividad constructiva en la catedral “por entenderse que iba errada y muy costosa”.³² Durante estos primeros años estuvo a cargo de la obra como maestro mayor Pedro de Aulestia.³³

Se ignora la causa de la moratoria de 1571: falta de recursos, dificultades técnicas o, lo que es más probable, una combinación de las dos, agravada por una relativa escasez de manos. Motivar y movilizar el siempre poco productivo trabajo indígena sería un grave problema para los constructores de los templos yucatecos durante todo el período colonial. Significativamente, en diciembre de 1572 la corona instruyó al gobernador de Yucatán de que no se agraviasen a los operarios indios siendo “justo que... sean bien pagados de sus jornales según el concierto”.³⁴

En enero de 1573, la campaña constructiva tomaba vuelo una vez más. Un año y medio más tarde se decía que el edificio estaba levantado dos estados, estimándose que se gastarían 200,000 ducados en su terminación.³⁵ (El costo total final de la catedral, tabulado por el obispo Izquierdo hacia 1599, fue de 240,000 pesos de a ocho reales.) Es evidente, por lo tanto, que más que “demasia y exceso”, la construcción de la catedral emeritense se realizó con una recomendable eficiencia y economía.³⁶

Al retornar fray Diego de Landa como obispo en 1571 se comenzó a pensar en construir un palacio episcopal, proyecto que recibió considerable apoyo de la Corona. En marzo de 1576, sin embargo, el gobernador Francisco Veláz-

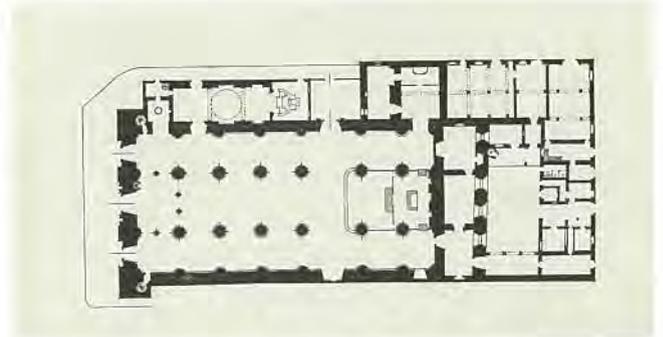
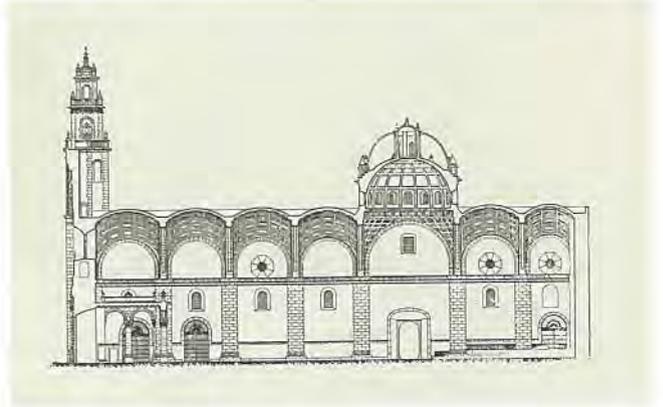
quez de Gijón aconsejaba se cancelara la construcción del proyectado palacio a fin de concentrar todas las fuerzas de la colonia en la creciente iglesia. Dadas las notorias, y a veces escandalosas desavenencias entre el voluntarioso Landa y el no menos obstinado gobernador, no es difícil explicarse su hostilidad al proyecto del palacio episcopal.³⁷

Fuera o no resultado de una política de concentrar recursos, al año siguiente de 1577 se reportaba que el circuito de las paredes del templo se hallaba terminado “hasta la altura de las cornisas”. Hacia 1581 se iban tallando las dovelas de los arcos, cerrándose el primero en marzo de 1583 en medio de un bosque de andamios destinados a las distintas bóvedas. El trabajo en arcos y cobertura continuaría a través de la década de los ochenta. En marzo de 1587 informaban al rey los oficiales reales estar cubiertas “cuatro capillas de las naves colaterales y el maestro dice que plugiendo a Dios procurará seguir las demás en todo este año para luego cubrir el vacío y nave a en medio”. Es probable que hacia 1590 estuvieran cerradas todas las naves y encaminada la cúpula del crucero. Más que un mero sueño, la inmensa edificación iba tomando forma y los devotos meridianos podían anticipar con pío regocijo adorar a Dios en su majestuosa catedral en el transcurso de sus días.³⁸

El extraordinario progreso de la obra durante los ochenta se debió mucho a la competencia cada vez mayor de la supervisión. En 1585, el obispo fray Gregorio de Montalvo trajo de La Habana³⁹ al arquitecto montañés Juan Miguel de Agüero, a quien se le asignó un salario anual de doscientos pesos de oro de minas, doscientas fanegas de maíz y cuatrocientas gallinas.⁴⁰ Agüero estuvo a cargo del proyecto hasta su muerte, a principios de 1590, a raíz de la cual se suspendieron las obras por algún tiempo.⁴¹

El cargo de veedor de la catedral era de importancia crucial al buen progreso de las obras, puesto que era al veedor a quien competía la diaria supervisión del trabajo y la logística de la construcción. La veeduría, empero, era una importante prebenda política a disposición del gobernador, quien, naturalmente, tendía a llenarla con sus deudos. Al llegar a su cargo el gobernador Velázquez de Gijón, por ejemplo, procedió a remover al veedor Muño de Castro nombrando en su lugar a un Nicolás de Aquino. Castro, quien consideraba “haber servido con diligencia”, envió una extensa relación a la Corona. De nada le valió; tales eran los engranajes del favoritismo oficial.⁴²

En 1584, bajo la influencia del eficaz obispo Montalvo, el gobernador Francisco de Solís nombraba veedor a Diego de Magaña. Sería una sabia elección. Magaña era hijo de uno de los conquistadores de la provincia y conocía el medio local. Aunque no era arquitecto ni alarife, tenía un singular don ejecutivo y hablaba con perfección la maya, len-



Corte transversal y planta de la Catedral de Mérida.

gua de los más o menos trescientos operarios nativos que trabajaban en la obra cada semana en el apogeo de su construcción. Bajo la supervisión del dinámico Magaña, las obras de la catedral tomarían un impulso sin precedentes.⁴³

Con la llegada del nuevo gobernador, Antonio de Vozmediano, el antiguo sistema de favoritismo administrativo volvió por sus fueros en detrimento de la obra. El 4 de abril de 1587, el Licenciado Bustamante Andrada, ex-teniente general bajo Solís, escribía a la Corona que el nuevo gobernador había nombrado al mayor de sus hijos por veedor con un salario de 200 pesos de minas. La salida de Magaña, argüía el frustrado ex-funcionario,

ha hecho harto daño a la fábrica de la obra porque ni el Alvaro de Vozmediano, hijo del dicho gobernador asiste a la obra, ni entiende la lengua, ni él a los indios, ni los indios dél, y sólo entiende en rondar calles y ojear ventanas y cuando le parece envía un paje suyo que dé una vuelta por el taller, cosa de harta lástima y cargo de conciencia.⁴⁴

Al concluir la década, sin embargo, lo más oneroso de la campaña constructiva había quedado atrás. Es de suponer que las relaciones entre el maestro Agüero y el holgazán hijo del gobernador Vozmediano no hayan sido las mejores,



Monumento de Manuela Gutiérrez de Estrada (muerta en 1838). Pormenor (Capilla del Divino Maestro.) El espléndido monumento a la hermana del que sería ministro de Maximiliano refleja el exquisito gusto de la cúspide del patriciado yucateco hacia mediados del siglo XIX. El diseño del monumento, la pose del viudo, vestido de toga romana y absorto en la contemplación del busto de su amada, el efebo que se apoya sobre una antorcha apagada y las alusiones mitológicas del friso sugieren el más puro clasicismo. El monumento fue tallado en Italia de mármol de Carrara y transportado a Yucatán.

pero esto sólo podemos conjeturarlo. Ya para entonces la obra había adquirido gran impulso, tanto como para superar los inevitables percances, la muerte del maestro hacia 1590, e inclusive la falta de entusiasmo del obispo Izquierdo. Mérida daba la bienvenida al siglo XVII con su nueva y flamante catedral campeando entre las majestuosas ruinas mayas y la modesta fábrica urbana de la incipiente ciudad.

La gran pregunta acerca de la majestuosa catedral emeritense tiene que ver con su extraordinario diseño. ¿Quién fue su autor o autores, y cuáles fueron sus fuentes?

Evidentemente, el gran templo emeritense es un monumento de gran originalidad. Entre las catedrales mexicanas de los siglos XVI-XVII es la más singular en su diseño. Sus proporciones y algunas de sus características más acusadas son, cuando menos, excéntricas. La aparente desproporción que guarda el empinado paramento de la fachada con el nivel de las bóvedas es notable. Ni hablar de los campa-

narios, la peculiaridad del conjunto que más frecuentemente llama la atención. (No son idénticos, dicho sea de paso, aunque lo parezcan, ni las hermosas guirnaldas manieristas que lucen en el almohadillado de los plintos tienen nada que ver con las plumas del Kukulcán, como insisten los guías.) Sugerimos al lector despabilado con acceso a una hora de asueto en el zócalo de Mérida, el fascinante ejercicio de detallar la fachada de Catedral, pasatiempo que ha deleitado a los meridianos de todos los tiempos.

Relacionar la catedral emeritense con sus posibles antecedentes españoles y europeos no es empresa fácil. Algunos elementos como el tratamiento de los arbotantes y la terminación exterior de la cúpula del crucero nos hablan de Andalucía, y en particular de la catedral de Sevilla. Andaluz también —la catedral de Jaén de Andrés de Vandelvira— es el modelo de nave y pasillos con techos de uniforme altura, que Mérida comparte con otros importantes templos catedra-



Monumento de Miguel Pablo Sastre Barjau (ca. 1869). Mármol de Carrara con rocallas de yesería (Capilla del Divino Maestro.) El sauce con la rama quebrada y el fuste roto de la columna son lugares comunes de la iconografía funeral del romanticismo. El ángel con la mano izquierda extendida hacia el suelo y la derecha hacia arriba sugiere la paradoja de la muerte cristiana: mientras el cuerpo se disuelve, el alma sube hacia Dios.

licios mexicanos del siglo XVI (Guadalajara y las versiones primitivas de México y Puebla.) El gran arco de la fachada entronca, según George Kubler, con el monasterio de los Jerónimos de Madrid y Nuestra Señora de la Victoria de Salamanca, donde se pretendió proteger así la excelente talla del imafrente.⁴⁵ Los hermosos casetones le dan al interior una extraordinaria elegancia y distinción.

El problema de la autoría de la catedral de Mérida hasta ahora sólo se ha resuelto parcial y ambiguamente. La más satisfactoria explicación es que el producto final, como casi todas las grandes catedrales europeas y americanas, haya sido el resultado de varias contribuciones episódicas. Pedro de Aulestia está asociado con los principios del proyecto, aunque no con sus postrimerías. El nombre de Gregorio de la Torre, quien se dice fue colaborador de Juan Miguel de Agüero, es apenas un trazo, una sombra en la documentación.⁴⁶ Como sabemos, la obra se suspendió en marzo de 1571 "por ir errada", reiniciándose por enero de 1573.

Agüero, cuyo nombre tiene tal vez más vigencia que ningún otro, conoció la emergente tradición catedralicia de la Nueva España e inclusive produjo una maqueta de la catedral metropolitana de México. Pero su entrada en la escena yucateca es tardía. Ya para 1585, cuando se sumó al proyecto, se estaban cerrando las bóvedas. Falleció al pie del andamio, como quien dice, en 1590. Es evidente que no puede atribuirse a él la concepción inicial del monumento. Empero, su contribución a sus fases postreras debe haber sido de-



Lápidas en el piso de la nave principal, Catedral de Mérida. Fines del siglo XIX y principios del XX. La otrora extensa colección de lápidas en los pisos y rodapiés de la Catedral ha desaparecido gracias a sucesivos arreglos y, sin duda, a una cambiante sensibilidad ante la muerte. La pérdida de los enterramientos de los obispos coloniales de Yucatán al instalarse un piso nuevo en la capilla del Cristo de las Ampollas hace pocos años, es especialmente lamentable. Aunque pocos, los monumentos funerales sobrevivientes en la catedral son, sin embargo, portadores de una fascinante historia.

cisiva y memorable. Después de todo, fue a el a quien se conmemoró en el anillo de la bóveda, ocho años más tarde.⁴⁷

Agüero fue un maestro de no poca capacidad. Se afirma que participó en la fortificación de La Habana (suponemos que en la construcción del castillo de la Real Fuerza, terminado en diciembre de 1582.)⁴⁸ Sin embargo, atribuir la severidad exterior de la catedral de Mérida a su presunta experiencia como arquitecto militar, lugar común del folklore catedralicio, no es convincente. (Otra improbable conseja del folklore emeritense sostiene que los planos de la catedral en realidad iban a Lima pero que, traspapelados por la burocracia imperial, fueron a dar a Mérida y allí se ejecutaron sin más.)

La figura de Juan de Magaña surge de las fuentes con un aura de simpatía. El dinámico y astuto capataz criollo, puente entre dos culturas, hizo posible buena parte del avance de la obra durante años cruciales. Otros nombres —pocos— resuenan apagadamente; apenas una ocasional mención en algún oscuro documento. Francisco Pool, carpintero que ganaba once reales por once días de su trabajo a fines de los ochenta; el también carpintero Diego Can, a quien se abonaban seis reales por tres días del suyo; Juan Sánchez, herrero de la catedral, y Gerónimo Pérez, sastre; Rodrigo de Alcocer, mercader a quien le compraba el obispo dos campanas por doscientos cincuenta pesos en 1588, y los anónimos operarios de una cuadrilla de indios de Umán a quienes

se pagaban "cinco tostones por cierta madera" por aquellos días.⁴⁹

La catedral de Mérida, obra de su esfuerzo, es el eslabón entre esas vidas, sumergidas en las brumas del pasado, y el

presente apurado y olvidadizo. Y lo será entre nuestro mundo y el de los meridianos de algún futuro cuyo sol seguirá quebrándose en sombras, prismas y dorados crepúsculos sobre la fachada masiva y solemne.

NOTAS: La Catedral de San Ildefonso y su entorno y el ex-convento de las concepcionistas ("Las Monjas")

1. Sobre la catedral, véase el clásico ensayo de Justo Sierra O'Reilly, "Catedral de Mérida." Con profunda intuición y su gran estilo, aquel insigne maestro produjo un análisis histórico del gran templo meridano que aun se lee con deleite y provecho a pesar del casi siglo y medio transcurrido desde su aparición en el *Registro Yucateco* en 1845 bajo el seudónimo "José Turriza." Ha sido reeditado en numerosas ocasiones, inclusive *C.C.R.E.Y.*, I, 345-349.
2. Fray Juan, Obispo de Yucatán, a la Corona. Junio 15 de 1599, *A.G.I., México 369*. Publicada en Scholes y Adams. *Quijada*, II, 112-115.
3. Traducción al español de la versión inglesa de Edmondson, *Ancient Future of the Itz'á*, 60.
4. Ya desde los comienzos de la obra se habían anticipado las predecibles críticas al tamaño y ambición del templo. En 1574, reflejando sin duda el sentir del vecindario, los oficiales reales de Mérida escribían al gobierno del modo siguiente: "es grande lástima que a cabo de treinta años no haya iglesia sino una casa de paja adonde se dice misa teniendo todos los españoles casas de piedra. Y si dijere alguno que es muy grande no lo es, y conviene que no sea pequeña porque no han de estar en misa unos sobre otros en tierra adonde se assan los pájaros de calor." Pero Gómez y Francisco Pacheco a la Corona, Abril 2 de 1574, *A.G.I., México 365*. Véase también Cárdenas Valencia, *Relación historial eclesiástica*, 37-38.
5. Sobre el fascinante palacete isabelino, véase en particular Rubio Mañé, *La casa de Montejo*. El mayorazgo lo fundó la viuda de Montejo el Mozo, doña María Andrea del Castillo, por testamento otorgado en Mérida el 15 de julio de 1585, vinculándolo en su hijo, don Juan de Montejo del Castillo. Doña Andrea, personaje desde todo punto de vista excepcional, fue una de las pocas mujeres an acompañar a sus maridos durante la conquista y parir sus hijos en la ruda frontera maya. Su esposo, Francisco de Montejo el Mozo dejó una deuda de 30,000 pesos, enorme para la época. Ello motivó que hubiese que sacar la casa a pública almoneda, de la cual la rescató la propia Doña Andrea con no pocos esfuerzos. Rubio Mañé, *La casa de Montejo*, 23-43. El apellido Montejo se perdió, *stricto sensu*, a la muerte sin sucesión del segundo titular del mayorazgo, don Juan de Montejo Maldonado, en 1643. El derecho al mayorazgo pasó por su hermana, Andrea de Montejo Maldonado (casada con Juan Velázquez de Salazar), a su sobrina, doña Guiomar de Salazar (casada a su vez con don Lucas de Paredes), y a través de ella a su hijo don Juan, quien estrictamente debía haberse llamado Juan de Paredes Salazar, pero tomó el nombre Juan de Salazar Montejo como le correspondía en su calidad de titular. Eventualmente el mayorazgo pasó al patrimonio de los duques de Montellano y Fernán Núñez en España. Rivero Figueroa, "Un pórtico," *La guirnalda*, I (1861), 141-142, reproduce el primer grabado conocido del pórtico de la casa de Montejo. Un visitante a la plaza grande en nuestros días sería afortunado de contar con la excelente guía manuscrita del Lic. Rodolfo Ruz Menéndez, "La plaza principal de Mérida y los edificios históricos que la rodean, 20 de noviembre de 1985," gentilmente obsequiada por el autor al que estas escribe. Véase también Montejo Baqueiro, *Mérida en los años veintes*, 9-24.
6. Cogolludo, *Historia*, II, 191.
7. Chamberlain, *Conquista*, 220-21.
8. Landa, *Relación*, 125.
9. Izquierdo a la Corona. Abril 1 de 1598, *A.G.I., México 369*; Izquierdo a la Corona. Febrero 10 de 1602, *A.G.I., México 369*.
10. Izquierdo a la Corona. Abril 1 de 1598, *A.G.I., México 369*. Concejo de Indias al Virrey, Conde de Monterrey. Abril 4 de 1599, *A.G.I., México 2999*.
11. Vozmediano a la Corona. Mayo 19 de 1590, *A.G.I., México 359*.
12. R.C. de Noviembre 9 de 1596, *A.G.I., México 2999*.
13. Cogolludo, *Historia*, I, 343.
14. Para un ensayo prosopográfico del convento véase Cogolludo, *Historia*, I, 403-418, citado en parte en *C.C.R.E.Y.*, I, 372-378.
15. Izquierdo a la Corona. Abril 1 de 1598, *A.G.I., México 369*. Véase también Izquierdo a la Corona. Febrero 2 de 1602, *A.G.I., México 369*.
16. Cogolludo, *Historia*, I, 275-276. Véase también la discusión en Cárdenas Valencia, *Relación historial eclesiástica*.
17. Cogolludo, *Historia*, I, 369.
18. Para una descripción detallada del conjunto, véase *C.C.R.E.Y.*, I, 367-378.
19. La mejor, y excelente discusión del tipo arquitectónico dentro del cual encuadra el convento meridano se encuentra en la obra de don Francisco de la Maza, *Coros de monjas*.
20. *C.C.R.E.Y.*, I, 376; Carrillo y Ancona, *Obispado*, III, 1235.
21. Cogolludo, *Historia*, I, 278-279.
22. Cogolludo, *Historia*, I, 276-277.
23. Diego Fernández de Velasco a la Corona. Enero 19 de 1599, *A.G.I., México 359*, también en Scholes y Adams, *Don Diego Quijada*, II, 20.
24. Urzáiz Lares, "Arquitectura neo-maya," en *Cuadernos de arquitectura*, 68-79.
25. El segundo retablo de la catedral fue costado por el obispo Padilla. Se concluyó en 1762, dos años después de su muerte, Alvarez y Urriola a la Corona, Agosto 23 de 1763, *A.G.I., México 3051*. Véase también Carrillo, *Obispado*, II, 847.
26. Díaz y Avila, *Catedral* (1983), 12; Carrillo, *Obispado*, III, 1347-1348.
27. Vázquez de Mercado a la Corona, Octubre 10 de 1606, *A.G.I., México 369*.
28. "Don Diego de Cárdenas a nombre de la Santa Iglesia Catedral, Marzo 5 de 1622." *A.G.I., México 370*.
29. Sobre la primitiva catedral véase R.C. de julio 4 de 1570, *A.G.I., México 2999 (II)*; Oficiales reales a la Corona, Abril 2 de 1574, *A.G.I., México 365*; Oficiales reales a la Corona, Marzo 18 de 1577, *A.G.I., México, 365*; Oficiales reales a la corona, Marzo 24 de 1582, *México 365*; "Cuenta y razón de... los dos novenos." *A.G.I., México 370*; "Certificación del

- Dean y Cabildo, Abril 23 de 1596." *A.G.I., México 370.*
30. Gutiérrez de Velasco a la Corona, Abril 26 de 1603. *A.G.I., México, 359.*
31. R.C. de Marzo 12 de 1557. *A.G.I., México 2999 (I)*; R.C. de Agosto 31, 1561. *A.G.I., México 2999 (I)*; también en Scholes y Adams, *Quijada*, II, 9.
32. Diego de Santillán a la Corona, Marzo 24 de 1571. *A.G.I., México, 367.*
33. *C.C.R.E.Y.*, I, 335.
34. R.C. de Diciembre 1 de 1572. *A.G.I., México 367.*
35. Oficiales reales a la Corona, Abril 2 de 1574. *A.G.I., México 365.*
36. Izquierdo a la Corona, Junio 15 de 1599. *A.G.I., México 369*, también en Scholes y Adams, *Quijada*, II, 112-115.
- Desde la época de los Reyes Católicos el ducado, que era una moneda nocial y no de circulación efectiva, adquirió lo que sería su equivalencia estable a través del siglo XVI: once reales de plata. De acuerdo a las cifras que poseemos, si el costo final de la catedral fue de 240,000 pesos de a ocho ($240,000 \times 8 =$ 1,920,000 reales) como afirmaba Izquierdo en 1599, el mismo es inferior en 280,000 reales al estimado de 1574 ($200,000 \times 11 = 2,200,000$ reales.) ¿Será posible que los funcionarios del siglo XX tengan algo que aprender de sus predecesores del XVI?
37. Velázquez de Gijón a la Corona, Marzo 24 de 1576. *A.G.I., México 359.* Sobre la rivalidad entre Landa y Gijón véase Clendinnen, *Ambivalent Conquests*, 109-110. Sobre el seminario, véase Baqueiro, "Seminario de San Ildefonso."
38. Véase Gómez y Carrillo de Albornoz a la Corona, Marzo 9 de 1587. *A.G.I., México 365.*
39. Llaguno y Amírola, *Noticias*, III, 67.
40. *C.C.R.E.Y.*, I, 335.
41. Vozmediano a la Corona, Mayo 19(?) de 1590. *A.G.I., México 359.*
42. R.C. de Junio 20 de 1581. *A.G.I., México, 2999 (IV).*
43. Solís a la Corona, Marzo 8 de 1584. *A.G.I., México, 359.*
44. "El Lic. Bustamante Andrada...", Abril 4 de 1587. *A.G.I., México 365.*
45. Angulo Iniguez, *Historia*, 152-159; Díaz, *Catedral*, passim; García Preciat, "Catedral de Mérida," 73-93; Kubler, *Arquitectura*, 127, 324-25, 351, 353n.; Toussaint, *Arte*, 186; Vargas Lugo, *Portadas*, 239-240.
46. Kubler, *Arquitectura*, 127.
47. En el anillo de la bóveda, actualmente cubierta por mugre y encalado, yace la siguiente leyenda: "Reinando en las Españas e Indias Occidentales la magestad del rey Felipe Segundo y siendo Gobernador y capitán general en su lugar teniente de estas provincias D. Diego Fernández de Velasco, se acabó esta obra. Fue maestro mayor de ella Juan Miguel de Agüero. Año de 1598." Cogolludo, *Historia*, I, 270.
48. Weiss, *Arquitectura colonial*, 30-36. Weiss no menciona al maestro Agüero en conexión con la Real Fuerza. El castillo de los Tres Santos Reyes del Morro no se comenzaría sino hasta 1588, cuando Agüero estaba ya en Yucatán.
49. "Cuenta y Razón, 1588." *A.G.I., México 370.*

San Miguel Arcángel Maní

Maní fue la Tlaxcala de Yucatán. Como Cortés en el dominio de Xicotécatl, hallaron los españoles brecha en Maní por donde resquebrajar la resistencia nativa, y en sus gobernantes, eficaces aliados. Ansioso de mantener en jaque a los Cocomes de Sotuta, sus tradicionales enemigos, Tutul Xiu de Maní mantuvo sus dominios discreta o abiertamente favorables a los castellanos durante buena parte de la fatigosa conquista.¹ No es obra del azar que fuera precisamente en la cabecera del cacicazgo adonde se acordó en 1557 el orden territorial que habría de regir durante los albores de la colonia.

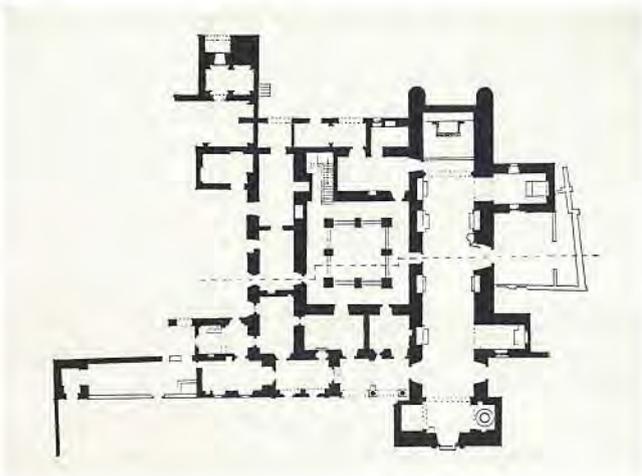
El llamado mapa de Maní, conservado actualmente en la Universidad de Tulane, es testimonio de aquel memorable congreso indígena en que se fijaron las fronteras de los diversos dominios nativos de la región. El dominio Xiu está representado como una gran circunferencia en cuyo centro

luce la cabecera del cacicazgo, simbolizada por su flamante iglesia y rodeada del sistema planetario de sus pueblos comarcanos.²

No es coincidencia tampoco que Maní fuera la primera provincia nativa en recibir misioneros franciscanos. Durante la segunda mitad de 1547, fray Luis de Villalpando y fray Melchor de Benavente comenzaron su gestión evangelizadora en Oxkutzkab, a unos ocho kilómetros de distancia. Un complot para asesinar a los frailes, frustrado por una oportuna delación y el arribo inesperado de un destacamento de castellanos, les hizo reconsiderar lo apropiado del lugar. A insistencia de Tutul Xiu, quien arguía que Maní podía ofrecer mejores recursos, los frailes mudaron su misión a aquella localidad.³ El monasterio fue erigido formalmente bajo la protección del alado príncipe de las milicias celestes



Maní. Atrio y conjunto misionero. Vista general.



Planta del Conjunto de Maní.

en el histórico primer capítulo custodial celebrado en Mérida el 29 de septiembre de 1549, fiesta de la Dedicación de San Miguel Arcángel.⁴

Como poco antes en Mérida, los pioneros franciscanos de Maní se alojaron en chozas de paja mientras se iniciaba la construcción del conjunto. En 1548 se comenzó a trabajar en serio, a pesar de que todavía no se había cumplimentado la formalidad de la erección, pero a los pocos meses hubo que interrumpir las obras por falta de carpinteros y albañiles. Hacia 1550, con muy buen juicio, se encomendó el proyecto a fray Juan de Mérida. La legendaria pericia de este incansable constructor daría un extraordinario impulso a la flamante misión.⁵

Construir todo el conjunto franciscano tomó un total de siete años. Ello incluía el convento, la iglesia, el gran atrio, la que sería renombrada escuela para jóvenes nativos y el afamado hospital. No todos los componentes, sin embargo, se construyeron al mismo tiempo o al mismo ritmo. Según fray Bernardo de Lizana, quien escribía poco menos de un siglo después, las obras del convento propiamente dicho se terminaron en sólo seis meses gracias a la intervención de fray Juan y los vastos recursos de mano de obra disponibles. Seis mil indios, refiere Lizana, tomaron parte en el proyecto durante aquellos afanados y polvorientos meses de principios de los 1550. Aunque es difícil creer los estimados de Lizana, para cuyo tiempo los esfuerzos pioneros de sus hermanos había adquirido ya visos de leyenda, es innegable que los constructores de Maní se manejaron con singular eficiencia y rapidez. A los primeros franciscanos les urgía dar fin a la que sería su base de operaciones en una extensa comarca.⁶

La escuela para indios de Maní requiere comentario aparte. Establecida por el hermano lego fray Juan de Herrera,

llegó a tener una fama extendida por toda la región.⁷ Como casi todas las escuelas misioneras de la época, la de Maní fue uno más entre los muchos instrumentos utilizados por los frailes para tramitar su mensaje, en este caso a través de los niños. Fray Juan de Herrera fue el primero en enseñar lectura, escritura, canto llano y “canto de órgano” (es decir, polifonía) a los mayas. Había llegado a la Nueva España con fray Jacobo de Testera en 1541. Después de permanecer un año en México, pasó a Guatemala, y de allí a Mérida, con Villalpando, en 1546. Herrera murió mártir en Sinaloa en 1560.⁸ Su contribución a Maní no se limitaría a la escuela. El diseño de la gran capilla de indios, la primera en la península, se debió también a él.

Es probable que los caciques de Maní no se imaginaran jamás la totalidad del cambio que les había sobrevenido. El antiguo mundo maya era singularmente tolerante con los dioses ajenos. La subyugación de un pueblo nativo por otro implicaba la incorporación de los dioses de los conquistados al panteón de los conquistadores, y con frecuencia lo contrario. Esto era radicalmente inaceptable para la religión de los españoles, cuyo Dios no admitía rivales. Entre ambas con-



Maní. Capilla de indios. Vista transversal.

cepciones se abría un abismo de incompreensión cuyas últimas ramificaciones han llegado hasta nosotros.

Es irónico que fuera precisamente en Maní, centro de la empresa misionera franciscana, adonde se produjo el primer conflicto serio entre la tenaz visión indígena y la ortodoxia exclusivista de los frailes.⁹ Los primeros años de la misión de Maní habían sido sumamente exitosos, brillantes inclusive. A la premura con que se iban levantando los contrafuertes y almenas de la iglesia iba aparejada una igualmente dramática conversión del pueblo nativo.

A principios de la década de los sesenta, sin embargo, comenzó a surgir evidencia de que no todo era miel sobre hojuelas. Reportes y delaciones comenzaron a revelar que bajo la superficie de una aparentemente pía cristiandad seguía latiendo el paganismo. En muchos casos, los informantes eran los propios niños mayas educados por los frailes. En mayo de 1562, una caverna llena de ídolos y ofrendas fue hallada accidentalmente por dos mozuelos cerca de Maní y delatada al guardián, fray Pedro de Ciudad Rodrigo. Según trascendió, aún dentro de algunas de las flamantes iglesias franciscanas se habían venido celebrando furtivamente cultos idolátricos, y las viejas y, para los frailes, siniestras deidades recibían blasfemo servicio sobre altares cristianos. Para horror de los franciscanos, llegó a hablarse inclusive del sacrificio de niños clavados a la cruz. Esto último, por cuanto remedo macabro de los más sagrados misterios de la religión cristiana, tenía una diabólica capacidad para horrorizar.

La "evidencia" de apostasía en gran escala, no sólo en Maní sino en toda la región central de Yucatán, precipitó el famoso proceso inquisitorial que tan mala fama póstuma le ha valido a su autor, el entonces provincial fray Diego de Landa. Para infortunio de los errabundos neófitos, Landa no era hombre de medias tintas. Aunque evitando escrupulosamente la efusión de sangre y la fractura de huesos, excesos repugnantes a la caridad cristiana y proscritos por derecho, los sospechosos de idolatría fueron consignados al cepo y a cuantos horrores legales, y algunos no muy legales, justificaba la defensa de la fe.

Colgados por las muñecas de la espectacular ramada de la capilla de indios con pesos suspendidos por los tobillos, numerosos presuntos idólatras fueron víctimas de la infamante "garrucha" inquisitorial. Algunos infelices, incapaces de resistir torturas diseñadas para las más robustas constituciones de los castellanos, expiraron en medio de sus tormentos o cometieron suicidio antes que someterse a la dolorosa humillación. La persecución culminó con un solemne *auto-da-fé* en el imponente atrio de Maní. A cruz alzada se repartieron corozas y sambenitos, silbó el látigo y se ejerció la pública vergüenza. En una enorme pira desaparecieron



Maní. Detalle del claustro.

millares de ídolos, numerosos códices, y hasta los restos exhumados de presuntos idólatras, enviados desde Mérida para alimentar el crujiente horror de las hogueras.

Aquel día sombrío de 1562, el conjunto arquitectónico de Maní era ya un todo harmónico y coherente; un clásico conjunto mendicante novohispano con su convento e iglesia, posas, pretil y majestuosa capilla de indios. Así permanecería hasta principios del siglo XVIII, en que su aspecto se alteró radicalmente debido a una serie de cambios; entre otros, la construcción de la actual fachada de la iglesia, el enmuramiento de la capilla de indios, la demolición de los antiguos portales (cuyos restos pueden verse aún), y posiblemente, el replanteo de parte del perímetro del atrio. De ahí resultó en sus lineamientos generales el conjunto que hoy existe.

A llegar el séquito de fray Alonso Ponce a Maní en 1588 habían pasado casi 20 años desde que se apagaran las piras de fray Diego. La antigua capital Xiu presentaba un aspecto atractivo y risueño que los visitantes, conscientes sin duda de los eventos de 1562, subrayaban con satisfacción. Según fray Antonio de Ciudad Real, el observador



Maní. Detalle del bautisterio actual. La pila está fechada el 22 de marzo de 1581.



Maní. Vista lateral de la iglesia.

cronista de la visita, llamaba la atención el porte y la aparente desenvoltura de los lugareños. “Es el pueblo de Maní”, escribía,

el mayor de aquella provincia, tenía más de tres mil tributarios y hay en él mucha gente ahidalgada y que en policía y viveza parece que hacen ventaja a los demás. Han sido y son los de Maní muy devotos de nuestro estado, muy domésticos y obedientes a nuestros frailes.¹⁰

El convento y la iglesia (repetimos, sin la presente fachada, que es obra del primer cuarto del siglo XVIII a pesar de su arcaísmo), daban una impresión de cuadrada solidez. Entre la fachada de la iglesia y la faraónica capilla de indios, un hermoso portal de arquerías, obra de fray Juan de Mérida, unía los diversos componentes del conjunto. Un pretil y cuatro posas, de las cuales sobrevive sólo una, completaban un atrio de explícita raigambre mendicante.¹¹

Una titánica ramada de 200 X 80 pies hacía las veces de nave frente a la enorme oquedad de la capilla de indios, dando un aspecto extraño e inusitado al monumento. En el santuario lucían, vívidas y brillantes, hermosas pinturas murales libradas hará unos tres años de numerosas capas de lechada de cal que impedían verlas, es cierto, pero que también las habían protegido de la intemperie por generaciones —ya están medio borradas. Sobre un cartucho situado en lo alto del ábside puede leerse con trabajo el año de su conclusión: 1580. Es por esos años que se dieron los toques finales a la misión. La pila bautismal se dedicó un año más tarde.

Es Ciudad Real quien atribuye la capilla de indios a fray Juan de Herrera, a quien califica como “muy hábil y de muy buenas trazas y gobierno”.¹² Que fray Juan estuviera inte-

resado en la transmisión del atrio mendicante mexicano a la nueva provincia es de esperarse. No hay duda de que nuestro fraile hubiera conocido clásicos atrios en los conventos de la Nueva España antes de pasar a Yucatán. Es posible postular una colaboración estrecha entre nuestros dos frailes Juan de Maní —Mérida y Herrera— con el primero, el arquitecto y constructor, a cargo del conjunto monástico propiamente dicho, y el segundo, el maestro y discípulo del gran pedagogo fray Jacobo de Testera, de la capilla de indios, atrio y anexos.

El convento e iglesia de Maní tienen una primigenia pesantez. El convento es de dos pisos de mampostería, con claustros de bóvedas de cañón que se sustentan en grandes pilares de planta cuadrada de tres metros de lado. Una cruda y masiva escalinata une el claustro bajo y el alto. El pavimento de recias baldosas está aún *in situ*. Las baldosas, los enormes pilares y las masivas bóvedas evocan una atmósfera cavernosa. Las paredes de los claustros están decoradas por significativos programas murales cuyo estudio y conservación urge.

La iglesia conventual representó una variación importante del modelo de la de la casa matriz en Mérida. La de Maní es una típica aunque primitiva iglesia mendicante novohispana, de nave única y presbiterio de bóveda gotizante con nervaduras de tosco diseño. El ábside descarga sobre gruesos e irregulares contrafuertes. Todo el trabajo de piedra atribuible a la primera época del conjunto tiene una excepcional crudeza. La enorme pila con su fecha “Março 22, 1581”, es ejemplar.

La fachada primitiva de Maní era mucho más sencilla que la actual, que ya hemos dicho es obra de principios del siglo XVIII aunque por su arcaísmo sea atribuida común y erradamente al XVI. Un frontón llano como el que aún puede verse en Sisal debe haber existido en Maní. Curiosa-



Corredor del claustro alto. Nótese la pesantez de las bóvedas de cañón.

mente, la fachada original tenía por delante un portal, parte de una *loggia* que comunicaba el pórtico de la capilla conventual con la de indios. Un arreglo similar en concepto puede verse aún intacto en Izamal. En otra parte he sugerido que el inventor de los idiosincráticos portales, comunes a un pequeño grupo de monasterios franciscanos yucatecos del XVI, puede haber sido nada menos que fray Juan de Mérida.

De gran interés, aunque nunca llegara a realizarse, fue el proyecto de construir en medio del atrio, adonde se levantó la enorme ramada que admiraran Ponce y sus compañeros “una iglesia de tres naves para los indios, muy capaz”. El plan, concebido alrededor de 1630 por el fraile-arquitecto fray Cristóbal de Rivera, se quedó en veremos, según Cogolludo, debido “a su enfermedad y calamidades de esta tierra”.¹³ A fray Cristóbal, sin embargo, se debe el planteamiento de la gran nave basilical de Oxkutzkab (terminada en la última década del siglo XVII), cuyo influyente concepto sirvió de modelo a las posteriores de Teabo y Tekax.

Fray Cristóbal, quien murió en 1645, nunca pudo ver la enorme nave de Oxkutzkab, cuya terminación data de los últimos años del siglo XVII. Se trata de una enorme nave construida en lugar de una antigua ramada de guano asociada

a un santuario de piedra. Como veremos en el ensayo dedicado a las capillas de indios de Yucatán, dejando de lado lo novedoso de la planta pseudo-basilical, la de Oxkutzkab se trataba de una situación típica en Yucatán.

No así el esquema de fray Cristóbal para la misión primada de la península. En Maní se pretendía construir una iglesia de tres naves específicamente para los indios en un establecimiento en que ya existía una respetable aunque pequeña iglesia conventual de mampostería, obra del siglo XVI. ¿Qué puede haber sugerido esta duplicación, esta extraordinaria yuxtaposición cuyo único otro paralelo en toda la Nueva España ocurre en el famoso monasterio dominico de Cuilapan en Oaxaca, donde una famosa “basílica” de peculiar diseño fue construida adosada a la antigua capilla de indios de una fundación adonde ya existía de antiguo una buena iglesia mendicante?¹⁴ ¿Habría conocido fray Cristóbal en algún momento el singular esquema de Cuilapan? ¿Habría sido su plan para Maní la presunta solución a las reducidas dimensiones de su iglesia conventual que, en todo caso, sería dramáticamente ampliada a principios del siglo XVIII? ¿Qué coyuntura sociopolítica, hoy sumida en el misterio de la indocumentación, puede haber informado este



Detalle de la portada. El escudo de las cinco llagas sobre la clave del arco (debajo), de más cruda talla y concepto, proviene de la fachada original del siglo XVI. El de los brazos cruzados, inspirado al parecer en el anterior, fue instalado al ser remodelada la fachada durante el primer cuarto del siglo XVIII. En aquella ocasión se insertó al revés una piedra proveniente del conjunto primitivo, como es aparente en la esquina superior derecha.



Tipikal. Fachada, arco de ingreso y pretil del atrio. La iglesia de Tipikal, visita de Maní, fue terminada en 1752, siendo sobrestante el franciscano fray Pedro de las Nieves y maestro de obras Alonso May. La hermosa fachada articula elementos decorativos típicos de Yucatán, tales como óculos, piñones, rolletes y arcos morunos. El tratamiento de la cruz sobre el parapeto del frontón —cuatro diamantes— es notable. La efectiva proporcionalidad de la fachada y la feliz integración de las espadañas y el frontón se conjugan en un ejemplar de gran ritmo y elegancia a pesar de su sencillez.

excéntrico esquema que, además, nunca llegó a hacerse realidad?

Es un misterio que tal vez nunca pueda ser esclarecido. Las siguientes consideraciones, sin embargo, son pertinentes. A medida que avanzaba el período colonial, la autoridad regional de que otrora gozara la capital Xiu habría tendido a disminuir, y Maní a ocupar el lugar que le correspondía en el nuevo esquema; no ya la capital de un principado maya, sino uno más entre toda una constelación de pueblos comarcanos, y no precisamente el más ventajosamente situado. A mediados del siglo XVII, Maní ya no era lo que había sido. Ticul estaba mucho mejor ubicado respecto de las redes de comunicaciones del Yucatán español, y Tekax respecto de la emergente frontera misionera franciscana en el Petén. Oxkutzkab y Teabo tenían una creciente importancia agrícola.

Es probable que la disminución de la importancia real de Maní haya inspirado, como sucede a menudo, que los caciques locales pretendieran reafirmar una grandeza de la cual quedaba la memoria, pero poco de la realidad. La colosal "iglesia de tres naves" de fray Cristóbal bien pudiera ser una

expresión de tales aspiraciones, e inclusive un intento de complacerlas. Si es así, el que no se haya construido es evidencia de la pérdida de influencia y capacidad por parte de Maní entre los poblados mayas de la región. En todo caso, es de notar que las más pujantes y estratégicas fundaciones vecinas como Ticul, Oxkutzkab, Teabo y Tekax, fueron escenario de importantes obras desde mediados hasta finales del siglo XVII.

Siguiendo esta lógica, la ampliación de la nave de Maní a expensas de los antiguos portales, terminada en tiempos de la guardianía de fray Buenaventura de Cevallos (¿1716?), sería una forma de aplacar lo que suponemos comprensible descontento local.¹⁵ Al despuntar el siglo XVIII, la iglesia de Maní, de ser la más importante de la región siglo y medio antes, había pasado a ser la más pequeña, oscura y obsoleta, con su fachada espartana oculta por un portal incomprensible, su mínimo coro y su reducido tamaño.

Es interesante notar que la construcción de la elegante aunque sobria fachada que hoy admiramos parece haber sido un ejercicio estético, no práctico, pues la capacidad añadida





Página anterior y fotografía superior. Maní, Claustro. Fragmentos del programa mural (pormenores). Ejecutados a la grisalla, los murales de Maní, recientemente destapados, están en peligro de desaparecer. En la página anterior, de singular elegancia y donaire, representan a una santa mártir (nótese la palma del martirio en su mano derecha.) La fotografía superior, de mayor pesantez formal, representa la Visitación.

a la nave es mínima. Eso sí, el aspecto exterior del monumento cambió radicalmente al recibir lo que hoy es su más característico componente: su fachada coronada por espadañas de hermoso diseño con su hermosa estatua del Arcángel Miguel en el nicho. La ampliación de la nave de Maní a principios del siglo XVIII parece haber generado también la construcción de la capilla lateral conocida hoy como del Santo Sepulcro.

Existe dentro de la nave de Maní, dispuesta sobre un plinto en el sotocoro, a la izquierda de la puerta principal, una gran cruz de piedra de 145.2 cm de alto.¹⁶ Sobre la cruz se muestra una efigie del Salvador realística y convencionalmente crucificado con su mano derecha en disposición de bendecir. De este crucifijo con su Cristo obviamente ectomorfo se afirma localmente, no sin ironía, que representa a un maya. Infortunadamente, fue seriamente dañado durante la creciente anticlerical de los años de Alvarado (que le costó

a Maní, dicho sea de paso, buena parte de su atrio.) Con posterioridad a aquellos eventos el singular crucifijo fue adecuadamente reparado por manos desconocidas, y allí está.

El que ésta de Maní haya sido una cruz de atrio es altamente cuestionable. En dramático contraste con el resto de la Nueva España, no hay indicación de que existiera en Yucatán cruz atrial alguna consistente con el modelo mexicano ni en el diseño ni en el emplazamiento. Es posible que este dudoso ejemplar estuviera situada en el pináculo de la iglesia conventual o, lo más probable, en el de la capilla de indios, aunque esto es solo una suposición. Hasta bien entrado el siglo XX estuvo en medio del patio del claustro.

Digno de notar es el extraordinario retablo de San Antonio de Padua situado en la nave en el lado de la epístola, el mejor y más interesante de la media docena de retablos sobrevivientes en Maní. De este relativamente bien conocido ejemplar existe una virtual réplica en Teabo. Es riesgoso



Maní. Cruz monumental cuando aún estaba instalada en el claustro. Foto ca. 1910.

fechar el retablo en ausencia de documentación adecuada aunque su arcaísmo es patente. Estilísticamente corresponde a un grupo de retablos que, en su conjunto, pueden situarse alrededor de 1700.

El reciente descubrimiento de programas de pinturas mu-

rales, uno de ellos dedicado a San Antonio de Padua, detrás de los retablos laterales de Maní, confirma una vez más la presencia de material pictórico de primer orden atribuible a las etapas iniciales de la vida del monumento. Es importante su estudio y documentación antes de que el tiempo dé cuenta de materiales de tanta importancia.

Maní, como tantos otros monumentos religiosos coloniales de la península, se alza sobre una plataforma prehispánica cuyas piedras fueron utilizadas en la construcción del conjunto misionero. En varios lugares del poblado pueden verse aún, engastadas en las paredes, piedras talladas extraídas de las antiguas edificaciones. De extraordinario interés, aunque en sí no sea parte del conjunto religioso, es la portada de la antigua casa real, irónicamente conocida por el vulgo como “casa de Diego de Landa”. La portada del siglo XVI es de gran crudeza en la ejecución, aunque iconográficamente fascinante con su sol y luna en las enjutas. Sin duda se trata de una de las tallas coloniales más excepcionales de Yucatán.

El convento de San Miguel Arcángel se mantuvo bajo control de los franciscanos hasta la exclaustación de 1821. John Lloyd Stephens, visitante en 1839, reporta una escena de puertas y ventanas rotas, goteras y maleza. “Construido sobre las ruinas de otra raza”, concluía, “le ha llegado también su turno de hallarse vacilante y próximo a convertirse en cabal ruina”.¹⁷ Afortunadamente, la sombría predicción no llegó a realizarse. A pesar de todas las vicisitudes de su historia, el convento de Maní ha sobrevivido. Consolidado y en vías, esperamos, de adecuada restauración, continúa sir-



Retablo de San Antonio, Maní.



Retablo de San Antonio. Predella.



Retablo de San Antonio. Pormenor: San Antonio predica en lenguas.



Retablo de San Antonio. Pormenor: San Antonio predica a los peces.



Pormenor del retablo mayor. Maní.



VIDA Y MILAGROS DE UN SANTO: EL RETABLO DE SAN ANTONIO EN MANÍ

El retablo mejor conocido de Yucatán es el dedicado a San Antonio en Maní. Aunque su sabor arcaizante es innegable y algunos lo suponen del siglo XVI, data de finales del siglo XVII a principios del XVIII. Pertenece a un grupo de retablos afines, producto sin duda de un mismo atelier. Detrás del actual retablo se encuentran restos de un programa de pinturas murales, parte de un retablo anterior ya desaparecido.

El programa del retablo que aún existe enaltece al gran santo portugués, colaborador estrecho de San Francisco. En lugar de pilastras, el entablamento está sostenido por hermosas esculturas a manera de cariátides cuyas tocas se truecan en capiteles fantásticos.

Es muy probable que el actual retablo de San Antonio haya sido construido sobre retablos pintados de la época

primitiva de la colonización. Es de madera de cedro estofado y dorado, y ocupa un nicho sobre la pared del templo del lado de la epístola.

En la cúspide del retablo, San Antonio recibe la estola de manos de la propia Virgen, singular honor que recibió el santo en premio a su humildad. En la hornacina inmediatamente debajo se encuentra la imagen principal de bulto, aunque ya sin la figura del Niño Dios sentado sobre el libro que sostiene el santo con la mano izquierda. El lirio que alguno vez tuvo en la mano derecha ha desaparecido.

A ambos lados, entre las cariátides, cuatro paneles tallados relatan eventos de la vida del santo, temas que se repiten en el banco y la predella. La última es de un gran encanto, a pesar del perjuicio que ha sufrido en los últimos años a manos de vándalos y zoquetes que, entre otras cosas, han pretendido raspar la lámina de oro en la creencia, sin duda, de que así obtendrían algún provecho económico. La rajadura que aparece a lo largo de la predella, y que

amenaza dañarla sin remedio, se ha manifestado también en los últimos años de irresponsable manoseo.

¿Que representa esta compleja escena con sus dos caballeros de copetín y un asno arrodillado en una esquina?

En alguna ocasión, San Antonio trató de convencer a dos descreídos de que Cristo estaba presente en el Santísimo Sacramento. Ni modo; sus interlocutores rehusaban aceptar sus argumentos. Aconteció pasar por allí un sacerdote con el Viático; y un asno, al ver aproximarse la Sagrada Forma, cayó de rodillas en adoración. Moraleja: si Dios lo permite, hasta un burro puede darse cuenta de la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

Tales historias están tomadas de la extensa hagiografía de San Antonio de Padua, uno de los santos mas populares del medioevo (y, por supuesto, del Yucatán franciscano.) Entre las fuentes mas importantes de esa hagiografía están las Fioretti o "Florecillas de San Francisco," algunas de las cuales se re-

fieren a su lugarteniente y colaborador.

SAN ANTONIO PREDICA Y LOS EXTRANJEROS LE ENTIENDEN EN SUS PROPIAS LENGUAS

El maravilloso vaso del Espíritu Santo, San Antonio de Padua, uno de los elegidos de San Francisco, el cual le llamaba su vicario... expuso la divina palabra con tal eficacia... que todos los presentes, de diversas lenguas, le entendieron en la suya respectiva con toda claridad. Todos estaban estupefactos, pues se dijera renovado el maravilloso milagro de los Apóstoles del día de Pentecostés, los cuales por virtud del

Espíritu, hablaban todas las lenguas. Y decían los oyentes con gran admiración, unos a otros:

—¿No es de España éste que predica? ¿Y como oímos todos en su palabra la lengua de nuestra propia tierra?

LOS HEREJES REHUSAN ESCUCHAR A ANTONIO Y ESTE LE PREDICA A LOS PECES

Estando San Antonio en Rímini les predicó muchos días la fe de Cristo a los herejes... pero ellos ni le escuchaban. Un día, por divina inspiración, se fue Antonio a la desembocadura del río, y

sentándose comenzó a predicar a los peces:

—Oíd la palabra de Dios, peces del mar y peces del río, ya que los infieles no quieren oírlos.

Al instante acudieron muchos peces grandes, pequeños y medianos. Y tenían la cabeza fuera del agua mirando a San Antonio con grandísima paz, orden y mansedumbre. Al oír su sermón y consejos los peces comenzaron a abrir la boca e inclinar sus cabezas y, según su capacidad, alababan a Dios.

Floreccillas de San Francisco, 87.



viendo a los lugareños y al pueblo de Yucatán.

Un día antes de partir, decidimos, como Stephens y sus compañeros en una ya remota tarde del seis de marzo de 1839, esperar el crepúsculo sobre el techo de la gran iglesia. Desde allí, los viajeros de aquel ayer lejano habían vislumbrado a la luz ambarina de una tarde yucateca algunos de los poblados que aparecen en el mapa de Tulane, que entonces se conservaba aún en los archivos de la parroquia. Todavía hoy puede verse en lontananza el puñado de pueblos delatados por las torres de sus iglesias. La espadaña de Tipikal jugaba al escondite con el sol. Otros eran apenas celajes,

conjurados por la magia del lugar y del momento; fantasmas de un historia remota y a la vez palpable en las vetustas piedras que nos sostenían.

Poco parecía haber cambiado en aquel paraje. Las golondrinas tejían el velo de sombras que iba cayendo sobre la ondulada planicie. Un sacristán de sandalias y guayabera encendió sin más ceremonia las azuladas luces de neón para la oración vespertina. Sonó la campana destemplada, y bajamos. Rodeada de una cálida penumbra, como una enorme nao a flote en el océano del tiempo, la iglesia de Maní parecía poner proa a la eternidad.

NOTAS: San Miguel Arcángel Maní

1. Sobre el contexto nativo del cacicazgo de Maní antes de la conquista véase Chamberlain, *Conquista*, 209-210 y Clendinnen, *Ambivalent conquests*, 148-149.
2. Roys, *Indian Background*, 175-194.
3. Lizana, *Devocionario*, 52r-55r; Ancona, *Historia*, II, 48-54.
4. Cogolludo, *Historia*, I, 301.
5. *Relación breve y verdadera*, II, 471-472.
6. Lizana, *Devocionario*, 89 v.
7. *Relación breve y verdadera*, II, 472.
8. La vida de fray Juan de Herrera se conoce fragmentariamente. Véase Lizana, *Devocionario*, 43v. y 48r., 52v. y 78v., y Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, 382- 760-761.
9. Sobre los eventos de 1562 y su trascendencia, véase Clendinnen, *Ambivalent conquests*, especialmente el capítulo 6, pp. 72-92.
10. *Relación breve y verdadera*, II, 472.
11. Para una discusión documentada sobre los portales yucatecos del s. XVI, véase Bretos, "Fray Juan de Mérida y los portales franciscanos."
12. *Relación breve y verdadera*, II, 472.
13. Cogolludo, *Historia*, II, 566.
14. Acerca de Cuilapan véase McAndrew, *Open-air churches*, 598-619 y Mullen, *Dominican architecture*, 95-124. Mc Andrew nota en su discusión cierta afinidad funcional entre la "basilica" de Cuilapan y las ramadas yucatecas. Compartimos enteramente ese punto de vista.
15. La evidencia consiste de una placa atribuyendo la conclusión de las obras al provincialato de fray Buenaventura. El C.C.R.E.Y. atribuye la fachada al siglo XVII en base al estilo sin ser persuasivo.
16. Para una excelente discusión de las cruces atriales mexicanas véase Monteverde "Sixteenth Century Mexican Atrio Crosses" y McAndrew, *Open-air churches*, 247-254. De acuerdo a McAndrew (*Open-air churches*, 250), la de Maní es la única presunta cruz atrial novohispana que ostenta un corpus naturalista. Clendinnen parece aceptar la existencia de cruces atriales en el contexto de su argumento, Clendinnen, *Ambivalent conquests*, 174-175.
17. Stephens, *Viajes*, II, 220-21.

Mérida: el Convento Mayor o de La Asunción y el del Tránsito de Nuestra Señora (“La Mejorada”)

Los franciscanos construyeron en Mérida dos conventos: el de la Asunción, conocido comúnmente como “convento mayor” o “grande de San Francisco”, y el del Tránsito de Nuestra Señora o de la Mejorada. El primero, obra del siglo XVI, ya no existe.¹ Buena parte del monumento yace como gravilla bajo las calles de la ciudad, triturado por una pala mecánica en nombre del progreso. El visitante distraído apenas puede imaginarse que donde hoy se levanta el chato mercado municipal de Mérida se alzó alguna vez, austera e imponente sobre un enorme *mul* prehispánico, la casa matriz de los franciscanos de Yucatán.

La Mejorada, la segunda fundación franciscana de la capital yucateca, data del siglo XVII. Aún continúa rindiendo servicios a la comunidad; la iglesia como templo parroquial, y el convento, ya restaurado, como sede de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Autónoma de Yucatán y foco de unos de los rincones monumentales más atractivos que le quedan a Mérida. La historia de los dos edificios, trágica en el primer caso y esperanzadora en el segundo, refleja el azaroso existir de los monumentos de la península.

La pasión y muerte del antiguo convento de San Francisco comenzó el primero de febrero de 1821 al llegar a Mérida el decreto de las Cortes españolas de primero de octubre del año anterior, por el cual se clausuraban los monasterios de las órdenes mendicantes en todos los dominios de Fernando VII. La ley disponía el cierre inmediato de los conventos cuya población religiosa fuese menor de doce frailes profesos. En Yucatán ello implicaba la disolución automática de todas las casas de la orden, veinticinco en total, con dos excepciones: precisamente la de los dos conventos capitalinos, cuya población frailuna superaba a la tradicional docena. El último gobernador español, el liberal Juan María Echéverri Manrique de Lara, se apresuró a ejecutar el decreto.²

Como la ley también estipulaba que no podían existir más de dos conventos de la misma orden por ciudad, las autoridades tomaron la decisión de cerrar el de San Francisco y conservar el mucho más modesto de la Mejorada. El convento matriz, amén de su prestigio y asociaciones históricas, estaba situado dentro del recinto de la ciudadela de San Benito, fortín del cual dependía la defensa de Mérida. Ya de



Vista de la iglesia de la Mejorada desde la explanada del Cuartel de Dragones.

antiguo esta excepcional circunstancia era causa de fricciones entre la orden seráfica y el gobierno colonial. La ocasión de resolver esa disyuntiva, por lo tanto, no debía dejarse pasar. Además, la selección de la Mejorada, incapaz de dar alojamiento a más que un puñado de frailes, garantizaba que el mayor número posible de franciscanos optaría por secularizarse, llenándose así otro importante objetivo de la legislación.

El día mismo de la llegada del decreto a Mérida se ponía en marcha el mecanismo de despojo. Guardias armados ocupaban los edificios mientras se inventariaban sus alhajas y pertenencias. El 15 de febrero se hizo el traspaso formal mientras turbas antifranciscanas se lanzaban a calles y plazas al grito de “¡Fuera frailes!”. En aquel ambiente acalorado, el cierre del convento devino en saqueo. Se destruyeron los altares y perdieron en un solo día fatídico casi trescientos años de acumulación documental, histórica y artística. Allí se perdieron las sargas que había traído Montejó a la conquista, multitud de estatuas y pinturas, y por supuesto, los archivos de la provincia franciscana de San Josef de Yucatán. De hecho, aquel día ya remoto quedaba liquidada y disuelta la provincia franciscana de San Josef, única en las Américas en sufrir semejante sino.

Ya para 1845 la ruina era tan radical como para inspirar la siguiente cuarteta:

¡Ruina lamentable!
Verse en un momento
castillo y convento
en tal soledad.

Que nocturnas aves
gózanse en su ruina
y el musgo domina
su oscura hoquedad.

Entre lo poco que ha sobrevivido de aquel naufragio, cabe anotar una monumental pintura de la Inmaculada Concepción entre San Francisco y Santo Domingo, debida a fray Miguel de Herrera (siglo XVIII) que hoy pende en la catedral de Mérida.³ Recientemente restaurada, es hoy uno de los tesoros de arte de la Catedral.

La construcción del gran monumento casi tres siglos antes fue un corolario de la conquista de Yucatán. Al llegar los castellanos a la antigua Ich Can Si Hó, el lugar adonde se levantaría el convento de San Francisco era una de las enormes plataformas de la ciudad prehispánica. Escogida aquella eminencia por Francisco de Montejo el Mozo para emplazar allí la fortaleza de la ciudad española, hubo de cederla eventualmente a los frailes a insistencia de fray Loren-

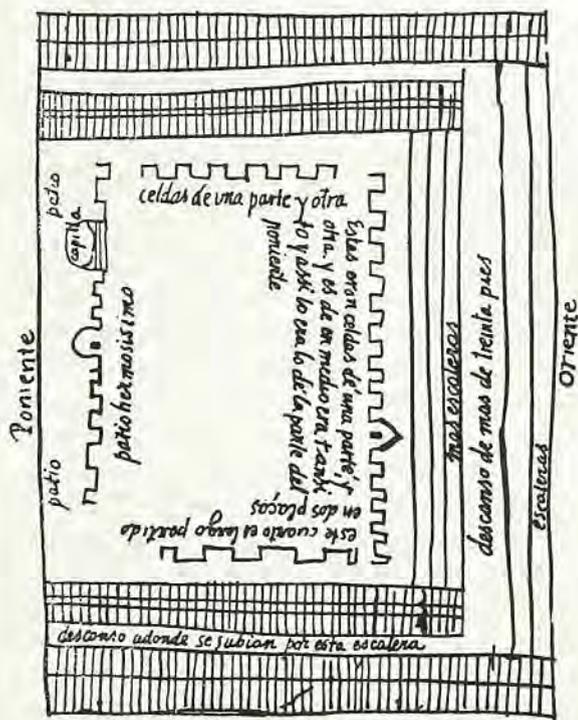
zo de Bienvenida.⁴ Landa nos da una detallada descripción del *mul* maya, incluyendo un plano —un “borrón”, en sus palabras.⁵

El futuro obispo describe un gran espacio cuadrangular afín al famoso cuadrángulo llamado de “Las Monjas” en Uxmal. Cada uno de los cuatro edificios largos y estrechos que conformaban el cuadrilátero consistía en una hilera de recámaras con bóvedas mayas que el propio Landa describe como “celdas de frailes”. La crujía del lado del oeste tenía además una “capilla” —la expresión, de nuevo, es de fray Diego— situada a tres cuartas partes de la longitud de su eje norte-sur. La estructura redonda que a Landa le sugería una capilla pudiera haber sido algo similar al famoso “Caracol” de Chichén Itzá.

El tamaño de este complejo e impresionante conjunto era apreciable. Landa nos informa haber tenido una extensión de “dos carreras de caballo desde la parte del oriente”, aunque no está claro si se refiere al costado o al perímetro. Si damos por sentado que el área del cuadrángulo maya habría correspondido poco más o menos a la del atrio del convento, un estimado de 430 metros para el perímetro del cuadrángulo primitivo no estaría fuera de lugar. Tal estimado sería enteramente consistente con Uxmal y con la escala implícita en el “borrón” del futuro prelado. En la traza de la Mérida del siglo XIX la plataforma y explanada circundante estaban limitadas poco más o menos por el espacio comprendido entre las hoy calles 52, 69, 58 y 65.

Los frailes no demoraron en tomar posesión, sentando sus reales en el edificio que bordeaba el cuadrángulo maya por el lado del norte. Durante los primeros meses de ocupación hubo que realizar urgentes alteraciones para acomodar las necesidades de la misión y de la comunidad monástica. Es altamente significativo que una buena parte de las edificaciones mayas fueron preservadas e incorporadas al conjunto conventual, logrando sobrevivir algunos restos hasta el siglo XIX, cuando John Lloyd Stephens notó con asombro la presencia de arcos mayas en el corredor del patio principal.⁶

La supervivencia de parte del conjunto maya dentro del cristiano, circunstancia sin precedentes en Yucatán, se explica por lo poco usual de la coyuntura franciscana en el convento matriz. En primer lugar, es posible que lo elevado de la población monástica de Mérida sirviera de incentivo para conservarlo. Unos cincuenta frailes moraban en San Francisco en pleno siglo XVII, y es de suponer que aun en los primeros tiempos el convento tuviera un relativamente alto número de residentes que albergar. ¿Por qué no aprovechar aquéllo? Después de todo, no fue sólo Landa, sino también el perspicaz fray Lorenzo de Bienvenida quienes nota-



Croquis del edificio maya sobre el que se asentó el convento Grande de San Francisco, según Landa.



Mejorada. Fachada.



Mejorada. Pórtico.

ran la similitud de las recias recámaras abovedadas de los “palacios” mayas con celdas monásticas.

Además, el convento mayor no era en realidad una misión de indios, donde la insistencia por la ortodoxia fuera de la mano con una medular desconfianza hacia las formas expresivas del pasado indígena. La casa matriz franciscana era un convento español situado en medio de una villa española, y a salvo por lo tanto de la prevaricación idolátrica y la apostasía siempre latentes en el mundo nativo del interior. La relativa seguridad de la capital debe haber facilitado la intimidad con el pasado maya evidente en el convento matriz.

Es curioso que en el convento franciscano de Mérida se haya conservado hasta bien entrado el período colonial un extraordinario objeto cuya presencia en prácticamente cualquier otro establecimiento seráfico de Yucatán hubiera sido poco menos que inconcebible. Se trataba de la famosa “Cruz de la Conquista”, una contundente escultura de piedra que Cogolludo, quien la vio instalada en el claustro, describe como “del grosor de una sesma...y como de una vara de largo”.⁷

La cruz, emplazada originalmente en lo alto de la iglesia como protección contra los rayos, fue movida al claustro



Arco de Dragones.

hacia 1640 al ser volteada por un temporal. Algo dañada en su reputación, suponemos, la cruz fue dispuesta sobre un plinto de piedra con una cartela que anunciaba haber sido encontrada en Cozumel “sin tradición.”⁸ Es posible que esta famosa cruz, hoy perdida, haya sido originalmente un objeto de escultura prehispánica adicionalmente trabajado, por supuesto, para incorporar los elementos de la iconografía cristiana. Infortunadamente, no existe evidencia para ir más allá de esta suposición.

El convento franciscano de Mérida se debió a fray Juan de Mérida. Infortunadamente, la información que poseemos sobre este benemérito personaje es fragmentaria. Sabemos que fue arquitecto de profesión y que llegó a Yucatán como conquistador habiendo tomado el hábito ya en tierra yucateca. No hay duda de que fray Juan, quien fue el primer fraile en profesar en la nueva provincia franciscana, llegó a merecer la confianza de fray Diego de Landa y fray Lorenzo de Bienvenida, pues viajó con este último a España en los 1560. La obra constructiva de fray Juan fue extensa e importante, y se le atribuyen además los monasterios de Maní, Izamal, parte de Sisal “y porciones de otros que son templos fuertes y bien obrados”.⁹



La Mejorada. Tarja conmemorativa de la inauguración del templo, 1640.



Calle 59 N° 447. Ejemplar de casa urbana emeritense en las cercanías de la plazuela de la Mejorada. En ella murió el Historiador Juan F. Molina Solís el 24 de julio de 1932.

La iglesia conventual de Mérida se debió a fray Juan y a otro hermano lego, fray Antonio de Tarancón, quien pasó a Yucatán en 1561 con fray Lorenzo de Bienvenida, después de una extensa labor constructiva en España y en la Puebla de los Angeles.¹⁰ La iglesia ya no existe; sin embargo, un plano de mediados del siglo XVIII revela una importante característica de aquel otrora impresionante monumento. El templo de Mérida era de plan cruciforme y tenía a lo largo de la nave una serie de capillas que conformaban un esquema de los que George Kubler ha llamado “criptocolaterales” y asociado a la obra del arquitecto renacentista español Rodrigo Gil de Hontañón.¹² La fachada de la iglesia, obra del

siglo XVII en su forma final, era una fachada-retablo articulada por columnas salomónicas, según puede apreciarse en algunas viejas fotos.¹³

El convento e iglesia definitivos estaban terminados al escribir Landa su famosa *Relación de las cosas de Yucatán* alrededor de 1566. Landa refiere que existía ya “un razonable monasterio todo de piedra y una buena iglesia que llamamos la Madre de Dios”.¹⁴ La iglesia y monasterio estaban aún arrinconados por los considerables restos del titánico conjunto nativo, que seguía en pie. Ya por aquel entonces los vecinos de Mérida se despachaban del abundante suministro de piedra cortada y labrada que resultaba de la demolición paulatina y hormiguesca del monumento. Según fray Antonio de Ciudad Real, buena parte de la piedra que fue a dar al templo franciscano, cuyo ábside fue construido de bloques y no de mampostería como sería universal costumbre yucateca, vino de allí.¹⁵

En su apogeo, el conjunto franciscano y su accidental vecino, la ciudadela de San Benito, tuvieron una extraordinaria aunque precaria relación. La conclusión del fortín en 1699 por el entonces gobernador Rodrigo Flores de Aldana determinó el encierro dentro del recinto militar de todo el conjunto religioso, que incluía, además de la iglesia conventual, la de la parroquia de indios de San Cristóbal. De ahí resultaron todo tipo de incomodidades, desacuerdos y conflictos, pero eso es ya otra historia. La exclaustación de los frailes cerró esa etapa en la historia del monumento. El fortín mismo dejó de tener importancia estratégica durante la segunda mitad del siglo XIX.¹⁶

El impresionante conjunto estaba ya vacante y ruinoso y tan lleno de murciélagos como la más respetable ciudadela prehispánica al visitarlo John Lloyd Stephens veinte años después de su saqueo. La idea de situar allí el mercado municipal comenzó a barajarse como resultado de la preocupación porfirista por las mejoras urbanas. La iglesia fue demolida hacia 1900, y los últimos vestigios de la noria se desmontaron allá por 1948. La crónica de este gran descalabro la ha relatado el gran polígrafo yucateco don Víctor M. Suárez en un excelente artículo que continúa vigente e informativo al cabo de casi cuarenta años de su publicación.¹⁷ Restos de la fachada y estatuaria se conservan en las colecciones del I.N.A.H. en Mérida, adonde pasaron de las del antiguo museo.

Un visitante moderno mal podría imaginar la grandiosidad del conjunto franciscano levantado contra el cielo yucateco sobre su colina artificial, en los días de su esplendor. Todo ha desaparecido, y bien poca justicia le hace al lugar el chato e inglorioso mercado municipal. Afortunadamente, Mérida retiene un importante monumento de su pasado franciscano: el monasterio de la Mejorada y su iglesia, centro de



Cholul. Fachada.

uno de los más característicos ambientes urbanos de la ciudad.

Tanto el convento mayor como el de la Mejorada poseyeron importantes pinturas murales que tuvieron indiscutible importancia regional al tiempo de su terminación, es decir, a mediados del siglo XVII. Es posible que las pinturas de la sacristía de Teabo, recientemente descubiertas, le deban mucho en su inspiración (y tal vez inclusive en su factura) a las de los dos conventos capitalinos.

Dentro del convento grande en Mérida hubo dos grandes programas pictóricos: uno en el coro y santuario, ejecutado entre 1638 y 1641, y otro en el claustro, comenzado hacia 1650 y terminado pocos años después. El programa del claustro consistía en “cuadros grandes de pincel, en que está retratada “la vida de nuestro padre San Francisco” suplementados por un esquema de iluminación “en todo lo restante de las paredes y huecos de los arcos... conforme a la de la iglesia y de mano del mismo artífice”.¹⁸ El mismo pintor recibía también la comisión de la media naranja y coro de la iglesia de la Mejorada,¹⁹ y es posible que a él se deban tam-

bién las pinturas de la sacristía de Teabo, que discutimos en su oportunidad.

La fundación del convento de la Mejorada se debió al notable crecimiento de la nómina franciscana hacia mediados del siglo XVII.²⁰ En 1621 don Diego García de Montalvo comenzó a fabricar una iglesia que terminó en 1624 y donó a la orden seráfica. El provincial, fray Gerónimo de Porras y Montalvo, tomó posesión del templo el 13 de octubre de 1624, en acto solemne ante el gobernador don Diego de Cárdenas y el Obispo Salazar. El conjunto se construyó en dos etapas: primero la iglesia, que se dedicó el 22 de enero de 1640 según tarja que luce en la nave, y posteriormente el convento definitivo, construido entre 1688 y 1694.²¹

No sabemos el nombre del arquitecto del conjunto de la Mejorada. Existió en el interior de la iglesia un retablo “de orden dórico” que ocupaba todo el testero del santuario.²² Fue destruido en 1915.

Aunque el edificio de la iglesia está intacto, el conventual ha sufrido varias cambios importantes. En 1861, en vir-

tud de las leyes de la Reforma, se destinó el convento para hospital, y en 1907 para Escuela de Artes y Oficios. En aquel entonces se hicieron extensas modificaciones estructurales. En 1915 segregóse una extensa parcela para construir una escuela primaria mixta.²³ Los arreglos hechos para habilitar al edificio como Escuela de Arquitectura han resultado en una de las más exitosas restauraciones monumentales de Mérida. Para crédito de las autoridades de la Escuela se ha logrado devolver al noble convento, con mucha más imaginación y osadía que recursos, la dignidad que por derecho le corresponde.

La iglesia de la Mejorada tiene extraordinario interés tanto en su planta como en su elevación, y tuvo gran influencia sobre un número de otras iglesias construidas por los franciscanos en Yucatán durante la segunda mitad del siglo XVII. Según Cogolludo, la iglesia de la Mejorada de Mérida tuvo como modelo a su homónima de Madrid, fundación de doña María de Aragón.²⁴ La influencia regional del templo emeritense a su vez es particularmente evidente en la fachada de Teabo (1695) y en la pequeña y fascinante iglesia de Cholul (1700), cercana a Mérida.

El plan de la iglesia es cruciforme. Sobre el crucero se levanta una hermosa cúpula sobre falso tambor, una de las primeras de la península. Un espacioso ambulatorio, hoy lamentablemente cegado por la incompatibilidad de usos que existe entre iglesia y convento, permitía a los frailes presenciar los oficios desde la clausura. Es el único existente en Yucatán. Una serie de capillas a ambos lados de la nave se comunican a través de arcos de muy bajo puntal.

La fachada es de gran sencillez y de un porte muy castellano. El cuerpo central está rematado por un hermoso frontón y flanqueado por dos espadañas que le dan gran distinción al conjunto. (La fachada de Cholul es prácticamente una réplica en pequeña escala de este hermoso ejemplar.) Al frente y los costados del monumento, el parque de la Mejorada (fomentado hacia 1745 en terrenos adquiridos por el síndico del convento, don Martín Noguera),²⁵ el cuartel de Dragones y su pintoresco arco, completan uno de los conjuntos urbanos más típica y sabrosamente meridanos; uno de cuya conservación y cuidado dependen el alma y el futuro de la ciudad.

NOTAS: Mérida: el Convento Mayor o de la Asunción y el Tránsito de Nuestra Señora ("La Mejorada")

1. Para un estudio metódico de la historia del convento y su entorno, véase Suárez, "El convento grande de San Francisco," *Revista de estudios yucatecos*, 2 (1949), especialmente 65-72. Véase también [J. Sierra], "Algunas noticias sobre el antiguo convento de San Francisco," *Registro yucateco*, I, 310-315.
2. Ancona, *Historia*, 3, 182-185; para una extensa discusión véase Carrillo y Ancona, *Vida del R. P. Fr. Manuel Martínez del Sacramento*.
3. "¡Ruina lamentable...!" por V.C., *Registro yucateco*, I (1845), 222. La identidad del artista del enorme lienzo fue descubierta en 1984 durante los trabajos de limpieza y restauración llevados a cabo por un equipo de restauradores de la Escuela de Conservación y Restauración de México en convenio con la Arquidiócesis. *Diario de Yucatán*, abril 6, 1985, 6.
4. Cogolludo, *Historia*, I, 271; Landa, *Relación*, 124-12. El texto de Landa implica que la donación consistió de solo un edificio.
5. Landa, *Relación*, 122-125.
6. Stephens, *Viajes*, I, 110.
7. Cogolludo, *Historia*, I, 271.
8. Cogolludo, *Historia*, I, 260; Carrillo y Ancona, *Estudio histórico sobre la raza indígena*, 15 y Castillo, *Diccionario*, 233. De acuerdo a Justo Sierra, el padre Vicente Velázquez consiguió sacar la cruz del convento trasladándola a San Juan Bautista, de cuya iglesia era capellán. De San Juan pasó a la Mejorada, a la capilla del lado izquierdo de la entrada, adonde la vio Justo Sierra en su tiempo. Castillo, *Diccionario*, 233.
9. Sobre fray Juan véase Cogolludo, *Historia*, II, 105-106, y Lizana, *Devocionario*, 89r. y v.
10. Lizana, *Devocionario*, 79 v.; Kubler, *Arquitectura mexicana*, 244n.-245n.
11. A.G.I., *Mapas y planos*, México 196.
12. Kubler, *Arquitectura mexicana*, 237, 422-23. Véase también Mullen, *Dominican Architecture*, 82-85.
13. Por ejemplo, Baqueiro Anduze, *Geografía sentimental*, 17-19, reproduce sendas fotos de principios de siglo lo mismo que Suárez, "Convento grande."
14. Landa, *Relación*, 125.
15. *Relación breve y verdadera*, I, 425.
16. Suárez, "Convento grande," 56-57.
17. Suárez, "Convento grande," 54.
18. Cogolludo, *Historia*, I, 271
19. Cogolludo, *Historia*, I, 273.
20. Cárdenas a la Corona, A.G.I., *Escribanía 308*, pieza 2, fo. 3 verso y sigs. y pieza 23, fo. 1 al 6.
21. Sierra, "El convento de la Mejorada," 39.
22. Cogolludo, *Historia*, I, 271.
23. C.C.R.E.Y., I, 396-404.
24. Cogolludo, *Historia*, I, 273.
25. Sierra, "El convento de la Mejorada", 40. El autor dice que su fuente fue una persona de la orden "bien informada de estos datos."

San Antonio de Padua Izamal

A unos sesenta kilómetros al nordeste de Maní se yergue otra de las grandes fundaciones seráficas íntimamente asociadas con fray Diego de Landa: San Antonio de Padua Izamal. La erección del convento tomó lugar en el capítulo provincial del 29 de septiembre de 1549 y a petición de los caciques del lugar.¹ En aquel cónclave resultó electo guardián de la flamante fundación el venerable pionero fray Lorenzo de Bienvenida, a quien asistía el incansable fray Diego, lejos aún de vislumbrar su destino como inquisidor, obispo y cronista de Yucatán. Como en casi todas las fundaciones franciscanas de aquellos tiempos esforzados, el albergue de los frailes hubo que habilitarlo, mal que bien, entre las ruinas.

Antiguamente Izamal había sido un importante santuario de Itzamná, “Casa-del-Mago-del-Agua”, el poderoso numen maya, patrono de las ciencias y los conocimientos, inventor de la escritura, consorte de la seductora “Dama-Arco-Iris” Ixchel, y con ella progenitor de la estirpe de los dioses y los Bacabes.² Aunque venidas a menos, existían en Izamal una buena docena de edificaciones capitales, restos del antiguo santuario, al iniciarse la conquista. La majestad del conjunto hacía viva impresion en los franciscanos. “Hay aquí en Izamal”, escribía Landa años mas tarde,

un edificio entre los otros de tanta altura y hermosura que espanta, el cual se verá en la figura y esta es la razón de ella: tiene 20 gradas de a más de dos buenos palmos de alto y ancho cada una, y tendrán más de cien pies de largo. Son estas gradas de muy grandes piedras labradas, aunque con el mucho tiempo y estar expuestas al agua, están ya feas y maltratadas. Tiene después labrado en torno, como señala la raya redonda, una muy fuerte pared de cantería, en la cual, como a estado y medio de alto, sale una ceja de hermosas piedras, todo a la redonda, y desde ellas se torna despues a seguir la obra hasta igualar con la altura de la plaza que se traza despues de la primera escalera. Después de la cual plaza, se hace otra escalera como la primera, aunque no tan larga ni de tantos escalones, siguiendo siempre a la redonda la obra de la pared. Encima de estos escalones se hace otra buena placeta y en ella, algo pegado a la



Izamal. Vista de conjunto desde el poniente.

pared, esta hecho un cerro bien alto con su escalera (por la parte del) mediodía, donde caen las escaleras grandes, y encima está una hermosa capilla de cantería bien labrada.

Subí a lo alto de esta capilla, y como Yucatán es tierra llana, se ve desde allí a maravilla tanta tierra como la vista puede alcanzar, y se ve el mar. Estos edificios de Izamal eran once o doce por todos, aunque este es el mayor, y están muy cerca unos de otros. No hay memoria de los fundadores y parecen haber sido los primeros. Están a ocho leguas del mar en muy hermoso sitio y buena tierra y comarca de gente, por lo cual los indios, con harta insistencia, nos hicieron poblar una casa en uno de estos edificio que llamamos San Antonio, el año de 1549, el cual y en todo lo de la redonda se les ha ayudado mucho para su cristiandad y así se han poblado en este asiento dos pueblos, aparte uno del otro.³

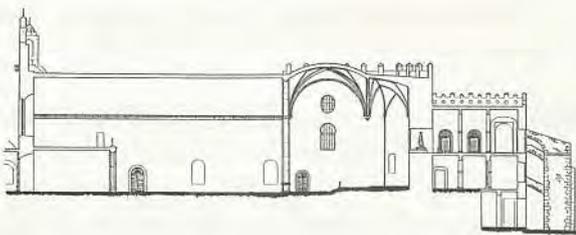
La edificación que los frailes dedicaron a San Antonio era conocida como *Papholchac* o “recinto de los Chac”. Tenían allí su cuartel los sacerdotes de aquellas pluviosas deidades. Se afirma que Landa escogió personalmente el lugar, en palabras de fray Bernardo de Lizana, “para que el diablo fuese arrojado de allí por la divina presencia de Cristo Cru-



Vista de los portales y el atrio de Izamal. Nótese el contraste entre el portal del siglo XVI, sustentado por columnas toscanas, y las arquerías del siglo XVII, mucho más crudas, que lo están por pilares. Las arquerías de Izamal confieren al inmenso atrio su más característico aspecto.

cificado, y para que el lugar donde vivían los sacerdotes gentiles, lugar que había sido de abominación e idolatría, viniese a serlo de santificación”.⁴

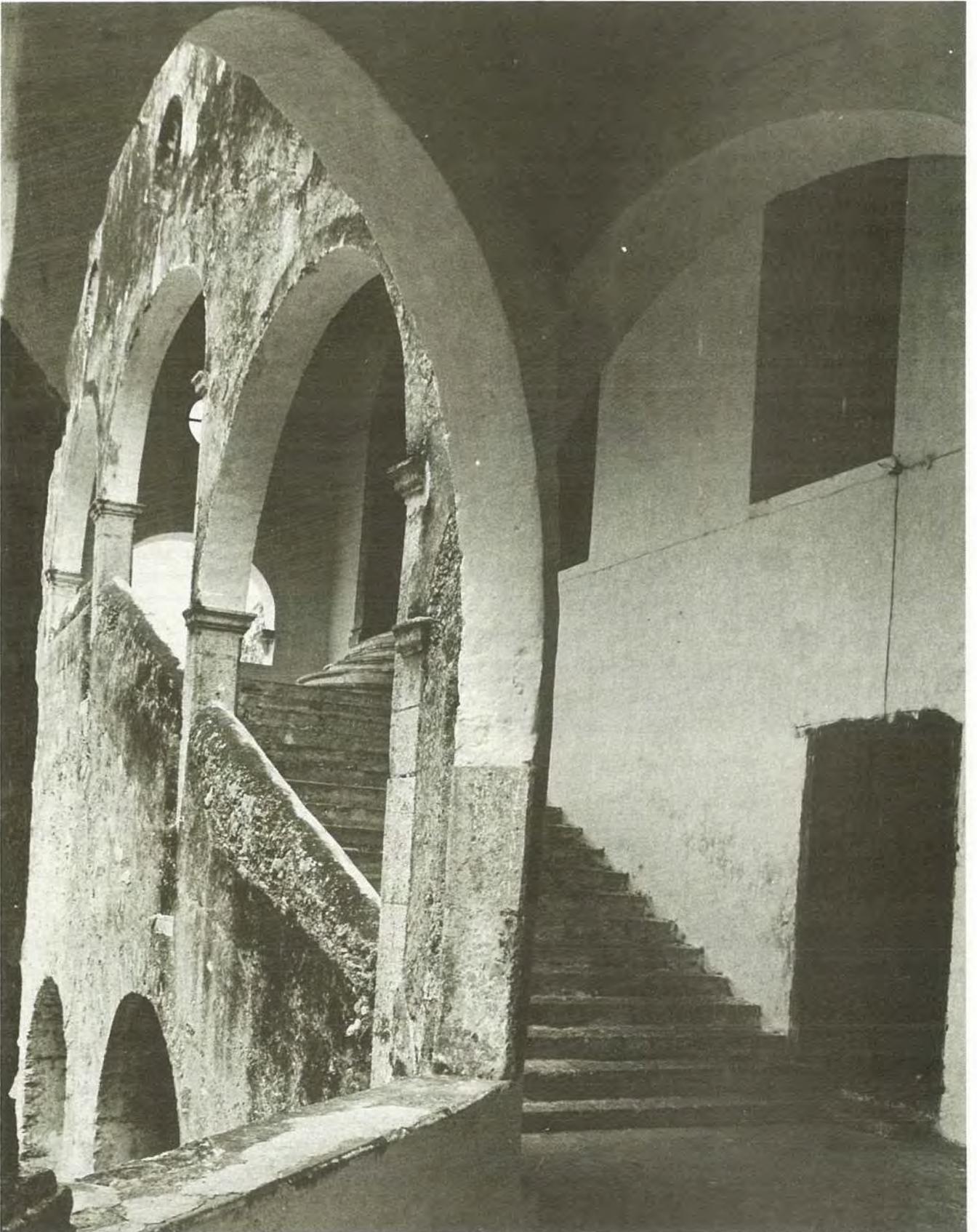
A fin de construir el templo cristiano se procedió a demoler el hermoso santuario y a rebajar la recia plataforma sobre la cual se asentaba. Fray Antonio de Ciudad Real, quien vio el convento ya terminado en 1588, reportaba en detalle el proceso. “El enorme conjunto”, escribía,



Izamal. Corte transversal.

está acabado con su claustro alto y bajo, dormitorio e iglesia hecho todo de cal y canto y de bóveda y edificado sobre un mul, y súbese a él por muchos escalones. Para edificarlo se abajó el mul un poco, habiéndose primero derribado un edificio antiguo muy soberbio, labrado de cal y canto, con piedras de extraña grandeza así de largo como de ancho puestas en lo alto y muy bien labradas, en el cual antes que el convento se hiciera moraron mucho tiempo los frailes, porque había aposentos para celdas y oficinas e iglesia, todo muy capaz, y afirmaba un fraile viejo fidedigno que cuando derribaron aquel edificio fueron tantos los murciélagos que de él salieron que destruyeron una estancia de ganado mayor adonde fueron a parar.⁵

De las impresionantes estructuras prehispánicas de Izamal, antiguos habitáculos de aquellos exorcizados murciélagos, sobreviven apenas cinco. La enorme masa basal del



Izamal. Escalinata de acceso al camarín.



Izamal. Máscara del sol tomada de Stephens y Catherwood.

Papholchac, como ya llevamos dicho, subyace el actual conjunto eclesiástico. Aunque en avanzado estado de deterioro, el majestuoso templo desde el cual Landa pensó divisar las azules aguas del Canal de Yucatán se alza aún al norte del poblado. El circundante barrio de Pomolché fue rebautizado por los franciscanos como “San Ildefonso,” estableciéndose sobre la pirámide durante el siglo XVI el culto a la Transfiguración. En el pico de esa improbable eminencia palestina, conocida por algunos años como “Monte Tabor”, se erigió una capilla de paja que ya para 1588 había sido abatida por el viento, reclamando la maleza las erizadas laderas.⁶ Al sur del poblado (la parcialidad colonial de Santa María) sobrevivieron hasta nuestros días restos de las pirámides *Kabul* (Mano Obradora), *Humpictok* (Capitanía) y *K'in'ich k'akmo* (Sol-con-Rostro).⁷

Las obras de Izamal comenzaban con toda aplicación en 1553, año en que Landa fue designado guardián con el mandato explícito de adelantar el proyecto, y fray Juan de Mérida

“

FRAY JUAN DE MERIDA, ARQUITECTO

El primero que dejó el siglo y tomó el hábito de mi Padre San Francisco en esta tierra de Yucatán, fue fray Juan de Mérida, y en el siglo era arquitecto, y así proveyó el Señor que tomase el hábito para que hubiese Templos donde decentemente fuese adorado y servido por los nuevos Cristianos que entonces se bautizaban, dejando sus ídolos y templos infernales y abominables. Edificó, pues, este varón gran parte del Convento, y Iglesia de San Francisco de Mérida, todo el Convento y iglesia de Maní, y lo mismo Ytzmal y San Bernardino de Zical, o villa de Valladolid, y parte de otros, y son templos muy fuertes, y bien obrados, y se muestra su maestría, y trabajo en ellos, y porque no ponga dificultad alguno en haber edificado tanto este santo varón, quiero advertir que el convento de Maní con cerca y Capilla mayor, claustro y dormitorios, y cerca dentro y fuera con todo su menester de sacristías, y otra Capilla mayor de Indios, y patio y portadas y escuelas, se hizo todo en siete meses, porque andaban en la obra seis mil Indios; y este religioso Maestro enseñó a muchos Indios a la albañilería y cantería, y dispuso las cosas de suerte que con la brevedad dicha se acabó aquella máquina y acabó otras muchas que hizo en esta Santa Provincia más como esta tierra estaba tan abundante de Indios, y regada de la divina gracia, y los obreros con espíritu celestial, todo parece que se facilitaba, y más con lo mucho que el santo varón trabajaba por su persona, y industria, y no por eso dejaba de acudir a ejercicios virtuosos, pasando en oración mucha parte de la noche, si bien en su trabajo de día requería mucho más descanso que el que daba a su cuerpo, y con todo eso le ayudaba el Señor dándole fuerzas bastantes para acabar muchos conventos y iglesias, y luego murió en la ciudad de Mérida con mucha opinión de santidad y virtud.

Lizana, Devocionario, 89 r. y v.

”

da, veterano ya de la construcción de Maní, puesto a cargo de las obras. En 1561 se daba término a la construcción de convento, iglesia y atrio, siendo guardian Fray Francisco de la Torre. Según Cogolludo, para 1554 estaba concluido “lo de la portería”, referencia al hermoso portal soportado por columnas que unía por el frente iglesia, convento y capilla de indios y que aún subsiste íntegramente como parte de la enorme arquería que recorre todo el inmenso perímetro atrial.⁸



FRAY JULIAN DE CUARTAS, PINTOR, ENTALLADOR
Y CONSTRUCTOR DE RELOJES

Entre los religiosos que el santo Obispo Landa trajo a esta provincia vino el Padre fray Julián de Quartas. Era natural de Almagro. Tomó el hábito en la Provincia de Castilla, y en ésta se puede decir que fue uno de los religiosos que mas útiles fueron al bien de los indios de los que en ella han habido, porque era apacible en extremo con estos naturales y supo la lengua dellos con tanta perfección, que ninguno le ha hecho ventaja. El enseñó a muchos el arte de la lengua y redujo la prolijidad que tenía a mas fáciles y menos reglas. Amaba a los indios con extremo, y los enseñaba a pintores, doradores, entalladores y a todos los oficios, y aunque el bendito religioso no lo sabía, era tan ingenioso, que el trabajaba por saberlos y poderlos enseñar a los indios. Y fue causa esto de que haya muchísimos de ellos que ya son pintores, y doradores, y entalladores, y cosas tales, si bien se han perfeccionado con maestros españoles que hoy hay en esta tierra, que iguala su destreza a la de los mejores del mundo, mas el haberlos industriado este buen religioso, fue causa que se inclinasen a tales obras, que han llenado las iglesias de retablos de talla estremados, y de buenas pinturas, y otros adornos. Y no sólo se ocupaba en esto, mas era arquitecto natural, y así edificó dos conventos con sus iglesias, y capillas mayores que son los mejores desta provincia, al menos de los modernos. Y no sólo se ocupaba en lo dicho, mas donde quiera que estaba hacía relojes de sol, de muchas diferencias, que enseñaba a otros para que lo pudiesen hacer, y a los mismos indios. Y con esto y mucho más que se pudiera decir de sus ocupaciones tan provechosas a la Provincia y naturales, era muy observante religioso, y tan pobre como el que más. Trabajó treinta y ocho años en Yucatán. Murió de cincuenta y siete, porque vino de diez y nueve de España, fue digno de que sea alabada su virtud y su trabajo.

Lizana, Devocionario, 97v.



En Izamal como en ninguna otra obra franciscana queda en evidencia la ambición constructiva de los frailes. Más que simple base para la evangelización de una comarca, Izamal fue concebido como símbolo de la nueva fe,alzada en este caso no sólo simbólica, sino dramática y literalmente sobre las ruinas de las antiguas creencias. Su objetivo fue reclamar para el cristianismo el prestigio inmemorial de un santuario cuyos templos y masivas plataformas se extendí-



Izamal, ábside y nervaduras. El retablo del altar mayor, aunque de apariencia pseudo-colonial, es moderno. Se debe a un carpintero local llamado Cambranis, y fue terminado en 1895. El sistema de nervaduras del ábside, enraizado en la tradición mendicante novohispana, es el mas sofisticado de Yucatán aunque dista de los mas excelsos ejemplares del México central como Huejotzingo y Yuriria.

an en todas direcciones, y desde cuya eminencia alcanzaban a vislumbrarse los visos azulosos del Caribe.

Como en el convento grande de Mérida, la construcción del conjunto cristiano de Izamal sobre una inmensa plataforma nativa generó una especie de acrópolis religiosa organizada en derredor de un gran atrio, de cuya conclusión durante el primer cuarto del siglo XVII resultó el mas extenso monumento de su clase en toda la Nueva España.⁹

El atrio de Izamal quedó a unos seis metros de elevación sobre el terreno circundante. Es asequible por consiguiente mediante tres grandes rampas. La principal culmina en un vistoso arco triunfal, hoy engullido dentro de un sistema de arquerías dispuestas en derredor de todo el perímetro del atrio. Las arquerías incorporaron asimismo las cuatro posas de techo piramidal reminiscentes, aunque mucho más senci-



Rampa de acceso al atrio por el poniente. Al centro, el gracioso arco triunfal obra del siglo XVI, engullido por el sistema de arquerías posterior.

llas, de las del famoso monasterio franciscano de Huejotzingo en Puebla, su posible antecesor. La vastedad de este poco menos que faraónico espacio resulta aparente al tener en cuenta sus dimensiones —520 por 430 metros de lado—, repetimos, el mayor de todo el México colonial. Como anota el finado historiador norteamericano John McAndrew, el atrio de Izamal supera en área incluso al del “megalománico” templo romano de Baalbek en el Líbano, egregio ejemplo de gigantismo arquitectónico que nos legó la antigüedad greco-romana.¹⁰

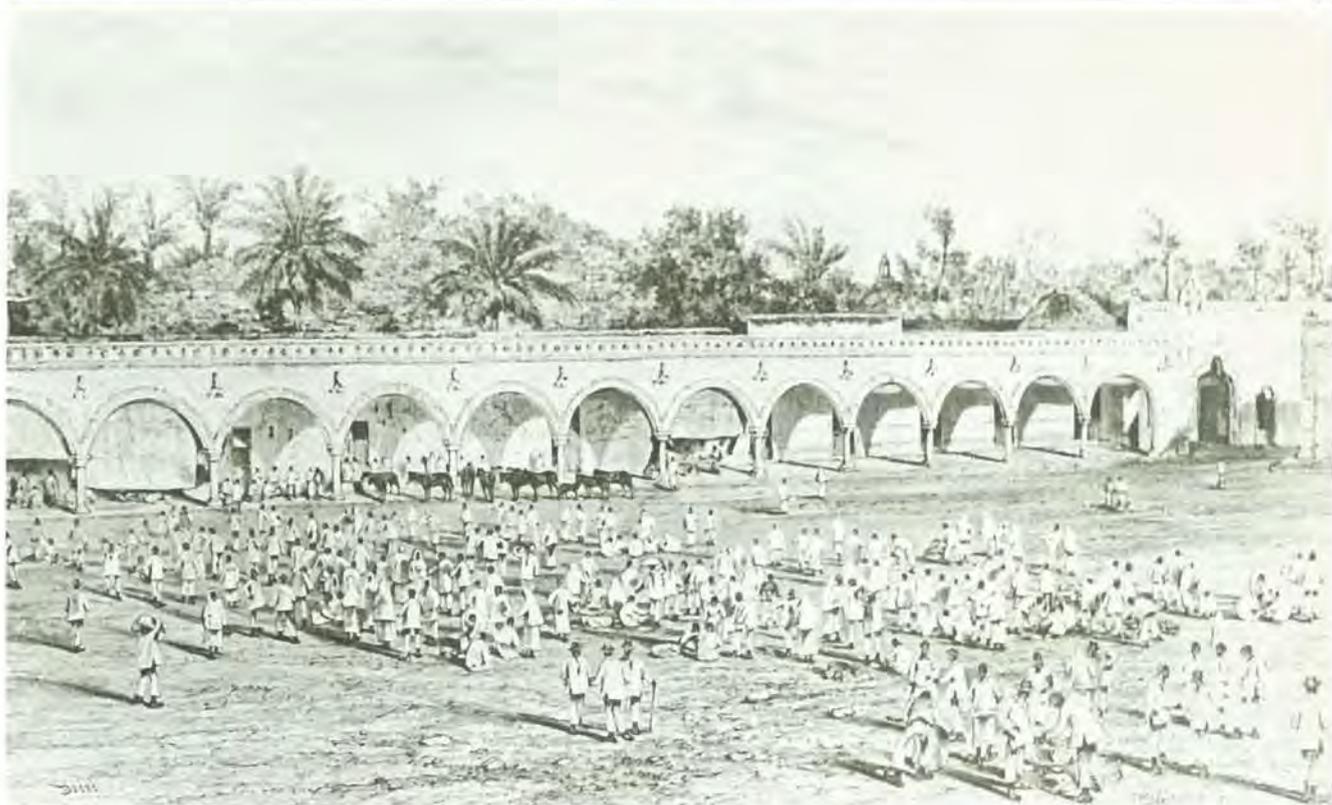
La grandeza del conjunto de Izamal es tanto mas aparente por cuanto la gigantesca acrópolis seráfica está rodeada por amplios espacios abiertos. Tres grandes plazas rodean al monasterio por el frente y costados, de lo cual resulta una extraordinaria perspectiva. Por el fondo, un terreno vacante que otrora fuera la huerta conventual nos permite una dramática apreciación del enorme desnivel que existe entre el parapeto de la iglesia y el nivel del terreno que la circunda.

Particularmente notable es la iglesia, el más hermoso quizá y mejor proporcionado de todos los primitivos templos conventuales franciscanos de Yucatán. La fachada, antiguamente lisa y sencilla, ha sido infelizmente remodelada

en varios momentos de su historia mediante la construcción de una torre de reloj (1880), un parapeto, y una ventana de coro anacrónicamente mudejarizante (la ventana original, un sencillo óculo, es evidente aún.) La antigua capilla de indios le ha cedido el el paso a la capilla llamada de “la Tercera”.¹¹

Al fondo del ábside se encuentra el hermoso camarín sustentado por masivos arbotantes, al cual se sube por una monumental escalinata de piedra. Allí se conserva la venerada imagen de la Virgen de Izamal, patrona del lugar y de la península.

La historia de la Virgen de Izamal está íntimamente ligada a la de la cristianización de Yucatán.¹² Según fray Bernardo de Lizana, cronista de Izamal, la imagen llegó a la península por encargo de Landa, quien la hizo traer de Guatemala. Del encargo de Landa resultó la importación no de una, sino de dos imágenes. Una de ellas iba consignada a Mérida, la otra al convento de Sisal en Valladolid, segunda ciudad de la colonia. La de Mérida llegó a su destino sin percances. La otra fue objeto de un prodigio, o al menos así afirman las fuentes, al pasar por la antigua ciudad santa de Itzamná.



Mercado de Izamal, según Charnay.

Lizana refiere que las lluvias más torrenciales no alcanzaban a mojar la bendita imagen. Y, lo que es más significativo, la Virgen se tornaba tan pesada cada vez que se pretendía sacarla de Izamal que llevársela resultó de todo punto imposible. Así quedó instalada con toda solemnidad la *Theótokos* cristiana, la Madre de Dios, en el lugar otrora sagrado al progenitor de los dioses nativos.

La tan manifiesta preferencia de la Virgen por Izamal no fue obstáculo para que, en tiempos posteriores, su imagen hiciera numerosas peregrinaciones como remedio eficaz contra la peste, las plagas de langosta y otras calamidades que asolaran a la colonia. Así nos informan los cronistas y consta en una serie de tarjas instaladas entre 1730 y 1769 sobre los portales de la plaza aladaña a la gran acrópolis por el nordeste (cruzamiento de las calles 30 y 31).¹³ De una de esas periódicas peregrinaciones de la imagen surgió el famoso camarín de Izamal, el primero de la Nueva España y progenitor de una serie de hermosos camarines de la Virgen construidos en la península durante la segunda mitad del siglo XVII y a todo lo largo del siguiente.¹⁴

En 1648 llegaba a Yucatán el terrible flagelo de la fiebre amarilla. Agotados los miserables remedios de la época, se recurrió al que se suponía más efectivo: la oración. Contra la protesta de los caciques de Izamal, la santa imagen partió

en solemne procesión hacia la capital de la colonia. Aún la propia Virgen tuvo sus dudas acerca de su salida del santuario. Según el inefable Cogolludo, al ser bajada de su nicho la santa imagen tenía el rostro “como encendido y airado que parecía mostraba ceño y enojo”, expresión que pronto cedió a una mucho más benigna ante el gran alivio —suponemos— de los fieles.¹⁵

Hasta qué punto la santa peregrinación resultó terapéuticamente efectiva no está muy claro. Lo cierto es que las limosnas recabadas durante el viaje hicieron posible el comienzo del —para la Nueva España— revolucionario camarín, además de un trono y andas de plata y otras mejoras al santuario. El camarín de Nuestra Señora de Izamal se concluyó entre 1650 y 1656. Aún sobrevive básicamente intacto, aunque vacío de todos sus ornamentos. En palabras de Cogolludo,

fue obra de mucho trabajo, porque como está la iglesia fundada en un cerrillo, por la parte que se hubo de obrar la nueva fábrica estaba el suelo profundo respectivamente de lo de la iglesia. Vencióse aquella dificultad con el trabajo, y quedó el transparente igual con el medio del retablo donde está la imagen, y a los pies del trono un altar donde se dice misa.¹⁶



Virgen de Izamal. La imagen que actualmente se venera, y que, de acuerdo con la tradición, fue donada al convento a principios del s. XIX para sustituir la anterior, destruida en un incendio.

La planta del camarín es un rectángulo de 12 por 7 metros aproximadamente, encontrándose la capilla de la virgen en el nivel superior.

Gruesos arbotantes dan apoyo a la estructura, que es aseQUIBLE por un sistema de escalinatas. Al pie de la escalinata monumental que comunica el claustro con el camarín existe una curiosa lápida sepulcral de un don Francisco de Quiñones, fallecido en 1648. El lugar del enterramiento y la fecha de la inscripción sugieren una conexión entre el personaje y el camarín. ¿Sería su mecenas? Infortunadamente, no existe evidencia documental.

El interior del camarín fue devastado por un incendio el 16 de abril de 1829, quedando reducida a cenizas la imagen, venerada ya por dos siglos y medio.¹⁷ Por fortuna, sobrevivía otra que se decía ser su compañera, mandada traer desde Guatemala por Landa. Dicha imagen estaba en manos de la dama meridana doña Narcisa de la Cámara, la cual la había heredado de sus mayores. Facilitada al santuario por sus dueños, la nueva imagen fue transportada solemnemente a Izamal en noviembre del propio año de 1829.¹⁸

Se afirma que esta segunda imagen, que es la que actualmente se venera, había estado en manos de la familia de la Cámara "más de cien años" y que perteneció a doña Magdalena Magaña, tatarabuela de doña Narcisa. En 1881 fue extensamente retocada por el pintor Gumersindo Sandoval, de Mérida, y coronada por el Obispo Carrillo y Ancona en 1890.¹⁹ A pesar del lugar eminente que esta imagen ocupa en la piedad del pueblo de Yucatán y el prestigio de que disfruta, atribuirle un origen guatemalteco y una antigüedad de cuatrocientos años no está exento de problemas.

Aunque la imagen original de la Virgen de Izamal ha desaparecido, se conservan varias excelentes representaciones pictóricas tomadas del natural. De excepcional importancia son dos lienzos anónimos existentes en Mérida. Uno representa a la imagen sobre su peana con todas sus vestimentas y se conserva en la Pinacoteca del Estado "Juan Gamboa Guzmán". Fue pintado en 1769 en conmemoración de la visita de la imagen a la capital de la colonia en aquel año. El otro es un retrato del deán y vicario capitular, Agustín Echano, actualmente en las oficinas del Arzobispado. El retrato, una elegante pieza votiva pintada "a expensas del Venerable Cabildo", muestra al dicho ilustre señor en presencia de la imagen de la Virgen de Izamal en su nicho portátil, el mismo que figura en la pintura de la Pinacoteca del Estado. El retrato del canónigo Echano es de excepcional importancia para la iconografía de la Virgen izamaleña.²⁰ Su escala nos revela de inmediato algo significativo: la imagen original era de mucho menor tamaño que la actual. Y, por supuesto, estilísticamente congruente con su época



La Virgen de Izamal original en un lienzo "tocado a la imagen" y ejecutado en Mérida por un artista anónimo en 1769 durante una visita de la Virgen a la capital de la colonia. Pinacoteca del Estado "Juan Gamboa Guzmán," Mérida.

y proveniencia, lo que no puede decirse de la que actualmente se venera.

Es cuando menos extraño que de las dos imágenes presuntamente ordenadas por Landa en el siglo XVI la más importante haya ido a dar a manos privadas. Hacia 1700, cuando, según se afirma, la imagen pasó a manos de los Magañas, la orden seráfica gozaba de extraordinaria influencia. ¿Que móvil puede haber determinado la enajenación de un objeto que por su prestigio y asociaciones históricas, pertenecía de derecho al más venerable inventario de la orden seráfica en Yucatán? Es difícil suponer que los frailes se hubieran desecho de ícono de tamaño importancia, mucho menos a manos de un particular.

A pesar de su pasada riqueza, el santuario de Izamal es paupérrimo en ornamentos y alhajas. Hasta mediados del siglo XIX, el tesoro de la Virgen izamaleña, la respetable acumulación de donativos preciosos a la sagrada imagen que

alguna vez se guardó con amoroso cuidado en el camarín, pudo mantener mal que bien su integridad. Su monto e importancia puede juzgarse por uno de los más melancólicos documentos que contiene el Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Yucatán: un extenso inventario de las joyas de la Virgen de Izamal vendidas en el extranjero para subvencionar los gastos de la guerra de castas.²¹

Amén del conjunto principal, la región izamaleña posee dos importantes lugares que merecen al menos mención. Uno de ellos es la pequeña iglesia de Citilcum, ignorada y oscura, pero quizá el único templo yucateco que conocemos en el cual con toda probabilidad se mantenga intacta la configuración de una capilla de visita del siglo XVI. Citilcum está bastante bien documentada. Iñigo Nieto, el encomendero de "Quitelcam y Cabiche" reportaba ya por 1581 existir en el pueblo de su encomienda una "yglesia con su capilla de cal y canto y de madera, campanas y ornamentos".²² La capilla de que hablaba Nieto, por supuesto, una capilla de indios yucateca con su ramada, ostenta la fecha de su dedicación —marzo de 1591— en un escudo de las cinco llagas sobre el arco toral. La nave de bóveda —parte de rollizos y parte de cañón de mampostería— se acabó relativamente temprano según consta en otra tarja, esta vez sobre la fachada: A la Mag. DA Fray FrancO Buena[A?] Fecit Año de 1653.

En esta, aunque modesta, fascinante iglesita tan excepcionalmente rica en fechas, y además atribuible a un fray Francisco de San Buenaventura (?), se mantiene la pila bautismal en una de las habitaciones contiguas al santuario, del cual parece no ha sido movida nunca. Es decir, que está ubicada en el lugar normal para el emplazamiento de la pila en las primitivas visitas. Este ingenuo monumento humildemente dedicado a la Majestad Divina es una joya desde el punto de vista documental y debe mantenerse a toda costa a

MISS DE YRMA FVE
AMERIDA Y VOLVIO EN
22 DIAS CON LO Q SE
REMEDIÓ LA EPIEMIA
Y ESTAS CASAS SE HI
ZIERON CON ASISTEN
CIA DEL S^t MARISCAL
D. ANTONIO DE FIGE
ROA GOVERN^{or} Y CAPⁿ
GEN^l DE ESTA PROVIN
AÑO DE 1730

salvo de reparaciones destructivas y mal informadas. Sobre decir que es un excelente candidato a ser cuidadosamente restaurado.

Interesantes también en grado sumo son las ruinas de Pixilá (hoy "Cuauhtémoc"), situadas a pocos kilómetros al este de Izamal. En Pixilá (terminada según una lápida, siendo guardián fray Alejandro Gasquero, el año de 1757) existen los restos de un hermoso camarín mariano, uno de los primeros sin duda en sentir la influencia del de Izamal. El camarín de Pixilá se construyó antes que la nave, pudiendo postularse la siguiente secuencia constructiva: a) capilla de indios con su ramada (siglo XVI); b) camarín (siglo XVII) y c) nave (1757). La secuencia de Pixilá parece haber sido típica de la gran mayoría de los templos con camarín, excepción hecha de los muy pocos casos (Izamal mismo es ejemplar) donde existía una iglesia conventual de envergadura con anterioridad a la construcción del camarín.²³

NOTAS: San Antonio de Padua Izamal

1. Cogolludo, *Historia*, I, 303.
2. Lizana, *Devocionario*, 4r.-5r. y sigs.
3. Landa, *Relación*, 120-123.
4. Lizana, *Devocionario*, 10r-v.
5. *Relación breve y verdadera*, II, 414.
6. *Relación breve y verdadera*, II, 416.
7. Para una extensa descripción de Izamal, véase *C.C.R.E.Y.*, I, 237-253.
8. Cogolludo, *Historia*, I, 445.
9. McAndrew, *Open-air churches*, 243.
10. McAndrew, *Open-air churches*, 243.
11. *C.C.R.E.Y.*, I, 253.
12. Sobre la Virgen de Izamal véase Lizana, *Devocionario*, 16v.-33v.. Cogolludo ofrece una sinopsis del material de Lizana en *Historia*, I, 411-420. Véase también Carrillo y Ancona, *La civilización yucateca y la sinopsis en C.C.R.E.Y.*, I, 245-253. Véase también Ferrer de Mendiola, *Izamal*.
13. Los textos de las tarjas se encuentran en *C.C.R.E.Y.*, I, 241-242.
14. Bretos, "Camarines," en *Arquitectura y arte sacro*, 130-136.
15. Cogolludo, *Historia*, II, 638.
16. Cogolludo, *Historia*, II, 644.
17. Una tarja en la portería de Izamal conmemora este evento. *C.C.R.E.Y.*, I, 242-3. Véase también el comentario de Sierra O'Reilly en Cogolludo, *Historia*, I, 480 (Apéndice A-2).
18. *C.C.R.E.Y.*, I, 242-3.
19. *C.C.R.E.Y.*, I, 243.
20. Para una discusión de este importante lienzo véase Carrillo y Ancona, *Obispado*, II, 860-861.
21. "Inventarios de las alhajas de los templos de esta diócesis de Yucatán enviados para su venta al extranjero para auxiliar al Gobierno con motivo de la guerra de castas y demás documentos oficiales que se relacionan al asunto. Años de 1848 al de 1852." *A.H.A.Y.*, *Inventarios parroquiales*, caja 7.
22. "Relación de Quitelcam y Cabiche" por Iñigo Nieto, *Relaciones de Yucatán*, I, 222.
23. Una breve descripción y plano de Citilcum se encuentran en *C.C.R.E.Y.*, I, 260-261.

San Bernardino de Sena Sisal

El convento de Sisal, otrora en los arrabales de la villa de Valladolid, se encuentra hoy inmerso en la trama urbana del poblado.¹ La escasa distancia del zócalo a la sabrosa esquina vallisoletana de las “cinco calles” se negocia a paso rápido en tres o cuatro minutos, y de allí se llega al convento en otros tantos. Según algún pintoresco estimador de distancias de los mil quinientos, la villa estaba a “un tiro de arcabuz” del convento. Suponemos que ese peregrino arcabucero se hubiera situado en la misma esquina de las cinco calles, tal vez en el inicio de la hermosa calzada flanqueada por ceibas debida a los primeros frailes. En esa histórica encrucijada se instaló en 1801 una tarja que decía haber sido reconstruido el camino por el entonces gobernador don Benito Pérez Valdelomar.

Establecido por los franciscanos como base para la cristianización de los cacicazgos del oriente de la península, Sisal permaneció en manos de la orden hasta el 12 de febrero de 1755, en que el Arzobispo-Obispo Ignacio de Padilla lo mandó secularizar y convertir en parroquia bajo su control inmediato.² La secularización no era ni con mucho un proceso desusado. Como ya sabemos, técnicamente las órdenes religiosas no tenían autoridad para administrar parroquias, función que competía al clero secular, pero que los religiosos habían asumido en virtud de leyes especiales dictadas en el tiempo de la conquista. En Yucatán, las amargas disputas entre obispos y franciscanos por el control de las parroquias llenan más de una pintoresca página de la historia colonial.

Durante el turbulento siglo XIX el convento y su entorno se fueron arruinando paulatinamente. El 29 de marzo de 1842, al entrar a Valladolid los famosos exploradores John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood, precisamente por la plaza de Sisal, el cuadro que se ofrecía a sus ojos era lamentable. Caminos cerrados, calles invadidas de maleza y “grandes edificios destechados, sin puertas ni ventanas, cubiertos de yerbas y arbustos” daban señales inequívocas de penuria.³

En 1847, la guerra de castas abrió un nuevo capítulo en la decadencia de la ciudad. El convento quedó vacante por años. Dentro del convento abandonado caían vencidas bóvedas y techumbres y, disueltas, las paredes. Las capillas devenían vertederos mientras que la noria, las caballerizas y la



Convento de Sisal, vista frontal y de costado. Nótese la posición de la antigua capilla de indios, después “de San Marcos”, al costado del monumento (entre los dos postes de las farolas de la iluminación.) La posición lateral de la capilla de indios no tiene precedentes.

magnífica huerta eran engullidas por la maleza. A principio de los 1960, después de más de un siglo de abandono, buena parte del conjunto estaba en ruinas, salvo la iglesia, en uso aún como templo parroquial. Una campaña de rehabilitación durante los años 70 y 80 ha rescatado el monumento, aunque queda, por supuesto, mucho por hacerse.

La villa de Valladolid había sido fundada originalmente en Chauacá, al norte de la península, pero descontentos los españoles con lo expuesto y malsano del lugar, se gestionó con Francisco de Montejo el Sobrino su traslado a Zací, céntrica localidad del cacicazgo de los cupules. El traslado se efectuó el 24 de marzo de 1545, asentándose la nueva pobla-



Sisal. Portal de la iglesia conventual, terminada en 1561. La sencillez del diseño es característica de los monumentos franciscanos de Yucatán a mediados del siglo XVI.



Sisal. Portales.

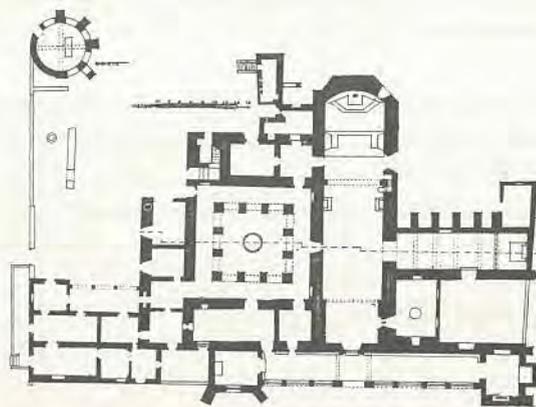
ción entre dos famosos cenotes, el de Zací propiamente dicho y el de Sis-há (en maya, “agua fría”, de cuya corrupción española resulta “Sisal”). Apenas dos años más tarde, la gran rebelión maya de 1547 por poco da al traste con la flamante villa.⁴

La franciscanos llegaron a la comarca poco después de su pacificación. La *Crónica de Chic-xulub-chen* nos dice que en el año de 1552 “los maestros vinieron del poniente y nos enseñaron a cantar la misa y las vísperas con órganos, flauta y canto llano, nada de lo cual conocíamos”.⁵ El convento era erigido solemnemente —el único aquel año— en

el capítulo provincial de 1553.⁶ El empeño que los frailes le pusieron a la importante región lo evidencia el que para 1560 estuviera terminado el conjunto misionero —convento, iglesia y capilla de indios— según consta en una hermosa placa con el emblema de las cinco llagas de Cristo y la inscripción *Domus mea domus orationis vocabitur A[nno] MDLX* (Mi casa será llamada casa de oración, Lucas, 19:43) que campea sobre la puerta principal de la iglesia.

El arquitecto de Sisal lo fue el benemérito fray Juan de Mérida.⁷ Los conventos de fray Juan se ajustan al modelo mendicante novohispano del siglo XVI, aunque, como hemos visto en Izamal y Maní, con ciertas variaciones importantes. La más notable era el tratamiento frontal de la iglesia y convento con sendos portales. En Sisal existen actualmente portales, empero los mismos datan del siglo XVII según una placa que nos dice haber sido comenzados por fray Francisco de Abarca y terminados por fray Juan de Quiñones en 1678.⁸ Es probable que hayan sido construidos en lugar de alguna estructura primitiva mucho más endeble que fuera parte del conjunto primitivo debido a fray Juan.

La traza original de Sisal es sumamente original en otro aspecto importante. Sisal es el único convento en Yucatán, y posiblemente en todo México, donde la capilla de indios no está situada al frente sino al costado del conjunto misionero. Por lo tanto, no se abre hacia el atrio —no hay en realidad atrio en Sisal— sino hacia un espacio lateral.⁹ Es una solución sui generis. También lo era la estructura social de la villa de Valladolid.



Convento de Sisal. Planta.



Noria de Sisal, terminada en 1613, según una tarja sobre uno de los pilares.

Con Mérida y Campeche y la infeliz Bacalar, Valladolid era una del puñado de ciudades en la península destinadas a servir las necesidades habitacionales de la población española. (Las leyes de Indias eran estrictas en mantener la segregación residencial entre españoles e indígenas.) Valladolid, sin embargo, contenía una población nativa numerosa, estando rodeada de pueblos de indios situados a muy poca distancia del casco urbano. Es posible que el convento fuera concebido desde el principio como un centro multifuncional destinado a servir las necesidades disímiles de las dos repúblicas, la de españoles y la de indios.¹⁰

La ingeniosa invención fue sencilla y efectiva. Consistió en mover discretamente la capilla de indios hacia el costado del conjunto. Así se presentaba al orgulloso vecindario español una elevación frontal convencional; la de una fundación religiosa como las de España, correctamente planteada y tendiente por lo tanto a reflejar honra y prez sobre la ciudad. Ello no implicaba, por supuesto, la desaparición del contexto misionero mendicante que las circunstancias de Valladolid requerían, aunque sí, como veremos, su subordinación.

El arreglo de Sisal de hecho redefinía el espacio atrial. En realidad, no hay atrio en un sentido estricto. El espacio lateral sobre el cual se abre la camuflada capilla de indios no puede ser considerado un atrio sin violentar el concepto. Fray Antonio de Ciudad Real notaba esta peculiaridad al consignar como algo extraordinario que *junto* al templo había “un bonito patio o compás, y en él la capilla y ramada de los indios”.¹¹ En tiempos posteriores, al no ser ya necesarios los arreglos magisteriales del siglo XVI, la antigua capilla de indios, con un techo de paja permanente que conservaría hasta después de la independencia, era rededicada a San Marcos. Los restos del santuario de la antigua capilla pueden verse aún en estado de abandono.

Sisal era ya una próspera fundación y lo había sido por muchos años cuando fray Alonso Ponce y sus compañeros llegaron allí, cansados y sedientos, a media mañana de un 21 de julio de 1588. Como había sido su costumbre durante toda su azarosa ruta, los frailes habían caminado desde Calotmul toda la noche haciendo una breve parada en Temozón. Los feligreses de Sisal salían a su encuentro “con muchas ramadas, mucha gente, música de trompetas y flautas,

mucho tañer de campanas y señales de gozo por su presencia".¹² De todas parte afluía al convento una abigarrada muchedumbre cargada de pavos, gallinas, iguanas, tortugas, huevos, zapotes, frutas de toda índole y otras delicadezas de la tierra en honor de los ilustres visitantes.

Con excepción del pesado bovedón de la noria (construida, dicho sea de paso, sobre la boca del gran cenote local y terminada en 1613), la capilla de la Tercera (larga y estrecha y adosada perpendicularmente al lado de la epístola de la nave, *circa* 1639), y adiciones menores al coro, lo que Ponce y sus secuaces vieron del conjunto misionero podemos admirarlo aún hoy. El convento y la iglesias, ya concluidos, descollaban sobre un conjunto de casas de guano separadas por amplios espacios abiertos.

Al costado del convento, la noria primitiva alimentaba un sistema de cañerías portadoras del agua del famoso cenote, a cuyas bocas concurría la población en busca del vital fluido. El cenote, infalible atractivo turístico tanto entonces como ahora, les hacía una viva impresión. De él se sacaban "unos bagres pequeños pero deliciosos" que nuestros frailes habrían saboreado con los numerosos frutos de la huerta en el impecable refectorio, ya completamente terminado, "de cal y canto y abovedado".

Al exterior del conjunto, "altas y coposas", dos hileras de ceibas definían una espectacular "alameda" entre la ciudad y el complejo franciscano. La madurez de los árboles sugiere que la alameda haya sido plantada al tiempo de la termi-

nación del convento o poco después. La ceiba o *ya'axché* es el baobab de Yucatán, el árbol sagrado de los mayas que llega a alcanzar gran corpulencia y altura. En primavera los colosos se cubren de pepas de algodón que, arrancadas por el viento, llevan a todas partes las semillas de la ceiba, improbable tormenta de nieve bajo el sol tropical.

Este majestuoso paseo de extraños árboles, que a Ponce y sus compañeros hacía evocar los álamos negros de Castilla, hizo las delicias de generaciones de vallisoletanos. No hay visitante colonial que no lo notara y alabara. Cárdenas Valencia y Cogolludo lo mencionan con orgullo. Según Cárdenas Valencia, Sisal era muy frecuentado por los vecinos no sólo por su devoción religiosa, sino por la amenidad que ofrecía esta singular creación, hoy perdida.¹³

La gran iglesia conventual en la cual celebraron misa Ponce y sus acompañantes y que hoy es la sede de la parroquia de San Bernardino se ajusta al patrón de nave única común a todo el siglo XVI novohispano. La longitud total es de 45.17 metros de largo por 10.50 de ancho. De la longitud total corresponden al ábside 16 metros, ostentando el mismo un sistema de nervaduras góticas ornamentales sobre una bóveda vaída.¹⁴ La única adición notable al templo que vieran Ponce y sus compañeros fue la llamada capilla de la Tercera, donativo de los terciarios y de un vecino, Gaspar Casanova.¹⁵ En el siglo XVIII la capilla estuvo dedicada a San Luis, rey de Francia.

El convento, de construcción tan titánica como la de la



Sisal. Retablo del santuario al lado del evangelio. Nótese la localización de los retablos murales primitivos, donde se han removido los plintos a los lados de la predela.



Predela del retablo del lado del santuario (lado del Evangelio.) La Anunciación. El dosel de la Virgen es similar a los doseles pintados de los retablos cubiertos por este hermoso ejemplar de talla manierista.



Retablo mural del lado del Evangelio. Detalle del capialzado. Nótese el dosel sobremontado por el emblema del Espíritu Santo y el anclaje del retablo de madera que cubre el conjunto, apenas visible debajo del ángel que toca la corneta.

iglesia, tiene 12.05 metros de altura hasta el parapeto del claustro alto. El claustro de Sisal, con 20 metros de lado, es uno de los claustros franciscanos más grandes de Yucatán, superándolo sólo el de Izamal, con 21 metros. El ya desaparecido de San Francisco en Mérida tenía unos 22. A mediados del siglo XVIII, el complejo residencial del convento tenía una población de siete frailes y consistía de "siete piezas de vivienda en la parte superior y en la inferior ocho piezas incluyendo la sala De Profundis y excluyendo la portería con cocina y tras la cocina caballeriza y vivienda de los hortelanos de cal y canto".¹⁶

El púlpito, cuyo balcón de casetones de madera antiguamente dorada aún se conserva, está dispuesto en el lado izquierdo de la nave. Su escalinata está trabajada dentro del grosor de la pared. Originalmente hubo ambonces a los lados del santuario, práctica común en el Yucatán franciscano. Han desaparecido, lo mismo que la enorme cancela de madera cuyos anclajes pueden aún notarse en los fustes de las pilastras del arco toral. El coro alto, otrora equipado con un

órgano, conserva sus recias balaustradas de madera en muy buenas condiciones. Al lado izquierdo del coro existe una puerta que antaño comunicaba con el nivel superior de la capilla de indios.

Sobreviven dentro de la iglesia de Sisal y capillas anexas un total de siete retablos, incluyendo algunos de los más interesantes y espectaculares de Yucatán. El de San Antonio, situado en el lado de la epístola de la nave, merece mencionarse como ejemplar acabado de retablo yucateco de la primera mitad del siglo XVIII.

A ambos lados del santuario, otrora separado de la nave por una enorme cancela, se alzan dos bellos retablos de talla de corte clasicista del siglo XVII, y al fondo, naturalmente, el retablo mayor de talla. El retablo mayor fue "dorado y pintado" por el cura Josef González y Aguirre hacia 1775.¹⁷ y aún subsiste, aunque maltrecho y desnudo de imágenes y adornos. Aunque su estilo es de un reumático rococó, dicho retablo tiene la distinción de ser el primero en Yucatán en incluir de forma prominente a la Virgen del Tepeyac, cuyo



Santa mártir, probablemente Santa Bárbara, en las jambas del retablo.

nicho puede verse aún, vacío, en la cúspide. Curiosamente, el retablo de Sisal está anclado a la pared con bejucos, tan efectivos hoy como hace ya más de doscientos años.

La historia de los retablos del santuario de Sisal está bien documentada. Según el Bachiller Cárdenas Valencia, quien escribía durante el primer cuarto del siglo XVII, el retablo mayor era “de pincel”, con su sagrario de escultura “hecho con toda curiosidad”.¹⁸ Cogolludo se refiere al sagrario como “obra moderna”. Es posible que en la factura del sagrario interviniera fray Julián de Cuartas (1553-1610), a quien se debían “numerosos retablos de escultura y media talla muy vistosos y costosos”.¹⁹ Fray Julián era también conocido por sus relojes de sol, de los cuales sobrevive uno en el claustro del convento de San Bernardino de Sena.

El inventario de secularización de Sisal en 1755 describía así al retablo principal:

Un retablo de altar con cuatro medias columnas y un sagrario, con divisiones como de marcos de cuadros en las cuales están quince lienzos: en el de la parte superior la imagen del Eterno Padre y en los dos siguientes de en medio, en uno pintada la imagen de Cristo Crucificado y en otro la imagen de Nuestra Señora, y en el que termina sobre el sagrario un nicho con la imagen de bulto del Señor San Bernardino: y en el lado diestro seis lienzos, y al siniestro otros tantos de diversas imágenes de santos.²⁰

Esta evidencia nos permite postular varias etapas en el desarrollo del retablo mayor. En un principio existió un retablo mural al cual se añadió alrededor de 1600, y tal vez bajo la dirección de fray Julián, un sagrario de madera presuntamente dorada (la “obra moderna” de Cogolludo.) El sagrario sería complementado después con un cuerpo central de madera conteniendo las cuatro “medias columnas” (¿pilastras?) y el nicho para San Bernardino. Es posible que se hayan respetado e integrado las pinturas hacia la periferia de ese núcleo central creándose esas “divisiones como de marcos de cuadros” con sus “lienzos” que existían en 1755. De ser así, es de suponer que las pinturas primitivas existan detrás del actual retablo principal como existen detrás de los dos retablos laterales del santuario.

Si pudiéramos remover los dos hermosos retablos que flanquean el santuario, el efecto sería como de una máquina del tiempo. Detrás de los dos retablos con sus columnas manieristas y atractivos paneles tallados han sobrevivido otros tantos altares de pincel de fecha muy temprana que originalmente fueron parte de un ambicioso programa que parece haber cubierto buena parte de las paredes del ábside. Consisten ambos de un gran abo-

cinamiento de 20 cm. de profundidad, dentro del cual está practicado un nicho que en una época contuvo imágenes (de Santa Ana en el del lado del Evangelio y de San Francisco en el del lado de la Epístola.)

La superficie interior de los abocinamientos está cubierta de pinturas. Predominan en la paleta el azul cobalto y los tonos de ocre. La tonalidad y frescura de los azules hacen suponer que se trate del famoso “azul maya” prehispánico puesto aquí al servicio de los objetivos de la nueva religión. El nicho interior en ambos casos luce un fondo que imita un velo de brocado (sobre fondo de azul en el lado del Evangelio y ocre en el de la Epístola.)

Ambos retablos parecen derivarse de fuentes impresas que hasta el presente no ha sido posible identificar. Estilísticamente las pinturas de Sisal están emparentadas con las que aún sobreviven, aunque muy dañadas, en la sacristía de Temax. La superficie frontal de ambos retablos contiene programas visuales de alguna complejidad. En el lado del Evangelio, bajo un dosel cargado del emblema del Espíritu Santo, y rodeado de ángeles que tañen mandolinas, tocan sacabuches y parten cortinajes, divisamos a Cristo en Majestad rodeado de una multitud de santos y santas —la Virgen, San Juan Bautista, San Juan Evangelista y San Francisco a su derecha, y santos obispos y doctores a su izquierda.

La mano derecha del Señor se levanta en actitud de bendición mientras que su brazo izquierdo sujeta la cruz, lanza e hisopo de su Pasión. A ambos lados se encuentran las hermosas figuras de dos santas mártires, una intacta y espléndida, la otra malamente mutilada. En la cenefa de la predella, angeles músicos tocan diversos instrumentos. El retablo del lado de la Epístola, algo más modesto como es natural, ostenta una gran escena del bautismo de Cristo bajo un dosel similar al anterior, con sus angeles músicos, cortinajes y otros elementos decorativos.



El Padre Eterno. Detalle del capialzado del nicho del retablo, lado de la Epístola.



Retablo de San Antonio. Sisal (primera mitad del siglo XVIII). Situado en la nave sobre el lado de la Epístola, este hermoso retablo vernáculo aborda la temática de San Antonio. Compárese el tratamiento del milagro de la eucaristía en la predella con el tratamiento del mismo tema en Maní.

Los dos retablos de madera tallada y dorada superpuestos a estos dos magníficos ejemplares de la pintura misionera yucateca no son nada deleznable tampoco. Existe una cierta afinidad entre ellos y la portada del templo de Motul, obra de fray Marcos de Menzieta fechada en 1651. El del lado del Evangelio está dedicado a la Inmaculada Concepción; el de la epístola a San Francisco. Ambos despliegan una talla de excelente calidad evidente en las predellas y frontones.

Digno también de mención es el retablo de San Antonio de Padua, encantador ejemplar del arte yucateco. Dos pilas-tras salomónicas exentas y cargadas de vides —¿cómo crecerían de otro modo en nuestra tórrida península?— dan apoyo a un entablamento y frontón afines a la solución de la fachada de Ticul. Dos grandes rolletes y un piñón coronan el conjunto. El santo, despojado de sus atributos, luce dentro de su nicho. En la predella, un panel de talla narra el milagro de San Antonio y la Eucaristía con todo y burros genuflectantes. Encima de la cornisa, otro panel toma el tema de las milagrosas visitas del Niño Dios al santo portugués.

Infelizmente, no queda nada de la pintura de atril

que existía en Sisal en 1755. Particularmente lamentable es la pérdida de un lienzo de San Diego de Alcalá que alcanzara gran devoción y que está documentado desde principios del siglo XVII hasta el XVIII. De escultura de madera sobrevive la imagen de San Antonio en su retablo y de San Bernardino en el mayor. De especial interés es una majestuosa talla del Señor de la Columna de gran poder expresivo con sus ojos de cristal y sus costillares visibles a través de espantosas lesiones. Esta pieza tremendista, ennegrecida y en-hollinada, muestra una gran rajadura y demanda tratamiento de conservación urgente.

Cuando los delegados del Arzobispo-Obispo Ignacio de Padilla se presentaron, con su instrumento de secularización en la mano, en la plaza del convento en la mañana del 12 de febrero de 1755, el conjunto de Sisal había prosperado por dos siglos. Su interior contenía un abundante menaje.

En 1755 se inventariaba un total de 58 libras y ocho onzas de plata, existiendo entre los objetos de orfebrería algunos de gran mérito debidos a la gestión del otrora Provincial franciscano fray Buenaventura de Monsreal. Del prestigio de



Señor de la Columna. Sisal. Pormenores.



dichos objetos da testimonio el interés del Obispo por evitar la fuga de los mismos antes de la secularización.²¹

Cabe anotar asimismo que en el contenido del convento se incluía una amplia provisión de textiles tanto domésticos como importados. Desde el patí yucateco, utilizado en las "opas" de los sacristanes, hasta los pequines, capicholas, tisues y damascos procedentes en última instancia del comercio de Manila, géneros de todas clases contribuían al mayor decoro del culto, imágenes y altares.²²

El conjunto mendicante de Sisal posee además una singular distinción: fue uno de los primeros, tal vez el primer santuario yucateco de la Virgen de Guadalupe.

Ya a mediados del siglo XVII, Cárdenas Valencia y Cogolludo nos hablan de una famosa imagen de la Virgen de Guadalupe, "de talla entera de gran devoción" de procedencia guatemalteca, que se veneraba en la capilla al costado de la iglesia mayor. Por supuesto, estamos aquí en presencia no de la Guadalupe del Tepeyac, sino de la extremeña, venerada en el famoso santuario jerónimo de Cáceres. La Guadalupe ibérica, que es una escultura y no una pintura como la criolla, alcanzó gran devoción entre los primeros pobladores de América.

El inventario de secularización de 1755 sugiere que el culto a la Virgen de Guadalupe, ya sin duda la Guadalupe mexicana, se encontraba plenamente organizado con su propia capilla con dos imágenes, una de lienzo y otra de bulto, y hasta una cofradía. La existencia bajo los franciscanos de una cofradía que, aunque no reconocida legalmente, funcionaba de facto, sugiere que ya para 1755 se habrían sentido en Sisal los efectos del entusiasmo guadalupano que culminó con la proclamación canónica del culto por el papa Benedicto XIV y que encontró en el aristocrático criollo Padilla y Estrada su más decidido impulsor en la península. La construcción de un altar mayor coronado por la Virgen, por lo tanto como aquél de que dotó a Sisal el Presbítero González y Aguirre,²³ era del todo consistente con la creciente popularidad en la península del culto a la Virgen criolla.

Es curioso que los gobiernos episcopales que siguieron al resueltamente guadalupano de Padilla parecen haberse preocupado más por la promoción del culto a la virgen regional, la de Izamal. Por ejemplo, el prelado castellano fray Antonio Alcalde (gobernó de 1761 a 1771), tuvo gran devoción por la Virgen izamaleña, la cual fue llevada en peregrinación a Mérida durante su gobierno, como se acostumbra-

ba hacer de cuando en cuando, especialmente durante las visitas de la plaga y la langosta, asuntos en el que la Madona izamaleña no tenía rivales.

Hay un hecho claro, sin embargo. Sisal está vinculado directa y significativamente a la dispersión del culto guada-

lupano en México. De ahí lo atinado de su cabal restauración, que ojalá no se haga esperar, concorde con su importancia como jalón en la historia intelectual y espiritual de la nación mexicana.

NOTAS: San Bernardino de Sena Sisal

1. *Relación breve y verdadera*, II, 401. Una valiosa obra que contiene numerosos datos y apreciaciones sobre Valladolid, Sisal y comarca es Baqueiro Anduze, *La ciudad heroica*.
2. "Auto de secularización del curato de Sisal, 1755." *A.H.A.Y., Curatos*, caja 1, exp. 6 fs. 66r. y siguientes, reproducido en Bretos, *Arquitectura y arte sacro*, 259-272. Sobre Padilla y su gestión secularizadora véase Carrillo y Ancona, *Obispado*, II, 822-40.
3. Stephens, *Viajes*, II, 273-274.
4. Chamberlain, *Conquista*, 237 y sigs.
5. Citado por McAndrew, *Open-air Churches*, 340.
6. Cogolludo, *Historia*, I, 304-307.
7. Lizana, *Devocionario*, 89v.
8. La inscripción, descubierta en octubre de 1985, reza: N M Ro P F Franco de Abarca la empeço N R P F Ju de Qñones la acabó en 20 de Febo de 1678.
9. Ya esto llamaba la atención de los visitantes en el siglo XVI. *Relación breve y verdadera*, II, 401.
10. Para una extensa discusión del espacio exterior véase Bretos, "Fray Juan..."
11. *Relación breve y verdadera*, II, 401.
12. *Relación breve y verdadera*, II, 401.
13. Cárdenas Valencia, *Relación historial e eclesiástica*, 86; Cogolludo, *Historia*, II, 266.
14. *C.C.R.E.Y.*, II, 285.
15. Cárdenas Valencia, *Relación historial eclesiástica*, 86.
16. "Auto de secularización... 1755." *A.H.A.Y., Curatos*, caja 1, exp. 6.
17. *A.H.A.Y., Curatos*, caja 1, exp. 18.
18. Cárdenas Valencia, *Relación historial eclesiástica*, 86.
19. Lizana, *Devocionario*, 97 v.
20. "Auto de secularización... 1755." *A.H.A.Y., Curatos*, caja 1, exp. 6.
21. Véase "Auto de secularización...1755" y Yuste López, *El comercio... con Filipinas*, 93-96.
22. Es de notar que al menos tres de las parroquias franciscanas secularizadas por Padilla —San Cristóbal en Mérida, Sisal y Maxcanú— tendrían en lo adelante asociaciones guadalupanas permanentes. En el caso de las dos últimas, sendos altares construidos por el mismo personaje, el cura Josef González y Aguirre, devoto entusiasta sin duda de la Virgen del Tepeyac.
23. Carrillo y Ancona, *Obispado*, II, 860-863.

Dzibilchaltún, Umán y Calkiní: Las Capillas de Indios de Yucatán

Avenida Itzáes atraviesa Mérida de norte a sur. Sobre el cruceamiento con la calle 59, foco de la nueva urbe porfirista, pabellones hospitalarios de la época de la chistera albergan la actual escuela de bellas artes. A pocas cuadras, un titánico Chacmool de concreto refleja en el semblante lo incómodo de su postura. Mas adelante, el ínclito Carrillo Puerto gesticula desde su pedestal, congelado en bronce el inútil alarde oratórico, donde la trama urbana de Mérida comienza a desarticularse en nuevos fraccionamientos.

El campo yucateco comienza ocho kilómetros más adelante, en Umán, por siglos importante pueblo comarcano hoy reducido a poco menos que un suburbio más. Sin embargo, a pesar de su cercanía, Umán opone su vocación ru-

ral al agresivo expansionismo de la ciudad. En la plaza, una imponente iglesia parroquial (comenzada en 1760 y terminada cuarenta años más tarde por el cura Ignacio de Zepeda y el ingeniero Manuel Torres), levanta su imponente cúpula entre los ventorrillos.¹ La majestuosa silueta del templo distrae de la extraordinaria fachada con su anacrónico pórtico ojival, de absoluta originalidad en la región. De haberse construido, el campanario único previsto por Torres habría tenido una cúpula bulbosa similar a los de la hoy Catedral de Campeche. Pero así se quedó.

Al costado septentrional del ábside de la gran iglesia, una capillita de piedra pasa casi inadvertida. “Es la antigua capilla abierta”, informan los entendidos locales, felices de



Dzibilchaltún. Vista panorámica de la capilla de indios y el sitio prehispánico. El cenote Xlakah está situado inmediatamente a la derecha de la escena.



Umán. Vista de la capilla de indios desde el frente y desde el tejado de la titánica iglesia parroquial inmediatamente al sur. Nótese la bóveda y espadaña. El frontón triangular estaba diseñado para recibir una ramada a dos aguas cuya presencia puede aún detectarse siguiendo la línea desde el pináculo del frontón hasta el plano inclinado del contrafuerte.

poder satisfacer la curiosidad de los visitantes, cautivados por lo extraño del edificio. La capilla en cuestión, parte hoy de la rectoría, es un paralelepípedo de 10 X 10.5 metros de base y 12 de altura. Tiene una graciosa bóveda vaída, una pequeña espadaña, y ese aspecto venerable de las cosas antiguas que, al decir del poeta,

saben secretos de las cosas viejas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria.

La designación de esta peculiar edificación como “capilla abierta”, aunque cuestionable, no es del todo arbitraria. Por su apariencia, así como por su ubicación al costado de la iglesia frente a un espacio exterior, la capilla de Umán parece ser una más entre la multitud de verdaderas capillas abiertas construidas en la Nueva España durante el siglo de la conquista, y que tan lúcidamente han sido estudiadas por investigadores mexicanos y extranjeros.

La capilla abierta mexicana era una especie de proscenio abierto al atrio en el cual podían celebrarse servicios religiosos a la vista de una gran multitud reunida en el espacio atrial. Dentro de la idea fundamental cabían numerosas variantes, como lo revela la monumental obra de John McAndrew. Aunque la modalidad yucateca de la “capilla de indios” se deriva de antecedentes del México central (las “capillas abiertas” mexicanas eran llamadas también “capillas de indios”), no creemos apropiado el término “capilla abierta” para designar a las yucatecas, las cuales, como veremos,

obedecían a una lógica enteramente diferente. Y no eran “abiertas” en lo absoluto, pues invariablemente tenían una techumbre o ramada de guano por delante en el lugar que normalmente ocuparía la nave.²

El uso de ramadas entre los antiguos mayas está bien documentado. La casa maya o *ná* tenía —y tiene— un techo de guano. En el período postclásico hay evidencia del uso extenso de ramadas asociadas a edificios mucho más sustanciales. Al llegar los españoles a Yucatán el uso de ramadas era endémico por toda la península. Fray Antonio de Ciudad Real reportaba al llegar a Tizimín, uno de los primeros pueblos en el itinerario de su patrono, fray Alonso Ponce:

En el compás o patio del convento el cual es cuadrado y tiene el suelo encalado con cuatro capillas en las esquinas y con muchos naranjos y otros árboles puestos en orden, está hecha una ramada de madera, cubierta de guano que son hojas de ciertas palmas, muy grande ancha y larga, capaz con mucha gente, construida con tal curiosidad que en toda ella no hay clavo ni sogá, y sin todo esto es fortísima; no tiene paredes, para que así esté desahogada y entre el aire por todas partes; tiene unos horcones, postes o columnas de madera recísima sobre que está fundada, atada con bejucos, los cuales son como mimbres, muy correosos. En aquella ramada se junta el pueblo...³

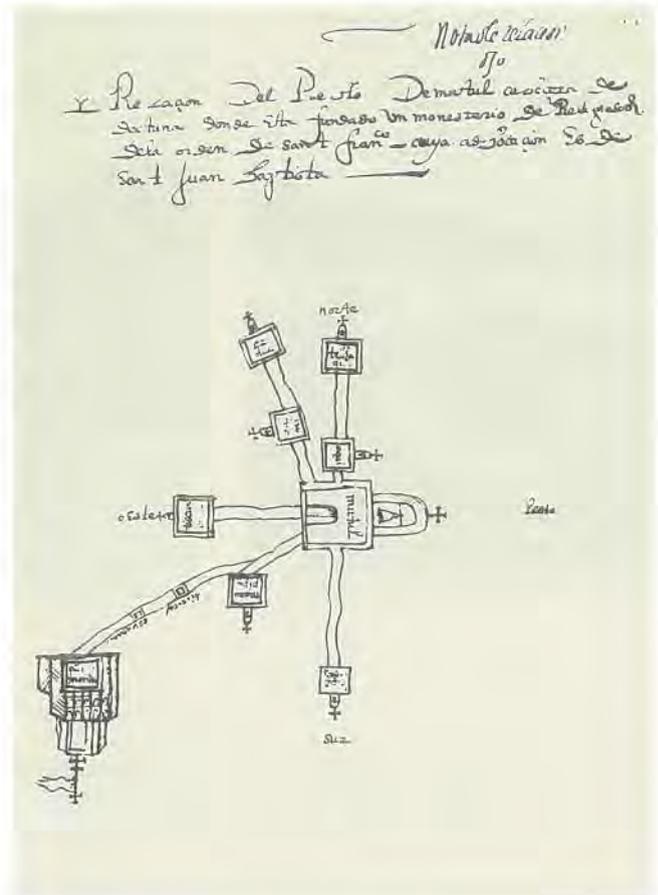
La presunta “capilla abierta” de Umán es una de las pocas capillas de indios yucatecas —insistamos en el nombre correcto— que haya sobrevivido en su condición más o menos original. Hay que recalcar esto último porque en realidad han sobrevivido intactas veintenas de esas peculiares invenciones yucatecas de la época de la conquista.⁴ Eso sí, casi siempre incorporadas a iglesias construidas posteriormente, de las cuales se convirtieron en santuarios o sacrificios gracias a ese innato conservatismo del vernáculo peninsular.

Así, en infinidad de iglesias yucatecas, la impronta del siglo de la conquista espiritual sobrevive en los extraordinarios acoplamientos que nos permiten apreciar, como en Yotholín, una capilla de indios del siglo XVI literalmente engastada en la pared del ábside de la actual iglesia parroquial (terminada en 1766). O, como en Opichén, engullida por las paredes de la nave, también del siglo XVIII, desembarazada de sus techumbres en un reciente y execrable acto de vandalismo oficial.

Por supuesto, aún es posible ver en la región yucateca los restos de antiguas capillas de indios que por una u otra razón nunca llegaron a convertirse en iglesias de nave y bóveda. Caso notable es el de la exquisita capilla de indios de Ecab, protegida por el abandono de siglos en su aislado rincón cerca del Cabo Catoche.⁵ Otra, más familiar, es la muy visitada de Dzibilchaltún que aún se levanta enigmática entre las ruinas de aquel importante sitio maya, tan próximo a Mérida por el norte como Umán lo está por el sur.

La capilla de Dzibilchaltún,⁶ antigua visita del cercano convento de Conkal, estaba en buen estado de conservación cuando, a instancias del maestro don Alfredo Barrera Vázquez, la visitaron los arqueólogos norteamericanos E. Wyllys Andrews y George W. Brainerd en 1941. Por aquel entonces podían verse aún restos apreciables de pinturas murales, incluyendo restos de un antiguo retablo pintado que Brainerd catalogó como del siglo XVI en atención a su estilo.

Brainerd, quien hizo unas detalladas acuarelas de los murales de Dzibilchaltún, hoy perdidos, identificó a dos figuras en el lado izquierdo del altar, la una un obispo con báculo y mitra (¿San Agustín?), y encima del obispo “un arcángel a caballo empuñando una espada desenvainada”. Como ningún alado arcángel frecuente —o necesita— de los caballos, es evidente que Brainerd se equivocó en su identificación. ¿Se trataría de Santiago, a quien la iconografía española tiene por notable jinete y espadachín? Una capa al vuelo bien puede confundirse con un par de alas en un mural deteriorado. Por supuesto, el fechamiento de los murales ofrecido por Brainerd debe tomar en cuenta el carácter profundamente arcaizante de la pintura colonial yucateca. Lo que en Yuca-



Motul. Cabecera y visitas en el siglo XVI.

tán parece a simple vista del siglo XVI resulta a menudo ser del XVII, y así sucesivamente por lo retardatario del estilo.

Infelizmente, de lo visto por Andrews y Brainerd casi nada quedaba en 1956. En ese corto intervalo, la pared del sur y sesenta por ciento de la bóveda se desplomaron, llegando a temerse un colapso total. En 1962, ya avanzadas las excavaciones de lo que resultó ser el importantísimo sitio prehispánico de Dzibilchaltún, el Departamento de Monumentos Prehispánicos del I.N.A.H. le confió al experto norteamericano William J. Folan la reconstrucción de la capilla. El monumento, rehabilitado y solitario, se alza en el lugar central de la plaza a pocos metros del legendario cenote Xlakah, nombre por el cual muchos mayas modernos se refieren al conjunto monumental de Dzibilchaltún.

La fecha de la construcción de la capilla de indios de Dzibilchaltún es dudosa. Brainerd encontró una piedra caída con la inscripción “1593”. Se trata de una fecha eminentemente razonable considerando que Conkal ya por aquel entonces funcionaba como cabecera de un distrito misionero franciscano. Es curioso que la capilla nunca fuera terminada, pues de los dos espacios anexos, uno para sacristía y otro



El uso de ramadas asociadas a edificios de mampostería tiene orígenes prehispánicos y ha mantenido su vigencia hasta el día de hoy. Lo mismo puede decirse de las ramadas provisionales, de las cuales dio testimonio a fines del siglo XVI el cronista fray Antonio de Ciudad Real, cuyo arribo a numerosos pueblos a lo largo de la visita del comisario fray Alonso Ponce estuvo marcada por una abundancia de “música y ramadas,” bailes y otras demostraciones de pública algazara de fuerte sabor prehispánico a pesar de la ocasión que las motivaba: el arribo de un inspector franciscano. El actual visitante a cualquier pueblo de Yucatán durante fiestas patronales u otras conmemoraciones locales encuentra hoy día que las ramadas forman parte integral del espectáculo. En Acanceh, (fotografías derecha e izquierda) gradas provisionales de palo, bejuco y guano son construidas para el público asistente a la corrida durante las fiestas patronales. Nótese la pirámide de Acanceh a la izquierda de la fotografía.

para bautisterio, que formaban parte del típico programa arquitectónico, sólo uno fue construido, quedándose el otro en los cimientos.

En el cercano pueblo de Chablekal existe otra capilla de indios que sí llegó a terminarse y para la cual tenemos una fecha contundente inscrita en la fachada:

EN 24 D
FEBº TICVL
HI CAPIL
LA DI HAB
D 1617 A^S IHS ⁽⁷⁾

El hecho de no haberse concluido la capilla de Dzibilchaltún y la existencia a tan corta distancia de otra, la de Chablekal, que sí fue terminada (el 24 de febrero de 1617), sugiere que la primera perdiera su importancia a los pocos años de su fundación. Es posible que la antigua preeminencia, el carisma residual, si se quiere, del Dzibilchaltún pagano no fuera lo más deseable para el asentamiento de una visita cristiana. De acuerdo con esta hipótesis, la visita original, asentada en Dzibilchaltún, sería trasladada más tarde,

con toda probabilidad poco antes de de 1617, a Chablekal, lugar que resultaba además marginalmente más cercano al convento-cabecera de Conkal.

La configuración de las primitivas capillas de indios peninsulares obedecía a dos coyunturas fundamentales. Dada la relativa escasez de frailes, en Yucatán como en el resto de la Nueva España, se recurrió al esquema de cabeceras y visitas, es decir, que los frailes fundaban un convento central en el cual residía el doctrinero y su asistente, de haberlo (las fundaciones franciscanas de la península, sobre todo en el siglo XVI raras veces tenían más de un par de frailes). Desde ese convento central o “cabecera” se atendía a las necesidades de una serie de “visitas” (es decir, pueblos adonde no había ministro residente y que, como el nombre lo indica, eran visitadas desde la localidad central.)⁸

En el apogeo de la evangelización de Yucatán, llegaron a erigirse varios centenares de capillas de indios tanto en cabeceras como en visitas, y tanto en misiones franciscanas como en parroquias de la clerecía. En Yucatán las iglesias originales, como sabemos, fueron una especie de presbiterios de piedra abovedados con vistosas, y a veces, enormes ramadas de guano en lugar de naves. En un puñado de grandes

conventos —Izamal, Maní y Sisal, por ejemplo— se construyeron además iglesias conventuales. En Maní, la primera misión de indios de Yucatán, la capilla de indios tuvo una enorme ramada de guano de 280 pies de largo situada en medio de un típico atrio mendicante. En Conkal, en cambio, donde nunca hubo como en Maní una iglesia conventual para los frailes, se puede notar aún la antigua capilla de indios, coronada por un obelisco y convertida hoy en el presbiterio de la iglesia.

Es de fundamental importancia notar que los santuarios de todas y cada una de las capillas de indios yucatecas, aún las más humildes, estaban articuladas dentro de una sintaxis europea. Es decir, dependían del arco y su derivado, la bóveda, formas desconocidas en el repertorio arquitectónico indígena; nada de dinteles. Tanto el arco como la bóveda representaban formas más avanzadas de la arquitectura y por lo tanto, evidencia palpable y visible del superior orden cultural e ideológico que, al menos desde el punto de vista de los españoles, significaba la conquista. Este razonamiento ayuda a explicar la ubicuidad de las capillas de indios, verdaderos señaladores no sólo de la presencia y penetración del nuevo orden colonial, sino asimismo de su intrínseca superioridad.⁹

En Conkal y Cholul, a pocos kilómetros de Mérida, las antiguas capillas de indios son aún evidentes en asociación con templos construidos durante el relativamente próspero siglo XVIII. En Cholul, el campanario de la capilla de indios primitiva es aún visible sobre el frontis. En Tipikal, cerca de Maní, la capilla de indios es hoy parte de la sacristía. En Yotholín, como afirmamos, ha sido engullida por la pared de un ábside del siglo XVIII. Por toda la península so-

breven ejemplares de esta peculiar coyuntura arquitectónica, tantos que sería tedioso confeccionar una lista.

Dentro de este considerable inventario puede notarse una extraordinaria variedad estilística: existen capillas de bóveda de cañón de piedra (Dzibilchaltún) o de rollizos (Telchaquillo), de bóveda vaída esférica (Kopomá), u oblonga (Teco). Algunas de las bóvedas más sofisticadas tenían falsas nervaduras. En algunos —pocos— casos, las capillas de indios tenían dos niveles (Sisal y, como veremos, Calkiní.) Los campanarios y pináculos asociados con las capillas solían ser espadañas, aunque en algunos casos se construyeron torrecillas como en Oxkutzkab. En Conkal la antigua capilla de indios estaba rematada por un obelisco.

Grupos de capillas pueden ser agrupadas de acuerdo con sus características de estilo. En la región de Tixkokob, por ejemplo, existe un fascinante conjunto de capillas —Euán, Tixpehual, Ekmul y Yaxkukul— caracterizadas por la presencia de “falsas fachadas”. Con sus escalinatas y azoteas, presentan un aspecto singular y encantador que, lamentablemente, se ha perdido como resultado de restauraciones desatinadas. En esta región se ha puesto de moda construir burdas naves de bóveda de concreto donde antes hubo techumbres de guano, con grotescos resultados.

La típica capilla de indios de las visitas yucatecas consistía, como ya hemos afirmado, de un santuario abovedado flanqueado por dos habitaciones de mampostería. Una de las habitaciones, la del lado del evangelio, servía de bautisterio y allí se mantenía la pila bautismal (como es todavía evidente en Motul y en Citilcum.) La pieza del lado de la Epístola servía de sacristía, y es posible que, en algunos casos, haya servido también de “base” al doctrinero durante sus vi-



En Xuilub, Valladolid, (a la izquierda) y en Tetiz (fotografía de la derecha), ramadas de construcción similar a las que vieran Ponce y Ciudad Real en 1588 sirven de techumbre a pequeñas capillas. En Xuilub, dos piedras labradas de origen prehispánico agracian los plintos de la verja. La ramada de la capilla de Tetiz, sin embargo, se ajusta más fielmente al tipo prevalente en las capillas de indios primitivas de Yucatán.: sin paredes, desahogadas y abiertas por lo tanto a la circulación de aire.



En Cholul, (fotografía superior) la capilla de indios del siglo XVI sigue en pie como santuario de un hermoso templo de fines del s. XVII a principios del XVIII. En Tixcuytún, la capilla de indios primitiva con su graciosa espadaña (fotografías inferiores) funciona hoy como sacristía de una iglesia parroquial terminada hacia 1760 con la adición de una nave de mampostería con su característico frontón reminiscente de un palomar.



sitas, aunque existe evidencia de que el ministro visitante se alojaba en un edificio separado, construido para ese propósito.

La Relación de Muxupip dice que hacia 1579 aquella visita de Motul tenía “dentro del patio a la banda del norte una casa de piedra con tres piezas y un corredor adonde los religiosos se aposentan cuando vienen a visitar”. Similares albergues subsisten en Cuncunul, Dzitás, Euán, Kimbilá, Yobaín y otras localidades.¹⁰ De tales primitivos acomodos ha evolucionado una larga serie de “casas curales” yucatecas que van desde la mínima expresión evidente, por ejemplo, en Cuncunul, adonde la antigua casa cural medía 20 por 9 metros incluyendo el portal de 4.5 metros de profundidad, hasta ejemplares de creciente complejidad, con uno o múltiples portales, de plan rectangular o en forma de “L”, construidos en siglos posteriores.

La más espectacular de todas las capillas de indios yucatecas del siglo XVI fue San Luis Obispo de Tolosa Calkiní, en el actual estado de Campeche. Se ha afirmado sin base documental que su constructor lo fue fray Martín (o Miguel) Vera.¹¹ La *Relación* de Ponce, parca en sus descripciones, es prolija acerca de este monumento de evidente osadía conceptual: una capilla de dos niveles en cuyo piso superior, directamente comunicado con el claustro alto se hallaban el Tabernáculo y el coro de los frailes, rodeados de un “antepecho de verjas” para su protección. Fray Antonio de Ciudad Real describía así el singular monumento que se alzaba ante sus ojos atónitos aquella cálida mañana del 29 de agosto de 1588:

El convento está acabado con su claustro alto y bajo, dormitorio y celdas. El primer suelo es de bóveda pero las celdas están enmarcadas por lo alto con sus azoteas y todo es pequeño aunque de cal y canto. No tiene aquel convento iglesia pero en su lugar hay pegada una capilla y ramada muy vistosa. La capilla es muy alta y fuerte labrada de cal y canto y ciérrase con una bóveda llana de media naranja. En lo bajo del teatro de esta capilla están hechas otras tres capillas de bóveda que toman todo el ancho de ella pegadas unas a otras, armadas sobre dos pilares de piedra delicados y curiosos, y debajo de cada una de estas bóvedas hay un altar, y a estos tres altares se sale a decir misa de una sacristía baja que tiene puerta a la misma capilla grande. Sobre las tres capillas y bóvedas de ellas está el altar mayor, algo alto, arrimado al mismo testero, y en él la custodia del Santísimo Sacramento, y a un lado el coro de frailes, y queda medio espacio y anchura para los ministros del altar.

A este altar y coro se entra por el claustro alto del convento, y tiene este andén o andamio alto un ante-

pecho de verjas que toma todo el ancho de la capilla, claras y anchas, para que no impida a los indios ver misa desde abajo. Tiene la capilla de ancho cuarenta y dos pies, y de largo hasta el arco toral cincuenta y dos. Hay una reja de verjas altas, fuertes y bien labradas que para seguridad se cierra de noche con su llave. Para guarnición y fortaleza de este arco viene pegada por lo alto de la otra bóveda, de once pies de ancho y de más de



La evolución de capilla de indios con ramada (siglo XVI) a iglesia con nave de mampostería techada de paja (siglo XVIII), luego de lámina sobre artesonado, y últimamente de espantosa bóveda de concreto, puede seguirse en los casos de Yaxkukul (fotografía superior) y Tixpéhuil. (inferior).

En ambos casos la fachada refleja el perfil del parapeto de la capilla de indios (con absoluta fidelidad en el caso de Yaxkukul.) Los óculos sobre los parapetos de ambas capillas de indios admitían luz al recinto cubierto por la ramada. La sustitución de la techumbre por la bóveda de concreto, sin embargo, los hizo superfluos. Las marcas de las antiguas techumbres son aún evidentes, sobre todo en Yaxkukul, donde las demandas tectónicas de la bóveda hicieron necesario aumentar en casi dos metros la altura de las paredes laterales. Nótese la complejidad del diseño de las capillas de indios en ambos conjuntos, característica de la región de Tixkokob.

ciento sesenta de largo sin que intervenga en ella clavo ninguno ni sogas, cosa por cierto de grande admiración. Y así echada bien la cuenta hay desde el testero de la capilla hasta el fin de la ramada doscientos treinta y tres pies y con ser tan larga y ancha como es, cuando llega un día de Pascua se hinche toda porque es mucha la gente de aquella guardiana.

Está aquella capilla y ramada en un buen patio cercado de naranjos y aguacates, y tiene cuatro capillas, en cada esquina la suya, y todo con el convento.¹²

Cuando Ponce y sus secuaces visitaron Calkiní, el espectáculo debe haber sido impresionante con el hermoso conjunto de la capilla y ramada dominando un clásico atrio con posas y pretil. Infortunadamente, poco queda de todo aquello. Las posas han desaparecido. De los altares que antaño adornaban la capilla se reportaba uno de ellos abandonado en un rancho cercano, hará pocos años.

Las azoteas y el pináculo de la bóveda son aún aseQUIBLES por medio de una escalera de caracol desde el claustro alto, privado hoy de sus viejas techumbres de madera. La azotea está rodeada de un parapeto almenado en el cual se han dispuesto tres espadañas, una hacia el frente y dos hacia el fondo. No son obvias hoy en día, eclipsadas como están por las torres gemelas de la iglesia parroquial. Pero en tiempos pasados deben haberse destacado desde una considerable distancia. La vista desde la azotea es majestuosa, abarcándose una extensa y llana comarca.

La selección de palabras para describir el corazón de este asombroso edificio es interesante. La capilla elevada era, ni más ni menos, un escenario; un "teatro" litúrgico concebido para concentrar la atención de la gente y dispuesto, por lo tanto, en alto. Lo que sobrevive del antiguo "andén" es significativo: una especie de pasarela de dos metros de ancho sacada del grosor de la pared y aseQUIBLE desde el claustro alto. Esto es lo que queda del "coro de los frailes" que vieran Ponce y sus colegas en 1588.

La presencia de un coro conventual y una capilla de indios bajo un mismo techo ya sería notable, pero los creadores de Calkiní nos reservaban una sorpresa mucho más extraordinaria. La lógica plena del conjunto sólo se nos revela al considerar su último componente: la capilla de ábside poligonal situada al costado del convento y perpendicular a la de indios. Dada su posición relativa a lo que hoy se interpreta como una iglesia parroquial convencional, dicha estructura puede ser fácilmente confundida con un transepto o una capilla auxiliar.

Un examen más concienzudo, sin embargo, revela que dicha capilla lateral es esencialmente contemporánea con el conjunto que describe Ciudad Real aunque, como fray Anto-

nio afirma explícitamente, no existía aún por 1588. Esta capilla —en efecto la capilla conventual original— y la de indios que tanto impactó a fray Antonio, se complementan perfectamente y van como anillo al dedo. Ambas unidades guardan perfecta relación de escala entre sí y con el diminuto claustro. El coro de los frailes de Ciudad Real, tan extrañamente situado en ausencia de la capilla conventual, resulta estarlo convencional y predeciblemente una vez terminada la misma, es decir, en oposición al altar mayor y en el lado opuesto de la nave.

Conceptualmente, Calkiní se desvía tanto de la norma como para sugerir un precedente exótico. John McAndrew supuso que el modelo de nuestro convento lo fue San Francisco de Baeza, edificio de Andrés de Vandelvira, cuyos particulares el primer obispo de Yucatán —fray Francisco de Toral, natural de la vecina Ubeda— pudo haber transmitido a su diócesis.¹³

La intervención, aunque indirecta, de fray Francisco en el diseño de la capilla de indios de Calkiní carece de base, aunque es posible que la llegada de Toral a Yucatán tuviera un impacto directo sobre otro componente del conjunto: el claustro. Toral fue uno de los críticos más acerbos de los excesos constructivos de los franciscanos en Yucatán. Es posible que las minúsculas dimensiones del claustro de Calkiní (con 12 metros de lado el más pequeño de la Nueva España) haya sido una concesión de los frailes a la postura anti-suntuaria del prelado.

No es necesario buscar —o rebuscar— remotos precedentes para este fascinante monumento. Dando por sentada la osadía conceptual de Calkiní, su afinidad con el esquema de la capilla de indios de Sisal es innegable. La configuración es la misma: una estructura de dos pisos de una pieza con el convento y aseQUIBLE desde el coro. Que Calkiní tuviera una elegante bóveda de media naranja y Sisal de cañón corrido sólo es una diferencia de grado. Que los constructores de Calkiní estuvieran al tanto de lo que debe haber sido un serio problema en la capilla de Sisal —la falta de luz— es evidente. En Calkiní se dispusieron dos vistosas ventanas morunas (hoy cegadas) sobre la pared posterior de la capilla de indios. Es posible además, que la necesidad de abrir el recinto de la capilla de indios a la luz haya estimulado su excepcional altura.

Por qué los franciscanos crearon en Calkiní un monumento de tanta complejidad, es una buena pregunta. He aquí una posible respuesta: el objetivo principal de la extraordinaria capilla de indios de Calkiní parece haber sido la seguridad del santuario. Esto no es nada nuevo. La seguridad del recinto sagrado, sobre todo de las Sagradas Formas, fue una preocupación fundamental de los misioneros, y no sólo en Yucatán.



En Dzan, cerca de Maní, el recinto y el arco de ingreso al atrio de una pequeña capilla vernácula han sido integrados por medio de un techo que fue originalmente de ramada, después de tejas de Marsella (la foto fue tomada en enero de 1986), y últimamente (febrero de 1988), de abominable bóveda de concreto.

Todo monasterio canónicamente erigido tenía la obligación de mantener públicamente expuesto al Santísimo Sacramento con una lámpara perpetuamente encendida. En las provincias misioneras de las Indias, sin embargo, el riesgo de las profanaciones imponía precauciones especiales. Posemos información fidedigna de que en Yucatán a fines del siglo XVI era costumbre en aquellas casas franciscanas donde no había todavía iglesia, mantener la eucaristía bajo llave en una habitación especialmente acondicionada dentro del monasterio, y a salvo por lo tanto, de sacrilegios.¹⁴ Es evidente que en Calkiní se tomaron precauciones extraordinarias. ¿Cómo explicar si no la elevación del altar, el “antepecho”, la verja y cerrojos, y la cercanía del santuario al claustro alto, adonde cualquier posible profanación del recinto eclesiástico hubiera podido ser detectada por los frailes y, por consiguiente, evitada?

Es posible que el diseño de Calkiní haya representado un intento de solucionar el dilema entre culto público y seguridad en un momento en que el miedo a la resurgencia de la

idolatría adquirió en Yucatán extraordinaria vigencia. Recordemos el año de la erección de Calkiní: 1561. La construcción del conjunto, por lo tanto, debe haber estado en sus fases preliminares al producirse el descubrimiento de las apostasías en Maní y Sotuta (mayo de 1562) que culminaron en el famoso auto-da-fe de fray Diego de Landa. Es significativo que en Tizimín, erigido también por aquellos años (1563), se construyera una capilla elevada abierta al atrio, similar a la de Calkiní, aunque mucho menos compleja. Elevada lo era también, por supuesto, la ya mencionada capilla de indios de Sisal, cuyo convento quedó terminado en 1561, planteándose por lo tanto la probabilidad de que su capilla date también de los agitados meses que siguieron a la primavera de 1562.

Mas que injerto exótico, por lo tanto, la capilla de indios de Calkiní representa una culminación. Sus antecedentes, como ella misma, surgieron de la síntesis arquitectónica, modesta en sus medios pero segura en sus objetivos, que se iba gestando en la provincia de San Josef de Yucatán.

Sus características de diseño parecen haber respondido a la coyuntura específica de la conquista espiritual de la tierra del mayab, y en este caso específico, a una de sus crisis más profundas. En ello, y no en ningún *deus ex machina* archi-

tectónico radica su encanto más genuino, su inventiva, y su continuado interés.

NOTAS: Dzibilchaltún, Umán y Calkiní. Las capillas de indios de Yucatán

1. "Expediente formado en virtud de repetidas representaciones de los Rdos. Obispos y Gobernadores, Mérida 1794", *A.G.I., México* 1317; *A.G.I., Mapas y planos*, 441-442.
2. La literatura sobre las capillas abiertas mexicanas es extensa. De lectura obligada es la monumental obra de McAndrew, *Open-air chapels*.
3. *Relación breve y verdadera*, II, 400.
4. Algunas capillas de indios yucatecos han sido publicadas. Véase por ejemplo Benavides y Andrews, *Ecab*; Folan, "Dzibilchaltun;" García Preciat, "Historia de la arquitectura," en *Enciclopedia yucatanense*; Jones, "Típu," Messmacher, "Capilla abierta... de Campeche;" Miller y Farriss, "Religious Synchronism" (estudio de Tancah, Q.R.), y otros.
5. Véase Benavides y Andrews, *Ecab*.
6. Véase la publicación de la excavación y reconstrucción del monumento. Folan, "Dzibilchaltún."
7. Tr.: "El 24 de febrero de erigió esta capilla, año de IHS de 1617," Folan "Dzibilchaltún."
8. Sobre este asunto véase la extensa discusión en McAndrew, *Open-air churches*, passim.
9. Este problema lo ha discutido lúcidamente Valerie Fraser en su reciente obra sobre la arquitectura de la conquista en el virreinato del Perú. Valerie Fraser. *The Architecture of Conquest. Building in the Viceroyalty of Peru, 1535-1635*, especialmente páginas 32-35.
10. *Relaciones de Yucatán*. "Muxupip," I, 251. Véanse los planos de Cuncunul (*C.C.R.E.Y.*, I, 87), Dzitás (*C.C.R.E.Y.*, I, 165) y Euan (*C.C.R.E.Y.*, II, 723.)
11. McAndrew, *Open-air churches*, 500.
12. *Relación breve y verdadera*, II, 454-455.
13. McAndrew, *Open-air churches*, 501.
14. *Relación breve y verdadera*, II, 399.

Santa Clara de Asís Dzidzantún

Dzidzantún se nos revela poco a poco al aproximarnos desde la costa del golfo a unos diez kilómetros de distancia; un punto en el horizonte que se agranda paulatinamente sin que notemos de inmediato su enorme tamaño. El conjunto se encuentra hoy más o menos restaurado y reintegrado al culto. Hace diez años la impresión era de un colosal naufragio; un enorme galeón de piedra desarbolado y varado entre los erizados campos de henequén. Y en derredor, los restos del siniestro: un grávido querubín, orgullo ayer de alguna cornisa renacentista, una guirnalda de piedra cuya impostura parecían reprochar las enredaderas, un torso del Padre Eterno sobre cuya mano derecha, alzada en ademán de bendecir, se escurría impúdica una iguana.

Dentro de la nave, cerdos y pavos atendían sus negocios entre enormes pedruscos, restos de la bóveda que alguna vez desafió la gravedad. Malezas y basura le daban al lugar la apariencia de un vertedero. Huesos humanos se apilaban en una esquina del coro. Entre ellos, tal vez, los de doña Cayetana Coral y Pereira, de cuya defunción a las 9:30 del 9 de septiembre de 1889 “a los 64 años, un mes y dos días de su edad” quedaba notificada la posteridad por la carátula de un reloj de mármol negro con sus manecillas congeladas precisamente a la hora de su postrer aliento. Sobre la mugrienta bóveda del santuario, grandes rajaduras imponían su orgánica individualidad al rigor geométrico de las tracerías. Era

la ruina, al parecer final, del que más de tres siglos antes fuera orgullo de la región litoral, el antiguo cacicazgo maya de Ah-Kin-Chel, corazón de las llamadas “doctrinas de la Costa”.

Las actividades de los frailes seráficos en la densamente poblada región se remontan al comienzo de la década de los 1560. Ya por 1561 se reportaban franciscanos en la comarca. Dos años más tarde los misioneros se albergaban en “ranchos de paja”. El convento de Santa Clara de Asís Dzidzantún fue erigido en el capítulo celebrado en Mérida el 13 de abril de 1567, siendo su primer guardián fray Diego Suazo.¹

Poco más de una década después de su erección canónica, el monasterio se encontraba funcionando a plenitud. Martín Sánchez, el encomendero local, escribía en su Relación de Dzidzantún (ca. 1579) que en su encomienda estaba fundado “un monasterio suntuoso de la orden del señor San Francisco donde los vecinos del dicho pueblo y demás pueblos comarcanos... acuden”.² Cristóbal de San Martín, encomendero del vecino Cansahcab, también por aquella época decía alzarse en Dzidzantún un majestuoso monasterio “el mejor de todas estas provincias... labrado de cal y canto y muy bien perfeccionado con muchos y muy buenos hornamentos y campanas”.³

Dzidzantún se atribuye al fraile madrileño fray Francis-



Elevación frontal de Dzidzantún antes del colapso de la bóveda (izquierda) y después de la reciente restauración. (derecha) La línea curva de la fachada no tiene precedentes en Yucatán. La espléndida portería estuvo alguna vez decorada por murales, hoy perdidos.



Dzidzantún. Detalle del campanario. El emplazamiento sobre la pared lateral de la iglesia (acentuando así la sencillez de la fachada), es típico de los grandes conventos yucatecos del siglo XVI.



LA VIDA Y MUERTE DE FRAY FRANCISCO GADEA

El año de 1553 en compañía del santo fray Lorenzo de Bienvenida vino a esta provincia de la de Castilla el padre fray Francisco Gadea, ya sacerdote. Aprendió la lengua muy bien, y fué grande trabajador con los indios, y edificó los conventos de Tizimín y Dzidzantún, adonde hay la mejor iglesia de los indios. Llevóle el Espíritu a tierras del Perú y Chile, adonde gastó muchos años, y volvió a esta provincia, año de 1600. Y el mismo día que saltó en tierra predicó en esta lengua, como si no hubiera faltado un día, no obstante que faltó 30 años.

Vivió después de su vuelta más de 20 años, y ya su trabajo era con buen ejemplo, más que con fuerzas por su vejez, mas estaba tan entero y recio, que decía que en su vida no tuvo dolor de cabeza, y fue religioso muy observante de su Regla, y celoso mucho de la honra de Dios nuestro Señor, y gruñía si veía cualquier defecto por mínimo que fuese; y así le tenían por mal acondicionado, y sabían que su buen celo lo causaba.

Estaba ya recogido en la enfermería por viejo, y con todo andaba, y se trataba como mozo, pues dormía con su hábito y no usaba lienzo. Sintió su muerte, y pidió el Oleo, que el Viático por su pie fue a recibirle, y pareciéndole al enfermero que no tenía necesidad de Oleo, porque le veía sin calentura, ni achaque alguno, no avisó ni trató de que se le diese. Y el buen viejo le decía que ¿cómo no traía el Santo Oleo? Le dijo: Padre, ¿que tiene pues anda en pie? Respondió: Que me muero, eso tengo. Y visto que no le creían, se fue al Padre Guardián, y le dijo: Padre Guardián, déme el Santo Oleo, y mire que no me prive de este bien. Y el Guardián le dijo: Ya vamos, Padre, acuéstese. Fue el santo viejo, y vestido con su hábito y manto se acostó, y le dió el Oleo Santo. Y después de recibido murió en breve tiempo sin [más] achaque conocido que la vejez, que tenía cien años, y setenta y cinco en esta provincia y Chile, siempre con muy buen ejemplo.

Lizana, Devocionario, 104.



Detalle de la bóveda de la nave antes de su restauración. La fractura de la bóveda se debió al fallo de los cimientos y, por consiguiente, de la pared lateral del lado de la Epístola. Las filtraciones y las goteras hicieron el resto. Fotografía de M. Bretos, 1977.

co de Gadea, uno de los que había concurrido a Yucatán con el contingente de fray Lorenzo de Bienvenida en 1553.⁴ Sobre este personaje, autor también del convento de Tizimín, no tenemos muchas noticias. Ni Lizana ni Cogolludo mencionan que tuviera entrenamiento alguno como arquitecto o constructor. Sabemos, eso sí, que en 1570 pasó al Perú, aunque no se conoce obra suya en el virreinato sudamericano. Apegado a Yucatán, regresó a la tierra del Mayab en 1600, muriendo en el convento grande de Mérida a avanzadísima edad en 1625.

Es difícil precisar la fecha del inicio de la gigantesca iglesia conventual de Dzidzantún (78 por 11 metros), la más larga entre todas las de nave única novohispanas. La existencia de este monumento no habría pasado inadvertida a los encomenderos autores de las Relaciones, quienes sólo se refieren al “monasterio”, aunque es posible que algo se hubiera construido ya para 1579. Diez años más tarde el templo estaba ya concluido, de acuerdo con el testimonio de fray Antonio de Ciudad Real.

Ciudad Real llegaba a Dzidzantún en el séquito del visitador fray Alonso Ponce el 9 de agosto de 1588. Horas antes habían visitado Tekantó, donde salió a recibirles una comitiva de indios a caballo con palmas y gran algarabía, atravesando despues a toda velocidad los poblados de Suma, Teya y Cansahcab. La iglesia, ya terminada, merecía una extensa descripción por ser, en palabras de fray Antonio, “de las buenas de la Nueva España”.

Es el cuerpo de esta iglesia de un cañón de bóveda de ciento setenta pies de largo y de cuarenta y dos de ancho, la capilla está labrada de cantería de lazos y tiene



Nave. Estado actual.

de largo desde el arco toral hasta el testero del altar mayor ochenta y dos pies. el ancho es el mismo que el de la [nave de la] iglesia. y así a buena cuenta hay desde el altar mayor hasta la puerta frontera de la iglesia más de doscientos cincuenta pies de hueco; el suelo del coro alto es también de bóveda del mismo ancho y de treinta y nueve pies de largo. Sin esto tienen los indios su ramada y capilla en un buen patio, con cuatro capillas como en Tikantó y en Itsmal; hay una huerta que se riega con agua que se saca con una noria; moraban en aquel convento tres frailes.⁵

Este vasto edificio se construyó en no más de una década, y posiblemente en mucho menos. No es de extrañar. Como hemos visto, en las primeras misiones franciscanas de Yucatán se lograron tiempos récord de construcción (recordemos el caso de Maní, donde —se afirma— seis mil indios tomaron parte en las obras y se requirieron apenas seis meses para completar todo el conjunto). Por supuesto, existe una correlación entre la población indígena y la capacidad constructiva de las misiones. Así, en Maní, el conjunto que más rápidamente se concluyó, la población nativa hacia 1580 era de 14,400 habitantes. Otros conjuntos concluidos con igual premura muestran igualmente altos niveles poblacionales como, por ejemplo, Sisal, cuya población en 1580 era de 10,400 habitantes. Dzidzantún, durante la década en que se construyó su monumental iglesia era en cuanto a población la segunda misión franciscana en toda la península, con 11,200 habitantes, según cálculos de los demógrafos norteamericanos Sherburne Cook y Woodrow W. Borah.⁶

Aunque la abundancia de mano de obra ayuda a explicar tanto el gigantismo como la grandilocuencia de Dzidzantún, el argumento se queda corto ante una importante faceta del monumento: la excelencia de su escultura y lo refinado de su diseño. El parapeto curvo de la fachada, por ejemplo,

es de gran originalidad y ayuda a suavizar lo que de otro modo sería una masiva elevación. La escultura es de lo más gracioso y acabado que se produjo en Yucatán, y de un gran sabor italianizante.

Es posible, sin embargo, que la propia capacidad constructiva de Dzidzantún haya resultado a la larga en serios problemas. Existe evidencia en el propio monumento de que la iglesia originalmente planeada era de mucho menor tamaño que la que a la postre se construyó. ¿Cómo explicar si no la curiosa posición de la sacristía? Normalmente las sacristías mendicantes en Yucatán eran parte de la crujía del claustro. No así en Dzidzantún, donde la diminuta sacristía está exenta del claustro debido a la excesiva longitud de la nave. La falta de adecuación estructural, débiles cimientos e insuficiente apoyo a la pared sur de la iglesia sugieren, amén de una cierta ineptitud, por supuesto, la posibilidad de un proyecto megalománico desbordado de sus cauces originales y, por lo tanto, carente de solidez e integridad.

El pecado original de Dzidzantún produjo serios problemas en el conjunto ya avanzado el período colonial. En fecha que no ha podido determinarse, pero con toda seguridad a finales del siglo XVII o principios del XVIII, con la bóveda amagando caerse y la pared sur de la nave tan debilitada que su derrumbe era predecible, fue preciso tomar enérgicas medidas para impedir una catástrofe. Así, se añadió cerca de una vara al grosor de la pared, construyéndose una recia muralla y pilón de refuerzo al arco triunfal directamente debajo de la piedra de clave. Este arreglo canceló todo el espacio del ábside primitivo, que quedó relegado a sacristía. Dentro de este *cul-de-sac* quedó el antiguo retablo dorado del siglo XVI enmarcado por pinturas murales. Al frente del masivo pilón se levantó una pared, y frente a la pared se construyó un sencillo retablo de madera que es el que actualmente puede verse en el improvisado presbiterio. De estos arreglos resultó la preservación, aunque en bastante mal estado, del ambicioso programa de pinturas murales asociadas al antiguo retablo, cuyas sombras descoloridas pueden verse aún en las paredes antiguas del ábside.

El problema estructural fundamental, es decir, la debilidad de los cimientos y paredes laterales, no se solucionó. La pared sur (curiosamente, en ningún momento se intentó reforzarla con contrafuertes, como era lógico), continuó cediendo a las presiones de la inmensa bóveda. Su continuado resquebrajamiento produjo las inevitables filtraciones de agua y, por consiguiente, el debilitamiento integral de la estructura. Al terminar el siglo XIX la situación era ya crítica. Entre 1900 y 1908 los curas párrocos advertían al obispo con creciente angustia que las cuarteaduras de la bóveda hacían temer por su colapso. Y así sucedió efectivamente en 1908; un buen día la bóveda de la nave se vino abajo estre-

pitosamente. Para gran fortuna de los lugareños, muchos de los cuales hubieran quedado apachurrados bajo una montaña de escoria en hora menos favorable, el desastre ocurrió en plena madrugada con la iglesia cerrada.⁷ La fractura longitudinal de la bóveda, como ocurrió en Dzidzantún hace ochenta años, y en Xocnaqué hace un lustro, es de esperarse en un puñado de templos yucatecos en un futuro no muy lejano. El que escribe evita entrar, por ejemplo, en la nave de Tixméhuac, prefiriendo encontrarse con su hacedor de manera menos dramática.

Al desastre se sumaría en breve la estupidez. Durante la época preconstitucionalista el jefe político de Dzidzantún, un tal señor Lizana, decretó la demolición de la fachada so pretexto de que amenazaba ruina. Armados con piquetas y cartuchos de dinamita enviados desde Mérida, los vándalos pusieron garras a la obra con gran daño de las escultura, abatiendo el recio frontis hasta la cornisa de la ventana del coro. La devastación del atrio fue más efectiva, lográndose echar abajo las posas, el pretil y la antigua capilla de indios.⁸

En época posterior, gobernando Yucatán Felipe Carrillo Puerto, se salvaron de los escombros importantes restos de la escultura de la fachada y retablos. Este valioso material, o gran parte de él, logró sobrevivir. Recientemente se reintegraron a la fachada, entre otras cosas, una enjuta de arco con una espléndida escultura de San Pablo (mucho más pequeña que la de San Pedro que sobrevive en la otra), y uno de los plintos de las pilastras del alfiz. Algunos restos dorados del primoroso retablo principal, a todas luces de principios del siglo XVII, se conservan en el laboratorio de restauración del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Mérida.

A mediados de la década de los mil novecientos ochenta se llevó a cabo la restauración del conjunto, aunque, a nuestro entender, con un triste resultado. Consolidar los restos de la otrora imponente iglesia de Dzidzantún para retardar su deterioro era una urgente tarea. Pretender restaurar al culto el ruinoso recinto mediante la adición de un techo de planchas de concreto preformado y un piso de ladrillo común es un verdadero desafuero, un atentado contra los valores históricos, estéticos y ambientales del lugar. Sin pretender abogar aquí por la estética romántica de las ruinas, es innegable que el Dzidzantún destartelado de hace unos años poseía un profundo poder didáctico y evocativo. Hubiera sido más atinado acondicionar un espacio para el culto en el claustro. Hoy en día tiene todo el carisma de un gran almacén vacío.

Como todos los grandes conventos de Yucatán, Dzidzantún poseyó importantes murales. Las hermosas pinturas que antaño sirvieran de ornato al ábside fueron “destapadas” al

tiempo de la “restauración” de principios de los 1980, siendo removidas mecánicamente las numerosas capas de cal que las cubrían. (En 1977, cuando el que escribe las vio por primera vez, eran apenas visibles bajo su mortaja de lechada: un San Francisco sobre una de las ventanas del ábside, una Santa Clara sobre la otra, y detalles aislados del ambicioso programa decorativo.) Una gran imagen de la Virgen que alguna vez sirvió de ornato a la portería, destapada ya hace una década —¡antes de arreglar el techo!—, se ha perdido, víctima del moho.

En Dzidzantún se pone en evidencia una vez más la riqueza artística del mundo creado en Yucatán por los secuares del pobrecillo de Asís. También se plantea la imprudencia de “destapar” pinturas por personas carentes de los medios de conservarlas. Es una práctica perniciosa que debe cesar, excepto bajo supervisión profesional, que en México es de la más alta calidad.

Es posible que la reputación de su riqueza artística y material⁹ le haya acarreado a Dzidzantún una dudosa distinción. Nuestro convento, con excepción del de Campeche,



Estatua del Apóstol San Pedro en las enjutas del pórtico. La calidad de la escultura en Dzidzantún es posiblemente la más alta del Yucatán franciscano.



Panel del retablo mayor de Dzidzantún, pormenores. INAH, Mérida.



Esgrafiados de navíos del siglo XVII (?). El de la izquierda evidencia conocimiento directo de diseño naval; el de la derecha, crudo y poco informado, pudiera ser una versión local posterior.

fue el único monumento religioso yucateco en ser saqueado por los infames bucaneros del Caribe.

El 7 de julio de 1652, una abigarrada banda de piratas desembarcó en el pueblo de Santa Clara, directamente al norte del monasterio. Moviéndose rápidamente hacia su objetivo, los fascinerosos tomaron prisionero al guardián, y encerrando a la población en el gran templo, se dieron al saqueo. Al no encontrar las riquezas anheladas pensaron en se-

guir hacia Izamal. Negóse a ello el capitán inglés Jácome por miedo a la captura, y abandonaron los asaltantes la población, no sin antes sacrificar y salar cuanto cabeza de ganado se puso a su alcance.¹⁰ Es posible que de esta época azarosa date un extraordinario rayado visible aún en Dzidzantún: un navío del siglo XVII varado, como el monumento mismo, en el insondable océano del tiempo.

NOTAS: Santa Clara de Asís Dzidzantún

1. Virrey a fray Lorenzo de Bienvenida, Noviembre 6 de 1561. *A.G.I. México* 286; Cogolludo, *Historia*, I, 303.
2. *Relaciones de Yucatán*, I, 199.
3. *Relaciones de Yucatán*, I, 191.
4. Lizana, *Devocionario*, 104.
5. *Relación breve y verdadera*, II, 418.
6. Cook y Borah, "Population of Yucatan, 1517-1960," in *Essays*, 66-67.
7. *A.H.A.Y.*, Inventarios parroquiales, "Dzidzantún."
8. *C.C.R.E.Y.*, I, 149-150.
9. Para un inventario de la plata existente en Dzidzantún y sus visitas de Yobaín y Dzilam en 1682, véase la documentación de fray Francisco de Ayeta en *A.G.I. Escribanía* 308.
10. Véase la nota de J. I. Rubio Mañé en *C.C.R.E.Y.*, I, 154.

San Pedro y San Pablo Teabo

Llegamos a Teabo a las doce de un día calcinante. La veterana *combi* negoció con cuidado los bruscos topes del portón y se adentró en el atrio en búsqueda urgente de sombra y parqueo. No pensábamos permanecer mucho tiempo. Teníamos excelentes fotos y notas tomadas durante mi viaje anterior y solo nos interesaba examinar la condición de los murales del claustro, que suponíamos deteriorados después de algún tiempo a la intemperie.

Como era de rigor, Rasmussen y yo nos dirigimos inmediatamente a la abarrotería local en pos de algo que beber. Sin hielo y refrescos no sería posible sobrevivir el mediodía yucateco. Ya surtidos de potables, como la iglesia estaba cerrada, caminamos hacia el curioso camposanto. Desde el arco de ingreso se divisaba a lo lejos, temblorosa entre las ondas de aire caliente, la estatua yacente de —se afirma— aquel Juan Bote de la conquista que llegó a ser encomendero del lugar.¹

La estatua que se conserva en la destechada capilla es en realidad un vaciado en cemento. El original de piedra tallada se encuentra en el depósito de escultura del INAH en Mérida entre numerosos otros restos del naufragio del antiguo convento de San Francisco, adonde estuvo emplazada. El espíritu de la Edad Media respira en la imponente imagen de un caballero de armadura con los pies reposando sobre un perro, símbolo de la fidelidad en la iconografía del medioevo. Es improbable que una escultura tan presuntuosa —es la única en Yucatán— haya sido comisionada por o para Juan Bote. El Adelantado Montejo, quien fue además inhumado en el antiguo convento meridano, es candidato mucho más lógico a semejante honor.

El cementerio de Teabo es uno de los más extensos de Yucatán. Aunque actualmente se encuentra vacío, todavía pueden verse los basamentos de los postes que parecen haber dado apoyo a una galería techada que se extendía desde la entrada del camposanto hasta la capilla de velatorios. Las paredes de la capilla fueron rebajadas de altura hace medio siglo.² La muralla sigue en pie con su inconfundible parapeto, marcando como hace doscientos años la frontera del macabro principado.

La enorme iglesia tiene una extraordinaria pesantez. La nave pertenece a un grupo de tres naves de planta basilical



Fachada. Aunque mucho menos sofisticada, la fachada de Teabo tiene resonancias de la de La Mejorada en Mérida, construida cuarenta años antes.

—en Oxkutzkab, Teabo y Tekax— que parecen haberse originado de un prototipo diseñado para el convento de Maní por el egregio constructor franciscano fray Cristóbal de Rivera, pero que nunca llegó a levantarse.³

La nave de Teabo fue construida entre 1650 y 1695 y mide 55 X 20 m. La de Oxkutzkab (terminada antes de 1645) mide 50 X 22 m, y la de Tekax (1692), la mejor y más pulida de la serie, 58 X 22.5 m. La bóveda, antiguamente de rollizos, está soportada por arcos sustentados por columnas. Los rollizos hace años cedieron el paso a una armazón de rieles de ferrocarril. Aunque muy pobre de mobiliario, sobrevive un hermoso retablo sobre el lado de la epístola de la nave, muy similar al bien conocido retablo de San Antonio de la vecina Maní. Ambos parecen ser de la misma mano, aunque el de Teabo ha sido, infortunadamente, muy mal retocado.

Mientras caminábamos de vuelta a la iglesia, el sacristán nos divisó desde el portal de la casa cural y con paso rápido se encaminó a nosotros. El padre Román, nos dijo, estaba en un retiro en Mérida y no volvería sino hasta el día siguiente.

—¿Podemos ver el claustro? —pregunté.

—No hay nada en el claustro.

—Hay unas pinturas.



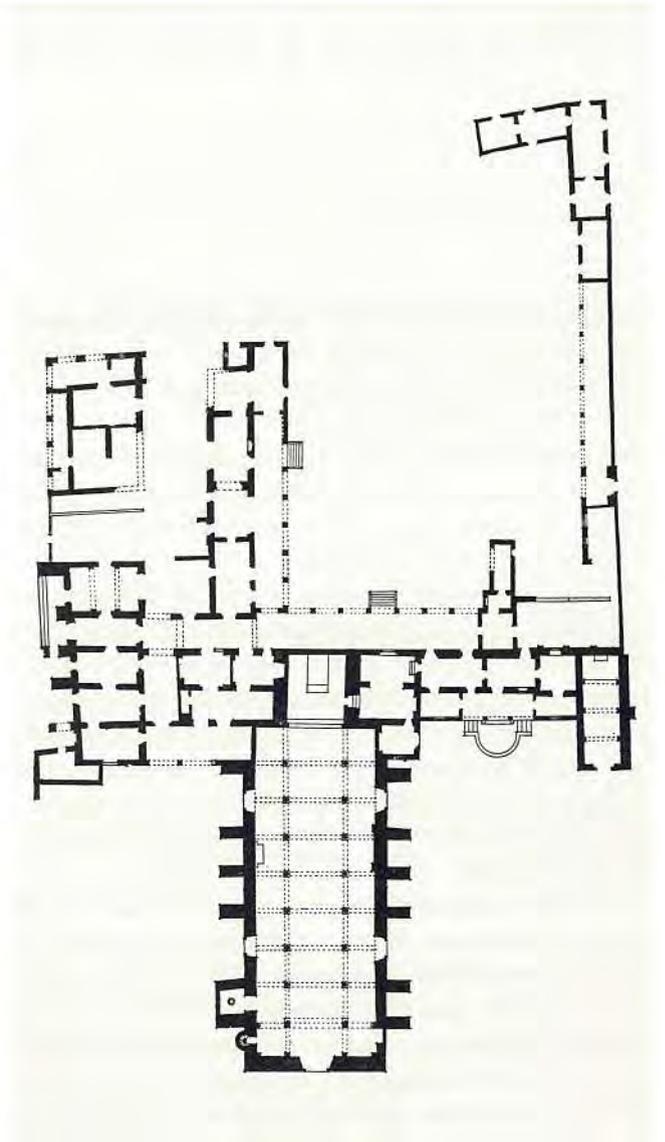
Nave, Teabo. El plan pseudo-basílica es característico de un grupo de tres importantes iglesias franciscanas de la región centro-meridional de Yucatán virtualmente contemporáneas entre sí, y que incluye, además de la de Teabo, a las de Oxkutzkab y Tekax (la más sofisticada de las tres.) La existencia de marcas de canteros y otros detalles constructivos comunes a los tres monumentos sugiere la existencia de una floreciente tradición de arquitectura eclesiástica vernácula en la región a finales del siglo XVII. Las bóvedas de Teabo estuvieron originalmente sustentadas por rollizos, los cuales fueron sustituidos por cemento armado sobre rieles de ferrocarril en época moderna.

—Ah, sí, sí. Pero no es en el claustro que están, sino en la sacristía.

—¿En la sacristía? —respondí—. No recuerdo nada en la sacristía.

—Es que se encontraron hace poco, señor.

Christian y yo intercambiamos una rápida mirada. ¿Qué misterio yacía bajo las paredes encaladas de la sacristía? Picados de curiosidad seguimos a nuestro anfitrión. El viejo llavín y la cerradura consumaron con fatiga su necesario ayuntamiento y la puerta giró quejumbrosa. El piso de la sacristía está casi un metro por debajo del nivel de la vivienda del cura y había que bajar unos pocos peldaños. Al



Teabo. Planta.

trasponer el último nos detuvimos un momento y miramos en derredor. “Es la Capilla Sixtina de Yucatán”, dijo Christian, medio en serio y medio en broma. Yo asentí, también medio en serio y medio en broma, y no sin emoción. Ante nosotros se ofrecía un tesoro insospechado de riquezas pictóricas, que no sería el de la Capilla Sixtina, pero sí uno de los monumentos coloniales más extraordinarios de la península.

La sacristía de Teabo es un recinto de 9.07 por 7.70 m (69.8 m² de superficie) y 7.28 m de puntal.⁴ Está dividida en dos espacios por un arco que sirve de sostén al intacto techo de rollizos. La sacristía parece ser contemporánea con el

presbiterio de la iglesia, construido como santuario de una capilla de indios con ramada hacia 1650, según consta en un hermoso escudo de los brazos cruzados que luce en la clave del arco toral y lleva la inscripción “En 14 marzo de 1650 años”. Los sófitos del arco están adornados por una serie de ángeles similares en su estilo a los contemporáneos de Cholul y atribuibles por lo tanto a algún pintor desconocido que floreció en el medio franciscano yucateco hacia mediados del siglo XVII.⁵ La nave de la iglesia con su fachada, tan sugestiva de la de La Mejorada, en Mérida, se concluyó “en 1695 por noviembre siendo guardián fray Pedro De Ara y Cacique Don Andrés Ek”, según nos informa una cruda tarja en el registro superior. Las paredes del santuario contienen sin duda pinturas murales, hoy cubiertas.

Las pinturas de la sacristía de Teabo datan de la segunda mitad del siglo XVII. El programa iconográfico tiene tres series temáticas. En primer lugar, cuatro retratos de santos doctores de la iglesia: Santo Tomás de Aquino, mutilado por una ventana abierta posteriormente, San Gregorio, San Jerónimo y San Agustín, respectivamente. Cada uno mide 1.47 metros de alto por 1.28 de ancho y está inscrito dentro de un marco ilusionista cuya intención es imitar grandes lienzos de atril. A estos corresponden dos grandes floripondios de 1.31 metros de alto por 1.10 de ancho sobre las enjutas del arco que divide en dos el espacio del recinto. Similares floripondios se repiten, alternando con las otras series temáticas, por toda la sacristía.

La segunda serie consiste en los cuatro evangelistas, cada uno con sus atributos. La tercera, dañada e ilegible, es con toda probabilidad una secuencia de tres escenas de la vida de San Francisco. En una de ellas se alcanza a divisar borrosamente al santo en lo que parece ser el momento de su estigmatización. Un hermoso escudo franciscano luce sobre el testero contiguo al presbiterio.

La representación de la figura humana y el tratamiento de ropas y cortinajes en Teabo tiene antecedentes profundamente europeos y un notable sabor clasicista. El material decorativo que rodea los grandes retratos, amén de no tener relación alguna con los mismos, respira una sensibilidad profundamente primitiva. Los floripondios están suspendidos en el vacío como por arte de magia sin que se hayan molestado los artífices en pintarles siquiera una repisita. (Infortunadamente, después de su “limpieza”, se hizo un repintado de blanco en derredor de los elementos del conjunto, con lo que no es posible estar completamente seguros.)

A lo largo de los sófitos del arco divisorio y en toda las cenefas que rodean el arranque de las techumbres pueden apreciarse una serie de paneles fascinantes e inesperados, intento tal vez de “marmolizar” la superficie, aunque de forma primitiva e idiosincrática. En un precario intento ilusionis-



Retablo de Animas. Abajo: detalle de la predela.



ta, ocre y azules se mezclan en abstracciones de profunda autoconciencia y originalidad que parecen sugerir la sensibilidad subyacente del mundo indígena. En los espacios entre las vigas, pequeños floripondios dan un toque simpático y profundamente decorativo.

La afinidad del material de Teabo con los programas murales que existieron en la capilla mayor y claustro del con-



Vista de la Sacristía.



Floripondio y retrato de San Juan Evangelista.

vento de San Francisco de Mérida, descritos por Cogolludo y hoy perdidos, es innegable. Las pinturas de Mérida fueron terminadas en tiempos de fray Antonio Ramírez (provincial de 1638 a 1641) en el caso del coro y la capilla mayor, y de los frailes Bernardo de Sosa y Sebastián de Quiñones en el del claustro (Sosa fue provincial entre 1647 y 1651). Esto es lo que el indispensable Cogolludo tiene que decir de aquellas galas del desaparecido cuartel general seráfico:

Hace hermosa correspondencia [a la pintura del coro] la que [fray Antonio] iluminó en los lazos que cubren la capilla mayor, pintando entre ellos santos, y varones insignes, como sumos pontífices y cardenales de nuestra religión, y en las paredes de los lados sus gloriosos mártires. Igualó las entradas de las capillas, iluminando los huecos de los arcos.⁶

Y del claustro:

El claustro aunque pequeño está muy adornado con cua-

dro grandes de pincel, en que está retratada la vida de nuestro padre San Francisco. Mandólos pintar el padre fray Bernardo de Sosa siendo provincial. Murió antes de que se colocasen, y el R. padre fray Sebastián de Quiñones siendo vicario provincial hizo acabar la iluminación, que en todo lo restante de las paredes, y huecos de los arcos se hizo conforme a la de la iglesia y de manos del mismo artífice. Entre muchos santos, que en esta obra se pintaron, puso las efigies de algunos religiosos antiguos de esta provincia, y se festejó mucho la colocación de los cuadros.⁷

Las palabras de Cogolludo dejan cierta duda acerca de si algunas de las pinturas del claustro de Mérida fueron murales o de atril. El que algunas pinturas “se colocasen” es ambiguo y sugiere piezas de atril. El contexto, empero, indica que se trataba exclusivamente de murales. El propio Cogolludo nos dice que fray Sebastián de Quiñones hizo “acabar la iluminación”, lo cual implica, por supuesto, pinturas murales. Evidentemente, se comisionaron gran cantidad de pinturas. Es lógico suponer que, de ser portátiles, alguna habría sobrevivido.

Las pinturas del convento grande meridano sugieren varios comentarios. En primer lugar, los programas icónicos del convento mayor son enteramente congruentes con la muy difundida práctica de decorar los claustros con secuencias basadas en la vida de los fundadores de órdenes religiosas. En la Nueva España, era costumbre además desplegar conjuntos de retratos de santos padres de las diversas órdenes en lugares públicos o semipúblicos de los conventos. Un buen ejemplo es la caja de la escalera del convento agustino de Actopan con su espectacular ensamblaje de santos de aquella orden. Los cuatro evangelistas en las trompas o pechinas de las cúpulas de los templos son también un lugar común.

¿Será el material de Teabo producto del mismo artífice de los dos conventos meridanos? Es enteramente posible. La disposición de los diversos componentes del programa de Teabo tiene un innegable paralelismo con lo que, según Cogolludo, se hizo en Mérida: cuadros de personajes eclesiásticos e iluminación en los huecos de los arcos. La calidad de los cuadros de Teabo indica que su autor fue un artífice muy ducho, digno sin duda de que su obra figurase en el convento matriz.

En cuanto a la fecha de las pinturas de Teabo, hay que tener en cuenta que el claustro de Mérida tenía que estar inaugurado ya para 1656, fecha en que Cogolludo terminó su obra. Hay que recordar también que el santuario de Teabo ostenta una fecha de terminación: marzo de 1650. Nos inclinamos a suponer, por lo tanto, que las pinturas de



San Jerónimo.

Teabo se hubieran comenzado poco después de la conclusión del conjunto de capilla y sacristía, es decir, de principios a mediados de la década de los 1650. Obviamente, el programa de la sacristía de Teabo es una especie de *pot pourri* que incluye segmentos de varias líneas programáticas ya desarrolladas a plenitud en el convento de Mérida.

El descubrimiento de las pinturas de Teabo es una historia por demás fascinante. Según el párroco, el Padre Román Kazperzak, simpático presbítero de la orden norteamericana de Maryknoll, se conocía la existencia de "pinturas" debajo de la lechada porque, al caer tortas de la pared, se acertaban a divisar colores y diseños debajo. Con más osadía que prudencia se tomó la decisión, no se sabe a ciencia cierta por quién, de remover las capas de enladrado. Armados de sendas espátulas y provistos de un buen andamio, el sacristán y un grupo de colaboradores pusieron manos a la obra.

Trabajando con toda premura "para darle una sorpresa al Padre Román", ausente a la sazón, se logró limpiar la pared en pocas semanas. Afortunadamente, el daño a la capa pictórica parece haber sido mínimo a pesar del dudoso mecanismo de rescate empleado. Empero, es esencial y urgente proceder a la limpieza profesional y consolidación del material antes de que se produzca el predecible deterioro de las hermosas pinturas, cuyo medio ambiente físico-químico ha sido dramática y radicalmente alterado. Es una virtual certeza, por supuesto, que en el santuario existen pinturas adicionales cuya conservación urge a fin de evitar males mayores. Todavía han de quedar espátulas, suponemos, en las tlapalerías de Teabo.

La maravillosa sacristía de este singular conjunto ilustra dramáticamente la magia de las iglesias yucatecas con sus ocultos tesoros ¿Qué más habrá por ahí, olvidado y desco-

nocido?, nos preguntábamos al caminar por el claustro arruinado entre paredes desvencijadas y retazos de murales que comenzaban a mostrar ya los efectos de la intemperie. Así, arrobados, notamos que en el tragante de una canal de desagüe había una lápida de mármol en la cual había sido recortado el perfil redondo de la canal. ¿De quién sería? Con cuidado le dimos la vuelta —estaba boca abajo— y cuál no sería nuestra emoción al leer:

JUAN PIO PEREZ

¿Se trataría del gran mayista, colaborador de Stephens y Catherwood y recopilador de los famosos libros del Chilam Balam? Por la fecha y estilo de la lápida no parecía que así fuera. Y, sin embargo, tampoco podía descontarse. Afortunadamente resultó no serlo: ¡qué triste sino para el nombre de un investigador cuya obra ha sido tan dispersada, terminar de tapa de un tragante!

Las maravillosas pinturas de la sacristía de Teabo confieren al antiguo convento una importancia hasta hace poco insospechada. Aun de no existir, sin embargo, Teabo tiene por propio derecho, gran significación dentro del inventario monumental de Yucatán. El convento de una planta es típico de los de establecimientos franciscanos que llegaron a su madurez a mediados del siglo XVII en las regiones aledañas a la sierrita del Puuc. El portal de peregrinos y la hermosa cúpula del claustro le dan un aire de distinción al conjunto, evidente aún a pesar de su deterioro. La graciosa capilla en el extremo del gran patio al costado sur del templo (1812), lo último que vemos de Teabo al partir, tiene también singular encanto. ¡Lástima que se use hoy día para estacionar coches!

NOTAS: San Pedro y San Pablo Teabo

1. Juan Bote, vecino de Mérida, casó en aquella ciudad con Francisca de Narváez y recibió la encomienda de "Tiab" poco después de 1649. Es autor de la "Relación de Tiab y Tiek." Gerhard, *Southeastern Frontier*, 127; *Relaciones de Yucatán*, II, 284-292.
2. *C.C.R.E.Y.*, II, 587.
3. Cogolludo, *Historia*, II, 566.
4. *C.C.R.E.Y.*, II, 583-588.
5. Véase Pablo Chico, "Notas para el estudio de la iconografía franciscana en Yucatán," en *Cuadernos de arquitectura*, 13-29.
6. Cogolludo, *Historia*, I, 273.
7. Cogolludo, *Historia*, I, 274.

La Asunción de Tabi

Alguna olvidada noche a principios de los mil seiscientos, el pequeño pueblo de la Asunción de Tabi fue testigo de un gran prodigio. Hallábanse en el lugar el presbítero Diego de Arceo, cura beneficiado de Sotuta (cabecera parroquial de Tabi entonces, como lo es aún), el encomendero Baltasar Alonso García y un grupo de españoles, cuando la campana de la humilde capilla arrancó a tañer sin que nadie supiera por qué. Sorprendidos, visitantes y lugareños comenzaron a buscar la causa de evento tan inusitado. Como estaba oscuro, sospecharon que alguien dentro de la desierta capilla sería el responsable, y hacia allí dirigieron sus pasos el cura y su séquito. Sonó el cerrojo. La luz de los hachones iluminó el interior del pequeño santuario, pero adentro no había nada ni nadie; sólo la vibración insistente del badajo.

Cuál no sería la general sorpresa al reportar un azorado

indígena que del fondo misterioso y húmedo del cenote había surgido ese día una estatua de madera de la Virgen con todo y peana. Llevada fervorosamente al interior de la iglesia, la imagen de la Madre de Dios resultó ser una gran milagrera, convirtiéndose a la postre en el objeto de un extendido culto.¹

Es de notar que el nombre prehispánico de Tabi era *Tchut'zonot*, o sea, "el cenote de dos bocas,"² lugar sagrado de gran importancia donde supuestamente se siguieron celebrando sacrificios humanos clandestinos hasta 1562.

La fuente de la fascinante historia de la Virgen del cenote es el Bachiller Francisco de Cárdenas Valencia, sucesor de Arceo en el curato de Sotuta y autor de la importante *Relación histórica eclesiástica de la provincia de Yucatán en la Nueva España* escrita en 1639. Cárdenas Valencia había na-



Tabi. Panorámica.



Tabi. Retablo mayor.

cido en Yucatán y era miembro de la clerecía secular de la diócesis.³

Tabi, en los albores del siglo XVII, era uno de una veintena de pueblos de visita de la región centro-meridional de la península. Ya a mediados de los mil quinientos aparece en los mapas de tierra de Maní y Sotuta, y a finales del siglo acusaba una cierta importancia. En 1581, Pedro García, antecesor de aquel Baltasar Alonso García que estaba en el pueblo el día de la aparición, decía con satisfacción que los pueblos de su encomienda de Chunhuhub y Tabi tenían “yglesias y campanas y recaudos para celebrar, sobre todo el de Taby”.⁴

Es evidente que la aparición de la Virgen en una parroquia secular tenía que ser de gran interés para la clerecía. Después de todo, ya la Virgen de Izamal llevaba más o menos medio siglo de virtual monopolio de la devoción popular a la Madre de Dios, con gran beneplácito, por supuesto, de los frailes. De ahí que el clérigo Cárdenas Valencia tomara gran empeño por establecer la legitimidad del novedoso culto entrevistando a numerosos españoles e indígenas, testigos del milagro del cenote. Así resaltaba el prestigio del

santuario bajo su jurisdicción, rival en potencia incluso del Izamal franciscano.

Curiosamente para un clérigo del siglo XVII, época de considerable aprehensión entre los españoles acerca de la integridad de la conversión de los mayas, Cárdenas Valencia relataba aspectos maravillosos del cenote de Tabi. Llevado de su entusiasmo, el propio cura veía visiones en las aguas cristalinas del fondo. “Al mediodía”, escribía el autor de la *Relación*, “cuando el cenote está lleno de luz del sol y no hay sombras, el tronco de una palma puede verse bajo el agua”. En ese maravilloso paisaje subacuático creyó ver alguna vez el cultivado clérigo criaturas fantásticas, hombres y mujeres, y aun a la propia Virgen.⁵

Existe una estrecha conexión entre la mayoría de los cultos marianos yucatecos y los cenotes, los lugares sagrados por antonomasia del pueblo maya. La conexión del de Tabi no podía ser más explícita. Pero nótese además la conexión implícita en Mocoohá, Sucilá, Pixilá, Popolá, Yaxkabá y otros, lugares todos donde existieron cultos marianos con suficiente importancia como para justificar una expresión arquitectónica (como, por ejemplo, un camarín).⁶ El sufijo maya “a” denota “agua”, como en Mocoohá (“agua del agujero”), Sucilá (“agua del zacate”), Yaxkabá (“agua verdosa”), etc., como anota Judith Sandoval. La conexión de la Virgen con el agua y las cavernas no es nada nuevo en la fascinante historia de las manifestaciones marianas, tanto en el viejo como en el nuevo mundo: Covadonga en Asturias y Lourdes en los Pirineos franceses son dos ejemplos notables.

Aunque bastante bien conocido hacia 1639, Tabi carecía aún de una iglesia adecuada a la que suponemos creciente popularidad del culto. La que describía el encomendero Pedro García en 1581, la misma a la cual se llevó en solemne procesión a la Virgen del cenote según Cárdenas Valencia, debe haber sido una típica, humilde capilla de santuario y ramada, de la cual no quedan restos. No se puede fechar el inicio de la actual hermosa iglesia de planta cruciforme aunque sí la fecha de su terminación, 24 de julio de 1700, consignada sobre la llave del arco de la puerta principal.

Es lógico suponer, por lo tanto, que las obras hayan progresado durante las últimas dos décadas del siglo XVII. Estilísticamente, la iglesia de Tabi tiene importantes afinidades con la franciscana de Ticul en cuanto a la planta y la cúpula del crucero.⁷ La pulida cúpula es notable por su rareza. En Yucatán se construyeron muy pocas de esta calidad. Las franciscanas de Motul (ca. 1651), La Mejorada en Mérida (1656) y Ticul (ca. 1656) son contemporáneas hacia mediados del siglo XVII. Las más notables entre las seculares —Tabi (1700) y Tixkokob (1704)— coinciden hacia sus postrimerías o inicios del XVIII con alguna que otra atribui-

ble al final de la colonia (San Cristóbal y Umán, ambas concluidas en los 1790).

La cúpula del crucero de Tabi es típica de las cúpulas yucatecas sobre falso tambor (no es de planta hexagonal como se reportara en alguna ocasión).⁸ Ostenta una esmerada artesanía en su terminación y en sus detalles, incluyendo el hermoso relieve de piedra alrededor de la base de la linterna. Igualmente atractiva es la talla evidente a lo largo de las cornisas del cañón de nave. La de la gran pila bautismal no es tan buena y, sin embargo, no carece de una ruda grandeza.

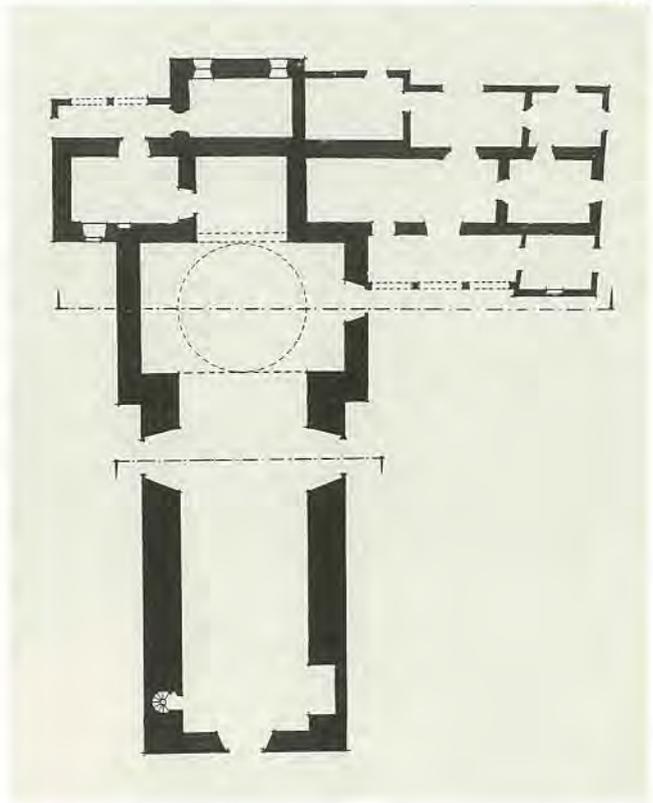
Con todo su extraordinario interés, no es la talla, ni la planta, ni la cúpula lo más notable del santuario de Tabi, sino su magnífico camarín de la Virgen y retablo mayor. Es verdaderamente milagroso que el conjunto haya llegado hasta nosotros. Judith Sandoval, quien visitó las entonces ruinas de Tabi en 1968, reportó que peligrosas filtraciones de agua en las bóvedas amenazaban directamente la integridad del monumento. Afortunadamente, los improvisados cuanto oportunos arreglos hechos por el entonces cura, el Reverendo Robert Lee de la orden de Maryknoll,⁹ evitaron una catástrofe similar a la ocurrida recientemente en Xocnaqué, donde la bóveda de la nave se vino abajo debido a las goteras.

Las reparaciones de 1968 son evidentes en el camarín; no tanto en el santuario y retablo mayor que conserva aún, singular y afortunadamente, casi todo su dorado. (Una visita en el verano de 1986 reveló que manos vandálicas habían comenzado la triste tarea de repintar el retablo con pintura de esmalte.)

El retablo mayor de Tabi pertenece a una tradición de retablos dorados vernáculos en Yucatán que incluye, entre otros, a los de Ucú, Mocochoá Oxkutzkab, la Candelaria en Mérida y Tekax (este último destruido durante los trastornos anticlericales de 1915, aunque sobreviven algunos restos en la vecina iglesia de Tixméhuac). A pesar de un fuerte sabor arcaizante, todos estos ejemplares parecen datar de la última década del siglo XVII o primera del XVIII. El de Tabi debe haberse terminado al poco tiempo de concluirse la iglesia, que, como sabemos, data de 1700.

El santuario alcanzó durante el siglo XVIII gran fama y prestigio. En 1754, el Obispo fray Ignacio de Padilla y Estrada, parco en sus elogios, escribía a España que en Tabi existía “una primorosa iglesia de bóveda adonde se venera una imagen milagrosa”.¹⁰ Buena parte del primor tan evidente al prelado derivaba del exquisito camarín, la extraordinaria decoración mural, y la riqueza del retablo mayor, únicos como conjunto en Yucatán.

El camarín de Tabi está situado directamente detrás del ábside. De planta rectangular de 7 por 4 metros, el recinto



Tabi. Planta.

está cubierto por una bóveda vaída y es asequible a través de un portal, soportado por una columna de fuste salomónico. Dos ventanas en la pared posterior admiten luz y ventilación y ostentan en sendos rollos en los intradós la divisa latina “Respiens” en una, “per Fenestras”, en la otra.)

Toda la superficie de las paredes y la bóveda, incluyendo las jambas de las ventanas, está cubierta de pinturas. Tres grandes paneles sobre las lunetas ostentan escenas de la vida de la Virgen y medallones alusivos a sus diversos atributos. El programa iconográfico de Tabi está concebido de forma sistemática y rigurosa e integra a sus dos grandes componentes, el espacio escultórico del retablo mayor y el arquitectónico del camarín.

Los tres paneles tratan el Nacimiento de la Virgen (en la pared posterior del camarín), la Presentación (en la pared de su derecha), y la Visitación en la restante. De los tres murales, el que se encuentra en mejor condición es el del Nacimiento. En una habitación de ingenua perspectiva dramatizada por las baldosas del pavimento notamos en una esquina la cama encortinada en que yace Santa Ana.

Al frente de la pintura, una figura angélica ataca con una lanza a un pobre Dragón de poca alzada y menor ferocidad, mientras que otros ángeles preparan los paños y ropajes de la Virgen, atienden a un hornillo y se ocupan de las activi-



Camarín. Vista parcial.

dades propias del parto y puerperio. Entre el guardapolvo y el arranque de la bóveda, un conjunto de ángeles músicos también instrumentos barrocos. Haciendo escuadra entre el portal del camarín y el templo se encuentra un pequeño aposento que en una época debe haber servido como sacristía y depósito. La residencia cural se encuentra al lado opuesto del conjunto.

El estilo de los murales sugiere su derivación de fuentes tipográficas. Los pigmentos originales se han descolorido hasta el punto que parecen predominar hoy los tonos de negro, gris y ocre. El efecto original, sin duda dramático, se ha perdido en gran parte debido a las deplorables condiciones ambientales. El retablo del camarín se encuentra sobre el testero que hace frontera con el presbiterio, cubriendo toda la superficie del mismo hasta intersectar el paño de la bóveda. Está comunicado con el mayor del templo por un transparente que otrora contuvo la sagrada imagen de la Virgen de Tabí, sustraída de allí durante los disturbios anticlericales de 1915 y perdida desde entonces.¹¹

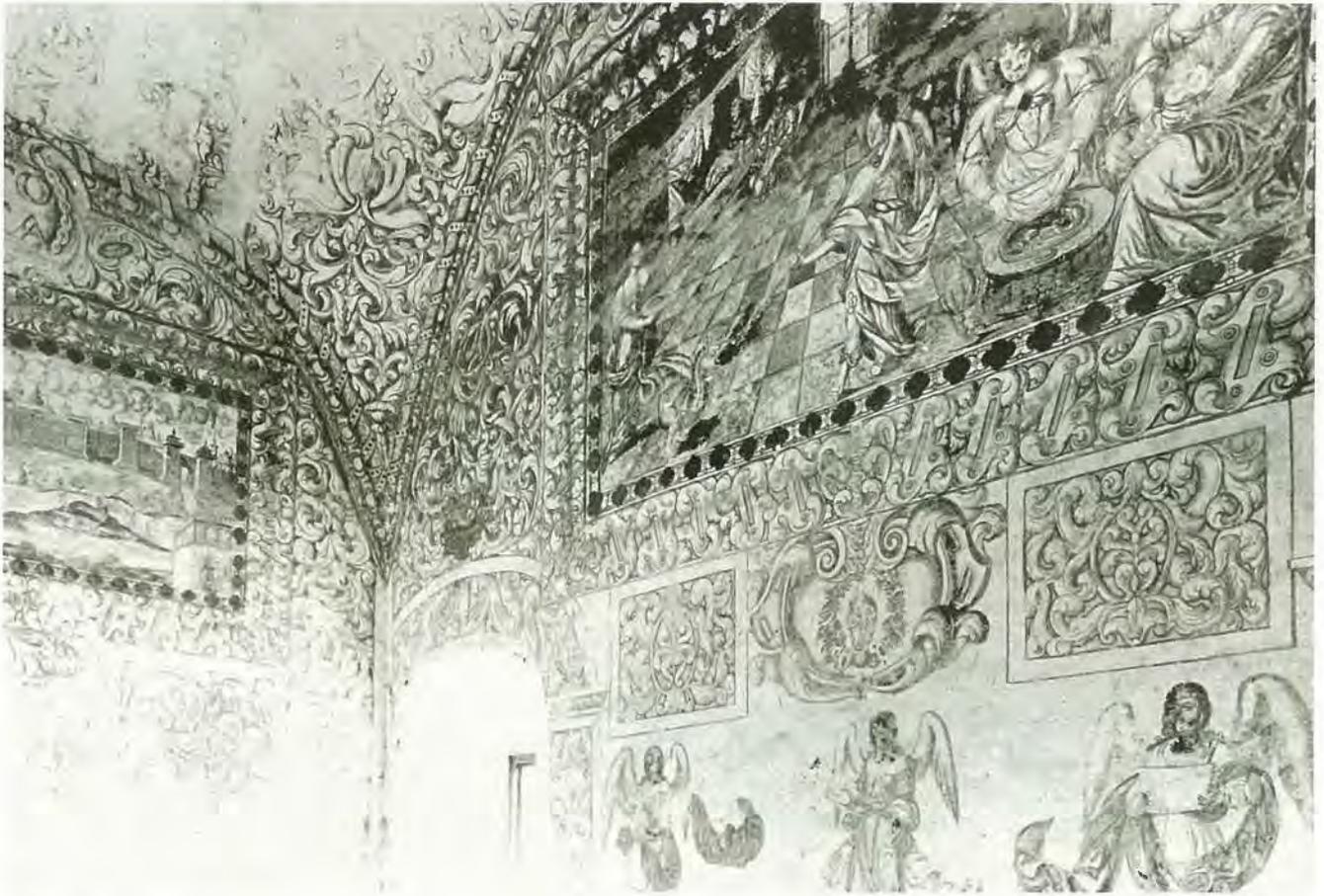
El frontal está muy dañado. Consta de tres grandes paneles de madera tallada, dos de los cuales están aún *in situ*.

El del centro ostenta un monograma de María con su corona. Antiguamente, otros doce paneles dispuestos en derredor del retablo pueden haber contenido —suponemos— los retratos de los doce apóstoles. (El panel que antiguamente decoró el registro superior del retablo, un emblema del Espíritu Santo, único en sobrevivir hasta 1980, desapareció hace pocos años.) Un sacristán local nos refirió que algunos de los paneles fueron apropiados y la talla cepillada con esmero por un carpintero de chapuzas a fin de obtener otros tantos tablones de cedro para mesas y otros enseres.

El altar mayor del santuario retoma el tema de la Virgen, ostentando seis grandes paneles de madera de excelente talla, a saber:

- 1) Nacimiento de María
- 2) Presentación
- 3) Casamiento de María y José
- 4) Anunciación
- 5) Asunción (advocación de la Virgen patrona).

El panel superior presenta una alegoría de la Santísima Trinidad. Los de la predella ostentan, alternándose, una se-



Camarín. Vista parcial.

cuencia de doctores de la iglesia y los cuatro Evangelistas. En la parte superior, sobre la cornisa, dos cartuchos lucen los lemas “Electa ut Sol” y “Pulchra ut Luna”.

Recientemente se han llevado a cabo reparaciones importantes en la iglesia. Ello incluye la provisión de un piso de vil ladrillo en la nave y cruceros en lugar del de hormigón, uno de los últimos de Yucatán, que sobrevivió prácticamente hasta ayer.

Aunque no tiene relación alguna con el culto a la Virgen, existe una pequeña capilla a la orilla del cenote que merece mención como parte integral del conjunto. De acuerdo a una tradición que recogió localmente el polígrafo yucateco Felipe Pérez Alcalá en 1913, el pequeño recinto a la vera del cenote fue construido en acción de gracias por algún afortunado jinete que apenas salvó la vida al precipitarse su caballo en el abismo durante una corrida en pleno siglo XIX.

El tema del caballo que se despeña al saltar el cenote se ha convertido, en varias versiones, en un importante componente del folklore local. Al menos así afirma el investigador francés Michel Boccara, a quien conocí en Tabi —gra-

ta sorpresa: un equipo de etnógrafos franceses no es lo que normalmente se espera al visitar un aislado pueblo yucateco— al visitar por primera vez el lugar un día esplendoroso hace ya una década.

Según las historias recogidas por Boccara entre 1976 y 1979, el orden edénico del Tabi primitivo —es decir, de *Tchut'onot*— se vio roto por la entrada de los españoles. Un español llegó al pueblo y se casó con una joven maya. Empero, un segundo español visitó el pueblo y se enamoró de la misma joven (a la cual llega a seducir según otra versión de la historia.) El segundo español retó al primero a una corrida con las palabras: “si tú mueres yo me quedo con la niña, y si no tú la tendrás”. (La versión alternativa de la historia mantiene que es la propia joven la que induce a su marido a la justa, esperando desembarazarse de él.)

El día de la corrida, mientras el marido se preparaba, un buitre le habla desde un árbol que se yergue en medio de la plaza (aún hoy se acostumbra plantar una ceiba o *yaxché* en medio de la plaza del pueblo para las corridas y ferias populares.) “No te preocupes, que no morirás”, le dice el alado augur.



Presentación de María.



Visitación. Nótese el daño causado por las filtraciones de agua.



Nacimiento de María. Santa Ana y San Joaquín aparecen en el fondo mientras una compañía de ángeles prepara los utensilios para el parto. Un ángel simbólicamente asesta un lanzazo a la Serpiente en el primer plano. El sabor de la composición es muy barroco; sus fuentes pudieran derivar de grabados europeos importados a Yucatán.

No bien había hablado el zopilote cuando el toro embraveció, y agarrando al español rival y a su amante con los cuernos, se precipitó con ellos al fondo del cenote. El caballo del marido, encabritado, saltó sobre el cenote dejando en la orilla marcadas las huellas de sus herraduras. El animal cayó desjarretado a la húmeda oquedad, pero el jinete se salvó. El español maldijo al poblado para siempre, y desde entonces cada vez que Tabi ha alcanzado a tener 200 o 300 hombres, se ha marchado la mitad.¹²

Maldición o no, Tabi ha encontrado difícil el camino del

desarrollo. En 1956, cuando el pueblo llevaba cariz de aumentar su población y, por lo tanto, su riqueza, el huracán "Janet" causó enormes daños. Aún hoy Tabi tiene el aspecto melancólico y soñoliento que caracteriza a esos lugares que la historia ha pasado por alto. Su maravillosa iglesia y camarín, sin embargo, lo ponen en una categoría especial entre los pueblos de Yucatán, aquéllos en los cuales el arte y la leyenda han dejado un aura de encanto. Tal vez en ello descansa su mejor esperanza para un futuro más feliz y llevadero.

NOTAS: La Asunción de Tabi

1. Cárdenas Valencia, *Relación historial e eclesiástica*, 67.
2. Boccara, "Mythe et pratique social," 30.
3. Sobre Cárdenas Valencia véase la breve biografía en Martínez Alomía, *Historiadores*.
4. *Relaciones de Yucatán*, I, 47; véase también Gerhard, *Southeastern Frontier*, 83.
5. Cárdenas Valencia, *Relación historial e eclesiástica*, 67.
6. Para una discusión extensa de este asunto véase Bretos, *Arquitectura y arte sacro*, 125-168.
7. Para una somera descripción del inmueble, véase *C.C.R.E.Y.*, II, 555-558.
8. Sandoval, "The Virgin of Tabi," 54.
9. Sandoval, "The Virgin of Tabi," 56.
10. Visita... Padilla, "British Library." *MSS Add. 17569*.
11. Sandoval, "The Virgin of Tabi," 54.
12. Véase Boccara, "Mythe," para una discusión de este problema.

San Francisco Yaxcabá

Yaxcabá —“el agua verdosa”— fue uno de los pueblos más importantes de la densamente poblada región central de Yucatán antes de que la guerra de castas lo redujera a un desierto. Virtualmente abandonada por casi un siglo, la iglesia del lugar fue remozada por sus nuevos párrocos, los misioneros de la orden norteamericana de Maryknoll, a partir de 1959.¹

En el siglo XVI, Yaxcabá era visitada por el cura de Sotuta, siendo elevada a parroquia por derecho propio en 1582.² El comisario franciscano fray Alonso Ponce pasó por allí durante sus viajes por la península. Fue una de las pocas parroquias seculares en las cuales puso pie. Yaxcabá, escribía el secretario, fray Antonio de Ciudad Real, “era par-

tido y residencia de un clérigo, el cual [nos] hizo muy buen recibimiento. Había muchas ramadas, bailes a su modo, y estaba a la entrada del patio reunida toda la gente, puesta en procesión y vestida de Pascua”.³

El templo debe haber sido bien modesto por aquellos años y así permanecería largas décadas. En los 1730, el Obispo Matos Coronado lo hacía figurar entre los “dignos de repararse”, lo cual hace suponer que hubieran comenzado las obras de lo que sería la enorme iglesia de tres torres que hoy admiramos.⁴

En 1753 el Arzobispo-obispo fray Ignacio de Padilla y Estrada durante su visita pastoral bendecía el templo, ya virtualmente concluido, en presencia del cura Agustín Cano y



Yaxcabá. Vista desde el costado. Nótese la garita en primer plano.



Fachada. Las tres torres le confieren un carácter único a la hermosa iglesia parroquial.

su teniente, Josef Ambrosio de Yguala. El prelado hacía notar que el Presbítero Cano, recién electo racionero de la catedral emeritense,

ha concluido en menos de dos años una primorosa iglesia de bóveda... y la concluirá dentro de dos meses sin haber causado el menor gravamen a los indios; está muy decentemente ornamentada, y próximo a concluir un bello retablo que estrenará el día de la dedicación de la iglesia.⁵

El entonces teniente cura y eventual sucesor de Cano, el Presbítero Yguala (teniente cura de 1747 a 1755 e interino de 1755 a 1758), reclama en su hoja de servicios, conservada en el archivo histórico de la arquidiócesis de Mérida, buena parte del crédito por la terminación del templo.⁶ ¿Hemos de creerle? De acuerdo con el testimonio de Padilla, a todas luces fidedigno, ya le quedaría bien poco por hacer, aunque es evidente que fue a él a quien cupo la satisfacción de ver en uso pleno el grandioso templo tan velozmente construido.

Sea como fuere, la identidad del autor de la audaz idea de las tres torres, así como su posible inspiración, yacen en el misterio. Simplemente no hay precedentes en Yucatán. Es asimismo imposible determinar con certeza si el pequeño aunque hermoso camarín anexo al ábside, con su torno de madera en excelente estado de conservación, precediera a la conclusión de la nave. Dadas las exiguas dimensiones del ábside, es posible que ambos, camarín y ábside, se construyeran con vistas a una nave mucho más pequeña que la que en definitiva se levantó, y por ende con anterioridad a la enorme que viera Padilla.

Las tres torres de Yaxkabá no dejaron de tener imitadores. En la cercana Hocabá, el cura Pedro Antonio de Flores (párroco de aquel lugar entre 1754 y 1775) construyó las diminutas tres torrecillas que hoy aún se levantan en el cuerpo superior de la fachada, pobre intento de seguir la moda de la mucho más ambiciosa Yaxkabá. En San Cristóbal de Mérida se pretendió también construir una tercera torre, aunque a la larga se descartó ese plan.⁷

La iglesia de Yaxkabá se levanta con ínfulas poco menos que catedralicias en medio de la plaza del modesto poblado. El interior mide sesenta metros de ancho desde el pórtico hasta la pared del ábside, por doce de ancho.⁸ La pesada bóveda de cañón que cubre la nave arranca de una cornisa, solución común en Yucatán. La “gallina ciega”, negociable tanto desde el camarín como desde el coro tiene dos aperturas con sendas balaustradas a cada lado de la nave. Dada la poca profundidad del ábside —apenas seis metros— la impresión que da la nave es la de un gran espacio abovedado

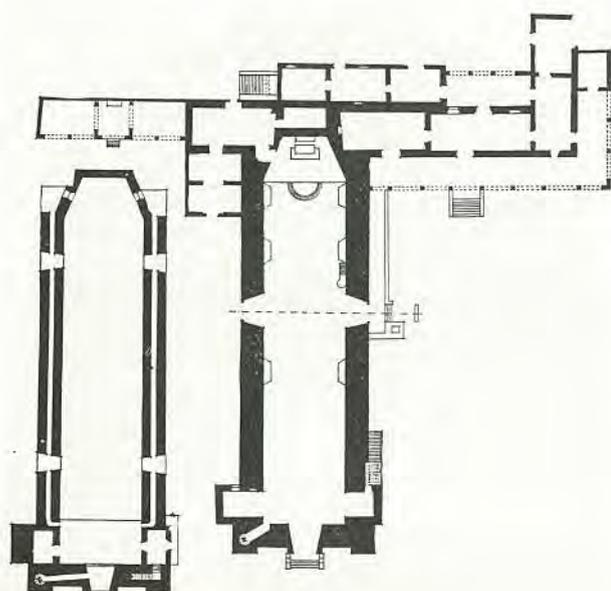


Retablo mayor. Angeles, doctores de la Iglesia, San Miguel Arcángel en la posición de honor, y San Francisco, todos en talla de madera, completan un hermoso conjunto profundamente yucateco. Fotografía: M. Bretos.

que por sus proporciones reduce a la insignificancia el hermoso retablo a que se refería el arzobispo, y que aún se conserva.

El retablo estuvo sin duda dorado antaño, aunque hoy se nos presente en un poco decoroso estado de desnudez, resultado de las “rastauraciones” de los últimos años. El estilo del retablo es sumamente arcaizante, con sus pilastras salomónicas ya bien pasadas de moda a mediados del siglo XVIII en la Nueva España. Si no estuviera tan firmemente anclado por evidencia de la más alta calidad a mediados de los 1700 sería fácil atribuirlo al siglo anterior o aun antes.

El retablo, en buen estado de conservación a pesar de la pérdida del dorado, consiste en un nicho y una serie de grandes paneles de madera tallada, articulados por pilastras dispuestas en tres calles. La del centro ostenta, de arriba abajo, un panel tallado de San Miguel Arcángel, un nicho comunicado con el camarín donde luce una imagen de bulto de



Planta. Yaxcabá

San Francisco de Asís que parece ser original (y que confirmaría que la advocación del templo hubiera sido ese santo, y no San Pedro como se estilaba), y finalmente otro panel que muestra al Pobrecillo de Asís en el momento de recibir las Santas Llagas (más evidencia, por supuesto, a favor de la advocación al santo de Asís.)

La calle del lado del Evangelio tiene, en paneles de madera tallada, de arriba abajo, a la Virgen, a San Rafael y a

San Agustín, y la de la Epístola a San José, San Gabriel y San Ambrosio. La iconografía explícitamente franciscana en un templo históricamente secular, situado además en una región adonde la influencia de la orden seráfica fue modesta, es, cuando menos, digna de notarse.

Los alrededores de la gran iglesia de Yaxcabá tienen un marcado interés. El atrio está aún cercado con su pretil rematado en las dos esquinas por sendas casamatas, recuerdo de la posición crucial que jugara Yaxcabá en la insurrección de Canek, cuando el lugar sirvió de base para la represión de aquélla. Durante aquellos trastornos, Yaxcabá fue teatro de una importante batalla, siendo tomada y saqueada por los rebeldes. Las casamatas del atrio, legado de la guerra de castas, subrayan la agitada historia del lugar.⁹

Canek es una de las figuras más apasionantes de la historia de Yucatán. Nacido Jacinto Uc de los Santos, el caudillo nativo se declaró “rey” en 1761, haciéndose coronar, según afirma la tradición, con la diadema y el manto de la Virgen que se veneraba en la iglesia de Cisteil (y adoptando además el nombre Itzá de Can-ek). Incapaz, sin embargo, de organizar efectivamente sus fuerzas y consolidar su movimiento, falla común a casi todas las *jacqueries* de la historia, el Túpac-Amaru maya fue derrotado, ignominiosamente transportado a Mérida, y descuartizado el 14 de diciembre de 1761. Ocho de sus seguidores fueron ahorcados, descuartizados, y sus despojos exhibidos públicamente en sus respectivos pueblos. Cisteil mismo recibió un castigo de bíblica tremenbunde, siendo arrasado y regado con sal.¹⁰

Al nordeste de la iglesia, cuya orientación es rigurosa de levante a poniente, se encuentra el encantador cenote de



Cementerio. Arco de ingreso y capilla. Terminado en 1789, el de Yaxcabá es uno de los cementerios coloniales mejor conservados de Yucatán.



Fotografías izquierda y derecha. Ermita de Yaxkabá.

Yaxkabá, y a pocos pasos, sobre una laja rocosa, la singular ermita local. La ermita, uno de los más felizmente emplazados entre los muchos santuarios y templos menores de Yucatán, fue concluida en 1830, según una inscripción sobre el pórtico. Su posición topográfica y la preciosa escalinata de acceso le confieren una distinción desproporcionada a sus exiguas dimensiones (apenas 14 por 5 metros.)

El camposanto de Yaxkabá merece especial mención. Terminado en 1789 de acuerdo a una inscripción sobre el arco de entrada, es uno de los más logrados de la veintena de

cementerios de la segunda mitad del siglo XVIII cuyos restos nos quedan.

Epoca de profundas preocupaciones racionalistas, fue costumbre durante los mil setecientos enterrar a los difuntos fuera del recinto de la iglesia o su entorno inmediato. De ahí que surgieran por todo Yucatán numerosos camposantos, cada uno con su arco de ingreso, capilla y muralla de mampostería. Menos quisquilloso en estos asuntos, el siglo XIX traería de nuevo por sus fueros la dudosa costumbre de enterrar los restos áridos de los difuntos en el interior de las



UN CURA Y SUS PARROQUIANOS:
BARTOLOME DEL GRANADO BAEZA
Y LOS INDIOS DE YAXKABA

Hacia 1813 el obispo de Yucatán circuló a las diversas parroquias de su diócesis un cuestionario en que sus curas deberían proveer información acerca de los curatos, las costumbres de los indios, y el estado general de las feligresías. La respuesta del cura de Yaxkabá, conservada por duplicado en el Archivo General de la Nación de México y el Archivo General de Indias en Sevilla,

es uno de los mas fascinantes testimonios de las postrimerías del período colonial de Yucatán.

En la masa común de los indios hay muchas supersticiones. En los primeros quince años que obtuve este curato me dieron bastante que hacer; pero después de los ejemplares castigos de azotes y penitencias que ejecuté en los delinquentes con arreglo a los superiores mandatos, ha como quince años que están en silencio, y sólo de tarde en tarde suele haber algún indicio... En la época presente es poco lo que se oye contar de brujos, y son más los presuntos que los verdaderos. Tampoco de maleficios o hechizos he hallado cosa

de sustancia, y los que me han denunciado por tales, he hallado ser enfermedades naturales, y a veces fingimientos para calumniar a aquéllos con quienes tienen enemistad. También me parece que algunos suelen falsamente acreditar-se de tales, para hacerse temibles entre los suyos...

En el único idioma maya que se usa en toda esta provincia, hay catecismo de doctrina cristiana, aprobado por los señores Obispos. Ya me parece muy rara en todo el obispado aquella idolatría, en que en otro tiempo se daba culto al demonio en diversas figuras de barro o de piedra; la que hasta hoy dura es la que los indios llaman *tich*, que quiere decir oblación o sacrificio, y

vulgarmente se llama la misa milpera, por ser un remedo de la verdadera misa...

Son los indios yucatecos ordinariamente muy rudos y de entendimiento limitado, y se gobiernan más por los sentidos que por la razón: por otra parte son muy tímidos y cobardes y de aquí es que el único remedio eficaz que hay, y que ha habido, para contenerlos en los límites de sus deberes, es el castigo de azotes, practicados con caridad, discre-

ción y prudencia. Así lo han conocido muchos hombres, sabios y piadosos, que los han gobernado con acierto: así lo acredita la experiencia de casi tres siglos, y así lo confiesan ellos mismos cuando dicen como por adagio: *he macehual matan y ubic than tu xicin, mama tu pach*, que quiere decir: *el indio no oye ni entiende por la oreja sino por la espalda*. ¡Lastimosa pensión, a la verdad, haber de ser necesariamente tratados como párvulos para conservarlos cristianos! Si del todo llegan a sacudir

el temor de los azotes, que es, y ha sido aún entre ellos mismos el castigo más usado, y el único freno que los ha contenido, creo que breve se acabará su piedad y su religión, y su respeto y subordinación a las legítimas autoridades.

A.G.I., Mexico, 3168



iglesias, con la inevitable y macabra proliferación de tarjas y lápidas sobre el pavimento.

La región central y oriental de Yucatán es particularmente rica en cementerios coloniales. Uno de los más atractivos se levanta en la vecina Sotuta. Tixcaltuyub y Tahdzibichén tienen buenos cementerios. Otro muy notable existe en Tihosuco. Otro, con una magnífica portada en alto relieve, agracia hoy el arruinado conjunto de Huayma, cerca de Valladolid. El de Yaxkabá consiste en un recinto rectangular cercado por una alta muralla. La capilla de velatorios, infortunadamente, está destechada.

En el interior de la nave de Yaxkabá se encuentran dos interesantes enterramientos marcados con sendas tarjas. Uno pertenece al Capitán Tiburcio Cosgaya y Solís, comandante de la primera, imprudente incursión contra los revoltosos de Jacinto Canek, muerto en acción. El otro, situado sobre la pared del lado del evangelio indica que

AQUÍ YACEN LOS RESTOS DEL BACHILLER D. BARTOLOMÉ DEL GRANADO BAEZA, CURA POR CUARENTA Y SIETE AÑOS DE ESTA PARROQUIA. FALLECIÓ EL 13 DEL MES DE FEBRERO DE 1830 A LOS 87 AÑOS DE SU EDAD. DEDÍCALE ESTE EPITAFIO SU SUCESOR D. EUSEBIO VILLAMIL.

El Presbítero Granado Baeza, nacido en Valladolid en

agosto de 1742 y egresado de la Real y Pontificia Universidad de Mérida, recibió el presbiterado hacia 1767. Educado por los jesuitas, conservó toda su vida una especial devoción hacia ellos, llegando inclusive a ofrecer los ahorros de toda una vida para ayudar a restaurar la Compañía de Jesús en Yucatán hacia finales del período colonial.¹¹

Granado es autor de un extraordinario reporte sobre el manejo, vida y costumbres de los indios de Yucatán varias veces reimpresso, cuyo original, fechado en abril de 1813, se conserva en el Archivo General de Indias de Sevilla.¹² El reporte de Granado Baeza nos da una idea de la importancia del curato de Yaxkabá en las postrimerías de la colonia, con sus cinco pueblos y otras tantas haciendas y ranchos, y su cuantiosa población: 8,591 almas en total divididas entre criollos (70), mestizos (850), indios (7,442), y pardos (229).

Esta comunidad sólidamente establecida sería prácticamente liquidada como tal a resultas de la guerra de castas. Desde mediados del siglo XIX, la imponente iglesia quedaría poco menos que abandonada en medio de una comarca marginada y empobrecida. Sin embargo, las recias paredes y bóvedas resistirían tenazmente la incuria y el abandono de un siglo para resurgir hoy triunfantes contra el azul profundo del cielo yucateco.

NOTAS: San Francisco Yaxkabá

1. Ruz Menéndez, *Ensayos yucatanenses*, 18.
2. Gerhard, *Southeastern Frontier*, 83-87.
3. *Relación breve y verdadera*, II, 313.
4. "Visita... Matos," A.G.I., México 3167.
5. "Visita... Padilla," *British Library, Mss. Add 17569*.
6. A.H.A.Y., Curatos, caja 4 exp 14.
7. A.H.A.Y., Curatos, caja 6, exp. 18, folio 186v.
8. Para Yaxkabá véase C.C.R.E.Y., 825-826.
9. González Navarro, *Raza y tierra*, 80-90.
10. Bricker, *Indian Christ*, 70-76.
11. Para una somera biografía, véase Ruz Menéndez, *Granado Baeza*.
12. Cura de Yaxkabá al Obispo, A.G.I., México 3168.

San Juan Bautista Tixcacaltuyub

Tixcacaltuyub es una de las gemas desconocidas de Yucatán. El poblado, aún de difícil acceso a pesar del considerable progreso de los últimos años, es apenas una sombra de lo que fuera al nacer allí el insigne Justo Sierra O'Reilly un 24 de septiembre de 1814. Como tantos otros poblados de la región, Tixcacaltuyub experimentó los rigores destructivos de la guerra de castas y ninguna de las ventajas, si ventajas fueron, del auge henequenero del siglo XIX.

El centro de Tixcacaltuyub está dominado por dos grupos monumentales dispuestos sobre notables eminencias del terreno. La iglesia y anexos constituyen el primero y más importante. Como a treinta metros del anterior, sobre una laja de roca (no una antigua pirámide nativa como en tantos otros casos) se levantan las antiguas casas reales.

Rodéalas un pretil bajo rectangular con una insólita tarja que nos dice encontrarnos nada menos que en la “Plaza Constitucional de la Monarquía Española.”

Es curioso que la tarja haya sobrevivido a la racha destructiva que siguió a la independencia. El visitante moderno no puede sino agradecer a la oscuridad, la indiferencia, o tal vez a algún trasnochado sentir político, el que se haya preservado este frágil memorial. Paralelo a las casas reales y ligeramente hacia atrás, está el cementerio, bien conservado con su exquisito pórtico, su capilla de velatorios y su muralla en bastante buen estado.¹

El cementerio se ajusta al modelo de camposanto amurallado típico de Yucatán durante el siglo XVIII. El frontis, de unos 25 metros de lado, consiste de un portón con su arco



Tixcacaltuyub. Vista panorámica de la iglesia. El pórtico del cementerio se divisa hacia la izquierda.



Vista de la iglesia desde la "Plaza Constitucional."

de medio punto sobremontado de una espadaña con tres óculos que se integran al lienzo para producir una elevación triangular efectiva y majestuosa. La capilla de velatorios está dispuesta sobre la pared opuesta, ocupando toda la extensión de la misma. A pesar de su modesta superficie (125 metros cuadrados), el cementerio tiene una prestancia poco común; contribuye a definir un espacio de gran sofisticación, totalmente inesperado en un lugar tan modesto.

Ya antes de nuestra primera visita nos había advertido un querido amigo, destacado canónigo de la catedral, que a Tixcacaltuyub debería conocerse como el Asís de Yucatán. La comparación con aquella ciudad umbra, cuna del *Poverello*, nacía en parte de la suposición de mi amigo de que el conjunto se debiera a los franciscanos. Dicha suposición era errónea: Tixcacaltuyub fue siempre templo secular.²

Desde otro punto de vista, sin embargo, la comparación era muy atinada. La iglesia de Tixcacaltuyub y sus anexos se levantan sobre una verdadera acrópolis, un trapezoide irregular con una superficie de poco menos de 3,000 metros cuadrados y unos siete de elevación sobre el nivel de la plaza circundante. El acceso es por una serie de rampas y escalinatas que le confieren al conjunto un encanto muy propio. A pesar de la vegetación, el calor y otras dramáticas evidencias del trópico, no es difícil sentirse transportado por instantes a algún Urbino lleno de improbables palmeras o algún Spoleto fugaz y surrealista; o inclusive a algún Asís equinoccial, como sugería nuestro buen amigo.

El día que Rasmussen y yo fuimos juntos a Tixcacaltuyub por primera vez, llegamos al poblado a las dos de la

tarde después de una polvorienta jornada desde Tabí. El pueblo yacía anestesiado por el calor de julio. Un par de chicuelos se ofrecieron a buscar al sacristán que, predeciblemente, vivía a dos cuadras de la plaza y "acababa de irse". Como siempre, a los pocos minutos aparecía un buen señor, llave en mano.

La cordialidad y hospitalidad de los pueblos de Yucatán es algo que nunca puede alabarse lo suficiente. Uno podría suponer que ese mismo espíritu confiado pudiera indicar negligencia, pero es todo lo contrario. Los sacristanes de Yucatán son por lo general celosos guardianes de sus templos, y el de Tixcacaltuyub no nos perdió pie ni pisada, acompañado por dos o tres curiosos que de vez en cuando cambiaban rápidas impresiones entre sí y sendas sonrisas con nosotros. La llave del sacristán de Tixcacaltuyub, como las de la mayoría de sus colegas, es prácticamente un objeto ritual, ya que la seguridad de las iglesias es casi nula y los cerrajos piezas de museo. Pero poco importa. En el campo de Yucatán se vive a puertas abiertas y las iglesias no son excepción. Afortunadamente, la honestidad de la población es legendaria.

Negociada la entrada a la iglesia, pusimos manos a la obra. Para conectar las luces hubo que deshacer la instalación eléctrica del interior, una notable obra de ingeniería vernácula que consistía en varios trozos de alambre antiquísimo crudamente empataados y colgados de un par de clavos en ambos extremos de la nave.

No bien habíamos terminado nuestra labor entre ominosos chispazos y fusibles quemados, cuando los Chac de Tixcacaltuyub, molestos tal vez por nuestra osadía, decidieron hacer alarde de sus talentos eléctricos, desencadenando sobre el poblado una sobrecogedora tormenta. En pocos minutos el cielo índigo cobró un color acerado, mientras que las nubes, tan bajas que parecían desgarrarse sobre los campanarios, se cerraron sobre nosotros. El aguacero nos agarró en medio de la plaza. Echamos a correr, pero antes de que pudiéramos atravesarla, las gruesas gotas cerraron filas y aceleraron su ritmo. En pocos minutos el agua, que debía correr a borbotones de los cántaros celestes de los Chac, transformó el vasto espacio de la plaza en un lago.

La tormenta nos obligó a dos horas de forzada holganza en la abarrotería local, rodeados de tixcacaltuyubeños que comentaban animadamente nuestro predicamento en maya matizado de español. "Vienem de Mérida", dijo uno, con esa eme que el habla yucateca sustituye por la ene final. "De la Sa-jóp, de la Sa-jóp", dijo otro, "a arreglar la iglesia".

Como a las cinco de la tarde cesó la lluvia, y tan súbitamente como se habían encrespado, quebráronse las nubes revelando una tarde dorada y luminosa. Sobre la iglesia flotaba el más perfecto arco iris imaginable. Matizadas por el



Ventana de la casa cural. El abocinamiento es de un fuerte sabor vernáculo peninsular.



Cruz de piedra sobre el pináculo del ábside.

sol crepuscular, las hermosas torres gemelas campeaban contra el horizonte mientras que la iglesia y casas reales, islas ahora en medio de un lago de un par de centímetros de profundidad, se reflejaban sobre la límpida superficie en la que los rayos solares creaban efectos iridiscentes. Si unas horas antes Tixcacaltuyub traía a la mente las poéticas ciudades italianas del medioevo, el conjunto ahora daba la impresión de un Mont Saint Michel transportado por arte de magia a la planicie yucateca.

El conjunto parroquial de Tixcacaltuyub consta de dos elementos: la iglesia propiamente dicha y la casa cural. La primera está orientada, aunque con singular desviación de la norma, de levante a poniente. La casa cural está dispuesta perpendicularmente al ábside del templo y tiene dos niveles, uno hacia el lado del atrio asequible por una rampa monumental, y otro inferior invisible desde la plaza. A todo lo largo del perímetro de la casa cural corre una hermosa *loggia* con arcos de medio punto que debe haber hecho las delicias de los que disfrutaron del monumento en los días de su esplendor.

La agraciada iglesia, dedicada a San Juan Bautista, tiene innegables afinidades estilísticas con la paquidérmica y poco



"Virgen de la Sandía," talla de imaginería del siglo XVIII.

atractiva de la vecina Sotuta, particularmente en el tratamiento del frontón y campanarios gemelos. De modestas proporciones, el templo mide unos 44 metros desde la pared del ábside hasta el pórtico por unos 15 de ancho, y estaba ya completamente terminado en 1737 según evidencia del obispo Matos Coronado.³ El arzobispo Padilla, visitante a Tixcacaltuyub en 1753, habla de una iglesia "muy pulida aunque pequeña [que] está bien adornada de retablos con muy buenos ornamentos".⁴

Es muy probable que la iglesia de Tixcacaltuyub date en realidad de 1700, poco más o menos. La localidad había devenido parroquia en 1686 (la fecha "20 de agosto de 1686" sobremontada por la tiara pontificia aparece en un arco de ingreso a la huerta.) Es de suponer que las obras del templo comenzaran poco después.⁵

La época de la visita de Padilla fue de extraordinaria actividad constructiva en la parroquia de Tixcacaltuyub, aunque no necesariamente en la propia cabecera. En 1753 el cura Gregorio Alpharo concluía mas de una década de trabajos en la visita de Tahdzibichén.⁶ Este último templo, cuya fachada ostenta un hermoso escudo en piedra del obispo fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejada y Díez



Ventana del coro. Decoración mural. Pormenor

de Velasco fechado a 10 de octubre de 1747, es muy similar al santuario de Itzimná en Mérida y al de San Bernardino Tetiz, mandado a reconstruir por aquel prelado en honor a la milagrosa Virgen del lugar.⁷ En 1755 se doraban los retablos de Tahzibichén por orden del cura Matías de la Cámara a un costo de 680 pesos.⁸

El pináculo del ábside de Tixcaltuyub ostenta una exquisita cruz de piedra tallada, machihembrada al parapeto y contemporánea, sin duda, de la iglesia. Es un milagro que esté allí todavía. No es el único milagro de este mágico lugar. Desde una de las torres pende de un precario amarre de bejuco una enorme campana de bronce fundida en 1798. No sabemos a qué santo esté dedicada, aunque es probable que a su poderosa intercesión se deba el que no haya cedido todavía al imperativo de la gravedad, llevándose consigo buena parte de la torre, y apachurrando en un postrer y definitivo campanazo a algún infeliz transeúnte por el altozano, 16 metros debajo.

El interior de la iglesia con su consabida bóveda de cañón es de gran interés, a pesar de su pobre condición actual. En Tixcaltuyub (y ojalá que a nadie se le ocurra repintarlo) sobrevive casi intacto el esquema decorativo que supone-

mos típico de una iglesia parroquial yucateca de la primera mitad del siglo XVIII. Es el único sobreviviente.

Sobre la superficie interior de la bóveda hermosos rosetones definen la localización de lámparas perdidas largo tiempo ha. Una cornisa de pintura ilusionista marca la imposta de la bóveda, mientras que apagados floripondios y motivos vegetales conjuran una fantasmagórica floresta en la penumbra del interior. En el piso de hormigón con mezcla de cal, uno de los poquísimos que han logrado sobrevivir y que, por lo tanto, merece conservarse —¡basta de ladrillos!— pueden adivinarse, debido a la subsidencia, sendos enterramientos del siglo XIX.

La iglesia de San Juan Bautista se distingue por muchos conceptos. Uno de ellos es la calidad excepcional de su mampostería, evidente en aquellos lienzos de pared donde la lluvia y el viento han disuelto el empañetado. Curso tras curso, las irregulares masas pétreas conforman rigurosas, lógicas e inesperadas configuraciones, tanto más admirables cuanto normalmente invisibles, testimonio de la pericia de una raza avezada de antiguo al trabajo de la piedra.

El equipo y mobiliario de Tixcaltuyub han desaparecido. Sólo duran tristes despojos. Un destartelado retablo del



Nicho de un altar, hoy perdido. Las pinturas del s^of^oito, hoy muy dañadas, se refieren a la vida de la Virgen y de San Juan Bautista, posibles patronos del altar. Tienen una excepcional importancia como expresiones esencialmente populares, raras para su período (segunda mitad del siglo XVIII.)

cual apenas el ciborio queda, lleva la firma de Antonio Arenas y la fecha 6 de octubre de 1799. En él, una hermosa aunque bárbaramente repintada talla de la Virgen se yergue sobre una peana que, por su forma y colores, más bien parece una gran rebanada de sandía.

Uno de los nichos del lado de la Epístola, ya sin su retablo, ostenta aún en el s^of^oito una serie de pequeñas aunque fascinantes pinturas murales. Se trata de de cinco escenas relativas a la Virgen y a San Juan Bautista dispuestas de

una forma que nos hace recordar las tiras cómicas. La escena culminante, sobre el ápice del arco, es una hermosa Coronación de la Virgen, quien aparece con una descomunal diadema de marcado sabor vernáculo. Cada una de las escenas tiene una leyenda latina en letras cursivas sobre una banderola. El sabor netamente popular de estas inesperadas viñetas del arte pictórico colonial les confiere especial encanto, y es urgente que reciban de inmediato un tratamiento de conservación adecuado.

NOTAS: San Juan Bautista Tixcacaltuyub

1. Sobre Tixcacaltuyub véase *C.C.R.E.Y.*, II, 831-835.
2. Gerhard, *Southeastern Frontier*, 83-86.
3. "Visita... Matos," *A.G.I.*, México 3168.
4. "Visita... Padilla," *British Library, Mss.*

- Add. 17569.*
5. Véase Carrillo y Ancona, *Obispado*, I, 596; Gerhard, *Southeastern Frontier*, 85.
6. *A.H.A.Y.*, *Curatos*, caja 7.

7. Bretos, "Camarines," en *Arquitectura y arte sacro*, 128-129.
8. *A.H.A.Y.*, *Curatos*, caja 7.

Santa Elena (Nohcacab)

Nohcacab, conocido como Santa Elena desde 1848, domina el agreste paisaje de la sierra del Puuc desde la eminencia de un mul prehispánico. No es el más hermoso ni el más histórico entre los numerosos y fascinantes monumentos coloniales de Yucatán. Sin embargo, Santa Elena ejerce un inefable magnetismo.

John Lloyd Stephens, visitante durante la primera mitad del siglo XIX, no pudo menos que destacar la singularidad del lugar, al mismo tiempo que notaba su atraso material. Según Stephens, Nohcacab —en maya “la gran aldea”— era “el más indio” de todos cuantos pueblos habían visto él y sus compañeros.¹

El carácter indio de Santa Elena Nohcacab —si por ello

se entiende un acendrado apego a inmutables vivencias— subsiste. No es por casualidad que la parroquia conserve, aunque mugroso y desvencijado, el mobiliario original de su sacristía, caso único en Yucatán. Arcones crujientes y gaveteros de vetusto diseño albergan, como lo han hecho por más de doscientos años, amitos, misales, albas, manteles y candelabros. Cálices, patenas y abollados copones antaño dorados aguardan la próxima misa desde estantes pulidos por el manoseo de generaciones.

En la nave, todos los retablos con sus rocallas, estípites y emblemas franciscanos sobreviven bajo un grueso velo de telarañas. En una esquina, dentro de un inmenso catafalco de madera, un Cristo amoratado envuelto en sábanas polvo-





Nave de Santa Elena. Los balcones del coro y los balconillos a ambos lados del arranque de las bóvedas se comunican por medio de un camino de ronda o "gallina ciega", expediente común en muchas iglesias franciscanas terminadas a mediados del siglo XVIII.

rientas espera resignado el tenebroso drama del Viernes Santo. Es una lástima que el antiguo piso de hormigón apisonado, tan a tono con el ambiente, esté siendo sustituido por modernos ladrillos anónimos sin belleza ni carácter.

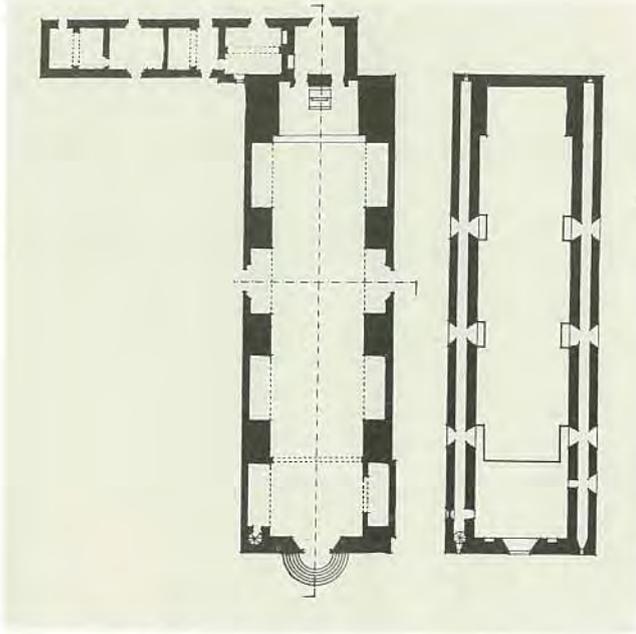
La relativa integridad monumental de Nohcacab es verdaderamente extraordinaria. La Gran Aldea no ha estado al margen de las grandes alteraciones yucatecas. Durante la guerra de castas, la iglesia y sus anexos sirvieron de fortaleza, consecuencia inevitable de la posición estratégica de este Monte Cassino yucateco a la vera del antiguo Camino Real de Campeche.

Nohcacab aparece en la documentación colonial hacia 1548 como encomienda de Esteban Martín. En 1606, la comunidad indígena había sido relocalizada en el lugar en que hoy se encuentra el poblado, y los emolumentos de la encomienda denominada "San Mateo Nohcacab" asignados a un tal Antonio de Salas.² En lo religioso, Nohcacab funcionó como visita del gran convento de San Antonio de Padua

Ticul hasta las postrimerías del siglo XVII, y se mantuvo bajo control franciscano hasta la exclaustración forzosa de los frailes en 1821.

Como tantas otras visitas franciscanas o seculares de la península, el Nohcacab primitivo consistió en un santuario de piedra con una ramada de guano anexa. Esto es lo que existía al visitar la comarca el Arzobispo Padilla en los mil setecientos cincuenta. La actual nave se construyó durante las dos décadas siguientes a la visita de Padilla. Se terminó en 1779, según una tarja que luce en la fachada. La iglesia, dedicada a San Mateo Evangelista y no a Santa Elena, pertenece por lo tanto a un exiguo número de templos construidos enteramente bajo auspicios franciscanos durante el siglo XVIII y tiene por ende considerable interés.

Desde este punto de vista cabe anotar la profunda afinidad que existe entre las plantas y elevaciones del templo de Nohcacab y la hermosa iglesia de Tipikal, construida entre 1751 y 1752 con fray Pedro de las Nieves como sobrestante



Planta. Santa Elena

y Alonso May como maestro de obras.³ El parentesco es evidente en el tratamiento de ambas naves, con sus capillas colaterales y balcones al ras de las cornisas, y en la presencia de “gallinas ciegas” en ambos conjuntos. No cabe duda, por lo tanto, de la posición de Tipikal como antecedente. Es

más, como podemos atribuir a Tipikal con certeza, y dada la poca distancia entre las dos, sería razonable postular la participación de fray Pedro y el maestro May en la construcción de Nohcacab.

La cercanía de Santa Elena Nohcacab a las ruinas de Uxmal, Kabah y otras de la región Puuc, hizo que algunos viajeros, obligados pernóctantes, le prestaran cierta atención al pueblo y conjunto parroquial que de otra forma no hubiesen merecido. Norman, quien visitó la iglesia, se refiere con su habitual parsimonia a “un edificio grande y llano con pesadas paredes.”⁴ Stephens, mucho más explícito, le dedica largas y memorables páginas a Nohcacab.⁵

La estadía de Stephens y sus compañeros, el artista Catherwood y el médico Cabot, se había visto amargada por una serie de desagradables percances. Para su infortunio, los viajeros se habían enfermado seriamente a pesar de los solícitos cuidados del “padrecito” del pueblo. Sus memorias no serían gratas. “El 24 de enero”, escribía Stephens, “partimos al fin de Nohcacab... y el único pesar que nos quedaba al salir de allí, era la reflexión que tendríamos que volver”.

Un día, al regresar de Uxmal, los visitantes presenciaron un aciago evento. Un niño del pueblo había muerto arrastrado por un caballo. El velorio, con el pequeño cadáver aún sucio y sangrante a la vista de todos, y el inesperado jolgorio de los concurrentes —el niño, muerto sin pecado, había pasado directamente al cielo en la creencia popular— hacían



Retablo de estuco. Nave, lado del Evangelio. Un escudo de las Cinco Llagas remonta esta extraordinaria creación. El ara ha sido violentamente removida, tal vez la obra de algún chasqueado buscador de tesoros.



Retablo portátil con las puertas cerradas.



Retablo portátil con las puertas abiertas.



Sacristía en la actualidad. Nótese el piso de hormigón y el mobiliario.

viva y desagradable impresión a las nórdicas sensibilidades de los visitantes.

Es posible que estas incongruencias, unidas al quebranto de su salud, hayan inspirado a Stephens todo tipo de melancólicas reflexiones. En todo caso, el retrato que nos pinta de Nohcacab y su iglesia es macabro. En sus palabras:

La muerte nos rodeaba por todos lados... Junto a la iglesia y pegado al convento había un gran osario con una hilera de calaveras pegadas al andén de los muros. Encima del pilar que servía de apoyo a la pared de la escalera había una oquedad llena de huesos, y la cruz estaba también coronada de calaveras. De muros adentro había una mezcla promiscua de huesos y calaveras de algunos pies de profundidad, y a lo largo de las paredes, pendientes de ellas por mecates, metidos en cajones o cestos o amarrados en un trapo, con los nombres escritos encima, estaban los huesos y calaveras de diversas personas; y lo mismo que en Ticul, se distinguían entre ellos fragmentos de vestidos y aun algunas calaveras con largas tren-

zas de cabello negro de mujer, adheridas todavía al cráneo.

El piso de la iglesia está lleno de pedazos revocados de material que cubrían otras tantas sepulturas; y cerca de los altares se veía una caja con un guardapolvo de cristal, la cual contenía los huesos de una señora, mujer de un viejecito muy alegre a quien teníamos costumbre de ver todos los días. Estaban limpios y lustrosos cual si los hubiesen pulimentado, con la calavera y canillas al frente, los brazos y piernas colocados en el fondo, y las costillas a los lados puestas en orden regular, una encima de la otra, como estaban cuando la difunta gozaba de vida: arreglo que había hecho el mismo marido. Nos pareció bastante extraño semejante cuidado con una mujer después de muerta. Al lado de la caja había una tabla negra con una inscripción poética compuesta por el marido. Héla aquí:

Detente mortal
 Mírate en este espejo:
 Y en su pálido reflejo
 Mira el término final.
 Este eclipsado cristal
 Tuvo su esplendor y brillo,
 Pero el golpe terrible
 Del destino fatal
 Descargó en Manuela Carrillo.

‘Nació en Nohcacab el año de 1789, se casó en el mismo pueblo con Victoriano Machado en 1808, y murió el primero de agosto de 1833, después de una unión de 25 años y a los 44 de su edad. Implora tus piadosas oraciones.’

El marido compuso algunos versos más, y como no cupieron en la tabla negra, repartió copias entre sus amigos. Una de ellas existe ahora en mi poder.

Cerca de estos huesos yacían los del hermano de nuestro amigo el cura de Ticul y los de un niño, y en el coro de la iglesia, en la tronera de una gran ventana, había hileras de calaveras con letreros en la frente que contenían horripilantes inscripciones. Tomando una en la mano, me dieron de lleno a la cara las siguientes palabras: ‘Soy Pedro Moreno: un Avemaría y un Padrenuestro por Dios, hermano.’ Otra decía: ‘Soy Apolonio Balché: un Padrenuestro y un Avemaría por Dios, hermano.’ Esta era de un viejecito, maestro del padrecito, que había muerto hacía dos años.

El padrecito me dio otra que decía: ‘Soy Bartola Arana: un Paternoster, etc...’ Esta calavera era de una señorita española a quien aquél había conocido joven y hermosa, pero que entonces no se diferenciaba de la india más vieja y más fea. ‘Soy Aniceta Bid,’ era la de una bonita muchacha india que se había casado, y que murió un año después de su casamiento. Las fui cogiendo una a una: el padrecito las conocía todas: una había sido de una joven, la otra de una vieja; la de un rico una, la otra de un pobre; esta de una fea, aquella de una hermosa; pero allí todas eran iguales. Todas las calaveras tenían escrito el nombre de su dueño, y todas pedían una oración.

Una decía: ‘Soy Ricardo José de la Merced Trujeque y Arana, que murió el 20 de abril de 1838, y me hallo gozando del reino de los cielos para siempre.’ Era la calavera de un niño que, muerto sin pecado, no necesitaba de las preces de los hombres.⁶

En agosto de 1980, al excavar el piso de la iglesia de Nohcacab con miras a su nivelación y pavimentación se



Calavera con inscripción de Santa Elena. Ilustración del libro *Incidents of travel in Yucatan* de John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood.

descubrieron doce pequeños ataúdes con otros tantos cadáveres naturalmente momificados. La imaginación popular —al menos así lo reportaron los periódicos de Mérida— se encargó en breve de presentar el hallazgo de los restos infantiles como el de un grupo de “enanos.”⁷

Infortunadamente, no todas las doce diminutas momias pudieron ser estudiadas. Tres fueron a dar al depósito forense de Mérida y de allí al olvido. Cinco fueron reinhumadas, no sin que algún ocurrente lugareño concibiera la infeliz idea de ponerlas al servicio del turismo impaladas, suponemos, en algún sórdido pasadizo como en Guanajuato.

Las cuatro momias sobrevivientes, valga la perogrullada, se conservan hoy empacadas al vacío en el Instituto Nacional de Antropología e Historia en Mérida. Su estudio sugiere que el proceso de momificación se debe a la confluencia de varios factores. La presencia de capas de cal en el piso de la iglesia y la facilidad del drenaje de los fluidos vitales por los espacios en el fondo de los ataúdes coadyuvaban a la desecación. A esto se unió la acción curtierte de los taninos presentes en el lecho de hojas de roble con que se acolchonaron los féretros, y el bajo nivel de humedad dentro



Dos de las momias de niños encontradas en Santa Elena, actualmente en el INAH, Mérida.

de la iglesia, situada, como sabemos, en la cúspide de un *mul*.

Las edades de las momias al tiempo del deceso pudieron calcularse aproximadamente en siete, cuatro, tres y medio y un año respectivamente. Los cuerpos están primorosamente envueltos en batas de algodón antes blancas, hoy amarillentas, decoradas con flores hechas de cintas y un gorrito sujeto con una escarola. El espectáculo de estos niños, cercanos en

el tiempo al pobre infeliz cuyas peculiares exequias presenciaron los visitantes de hace siglo y medio, tiesos y secos en sus pequeñas cajas de cedro pintadas a la cal, es singularmente conmovedor. Las tristes momiecitas de Santa Elena son el vívido memento de un mundo perdido que vive aún en la lúcida prosa de Stephens y en los rincones recoletos del viejo Nohcacab.

NOTAS: Santa Elena (Nohcacab)

1. Stephens, *Viajes*, I, 305.
2. Gerhard, *Southeastern frontier*, 126.
3. Para información sobre la configuración de Tipikal, véase *C.C.R.E.Y.*, I, 311-314. La atribución se basa en una tarja aun existente.
4. Norman, *Rambles*, 99.
5. Stephens, *Viajes*, II, 3.
6. Stephens, *Viajes*, I, 359-362.
7. Sobre las momias véase Márquez Morfin y González Crespo, *Las momias de la iglesia de Santa Elena*.

San Esteban Calotmul

San Esteban Calotmul se encuentra entre Tizimín y Valladolid, en el oriente yucateco. El nombre, que quiere decir en maya “dos cerros muy juntos”, es común en la toponimia de Yucatán, donde los españoles encontraron con frecuencia “mules” prehispánicas dispuestos en pares.¹

Aunque adocenado por su nombre, Calotmul se destaca por su contenido, y en particular por su rico retablo dorado, el mas excelente de cuantos han logrado sobrevivir la siempre accidentada historia de Yucatán. Pero el comején se ha propuesto darle fin, y si no se toman prontas medidas ese impresionante ejemplar de talla colonial yucateca se verá reducido a mugrientos montoncitos de aserrín.

Calotmul aparece en las fuentes coloniales como enco-

mienda de Marcos de Ayala durante el período de 1548 a 1565.² En 1606 un Diego Truxeque recibía el fruto de la encomienda en “segunda vida”. Durante esos añejos tiempos funcionaba el lugar en lo religioso como visita del convento franciscano de Los Tres Santos Reyes Tizimín, erigido en 1563 y terminado ya para fines del siglo.³

El 20 de junio de 1588 llegaban a Calotmul procedente de Río Lagartos, punto de origen de sus dilatados itinerarios por la península, el comisario franciscano fray Alonso Ponce y su observador secretario, fray Antonio de Ciudad Real. Notábase por aquel entonces en la comarca considerable pujanza económica. En el rancho Techay, por ejemplo, situado a pocos kilómetros al norte de Calotmul y propie-



Calotmul, fachada.



Uno de los dos leones portaestandartes de Calotmul, parte tal vez de algún catafalco real de la colonia. Su compañero está en las colecciones del INAH en Mérida. Madera tallada y dorada con aplicaciones de cuero, proveniencia desconocida.

dad de un español, se cultivaban la morera y el gusano de la seda. En la propia Calotmul notaban los viajeros la nutrida y entusiasta recepción de que eran objeto “con mucha ceremonia, ramadas y mucha gente.”⁴

En 1612 Calotmul era erigido en convento por derecho propio bajo la advocación del protomártir cristiano, San Esteban.⁵ Para esa época o poco después despuntaba el famoso culto a la Virgen de Calotmul con su devota imagen descrita por Cogolludo. No hay evidencia, sin embargo, de que la importancia religiosa que iba alcanzando el poblado se tradujera en una más intensa actividad constructiva.

En la sacristía se conservan dos piedras talladas, una de 1631 en lo que fue sin duda la clave de un arco hoy desmantelado, y otra con la inscripción: ACABOSE EN 28 DE OCTUBRE ANJO 1689. Ambas deben provenir del primitivo santuario y camarín, siendo descartadas al ser reconstruida la iglesia a mediados del siglo XVIII. El camarín fue insensatamente destruido en tiempos más recientes.

Peter Gerhard afirma que Calotmul pasó al control del clero secular hacia 1680.⁶ Sin embargo, según un inventario de la plata de la iglesia confeccionado en 1684, parece que para aquel entonces el templo fuese aun franciscano.⁷ La actual iglesia parroquial “de 75 por 14 varas de cal y canto con una sacristía de 14 varas de largo y retablo mayor perfectamente acabado y dorado” fue terminada en 1749 por su cura, el Bachiller Josef Prudencio Domínguez. Así lo indica una tarja sobre el portón, que nos informa además que la iglesia se levanta “a honra de Dios” y a expensas de su generoso ministro.⁸

Domínguez, quien fue párroco de 1746 a 1754, construía además la iglesia de Tahcabó y dotaba a la de Poco-boch, su otra visita, de un retablo dorado con una imagen de

la Asunción y otra de San Antonio.⁹ El magnífico retablo dorado de Calotmul, el mismo que hoy subsiste, estaba dedicado a la Virgen y a Jesús Nazareno. A él correspondían otros dos dispuestos a ambos lados del crucero, uno dedicado al Corazón de Jesús y Nuestra Señora de los Dolores, y el otro a las Santas Animas, ambos correctamente tallados y dorados. Un hermoso púlpito completaba el mobiliario interior.

Aunque imposibles de fechar y de incierta proveniencia, se conservan en Calotmul dos hermosos “candelabros” de madera tallada en forma de leones, la bestia heráldica, naturalmente, del reino de Castilla y León. De gran encanto, con sus restos de dorados y orejas de cuero, los leones de Calotmul pudieran haber sido parte de algún catafalco real de la colonia, y es posible que, en lugar de velas, sujetaran un estandarte. ¡Quién sabe!

El Arzobispo-Obispo Padilla, por lo general parco en sus elogios, no podía menos que notar con beneplácito el agradable conjunto al visitar el lugar a mediados de la década de los cincuenta. Calotmul, reportaba el prelado, “tiene una muy pulida iglesia adornada con muy decentes retablos entre los que sobresale el mayor, que ha poco se dedicó, y corresponden los lucidos ornamentos con que se halla.”¹⁰

Amén de sus magníficos equipos, la iglesia de Calotmul no tiene mayor interés, salvo la provisión de una serie de capillas abiertas en el grosor de la pared. Las capillas se abren hacia el atrio y no hacia el interior de la nave, como se acostumbraba en Yucatán. La fachada ostenta una espadaña bastante poco atractiva. Es posible que en los planes originales figurara la construcción de dos torres que nunca llegaron a comenzarse. Un escudo real español muy crudo luce aún en la fachada.

La pérdida de los ornamentos interiores y en especial de los retablos ha sido particularmente severa en Yucatan. La causa principal de la merma yucateca no radica, como en otras regiones de la República mexicana, en las manías modernizantes del siglo XIX. Pocas, en realidad casi ninguna iglesia yucateca fuera de Mérida, tienen los retablos pseudo góticos o neoclásicos con que los píos ricachos del siglo XIX sustituyeron tantas obras coloniales en el centro del país.

La más trágica disminución del patrimonio histórico-artístico peninsular se ha debido más bien a la violencia y el abandono por no mencionar las difíciles condiciones ambientales, no siempre remediabiles, de la región. La guerra de castas trajo en su secuela numerosos destrozos en el interior de iglesias. Durante las campañas “desfanatizadoras” del General Alvarado se perdieron obras de tan capital importancia como los retablos de la catedral y el ex-convento de las Madres Concepcionistas en Mérida, el mayor de Tekax y otros.



Panorámica del retablo. El transparente de la Virgen de Calotmul deja ver la sagrada imagen detrás de un vitrina.

En el caso específico de Yucatán no es posible subestimar el potencial destructivo del medio natural. El retablo de Calotmul hace mucho tiempo viene saciando los infames apetitos del comején. El notorio atractivo que las iglesias de la región tienen no sólo para las termitas, sino para los murciélagos, las golondrinas y otras especies aladas ha militado contra el decoro y la higiene, e incluso contra la integridad física de los monumentos.

Años de acumulación de orines y detritus de quirópteros, palomas y golondrinas en los inaccesibles rincones de los retablos producen cambios químicos devastadores y olores tan repulsivos como para justificar la desmantelación de ejemplares irremediablemente infectos. El gran retablo de Oxkutzkab, por ejemplo, desgraciadamente muy mal repintado, pero imponente aún con sus hermosos paneles tallados y columnas salomónicas, despiden un olor tan avasalladoramente abominable que no ha faltado quien arguya que el único remedio sean la piqueta y la candela. Infortunadamente, la medida preventiva más eficaz contra los embates de aves y murciélagos lo es el uso extenso del antiestético alambre de gallinero en las puertas de las iglesias. Y ni esto funciona: el alambre se oxida, y los grandes marcos que lo mantienen tenso tienden a desvencijarse.

La relativa escasez de retablos se ha interpretado como evidencia de que no hayan existido. Serios investigadores han afirmado recientemente que en Yucatán no hubo retablos dorados durante la colonia.¹¹ Nada más lejos de la realidad. Durante el siglo XVIII en particular, hasta las iglesias más modestas recibieron retablos dorados, muchas veces antes de que se terminaran sus naves de bóveda. Y el que dude siquiera por un instante de la excelencia de su talla y trabajo no tiene más que visitar la iglesia de Calotmul, evocativa y solitaria a la vera de su cenote.



Retablo de Calotmul. Nicho de San José.

NOTAS: San Esteban Calotmul

1. C.C.R.E.Y., I, 45-46.
2. Gerhard, *Southeastern Frontier*, 132.
3. Obispo a la Corona, Marzo 8 de 1643, A.G.I., *México* 369, cit. en Gerhard, *Southeastern Frontier*, 135.
4. *Relación breve y verdadera*, II, 399.
5. Cogolludo, *Historia*, I, 420.
6. Gerhard, *Southeastern Frontier*, 135.
7. "Inventario de plata," A.G.I., *Escribanía* 308.
8. A.H.A.Y., *Curatos*, caja 2, exp 7, fo. 88.
9. A.H.A.Y., *Curatos*, caja 2, exp. 7, fo. 87 y sigs y caja 1, exp. 4, fo. 60.
10. "Visita... Padilla." *British Library*, Mss. Add. 17569. Véase también "Libro de inventario de las iglesias del partido de Calotmul hecho de mandato del Yltmo. y Rvdmo. Señor don fray Francisco de San Buenaventura Tejada en Visita General." A.H.A.Y., *Inventarios parroquiales*, caja 1.
11. E. g., Farriss en *Maya Society*.

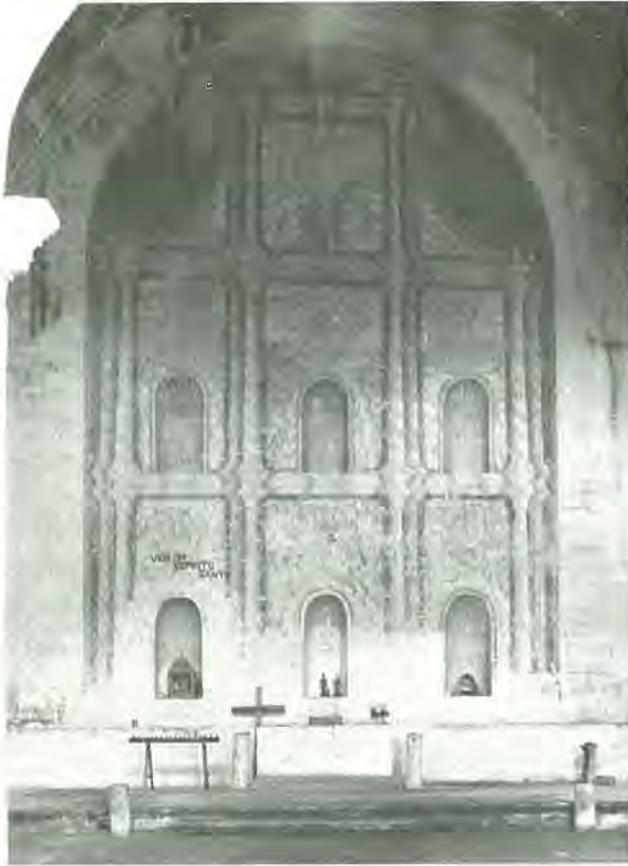
Ichmul: El Santo Cristo de las Ampollas

Llámesese mana o carisma, pocos monumentos yucatecos lo poseen en la medida que Ichmul, “el lugar entre los cerros” en maya. Solitario y hermético, con su fascinante iglesia de planta cruciforme cuyas bóvedas nunca llegaron a construirse y su singular santuario de bóveda de cañón y torres gemelas, Ichmul llegó a venir tan a menos que apenas valía la pena ponerlo en los mapas. Una foto del General Ignacio Bravo y su ejército acampado en la enorme plaza durante la campaña de 1901 nos da la impresión de una gran ciudad fantasma; impresión que una visita al lugar tiende a confirmar.

Ichmul ha estado profundamente vinculado por más de tres siglos al culto de la Cruz, y en particular al del llamado Cristo de las Ampollas. Hace pocos años el actual arzobispo de Yucatán comenzó a acudir a Ichmul en peregrinación cada cuaresma con un número cada vez mayor de clero y fieles dispuestos a aventurar los cuarenta kilómetros de camino destapado desde Peto.¹ Como en la época de oro, antes que la guerra de castas lo arruinara, los peregrinos vuelven al lugar entre los cerros a rendir culto a la Santa Cruz que, cristiana o maya, ha jugado un papel protagonista en la historia de la región.



Ichmul. Panorámica de la iglesia parroquial (derecha) y santuario.



Santuario. Altar mayor.

Según una difundida leyenda, cada viernes de alguna olvidada cuaresma a principios del siglo XVII notaban los lugareños que un coposo árbol ardía sin consumirse. Pasado el viernes cesaba el fenómeno, sólo para repetirse a la semana siguiente. Asombrado por el portento, el párroco don Juan de la Huerta mandó cortar el árbol y depositar el tronco en el otrora convento franciscano que le servía de casa cural.²

Poco después aparecía por aquellos rumbos un hermoso joven que decía ser imaginero. Deseoso sin duda de legitimizar su tenencia —de la Huerta era el primer clérigo secular en ostentar el curato desde la secularización de Ichmul por el obispo fray Juan Izquierdo en 1602— el párroco le encargaba esculpir una imagen de la Virgen de aquella madera prodigiosa. El joven artesano respondió que mejor fuera un crucifijo, y asintiendo el cura, puso manos a la obra.

Encerróse el artífice en una habitación, y a la mañana siguiente estaba terminada una hermosa imagen del Crucificado. Aunque sin peana, la cruz se mantenía enhiesta por sí misma. Al buscar el levita al joven escultor con el ánimo de pagarle (tan profundamente conmovedor debe haber sido el crucifijo), no se le pudo encontrar ni vivo ni muerto. Por

supuesto, la identidad sobrenatural del misterioso artista —¿un ángel tal vez?— no tardó en ser voz pública. Imagen tan rotundamente portentosa no podía menos que convertirse en objeto de un devoto culto, como en efecto sucedió.

A los pocos años un incendio reducía el templo de Ichmul a cenizas. Sólo el crucifijo sobrevivía el siniestro, severamente ampollado por el intenso calor. Esta prodigiosa incombustibilidad no podía sino acrecentar el ya de por sí notable prestigio de la imagen.

Los días del sagrado ícono en Ichmul, sin embargo, estaban contados. El cura, su propietario legal, se lo llevaba consigo a Hocobá al ser designado titular de ese beneficio. La consternación de sus antiguos parroquianos sólo podemos imaginárnosla. El presbítero de la Huerta ostentaría el curato de Hocobá hasta su muerte, acaecida en febrero de 1644.

Meridano de nacimiento, el difunto cura legaba a la catedral en su testamento la imagen del Cristo y una gruesa subvención para la fundación de una capellanía. En mayo de 1645 se daba cumplimiento a su voluntad testamentaria, llevándose la santa imagen en procesión solemne a su nuevo hogar. Durante el obispado de fray Luis de Cifuentes Sotomayor (1657-1676) se mandó erigir la capilla conocida como del Cristo de las Ampollas, donde la venerada imagen permanecería expuesta a la creciente veneración de los yuca-tecos. El presbítero de la Huerta, su benefactor, recibía allí cristiana sepultura como la recibirían a su fallecimiento el propio obispo Cifuentes y muchos de sus sucesores.

Redolente de historia, la capilla del Cristo de las Ampollas era destruida una noche de septiembre de 1915 por turbas anticlericales.³ La venerada imagen —ahora sí— era pasto de las llamas. La que hoy se venera en la capilla, profanada de nuevo no hace mucho por la construcción de un piso que acarreó la pérdida de casi tres siglos de venerables enterramientos, es una réplica como conviene a la actual, reducida condición del recinto.⁴

La historia del conjunto cristiano de Ichmul se remonta a los años de la conquista del antiguo *kuchkabal* maya de Cochuah. En 1571 los franciscanos establecieron una doctrina en Ichmul desde la cual se ministraba a toda la región. Del primitivo conjunto seráfico tenemos la descripción del encomendero Blas González, escrita en 1579:

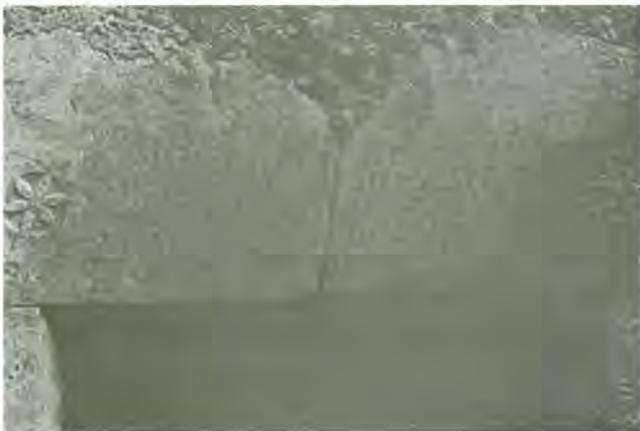
ay en... [Ichmul]... un monasterio de buen tamaño de frailes de la orden del señor San Francisco hecho de piedra y cal y canto a lo moderno muy fuerte y bien labrado... tiene el dicho monasterio sus celdas de bóveda y madera labradas muy ricamente.⁵

Como es evidente, en 1579 no existía aún iglesia, y es





Ichmul. Pormenor de la fachada de la iglesia parroquial. La tarja que identifica al maestro Estrella puede verse inmediatamente debajo de la ménsula del balcón.



Dintel del campanario de la iglesia parroquial. Ichmul.

dudoso que los frailes hayan ido más allá de la consabida capilla con santuario de piedra y ramada de guano típica de tales fundaciones. En 1588, el convento de San Bernardino de Sena Ichmul era “una casita pequeña sin claustro, hecha de cal y canto de tres o cuatro celdas”.⁶

Pocos años después, Ichmul pasaba a manos de la clerecía, y luego a las de los frailes una vez más. En 1603 era secularizado definitivamente, y en 1636 dividida la parroquia en dos: Ichmul propiamente dicha y Tihosuco.⁷ Ante esta situación de incertidumbre, es dudoso que se haya construido mucho, e improbable, por lo tanto, que la iglesia desaparecida en el famoso incendio haya sido de mayor envergadura.

La salida de la sagrada imagen del Cristo de las Ampollas de su lugar de origen tuvo sin duda un efecto adverso sobre la economía y, por consiguiente, sobre la capacidad constructiva de la parroquia de Ichmul. En 1737 el obispo Matos Coronado visitaba el lugar, teniendo a la iglesia lo-

cal por “muy digna de repararse”,⁸ eufemismo que usaba el prelado a menudo para designar edificios de muy mezquina calidad.

En 1741 el cura Antonio de Zetina y Aguilar comenzaba la obra de una nueva iglesia, siendo su benefactor el entonces obispo, fray Mateo de Zamora y Penagos. Las obras no deben haber avanzado mucho cuando, catorce años más tarde, el obispo Padilla y Estrada podía referirse a la iglesia del lugar como “techada de guano y con débiles paredes,”⁹ aunque notando que se pretendía fabricarla de bóveda en fecha próxima. A pesar de lo enclenque del edificio, el prelado hacía constar su abundancia de ornamentos de oro y plata labrada, señal sin duda de una cierta riqueza que haría posible el ambicioso programa constructivo de años posteriores.

La última década del siglo XVIII y la primera del siguiente fue de intensa actividad en la parroquia de Ichmul. Situado estratégicamente sobre el camino real de Mérida a Bacalar y en el corazón de una región en pleno crecimiento, Ichmul parece haber experimentado considerable bienestar económico en las postrimerías del período colonial; bienestar que se vio reflejado en la calidad y envergadura de las edificaciones allí acometidas al terminar el siglo y comienzos del XIX.

Durante las curacías de Juan Manuel Rosado (1780-1799?) y José María Olivera (1800 a 1809) se llevó “hasta la cornisa” una hermosa iglesia parroquial reputada por aquel entonces como “uno de los mejores templos de Yucatán.”¹⁰ Rosado era criollo, natural de Mérida, en donde había nacido alrededor de 1741. Olivera, hijo de gachupines, era diez años más joven e igualmente nativo de la capital de la colonia. Había ocupado el curato de Chemax y Chunchuh antes de pasar al de Ichmul, adonde desplegaría una actividad incansable no sólo en el templo parroquial sino asimismo en los de las visitas, Sabán y Sacalaca.

Las obras de la iglesia parroquial deben haber comenzado ya por la década de los 1760 a juzgar por una tarja en maya que aún sobrevive en el basamento de la torre del lado del Evangelio. El templo, una ambiciosa estructura de planta cruciforme, nunca llegó a ver cerradas sus bóvedas. No está claro por qué quedara inconcluso el gran edificio, aunque es concebible que las conmociones de la época de la independencia dieran al traste con los ambiciosos planes para su conclusión. En derredor del edificio yacen aún cornisas cuidadosamente talladas que, al parecer, nunca llegaron a instalarse.

Aunque inconclusa, la iglesia de Ichmul tiene considerable interés. Entre otros atractivos —como, por ejemplo, la excelente calidad de su talla— el templo ostenta un hermoso balconcillo de ménsula en la ventana del coro. El balcón tiene en su vértice un medallón mostrando un rostro de



Ichmul. Bautisterio.

frente. Su sófite ochavado recuerda al de la casa de Montejo en Mérida, su posible inspiración.

La talla del pörtico es de muy buena factura, siendo evidentes al menos dos manos en el conjunto. La cornisa demuestra mucho menos control y maestría que el resto del conjunto. Los mismos motivos vegetales aparecen en las jambas y dinteles de las puertas de la sacristía y cruceros. La portada tiene una tarja redonda inmediatamente debajo del medallón donde se lee:

SOLI DEO HONOR ET GLORIA
EL DIA 30 DE [...] DE 1802
SIENDO CURA DE LA PARRO
QUIA D. JOSE MA. OLIVERA
LABRO LA CANTERA
EL MAESTRO PASQUAL
ES[...]A

Afortunada y fortuitamente, ha sobrevivido uno de los libros de fábrica de Ichmul. El tomo, conservado en el archivo histórico de la arquidiócesis de Yucatán en Mérida, cubre desde el 20 de septiembre de 1799 hasta el primero de marzo de 1819.¹¹ Por él nos enteramos que en 1804 se desembolsaron “doce pesos y dos reales pagados al maestro cantero Pascual Estrella¹² que se le restaba de la cantería que labró anteriormente para esta iglesia”. Al año siguiente el maestro Pascual recibía 45 pesos por 18 varas de cornisa y 13 pesos 4 reales por tres varas de esquina para la obra.

Atribuibles al maestro Pascual a base de estilo lo son también la pila bautismal y un medallón de la Virgen inserto en el parapeto de la fachada del santuario anexo a la iglesia de Ichmul, obra de fecha posterior que discutiremos a continuación. El maestro Pascual Estrella, sin embargo, no produjo solamente en Ichmul, Sus tallas están dispersas por toda la península de Yucatán, desde Tihosuco hasta Hunucmá.



Fotografías superior e inferior. Hunucmá. Pila y detalle del tazón. Nótese la inserción de una pila de agua bendita en la pared encima del tazón.

La estupenda pila bautismal de Tihosuco es obra suya. El tazón, roto actualmente en varios pedazos, mide 1.28 metros de diámetro por 0.62 m. de alto. Se trata, por lo tanto, de una obra poco menos que ciclópea. El tallo de la pila está al parecer perdido, siendo posible que los daños al tazón daten de la época del derrumbe de la bóveda del templo.



Medallón, posiblemente obra del maestro Estrella. Parapeto del santuario, Ichmul.

Extraordinariamente similar a la de Tihosuco es la pila de Hunucmá, al sureste de Mérida, la cual tiene que atribuirse al maestro Pascual a base de evidencia estilística terminantemente persuasiva. La pila es semicircular y se levanta sobre un tallo realizado por un característico ángel soporte. Tiene en derredor una secuela de querubines y motivos vege-

tales en un estilo inconfundiblemente estrellesco. Tanto la pila como un tazoncillo de agua bendita empotrado en la pared encima del tazón dan una impresión de balance y solidez en atractivo contraste con la delicadeza de la talla.

La insólita aunque limitada riqueza de datos en Ichmul al cierre del siglo XVIII y albores del XIX no aclara una de las interrogantes fundamentales del lugar: la presencia de dos templos: uno, el parroquial que se quedó por techar; y el otro, que servía de parroquia al tiempo de la guerra de castas, el peculiar edificio de planta virtualmente cuadrada, nave de cañón y torres gemelas.

No hay información alguna sobre este excéntrico edificio que conserva restos de un retablo mural de gusto neoclásico. Es posible que, imposibilitados los constructores de Ichmul, bien debido a dificultades de ingeniería o de costo, a terminar de cerrar las bóvedas de la parroquial, se procedió a construir el peculiarísimo santuario de planta cuadrada y campanarios gemelos. Por su esquema sin precedentes, esta interesantísima construcción ha sido clasificada por un investigador moderno como "capilla abierta aislada".¹³ No hay tal. El santuario de Ichmul data sin duda alguna de la primera mitad del siglo XIX. Infortunadamente, carecemos de documentación, habiendo sido terminado antes de que Ichmul fuese completamente abandonado a raíz de la guerra de castas.

El conjunto de la antigua visita de Sabán es de sumo interés. En él se aprovechó la mampostería de un santuario y nave primitivas para construir una iglesia "moderna" ingeniosamente planteada. En lo que a escultura respecta, el programa que aún existe en la fachada es poco usual tanto en el concepto como en la ejecución. Sobre la ventana del coro se encuentra una enorme tarja rectangular labrada en alto relieve con la figura de San Pedro, el Santo Patrono, con su columna y su gallo. Cabe anotar aquí que el uso de tarjas en las fachadas, aunque común en México, es raro en Yucatán.

NOTAS: Ichmul: El Santo Cristo de las Ampollas

1. Carrillo, *Obispado*, III, 1392-93.
2. Una extensa discusión de la leyenda de Ichmul se encuentra en Carrillo y Ancona, *Obispado*, I, 494-515 y en Pérez Alcalá, *Recordaciones históricas*, citado en *C.C.R.E.Y.*, I, 338-339. Sobre Ichmul a finales del siglo XVII véase "Inventarios... Ichmul." *A.G.I., Escribanía* 308.
3. El arquitecto austriaco Zápari trabajó en la catedral durante la primera mitad del siglo XIX. Sierra, "Catedral," en *C.C.R.E.Y.*, 348. El saqueo ocurrió el 24 de septiembre de 1915. Carrillo y Ancona, *Obispado*, III, 1220-1221.
4. La actual estatua del Cristo de las Ampollas en la catedral, de procedencia queretana, se instaló en 1919. *C.C.R.E.Y.*, I, 339.
5. "Relación de Yxumul y Tecuché," por Blas González, *Relaciones de Yucatán*, II, 117.
6. *Relación breve y verdadera*, II, 403.
7. Cogolludo, *Historia*, II, 123; Gerhard, *Southeastern Frontier*, 78.
8. "Visita... Matos," *A.G.I., México* 3168.
9. "Visita... Padilla," *British Library MSS Add.* 17569.
10. Piña y Mazo, "Informe sobre los Eccos Beneméritos," *A.H.A.Y., Curatos*, caja 14, exp. 56.
11. Se conservan en *A.H.A.Y.*, varios libros de fábrica de iglesias yucatecas, casi todos de finales del siglo XVIII o principios del XIX: Chancencote (1796-1816), Hopelchén (1804-1816), Ichmul (1799-1818), San Sebastián (1796-1815), Seyba (1815-1821), Seyé (1811-1812). Para Ichmul véase "Libro de fábrica del pueblo de Ychmul hecho por el interino Don Juan Pablo Villajuana hoy 20 de septiembre de 1799," (termina el 10 de marzo de 1819). *A.H.A.Y.*
12. "Libro de fábrica de Ichmul," *A.H.A.Y.*
13. Artigas, *Capillas abiertas aisladas*, 89.

Chan Santa Cruz Balam Na

En contraste con el hedonista y no muy lejano Can-Cún, el poblado quintanarroense de Felipe Carrillo Puerto, con su aspecto rural y su gente taciturna, nos habla de un pasado que, de no ser historia, parecería ficción. La iglesia parroquial se levanta en medio de la plaza del pueblo; una recia mole enmarcada por las bases de dos campanarios que nunca llegaron a construirse. La nave única, las bóvedas de rollizos, los pesados contrafuertes y el sencillo frontis le dan al templo un aire marcadamente peninsular. Un visitante inadvertido tendría dificultad en distinguirlo de las veintenas de

construcciones similares dispersas a todo lo largo y ancho del Mayab.

Los edificios aledaños hacen gala también de su linaje hispano-yucateco. El del lado del evangelio, un antiguo cuartel, intersecta la nave en ángulo recto y conserva los amplios portales característicos de la arquitectura vernácula peninsular. Al costado izquierdo, una burda capilleja moderna se levanta en el patio, cerca del pozo. En derredor transcurre la invariable vida pueblerina, ni más ni menos que en Hunucmá, Peto o Tizimín.



Altar en el atrio de la iglesia de Xoccén, 1981.

El aparentemente común conjunto, sin embargo, ha sido testigo de una historia singular y épica. El hoy soñoliento lugar fue hace una centuria la legendaria Chan Santa Cruz, capital del único estado nativo en las Américas capaz de obtener su independencia y ejercerla por dos generaciones. La masiva iglesia sirvió de centro espiritual al culto a la Santa Cruz parlante que floreció allí por cincuenta años, en pleno siglo diecinueve, el más famoso e influyente de una serie de cultos similares que surgieron en la región. Los dos edificios que la flanquean dieron albergue al estado mayor de los ejércitos nativos y a una escuela. Y todo ello fue construido desde los cimientos por los mayas rebeldes, los *cruzob* o pueblo de la Cruz, cuya heroica aventura colectiva estuvo a punto de cambiar irreversiblemente el curso de la historia.

La compleja historia del deterioro de la convivencia en Yucatán después de la independencia culminó con la cruenta rebelión nativa de 1847, la legendaria guerra de castas. Después de varias importantes y sangrientas victorias contra los *dzulob*, las huestes nativas llevaron la guerra hasta las puertas mismas de Mérida en el verano de 1848. Con el triunfo prácticamente en las manos, sin embargo, la deserción masiva de soldados nativos, impelidos hacia sus milpas por el arribo de las grandes nubes de insectos que anunciaban la

hora de la cosecha, hizo naufragar toda esperanza de una victoria decisiva.

No quedó más remedio a los insurrectos que replegarse hacia las poco pobladas regiones del oriente de la península, donde el aislamiento y la cercanía de la colonia británica de Belice con sus posibilidades de contactos externos garantizaban al menos la supervivencia. El estado cruzob sobreviviría en efecto hasta su liquidación final por las tropas del general porfirista Ignacio Bravo en los albores del siglo XX.

Una de las razones más poderosas para la supervivencia de la comunidad cruzob fue el culto a la cruz parlante. El culto se basaba en la existencia de una cruz oracular cuyo servicio incluía una buena dosis de ritual derivado de la liturgia cristiana. El culto a la Santa Cruz se nutría además de siglos de religiosidad vernácula galvanizada por una sucesión de dirigentes religiosos efectivos y capaces de inspirar a sus seguidores.

En 1850, en el lugar de Xocécén, el mestizo José María Barrera encontró una pequeña cruz grabada en un cedro a orillas de un cenote. Con la madera de aquel árbol se confeccionó una cruz que resultó tener extraordinarios poderes, siendo capaz de comunicarse con Barrera a través de un intérprete llamado Manuel Nahuat. La "Santa Cruz" comenzó



Altar y cruces a la vera del camino, Yaxché, 1981.



DE XOCZEN A
CHAN SANTA CRUZ:
LA RUTA DE LA CRUZ

La Santa Cruz de los mayas se originó en Xoccén, cerca de Valladolid. A continuación se dan dos versiones de sus peregrinaciones místicas. La primera, tomada del primer mensaje de la Cruz Parlante (1850), coincide con la primera fase militar de la guerra de castas. La segunda, producto de una tradición oral que subsiste hasta el día de hoy, relata el viaje subterráneo de la Cruz desde Xoccén, adonde había sido enterrada por apóstatas, hasta surgir a la vera de una caverna y un cedro mágico en Chan Santa Cruz.

Mensaje de la Cruz (1850)
Fragmento

Yo, la Cruz, salí de mi pueblo
del pueblo de Xoccén, de Chi Kin
Dzonot,

allí estuve caída abajo de la cueva
y salí de allí mismo de abajo de la
cueva,
mi pueblo es el Santo Pueblo de la
Santa Cruz,
morada de lo sagrado.

*Tene' ti hoken tin kaha
ti Xoccén Cah ti Chi Kin Dzonot Cah
ti lubaneni' yana ya'ctunili
ca hokene' leili'e yana ya'ctunili
in cahal Noh Cah Santa Cruz Balam
Na.*

Tradición oral

Había tres Ah-kines. Un día uno de ellos fue de cacería, pero no fue antes a santiguarse a Xoccén. Allí estaba la Santa Cruz porque dos macehuales la habían parado, y la cruz se había hecho un mismo cuerpo con la piedra donde estaba colocada. A este Ah-Kin le sucedió que se sacó una uña y se lastimó una pierna al golpearse con una piedra. Al otro día se fue otro Ah-kin a cazar y tampoco se santiguó. Vió una paloma y al dispararle, el casquillo le dió en el ojo y se lo reventó. El tercer Ah-kin fue a cazar un zub, disparó con un rifle roto,

éste le golpeó el brazo y el brazo se le cayó. Ni la paloma ni el zub murieron porque son animales de Dios.

Se juntaron entonces los tres Ah-kines y maldijeron a la Santa Cruz. Hicieron un hueco en la piedra y pusieron a la Cruz de cabeza. La enterraron en ese hueco con el sudario, la santa vara y el santo incienso. Entonces la Cruz se fue de Xoccén-Cah y salió en otro agujero de piedra en el cenote de Chan Santa Cruz, porque el cenote es la casa del Señor. Cuando la Cruz salió en el cenote dió su bendición al árbol (el cedro) y de él salieron los órdenes. Daba la Cruz órdenes al Santo Arbol. Esto era obra de Dios. En la rama del Santo Arbol estaban los mensajes. Esta Cruz era la primera vez que salía entre los macehuales. En la Cruz fue clavado Jesucristo y la Cruz fue amiga de Jesús y por eso El la dejó entre los macehuales, para que nosotros nos pudiéramos comunicar con Jesucristo.

*Bartolomé y Barabas,
La resistencia maya, 29-30.*



de inmediato a impartir instrucciones a su pueblo, a los macehuales. Bajo sus instrucciones se intentó un ataque al poblado de Kampokolché que resultó desastroso para los rebeldes y le costó la vida a Manuel Nahuat.

Es de notar la conjunción de tres elementos esenciales en el culto a la Cruz. En primer lugar, su manifestación ocurrió a orillas de un cenote, lugar sagrado por excelencia del pueblo maya, fuente del agua y por lo tanto de la vida, y vínculo entre el mundo visible y el subterráneo. La cruz participaba además de la naturaleza de la madera sacrosanta de los mayas, el cedro o *kuché*, con la cual se confeccionaban los ídolos prehispánicos según Landa. (Y, por supuesto, alguno que otro venerado objeto cristiano como el famoso Cristo de las Ampollas de Ichmul, tallado de la madera de un milagroso cedro incombustible.) Finalmente, la cruz milagrosa poseía el don oracular, entroncando así con una antigua y venerable tradición maya.

Lejos de amilanarse ante el desastroso ataque a Kampokolché, los seguidores de la Cruz lograron reconstituir su culto, fundando la nueva capital de lo que era ya de hecho un estado autónomo maya: *Noh Cah Chan Santa Cruz Balam Na* (“el pueblo de la pequeña Santa Cruz, casa del sacerdote”). En esta nueva fase un elemento mesiánico apareció entre los cruzob: los mensajes de “la Santísima” ya no serían orales sino escritos, y transmitidos a través de un misterioso personaje, Juan de la Cruz, “adivino de X-Balam Na”. En Agosto de 1851, Juan de la Cruz escribió nueve cartas (cuatro sobreviven) al Gobernador de Yucatán, Miguel Barbachano, dando a conocer su carácter mesiánico y demandando reparaciones por los maltratos propinados en el pasado a los macehuales.¹

Bajo la égida de este extraordinario personaje, el culto a la Santa Cruz recibiría expresión arquitectónica inicial en un primitivo santuario en las afueras de lo que hoy es Ca-



Capilla y altar de la cruz, Hacienda Pectetunich, 1986. En Yucatán una piedra crudamente tallada para semejarse a una cruz.

rrillo Puerto, predecesor de la iglesia que hoy se levanta en medio de la plaza. El pequeño edificio, conocido ya como X-Balam Na según Alfonso Villa Rojas,² fue construido poco después de 1850. El monumento se levanta nada menos que en el lugar donde, de acuerdo con una tradición, surgió la Santa Cruz parlante en Chan Santa Cruz, después de un azaroso viaje subterráneo desde Xoccen.³

El X-Balam Na original se alza a poco menos de un kilómetro de la gran plaza y está situado en una pequeña cañada, rodeado de chozas. Aunque su emplazamiento es atípico y sus dimensiones mucho más reducidas que la de las capillas de indios del siglo XVI, su forma sugiere importantes paralelismos con aquéllas. Se trata de un santuario de piedra con bóveda de rollizos que alguna vez pudo haber contenido un pequeño altar o plataforma. Es probable que tuviera una ramada por delante. Infortunadamente, este sugestivo monumento parece estar hoy vacante y abandonado. Durante una excursión militar en 1852, el caudillo yucateco Felipe de la Cámara y Zavala vio aquel primitivo conjunto religioso y describe el mecanismo utilizado para dar resonancia a la voz de la cruz parlante. En un lugar apartado se mantenían tres cruces “vestidas de huipil y fustán”.⁴

La gran iglesia —la *Nohoch* Balam Na— estaba en pleno funcionamiento en, fecha en que dos visitantes ingleses, los Tenientes James Plumridge e I. Twigge, y su intérprete, José María Trejo, fueron llevados a la sublime presencia de La Santísima. En palabras de Plumridge y Twigge,

A las doce de la noche nos despertaron y dijeron que debíamos ir a la iglesia porque Dios iba a hablarnos. Había gran alboroto en el pueblo, la plaza estaba repleta, y nos llevaron a toda prisa al interior de la iglesia, que estaba oscuro, y haciéndonos arrodillar [oímos] una voz que parecía que salía del techo.⁵

El relato de Trejo es similar:

A las doce de la noche una guardia de soldados nos forzó a ir. Decían que el Señor había venido. “El Señor ha venido. Tienen que venir, él les habla”. Nos llevaron entonces a una iglesia grande que estaba muy oscura. Nos llevaron al otro lado de la iglesia y nos hicieron arrodillarnos. Nos dijeron que pusiéramos atención, que Dios nos hablaba. En ese momento oímos una voz chillona que salía detrás de una cortina, a veces cerca, y a veces de más lejos.⁶

La iglesia que tan extraordinarios efectos acústicos producía, se comenzó durante los 1850 y debe haber progresado con bastante rapidez. José María Rosado, un niño ladino, prisionero de los cruzob hacia 1858, relató años más tarde sus recuerdos de la construcción de la iglesia, hecha con mano de obra de los prisioneros tomados por los rebeldes en los pueblos del oriente de Yucatán. “Había 30 albañiles, picapedreros y trabajadores mezclando cal y arcilla; y había cuatro generales tomando turnos de una semana cada uno”.⁷ Como a Plumridge, Twigge y Trejo, el carácter nocturno de

las manifestaciones de la Cruz y su voz chillona impresionaron vivamente a Rosado.

El resultado de estas labores es una estructura paquidémica; una iglesia de 32 metros de largo por 10 de ancho de nave sencilla con recios soportes y bóvedas de rollizos apoyados sobre cinco arcos. El grosor de las paredes y los soportes revela una cierta falta de sofisticación técnica que recuerda vívidamente a los primeros claustros franciscanos de la península, como el de Maní, por ejemplo, con sus bóvedas masivas y aplastantes.

La mera construcción de la iglesia de la Cruz bajo las circunstancias demuestra la supervivencia de una significativa capacidad constructiva y artesanal nativa hacia la segunda mitad del siglo XIX. Que los mayas de Yucatán en su enclave rebelde de la región quintanarroense hayan incidido en replicar formas arquitectónicas europeas revela el grado al cual dichas formas habían sido internalizadas por el pueblo como esencialmente significativas y válidas. Los cruzob, después de todo, no construyeron una plataforma precolombina ni cosa por el estilo, sino una iglesia cristiana (e inclusive, si hacemos hincapié en la similitud entre el primer X-Balam Na y las capillas de indios de la colonia, repitieron todo un ciclo de arquitectura religiosa.)

El clero de este singular templo incluía all sumo sacerdote o “Patrón de la Cruz” (*Tatich* o *Nohoch Tata*), quien fungía simultáneamente de jefe de la comunidad. El segundo sacerdote en importancia era el “intérprete de la Cruz” o *Tata Polin*.⁸ Los pormenores de la liturgia cruzob se conocen solo en los esporádicos testimonios que han llegado hasta nosotros. Es lástima que Rosado, el testigo presencial que más tiempo vivió en Chan Santa Cruz, tuviera sólo diez años y fuera apenas un prisionero, por lo que no puede haber estado presente en ninguna de las audiencias protocolares de la Santísima. Su evidencia es por lo tanto dudosa, aunque es fácil imaginarse la duradera impresión que todo aquello debe haber causado en la mente de un niño.

El 4 de mayo de 1901, el general Ignacio Bravo entró en la plaza de Chan Santa Cruz acampando sus tropas a la sombra del Balam Na.⁹ Fotos de la época lo muestran frente al misterioso recinto, a caballo con sus oficiales. Curiosamente, no hay miembros del grupo vencido por ninguna parte. Cuando Bravo ocupó Chan Santa Cruz, ya la habían abandonado, replegándose a los montes.¹⁰ Con la caída de la capital espiritual de los cruzob terminaba la independencia de los mayas rebeldes como pueblo, aunque no su tenaz resistencia como etnia altiva y orgullosa, resistencia que se ha perpetuado prácticamente hasta el día de hoy.

En 1915 el general Salvador Alvarado le hacía entrega oficial de Chan Santa Cruz, conocida ya como “Santa Cruz de Bravo”, a los macehuales, acaudillados por un antiguo



La “Virgen de la Piedra”. Homún.

combatiente cruzob, Francisco May. May, lejos de recolonizar el lugar, lo abandonó definitivamente. La introducción de la industria chiclera, con su profunda tendencia a la dispersión demográfica, retardaría por décadas su repoblamiento. La gran Balam Na, abandonada por años en medio de un pueblo poco menos que desierto, sería consagrada al culto católico por los misioneros de Maryknoll en 1948, el único templo católico en Yucatán cuyos orígenes no son en lo absoluto convencionales.¹¹

El culto a la cruz, sin embargo, aunque ya no asociado con la supervivencia de un estado nativo, continúa su vigencia. Por todo Quintana Roo —y, por supuesto, Yucatán— el culto a la Cruz, aunque no ya la rebelde de los cruzob, goza de extensa difusión. Multitud de oratorios, altares y ermitas populares dan testimonio del paradójico apego maya al emblema central del Cristianismo.

Dentro de lo que pudiéramos llamar la tradición de rebelde étnica quintanarroense, cabe anotar la existencia en la región de importantes santuarios sucesores del antiguo Balam Na: en X-Cacal, Chumpón, Chan Cah Veracruz y Kopchén. El de X-Cacal tiene gran interés: un edificio ovalado (la forma tradicional de la vivienda maya) con paredes de varillas y

embarrado (*pak-luum*) y techo de guano. En el interior, un espacio sagrado, la "Gloria", está reservado a las prestigiosas cruces locales. La Gloria toma la tercera parte del área de la planta y está separada del resto del espacio interior por una pared con un arco.¹² (El arreglo interior del actual templo de X-Cacal y la evidencia de "cortinas" en la Nohoch Balam Na sugieren que la última haya tenido también una "Gloria" o división permanente de algún tipo entre el santo

de los santos y el espacio público del templo que, por supuesto, habría sido demolida al tiempo de su recatolización.) En X-Cacal, fascinantes pinturas murales completan la ambientación sacra. Invariablemente, una guardia perenne de los fieles mantiene vigilancia sobre el lugar, memento de la guerra que sus antepasados mantuvieron tenaz y corajudamente y que la raza, en lo más profundo de su conciencia, nunca ha dado por perdida.

NOTAS: Chan Santa Cruz Balam Na

1. La literatura sobre la Guerra de Castas es extensa. Nelson Reed, *The Caste War* (citado aquí en su edición en inglés), es lectura obligada como lo son González Navarro (*Raza y tierra*) y Bartolomé y Barabas (*La resistencia maya*). La más satisfactoria contribución desde una perspectiva etnohistórica y antropológica lo es la excelente obra de Victoria Bricker, cuya influencia es evidente en esta breve discusión. Sobre Juan de la Cruz véase Bricker, *Indian Christ*, esp. 103-108, 155-161 y 185-219.
2. Villa Rojas, *Maya of East Central Quintana Roo*, 161 n. Reed no está de acuerdo en asignarle tanta importancia al monumento dado que el edificio es muy pequeño, está situado en una cañada, y no parecía tener—cuando Reed lo vió, naturalmente—provisión para los efectos de sonido asociados con el culto. Reed, *Caste War*, 174 n.
3. Bartolomé y Barabas, *Resistencia maya*, 29.
4. Felipe de la Cámara Zavala, "Memorias inéditas de don Felipe de la Cámara y Zavala." *Diario de Yucatán*, Mérida, Septiembre 16 de 1928, citado por Dumond, "Talking Crosses," 305n.
5. Plumridge y Twigge a Seymour, Abril 12 de 1861, citada por Bricker, *Indian Christ*, 339n.
6. Declaraciones de Trejo, Abril: 12, 1861, citadas por Bricker, *Indian Christ*, 339n.
7. Bricker, *Indian Christ*, 109-110.
8. Reed, *Caste War*, 160-162.
9. Sobre las operaciones de Bravo, véase Reed, *Caste War*, 229 y sigs. Véanse también las colecciones de fotos de la época conservadas en la Biblioteca "Crescencio Carrillo y Ancona" del Estado de Yucatán.
10. Existe evidencia de que con anterioridad a la campaña final de Bravo, e inclusive a principio de la década de los 1890's, Chan Santa Cruz había ido perdiendo población radicalmente, resultado en parte del éxito de cultos rivales. Dumond, "Talking Crosses," 304.
11. Bartolomé y Barabas, *Resistencia maya*, 44-50; Carrillo y Ancona, *Obispado*, III, 1329.
12. Bartolomé y Barabas, *Resistencia maya*, 55-60.

Santa Bárbara Paraíso

La chimenea de una antigua hacienda despuntando en la distancia es tan característica del campo yucateco como las púas de los interminables henequenales. Por toda la extensión del estado, los cascos de haciendas, ruinosos en muchos casos tras generaciones de abandono, dan mudo testimonio de una historia singular y fascinante. Invariablemente, los cascos de Yucatán poseían una capilla que, como en el resto de México, alcanzaba a menudo grandes proporciones y lujo inusitado.¹ En Tekik de Regil, cerca de Timucuy, el edificio neoclásico de la capilla tiene un porte poco menos que catedralicio. Otro tanto puede decirse de una veintena de cascos desde Chenché las Torres, improbable castillo yucateco que se alza en las afueras de Temax, eriza-

do de almenas y escudos de armas de los Peones, sus primitivos propietarios, hasta San Juan Bautista Tabi, Versalles tropical extraviado en las estribaciones de la sierra del Puuc.

La arquitectura de las haciendas yucatecas es el tema de otro estudio. Sus capillas, fantasías que incluyen a menudo paredes de tradicional mampostería yucateca, bóvedas armadas sobre rieles de ferrocarril y ornamentación del más refinado gusto finisecular, constituyen en su conjunto uno de los acervos más extraordinarios del patrimonio regional. En algunos casos como Chenché las Torres y Oyalchén (Timucuy), elementos de profunda raigambre vernácula hacen su aparición tales como portales inspirados por las antiguas ramadas coloniales (en el caso de Chenché, bajo una epider-



Santa Bárbara Paraíso. Rampa, atrio y capilla.



Fachada de la capilla.

mis “gótica.”). En Petectunich, tejas importadas de Marsella y pavimentos teselados de manufactura británica conforman una arquitectura profundamente europeizante.

Los motivos de los hacendados para construir capillas en sus fundos eran variados. Como la presuntuosa casa de hacienda, la capilla era un vehículo de ostentación en la sempiterna competencia por el prestigio social y llenaba una función profundamente aristocrática. Allí eran bautizados los vástagos de los hacendados, enlazadas las familias terratenientes en bodas de gran tono, y celebradas las elegantes exequias de los señores. Allí quedaba también, conmemorado en piedra, mármol, cristal y maderas preciosas, el buen gusto y opulencia de los dueños del país.

A las capillas de las haciendas iban a dar los candelabros comprados por el patrón en París o en La Habana, los manteles ordenados por la tía Matilde en Bruselas, y la primorosa imagen de San José con su estofado de oro de dieciocho quilates hecha traer desde Barcelona por Don Pancracio del Perifollo como regalo para doña Lupita, su hermana solterona. Allí se veneraban los santos del hacendado y su familia y el patrono de la hacienda, culto eminentemente patricio tendiente a reforzar el modelo paternalista de la plantación, y a vincular a la comunidad con sus terratenientes.

Pero además existía otra razón por la cual prácticamente no hay hacienda en Yucatán sin su capilla. Las capillas servían como un instrumento más para captar y retener una fuerza laboral sin la cual la economía agrícola yucateca no habría podido funcionar. Con la tienda de raya, el contrato de trabajo, la impagable “nohoch cuenta” y otros subterfugios que vinculaban a los peones al fundo, la iglesia con su culto a los santos por cuenta del hacendado contribuía a mantener al peonato estable y en paz. Ya en plena colonia en las haciendas de Chencoyí y Uayalceh, por ejemplo, los cultos a los santos servían a este propósito.²

La hacienda Santa Bárbara Paraíso está situada a unos quince kilómetros al este de la carretera de Mérida a Campeche, tomándose para ir a ella el desvío que desemboca a unos dos kilómetros al sur de Kopomá. La carretera destapada corre recta y polvorienta a lo largo de viejos henequenes invadidos de espinos. Súbitamente, una hilera de pequeñas casas de mampostería, todas iguales y dispuestas a ambos lados del camino, nos da la bienvenida al casco. Son las antiguas viviendas de los peones, ocupadas actualmente por ejidatarios.

Paraíso carece de la grandiosidad de un Tabí, un Chenché o un Yaxkopoil. Sólo la antigua capilla tiene mayor interés. Sus extraordinarias características más que compensan por su exiguo tamaño y relativa pobreza. La nave y santuario miden 21 metros de largo por 7.60 de ancho. La fachada ostenta una pequeña espadaña y un hermoso balconcico de



“La Virgen Santa Bárbara” durante su procesión. Diciembre 8, 1986.

madera en la ventana del coro. Una techumbre de hermoso artesón recubierto de plancha, método de techar común en Yucatán durante la época de la construcción de la hacienda, completa el conjunto.

La capilla está ampliamente documentada. Una tarja sobre la esquina derecha de la fachada nos informa haber sido colocada su primera piedra el día de San Luis Gonzaga, 21 de junio de 1893, siendo propietario de la hacienda M. Castillo y administrador T. A. Ek.

Macedonio Castillo y Toribio Andrés Ek están ambos enterrados en la nave; Castillo en el lado del Evangelio (falleció el 16 de julio de 1900), y Ek en el de la Epístola, siendo su fecha de fallecimiento el 28 de enero de 1905. La capilla estaba terminada para el 29 de octubre de 1895, en que el Obispo Crescencio Carrillo y Ancona accedía a la solicitud de Don Macedonio y su hermano, Don José María Castillo, de que se designara la capilla de su finca de campo “Paraíso” como ayuda de parroquia de Maxcanú bajo la advocación de Santa Bárbara.³

La característica más dramática de la capilla de Paraíso lo es sin duda el hecho de haber sido incorporadas a la fábrica una serie de hermosas esculturas de piedra prehispánicas extraídas de la comarca. A ambos lados de las puertas, fieros guerreros de un estilo prehispánico tardío mantienen la guardia incorporados a modo de jambas a un *pastiche* escultórico. Sendas estelas aparecen en las entradas laterales. El efecto es sensacional aunque, suponemos, de dudosa ortodoxia.

Si bien el exterior de la capilla nos recuerda las antiguas raíces de la civilización yucateca, su interior tiene un encantador sabor vernáculo y una deliciosa inventiva. El púlpito y la pila bautismal están recubiertos por conchillas, lográndose maravillosas texturas, tanto más atractivas cuanto evidente la gran economía de recursos con que se crearon. El sencillo altar mayor con su imagen de "la Virgen Santa Bárbara" tiene gran donaire a pesar de su rusticidad.

Cada cuatro de diciembre, día de Santa Bárbara, la sencilla imagen de la patrona sale en procesión al atrio en brazos de sus fieles. Entre el penetrante olor de las flores y las palmas, la santa se empina precariamente sobre sus andas, decoradas con papel de brillo y serpentinas. Manos devotas tocan el paso y alfiletean en las ropas de Santa Bárbara numerosos exvotos de metal colgados de cintas de estambre: una piernecita para agradecer la curación de la cojera, un automóvil en acción de gracias por haberse salvado alguna vida en un fiero accidente, la pequeña figura de un niño, un par de diminutos pechos representando un seno materno del



Nave con la procesión en progreso. Nótese el idiosincrático púlpito con su decoración de conchas.

cual, por intercesión de Santa Bárbara, ha comenzado a fluir la leche nutritiva.

Pausada y lentamente, cargada de la gratitud y de las esperanzas del pueblo, la Virgen Santa Bárbara se encamina hacia la puerta principal llevada en andas por callosas manos campesinas. Un rayo crepuscular incide sobre el papel de brillo y las lentejuelas al llegar al marco de la puerta la imagen sagrada. Flanqueada por sus devotos y los fieros guerreros de piedra con sus macanas en ristre y sus ojos de obsidiana, el tiempo se detiene ante Santa Bárbara. No sabría decir si por un instante o por una eternidad.

NOTAS: Santa Bárbara Paraíso

1. Sobre el trasfondo social de las haciendas yucatecas, véase el reciente estudio de Wells, *Haciendas, Henequén and International Harvester*, y la obra de Millet, et. al., *Hacienda y cambio social en Yucatán*. Para la hacienda mexicana en general, véase el clásico estudio de Romero de Terreros, *Antiguas haciendas de México*.
2. Farris, *Maya Society*, p. 333, nota 40.
3. El original de la designación como ayuda de parroquia se conserva, enmarcado, en la sacristía. El asentamiento en los libros de la diócesis se encuentra en *A.H.A.Y.*. "Libro de erecciones de capillas y oratorios." Octubre, 1895.

Bibliografía

ARCHIVOS

- Archivo del Estado de Yucatán, Mérida.*
- Archivo General de Indias, Sevilla.*
a) Arribadas; b) Audiencia de Guatemala; c) Audiencia de México; d) Contaduría; e) Contratación; f) Escribanía; g) Indiferente General; h) Justicia; i) Mapas y Planos; j) Patronato
- Archivo General de la Nación, México.*
a) Bienes Nacionales; b) Clero Regular y Secular
- Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Yucatán, Mérida.*
a) Arreglos Parroquiales; b) Concursos a Curatos; c) Inventarios Parroquiales; d) Santas Visitas Pastorales
- Archivo de Notarías, Mérida.*
- Biblioteca "Manuel Cepeda Peraza", Mérida.*
- Biblioteca Nacional, Madrid.*
a) Noticias Sacras y Reales (Dr. Juan Díaz de la Calle MSS, 1659)
- Biblioteca Nacional, México.*
a) Archivo Franciscano
- British Library, Londres.*
MSS Add. 17569 (Inter alia, Visita del Arzobispo Padilla, 1757)
- Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.*
a) Fondo Franciscano
- Newberry Library, Chicago.*
a) Avendaño y Loyola MSS.
- Tulane University Latin American Library, Nueva Orleans.*
- Universidad Autónoma de Yucatán.*
a) Fototeca Guerra, Escuela de Ciencias Antropológicas.
- Album necrológico de Mérida.* Mérida: 1873.
- Album yucateco. Aguinaldo de la "Lotería del Estado de Yucatán" y de la Lotería del Ferrocarril de Mérida a Progreso.* Bergamo (Italia):1901.
- Alcocer Pérez, Fulgencio. *Valladolid. Su vida de ayer y hoy.* Mérida: 1960.
- "Algunas noticias sobre el convento de San Francisco", *Repertorio yucateco*, I (1845), 310-315.
- Altman, Ida y J. Lockhart, eds. *Provinces of Early México.* Los Angeles: 1976.
- Alvarado, Salvador. *Mi actuación revolucionaria en Yucatán.* México: 1918.
- Alvarez Suaréz, Francisco. *Anales históricos de Campeche*, 2 tomos. Mérida, 1977.
- Ancona, Eligio. *Historia de Yucatán desde la época mas remota hasta nuestros días*, 5 tomos. Mérida: 1978.
- Ancona Mena, Raúl. "Arquitectura civil en Mérida colonial", *Cuadernos de Arquitectura de Yucatán* (Noviembre, 1987): 30-42.
- Andrews, Anthony P. "Historical Archaeology in Yucatan: A Preliminary Framework", *Historical Archaeology* 15 (1981) 1:1-18.
- _____ "The Political Geography of the Sixteenth Century Yucatan Maya: Comments and Revisions", *Journal of Anthropological Research* 40 (1984) 4:589-596.
- Angulo Iñiguez, Pedro. *Las catedrales mejicanas del siglo XVI.* Madrid: 1943.
- _____ E. Marco Dorta y Mario Buschiazzo, *Historia del arte hispanoamericano*, 2 tomos. Barcelona: 1945-50.
- _____ *Planos de monumentos arquitectónicos de América y Filipinas existentes en el Archivo General de Indias*, 4 tomos y atlas. Sevilla: 1933-39.
- Antología de la historia de Yucatán.* México: 1951.
- Arrigunaga Peón, Joaquín de. *History of the Montejo House. The Oldest Private Mansion in America.* Mérida: 1967.
- Artigas, Juan Benito. *Capillas abiertas aisladas de México.* México: 1982.
- _____ *Índice-resumen alfabético y cronológico del archivo general de la Arquidiócesis de Yucatán.* Mérida: 1965.
- Avila Alvarez, Fernando María. *Guía de la Catedral de Mérida.* Mérida: 1979.
- Ayeta, fray Francisco. *Ultimo recurso de la provincia de San Joseph de Yucathán, destierro de tinieblas en que ha estado sepultada su inocencia y confundidos sus méritos.* Madrid: 1694.
- Baird, Joseph A. "Style in 18th Century México", *Journal of Inter-American Studies and World Affairs* 1(1959)3:261-275.
- Baqueiro, Serapio. *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán desde el año 1840 hasta 1864.* 2 tomos. Mérida: 1878-79.
- _____ *Historia del antiguo Seminario Conciliar de San Ildefonso.* Mérida: 1894.
- _____ "Las ruinas de un convento", *La guirnalda*, I (1861), 56-57.
- Baqueiro Anduze, Oswaldo. *La ciudad heroica: historia de Valladolid.* Mérida: 1943.
- _____ *Geografía sentimental de Mérida: las piedras que hablan,* Mérida: 1937.
- Barabas, Alicia. "Profetismo, milenarismo y mesianismo en las insurrecciones mayas de Yucatán", *Cuadernos de los Centros Regionales.* I.N.A.H.: 4.
- Barbachano, Manuel. *Medallones vie-*

- jos. *Vida usos y hábitos de Yucatán al mediar el siglo XIX*. Mérida: 1951.
- Barrera Vázquez, Alfredo y S. Morley. *The Maya Chronicles*. Washington: 1949.
- Barrera Vázquez, Alfredo. *Códice de Calkiní. Cantares de Dzitbalché*. Mérida: 1984.
- _____. *El libro de los libros de Chilam Balam*. México: 1969.
- _____. *Estado en que se encuentra el Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán: informe de su actual Director Prof. Alfredo Barrera Vázquez al Ejecutivo del Estado*. Mérida: 1937.
- _____. *Estudios lingüísticos*. Obras completas, tomo I y II, 2 tomos. Mérida: 1981.
- _____. "Mani", *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, 6 (1978) 33:32-39.
- Bartolomé, Miguel Alberto. *La iglesia maya de Quintana Roo*. México: 1974.
- Bartolomé, M. A. y Alicia M. Barabas. *La resistencia maya. Relaciones interétnicas en el oriente de la península de Yucatán*. México: 1981.
- Baxter, Sylvester. *La arquitectura hispano-colonial en México*. Intro. y notas de M. Toussaint. México: 1943.
- Benavides Castillo, A. y A. P. Andrews. *Ecab: poblado y provincia del siglo XVI en Yucatán*. México: 1979.
- Boccaro, Michel. "Mythe et pratique social. Le cheval qui sauta le cenote", *Journal de la Société des Américanistes* LXIX (1983):29-43.
- Bolio, Edmundo. *Diccionario histórico, geográfico y biográfico de Yucatán*. México: 1944.
- Bretos, Miguel A. *Arquitectura y arte sacro en Yucatán*. Mérida: 1987.
- _____. "Capillas de indios yucatecas del siglo XVI: Notas sobre un complejo formal", *Cuadernos de Arquitectura de Yucatán*, (Noviembre, 1987): 1-12.
- _____. "The Franciscan Porch-façades of Sixteenth Century Yucatán", *Research Center for the Arts and Humanities Review* 6, no. 1 (1983):1-6.
- _____. Fray Juan de Mérida y los portales franciscanos de Yucatán, "*Revista de la Universidad de Yucatán*".
- _____. "Índices de inventarios parroquiales conservados en el archivo de la Arquidiócesis en Mérida", *Revista de la Universidad de Yucatán* 19(1977)114:65-71.
- _____. "La obra artística de Benito Ferráez: la platería en Yucatán en el siglo XVII", *Revista de la Universidad de Yucatán* (1984):145-154.
- _____. "Yucatán: Franciscan Architecture and the Spiritual Conquest", en Francisco Morales, O.F.M., ed., *Franciscan Presence in the Americas*. Washington: 1981, 393-420.
- Bricker, Victoria R. "The Caste War of Yucatán: The History of a Myth and the Myth of History", in *Anthropology and History in Yucatán*, edited by Grant D. Jones, 251-258. Austin: 1977.
- _____. *The Indian Christ, the Indian King. The Historical Substrate of Maya Myth and Ritual*. Austin: 1984.
- Brinton, Daniel G. *El folklore de Yucatán*, ed. Alfredo Barrera Vázquez. Mérida: 1976.
- Calendario de Espinoza*. Mérida: 1850-1941.
- Cámara Zavala, Gonzalo. *Catálogo histórico de Mérida*. Mérida: 1950.
- Canedo, fray Lino G. "Fray Lorenzo de Bienvenida y los orígenes de las misiones de Yucatán, 1537-1564", *Revista de la Universidad de Yucatán* 18, no. 108 (1976):46-68.
- Cantón Rosado, Francisco. "La beneficencia pública en Yucatán durante la época colonial", *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia* 14 (1938): 495-504.
- _____. "La catedral de Mérida en 1942." *Yikal Maya Than*. III:352.
- Cárdenas Valencia, Francisco de. *Relación histórica eclesiástica de la provincia de Yucatán en la Nueva España escrita en el año de 1639*. México: 1937.
- Carrasco Gaete, Ricardo. "Ecclesiastic Architecture of Sixteenth Century México". Tesis, Universidad de Nueva Gales del Sur, Sydney, 1984.
- Carrillo y Ancona, Crescencio. *Biografía del ilmo. y rvdmo. Dr. D. fray Luis Cifuentes de Sotomayor, Obispo de Yucatán*. Mérida:1908.
- _____. *La civilización yucateca, o el culto de la Virgen María en Yucatán*. Mérida: 1949.
- _____. "El 19 de enero en Mérida de Yucatán", *Repertorio pintoresco*, I (1863), 534-538.
- _____. *Estudio histórico sobre la raza indígena en Yucatán*. Veracruz: 1865.
- _____. *El Obispado de Yucatán, historia de su fundación y de sus Obispos*, 4 tomos. Mérida: 1979.
- _____. *El santuario de la aldea. La lámpara de tres siglos*. Mérida: 1886.
- _____. *Vida del V. P. fray Manuel Martínez, célebre franciscano yucateco, o sea, estudio histórico sobre la extinción de la orden franciscana en Yucatán y sus consecuencias*. Mérida: 1883.
- Carrillo y Gariel, Abelardo. *Técnica de la pintura en la Nueva España*. México: 1946.
- Cartas de Indias*. Madrid: 1877
- Castellanos, Francisco Xavier. *La intendencia de Yucatán y Belize*. México: 1962.
- Castillo Leonard, Gerónimo del. *Diccionario histórico, biográfico y monumental de Mérida*. Tomo I. Mérida: 1866.
- Cervantes, Ignacio A. *Bosquejo del desarrollo de la ciudad de Mérida*. México: 1945.
- Cirerol Sansores, Manuel. *La casa del coronel don Pablo Antonio González*. Mérida: 1943.
- _____. *La portada del matadero viejo*. Mérida: 1943.
- _____. *El pórtico del palacio municipal*. Mérida: 1949.
- Ciudad Real, fray Antonio de. *Relación de las cosas que sucedieron a...fray Alonso Ponce [1588]*, en *Colección de Documentos Inéditos para la historia de España*, tomos 57-58. Madrid: 1872.

- _____. *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España...* ed. Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras, 2 tomos. México: 1976.
- Civeira Taboada, Miguel. *Tekax: cuna e inspiración de Ricardo Palmerín*. Mérida: Colección Yucatán, 1974.
- _____. *Yucatán visto por fray Alonso Ponce y Vocabulario de palabras mayas... por Domingo Martínez Paredes*. Mérida: 1977.
- Clendinnen, Inga. *Ambivalent Conquests. Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570*. Cambridge: 1987.
- _____. "Landscape and World View: The Survival of Yucatec Maya Culture Under Spanish Conquest", *Comparative Studies in Society and History* 22(1980)3:374-393.
- Cline, Howard F. "A Census of the Relaciones Geográficas of New Spain, 1579-1612," *Handbook of Middle American Indians* 12 (1972):183-242.
- _____. "Civil Congregation of the Indians of New Spain, 1598-1606," *Hispanic American Historical Review* 29 (1949): 349-369.
- _____. "The Henequén Episode in Yucatán, 1830-1890," *Inter-American Economic Affairs* 2 (1948): 30-51.
- _____. "The Sugar Episode in Yucatán, 1815-1850," *Inter-American Economic Affairs* 1 (1947-48):79-100.
- Cogolludo, fray Diego López de. *Los tres siglos de la dominación española en Yucatán, o sea historia de esta provincia*. 2 tomos Graz: 1971.
- Collins, Anne C. "The Maestros Cantores in Yucatán", in *Anthropology and History in Yucatán*, ed. Grant D. Jones, 233-247. Austin: 1977.
- Cook, Lieutenant. *Remarks on a Passage from the River Balise, in the Bay of Honduras, to Mérida, the Capital of the Province of Yucatan, in the Spanish West Indies*. London: 1769.
- Cook, Sherburne, and Woodrow W. Borah. *Essays in Population History: México and the Caribbean*, 3 tomos. Berkeley: 1972-1979.
- Craine, Eugene R. and R. C. Reindorp, eds. *The Codex Perez and the Book of Chilam Balam of Maní*. Norman: 1979.
- Cuervo Avilés, Sergio, et al. *Mérida, ciudad colonial*. Mérida: 1977.
- Chamberlain, Robert S. *La conquista y colonización de Yucatán, 1517-1550*. México.
- Chardon, Roland. "The Ellusive Spanish League: A Problem of Measurement in Sixteenth-Century New Spain", *Hispanic American Historical Review* 60 (1980)2:294-302.
- Charnay, Desirée. *Viaje a Yucatán a fines de 1886*. Mérida: 1978.
- Chico Ponce de León, Pablo. "Notas para el estudio de la iconografía franciscana en Yucatán", *Cuadernos de Arquitectura de Yucatán* (Noviembre, 1987):13-29.
- Chumayel. Libro de Chilam Balam de, publicado como *Heaven Born Mérida and Its Destiny. The Book of Chilam Balam of Chumayel*, tr. y ed. Munro S. Edmonson. Austin: 1986.
- Dame, Lawrence. *Yucatan*. Nueva York: 1941.
- Díaz, Marco y F. M. Avila Alvarez. *Monografías de arte sacro, 13: Catedral de Mérida*. México: 1983.
- Domínguez, Norberto, Pbro., "Los templos de Yucatán", *La guirnalda*, I (1861), 83-84.
- Dumond, D. E. "Independent Maya of the Late Nineteenth Century: Chiefdoms and Power Politics", in *Anthropology and History in Yucatán*, ed. Grant D. Jones, 103-138. Austin:1977.
- Echánove Trujillo, Carlos A. *Enciclopedia Yucatanense*, 9 tomos. Mérida: 1977 (2a. edition.)
- _____. *Yucatán: Mérida-Izamal-Progreso. Español-English. Guía de visitantes artística y práctica. A practical and informative guide for visitors*. México: 1947.
- Escalona Ramos, Alberto. "Algunas construcciones de tipo colonial en Quintana Roo", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 3 (1943) 10: 17-40.
- Escoffié, Carlos P. *Mérida viejo*. Mérida: 1932.
- Eugenio Martínez, María Angeles. *La defensa de Tabasco, 1600-1717*. Sevilla: 1971.
- Fancourt, C. *History of Yucatán From its Discovery to the Close of the Seventeenth Century*. London: 1854.
- Fallon, Michael J. "El archivo de la Secretaría del Arzobispado —calle 58 num. 501, altos— Mérida, Yucatán, México". *The Americas* 33 (1976): 149-184.
- _____. "The Secular Clergy of the Diocese of Yucatán, 1750-1800." Tesis doctoral, Catholic University of America.
- Farriss, Nancy M. *Maya Society Under Colonial Rule. The Collective Enterprise of Survival*. Princeton: 1984.
- _____. "Nucleation versus Dispersal: The Dynamics of Population Movement in Colonial Yucatán", *Hispanic American Historical Review* 58 (1978):187-216.
- Fernández, Justino. *Catálogo de construcciones religiosas del estado de Yucatán*, 2 tomos. México, 1945.
- Ferrer de Mendiola, Gabriel. *Izamal: monografía histórica*. Mérida: 1940.
- _____. *Nuestra ciudad: Mérida de Yucatán*. México: 1938.
- Las florecillas de San Francisco*. Versión castellana y prologo de Federico Muelas. [Barcelona]: 1969.
- Florencia, fray Francisco de. *Zodiaco mariano*, ed. Juan Antonio de Oviedo. México: 1755.
- Folan, William J. "The open chapel of Dzibilchaltún, Yucatán", *Middle American Research Institute*, Publ. 26, pt. 9. Nueva Orleans:1970.
- Gann, Thomas. *In an Unknown Land*. Nueva York: 1924.
- _____. *Maya Cities*. Londres: 1927.
- García Bernal, Manuela Cristina. "Indios y encomenderos en el Yucatán colonial. Evolución, demografía y relaciones interraciales", *R.U.D.Y.* 20(1978)116:16-38.
- _____. "Los servicios personales en Yucatán durante el siglo XVI", *R.U.D.Y.* XIX(1977)110:7-20.
- _____. *La sociedad de Yucatán, 1700-1750*. Sevilla: 1972.

- _____ "La visita de fray Luis de Cifuentes, Obispo de Yucatán", *Anuario de Estudios Americanos* 29 (1972):229-260.
- _____ *Yucatán. Población y encomienda bajo los Austrias*. Sevilla: 1978.
- García Preciat, José. "La catedral de Mérida", *Archivo español de arte y arqueología*, II (1935), 73-93.
- _____ "Historia de la Arquitectura", en *Enciclopedia Yucatanense*, 8 tomos. IV, 409-559, Mérida: 1944-47.
- Gerhard, Peter. *The Southeast Frontier of New Spain*. Princeton: 1979.
- González Cicero, Stella M. *Perspectiva religiosa en Yucatán, 1515-1571*. México:1978.
- González Navarro, Moisés. *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*. México: 1970.
- Goslinga, Cornelis Ch. *Templos doctrineros neogranadinos*. Cali, [Colombia]: s.f.
- La guirnalda*. (Revista). Mérida: 1861-?.
- Habig, Marion. "The Franciscan Provinces of Spanish North America", *The Americas* I (1944-45) 330-33.
- Hansen, Asael T., y Juan R. Bastarrachea M., *Mérida: su transformación de capital colonial a naciente metrópoli en 1935*. Mérida 1984.
- Haviland, William A. "Rules of Descent in Sixteenth-Century Yucatán", *Estudios de Cultura Náhuatl* 9 (1973): 135-150.
- Hernández Fajardo, José. *Apuntes biográficos del Capitán D. Francisco de Montejo el sobrino, fundador de Valladolid*. Mérida: 1942.
- Hijuelos F., Fausto A. *Mérida antigua y moderna*. Mérida: 1946.
- _____ *Mérida. Monografía*. México, 1942.
- Huerta, María Teresa, and Patricia Palacios, eds. *Rebeliones indígenas de la época colonial*. México: 1976
- Hunt, Marta Espejo-Ponce. "Colonial Yucatán: Town and Region in the Seventeenth Century". Tesis doctoral, U.C.L.A., 1974.
- _____ "Processes of the Development of Yucatán, 1600-1700." In *Provinces of Early México*, ed. Ida Altman y James Lockhart, 33-62. Los Angeles: 1976.
- Jiménez Rueda, Julio. *Herejías y supersticiones de la Nueva España*. México: 1946.
- Jones, Grant D. *Anthropology and History in Yucatán*. Austin:1978.
- _____ "The Last Maya Frontiers of Colonial Yucatán", in *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica*, ed. Murdo J. MacLeod y Robert Wasserstrom. Lincoln: 1983
- _____ "Revolution and Continuity in Santa Cruz Society", *American Ethnologist* 1(1974):659-683.
- Koch, F. J. "Extra-curious street market in Yucatán", *American City* 37 (1927): 801-09.
- Kubler, George. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México:1983.
- _____ "On the Extinction of the Motifs of Pre-Columbian Art", en *Essays in Pre-Columbian Art and Archaeology*, ed. Samuel K. Lothrop, et. al., 14-34. Cambridge: 1961.
- _____ "Two Modes of Franciscan Architecture: New México and California", *Gazette des Beaux-Arts* 6 (1943) 23:39-48.
- Lafontaine-Dosogne, Jacqueline. *Iconographie de l'enfance de la Vierge dans l'empire Byzantin et en Occident*. 2 t. Bruselas: 1965.
- Landa, Diego de. *Landa's Relación de las cosas de Yucatán*. tr. y ed. Alfred M. Tozzer. Cambridge: 1941.
- _____ *Relación de las cosas de Yucatán*. Mérida: 1983.
- Lanz, Manuel A. *Compendio de historia de Campeche*. Campeche: 1905.
- Lizana, fray Bernardo de, *Historia de Yucatán. Devocionario de Nuestra Señora de Izamal y Conquista Espiritual (1633)*. México: 1893.
- Llaguno y Amírola, Eugenio. *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración*. Madrid: 1829.
- Manrique, Jorge A., "La estampa como fuente del arte en la Nueva España", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas-U.N.A.M.* 50 (1982) 1: 55-60.
- Marco Dorta, Enrique. *Fuentes para la historia del arte hispanoamericano: Estudios y documentos*. Sevilla: 1951.
- _____ "La iglesia-fortaleza de Campeche", *Anuario de Estudios Americanos* 33 (1960) 129:84-88.
- Mariscal, Federico E. *Estudio arquitectónico de las ruinas mayas. Yucatán y Campeche*. México: 1928.
- Márquez Morfín, Lourdes, y Norberto González Crespo. *Las momias de la iglesia de Santa Elena, Yucatán*. Estudio antropológico. México: 1985.
- Martínez Alomía, Gustavo. *Historiadores de Yucatán*. Campeche: 1906.
- Martínez Hernández, Juan, ed. *Crónica de Yaxukul*. Mérida: 1926.
- McAndrew, John. *The Open-air Churches of Sixteenth Century México: Atrios, Posas, Open chapels and Other Studies*. Cambridge, Mass: 1965.
- Means, Philip A. *History of the Spanish Conquest of Yucatán and of the Itzas*. Cambridge: 1917.
- Mendieta, fray Gerónimo de. *Historia eclesiástica indiana*. México: 1870.
- Menéndez, Carlos R. *Album yucateco*. Mérida: 1903.
- _____ *Visiones de Mérida, 1542-1942*. Mérida: 1942.
- Menéndez, Gabriel Antonio. *Quintana Roo. Album Monográfico*. México: 1936.
- "Mérida de Yucatán", *Artes de México* 169-170 (1970).
- Mesa, José de y Teresa Gisbert. "Iglesias con atrio y posas en Bolivia", *Anales de la Academia Nacional de Ciencias*, Cuaderno 1. La Paz: 1961, 1-24.
- Messmacher, Miguel. "Capilla abierta en el Camino Real de Campeche", *Boletín I.N.A.H.* (1966) 24 junio: 13-20.
- Miller, Arthur y Nancy M. Farriss. "Religious Syncretism in Colonial Yucatán: the Archaeological and Ethnohistorical Evidence from Tancah, Quintana Roo", en *Maya Archaeology and Ethnohistory*, ed. Norman

- Hammond y G. R. Wiley, 223-240. Austin: 1979.
- Millet Cámara, Luis, et. al., *Hacienda y cambio social en Yucatán*. Mérida: 1984.
- Mills, Lawrence. *A Guide to the Colonial Architecture of Mérida, Yucatán*. Pella, Iowa: 1979.
- Molina Hübbe, Ricardo. *Las hambres de Yucatán*. México: 1941.
- Molina Solís, Juan Francisco. *Historia de Yucatán durante la dominación española*. 3 tomos. Mérida: 1904-1913.
- Montejo Baqueiro, Francico D. *Mérida en los años veintes*. Mérida: 1981.
- Morales, fray Francisco. *Ethnic and social Background of the Franciscan Friars in 17th Century México*. Washington: 1973.
- Moriconi, Ubaldo A. *Da Genova ai deserti dei mayas*. Bergamo: 1902.
- Mörner, Magnus. *La corona española y los foráneos en los pueblos de indios de América*. Estocolmo: 1970.
- Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán. Mérida: 1937.
- Museo yucateco (Revista). Campeche: 1841.
- Navarro y Noriega, Fernando. *Catálogo de los curatos y misiones de la Nueva España* (1813). México: 1943.
- "Noticias curiosas sobre algunos edificios de Mérida", *Repertorio yucateco*. I (1845), 444-448; II (1845), 114-116.
- Norman, B. M. *Rambles in Yucatán Including a Visit to the Remarkable Ruins of Chi-chen, Kabah, Zayi, Uxmal, & c.*. Nueva York: 1843.
- Novelo Erosa, Paulino. *Estudio sobre el convento de San Francisco y la Ciudadela*. Mérida: 1950.
- Nuttall, Zelia. "Royal Ordinances for the Laying Out of Towns", *H.A.H.R.* 4 (1921): 743-753.
- Orscelar, fray Marianus de. *Gloriosus Franciscus Redivivus Sive Chronica Observantiae Strictoris, Reparatae, Reductae, ac Reformatae*. Ingolstadt: 1625.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de. *Historia natural y moral de las Indias*. 4 tomos. Madrid: 1851-55.
- "Papeles relativos a la visita del oidor Diego García de Palacio", *Boletín del Archivo General de la Nación* 11 (1940): 385-483.
- Patch, Robert. "A Colonial Regime: Maya and Spaniard in Yucatán", Tesis doctoral, Princeton, 1979.
- _____ "La formación de estancias y haciendas en Yucatán durante la colonia", *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán* 4 (1976): 21-61.
- Patrón Peniche, Prudencio. *Espita. Su historia desde la época mas remota*. Mérida: 1959.
- Pérez Galaz, Juan de Dios. *Espita. Yuc. Ensayo histórico-geográfico*. México: 1946.
- Piña Chán, Román. *Campeche en el período colonial*. México: 1977.
- Porter, Eliot y Ellen Auerbach. *Mexican Churches*. Albuquerque: 1987
- Quintal Marín, Fidelio. "Mérida y su palacio municipal", *Historia Mexicana* V (1961).
- Recopilación de las leyes de los reynos de las Indias*. 4 tomos. Madrid: 1681.
- Redfield, Robert. *The Folk Culture of Yucatán*. Chicago: 1941.
- Reed, Nelson. *The Caste War of Yucatán*. Stanford: 1964.
- Relaciones de Yucatán, en Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de Ultramar*, tomos 11 y 13. Madrid: 1898-1900.
- El Repertorio Pintoresco o miscelánea instructiva y amena consagrada a la religión, la historia del país, la filosofía, la industria y las bellas artes*. (Revista) Mérida: 1863.
- La Revista de Mérida. Periódico de literatura y variedades*. (Revista) Mérida: 1869.
- Reyes Valerio, Constantino. *Arte indocristiano. Escultura del siglo XVI*. México: 1978.
- Ricard, Robert. *The spiritual conquest of México*. Berkeley: 1966.
- Ríos, Eduardo Enrique. "La rebelión de Canek, Yucatán, 1761", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* 54 (1940): 483-495.
- Rivero, Juan. *La fiesta de Tizimín*. Mérida: 1976.
- Rivero Figueroa, José D., "Un pórtico: monumento histórico", *La guirnalda*, I (1861) 141-142.
- Robinson, David J y Carolyn G. McGovern. "La migración regional yucateca en la época colonial: el caso de San Francisco Umán", *Historia Mexicana* 30 (1980): 99-125.
- Rodríguez G. de Ceballos, Alonso. "Entre el manierismo y el barroco: iglesias españolas de planta ovalada", *Goya* (1983) 177:98-107.
- Romero de Terreros, Manuel. *Antiguas haciendas de México*. México: 1956.
- Roys, Lawrence. *The Engineering Knowledge of the Maya*. Washington: 1934.
- Roys, Ralph. "Census and Inspection of the Town of Pencuyut, Yucatán, in 1583 by Diego García de Palacio, oidor of the Audiencia of Guatemala", *Ethnohistory* 6 (1959): 195-225.
- _____ *Conquest Sites and the Subsequent Destruction of Maya Sites in the Interior of Yucatan*. Washington: 1952.
- _____ *The Ethno-Botany of the Maya*. Nueva Orleans: 1931.
- _____ *The Indian Background of Colonial Yucatan*. Norman: 1972.
- _____ *The Political Geography of the Yucatan Maya*. Washington: 1940.
- _____ ed. *The Titles of Ebtun*. Washington: 1939.
- _____ France V. Scholes y Eleanor B. Adams. *Report and Census of the Indians of Cozumel*. Washington: 1940.
- Rubio Mañé, Jorge Ignacio. *Alcaldes de Mérida de Yucatán, 1542-1941*. México: 1941.
- _____ *Archivo de historia de Yucatán, Campeche y Tabasco*, 3 tomos. México: 1942.
- _____ *La Casa de Montejo en Mérida de Yucatán. Con un estudio de Manuel Toussaint*, México: 1941.

- _____. *Monografía de los Montejos*. Mérida: 1931.
- _____. *Los primeros vecinos de la ciudad de Mérida de Yucatán*. Mérida: 1930.
- Rújula y de Ochotorena, José de, *marqués de Ciadoncha* y Antonio del Solar y Taboada. *Francisco de Montejo y los adelantados de Yucatán*. Badajoz: 1931.
- Ruz Menéndez, Rodolfo. *Ensayos yucatanenses*. Mérida: 1976.
- _____. *Mérida. Bosquejo biográfico de una ciudad*. Mérida: 1957.
- Sánchez de Aguilar, Pedro. *Informe sobre idolorum cultores del obispado de Yucatán dirigido al rey N. S. en su Real Consejo de las Indias*. Mérida: 1937.
- Sánchez Mármol, Manuel, "San Cristóbal", *La guirnalda*, I (1861), 41-42.
- Sandoval, Judith Hancock de. "Radiografías de Yucatán. En Tabi está escondido uno de los tesoros de arte de Yucatán", *Diario de Yucatán*, nov. 10, 1980, 1B-4 y 5B-8B.
- _____. "The Virgin of Tabi", *The Americas* 32 (1980) 4:50-57.
- Scholes, France V. y Eleanor B. Adams. *Don Diego Quijada, alcalde mayor de Yucatán, 1561-1565*, 2 tomos. México: 1938.
- Scholes, France V., Carlos R. Menéndez, Jorge Ignacio Rubio Mañé y Eleanor B. Adams. *Documentos para la historia de Yucatán*, 3 tomos. Mérida: 1936-1938.
- Scholes, France V. y Ralph R. Roys. *Fray Diego de Landa and the Problem of Idolatry in Yucatan*. Washington: 1938.
- Sherman, William L. *Forced Native Labor in Sixteenth Century Central America*. Lincoln: 1979.
- Sierra O'Reilly, Justo (pseud. José Turrisa). "Lacatedral de Mérida", *Registro yucateco*, II (1845): 131-142.
- _____. "El convento de la Mejordada", *Registro yucateco*, I (1845), 39-44.
- _____. *Los indios de Yucatán*, ed. Carlos R. Menéndez, 2 tomos. Mérida: 1954-57.
- Solano y Pérez Lila, Francisco de. "La población indígena de Yucatán durante la primera mitad del siglo XVII", *Anuario de Estudios Americanos* 28 (1971): 165-200.
- Stephens, John L. and F. Catherwood. *Viajes a Yucatán*, 2 tomos, tr. Justo Sierra O'Reilly, Mérida: 1984.
- Suárez, Victor M. El convento grande de San Francisco y la ciudadela de San Benito. "Apuntaciones históricas sobre estas construcciones y sus alrededores", *Revista de Estudios Yucatecos* 2(1949): 51-72.
- Thompson, Philip C. "Tekantó in the Eighteenth Century", Tesis doctoral, Tulane University.
- Tizimín, Libro de Chilam Balam de, publicado como *The Ancient Future of the Itzá. The Book of Chilam Balam of Tizimín*, tr. y ed. Munro S. Edmonson. Austin: 1982.
- Tommasi, Leopoldo. *La ciudad de ayer, de hoy y de mañana*. México: 1951.
- Torija, Juan de. *Breve tratado de todo género de bóvedas*. Madrid: 1661.
- Toussaint, Manuel. *Arte Colonial en México*. México: 1948.
- V. C. (pseud.), "Castillo y convento", *Registro yucateco*, I (1845), 220-223.
- Valdés Acosta, J. M. *A través de las centurias*, 3 tomos. Mérida: 1931-32.
- Vargas Lugo, Elisa. "El púlpito del templo de Motul", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 37 (1968): 43-44.
- _____. *Las portadas religiosas de México*. México: 1969.
- Victoria, Jorge. "Tihosuco", Tesis de grado, Escuela de Antropología, Universidad de Yucatán.
- Vidal Rivero, Miguel. "Valladolid y su convento de San Bernardino", *R.U.D.Y.* XX (1978) 112-118:97-99.
- Villa Rojas, Alfonso. *The Maya of East Central Quintana Roo*. Washington: 1945.
- Villagutierre Sotomayor. Juan de, *Historia de la conquista de la provincia del Itzá*. Guatemala: 1933.
- Voragine, Jacques de [Jacobus de Voragine]. *La légende dorée par Jacques de Voragine, traduite du latin et précédée d'un notice historique et bibliographique*. 2 tomos. París: 1843.
- Weiss, Joaquín E. *Arquitectura colonial cubana. Siglos XVI/XVII*. La Habana: 1972.
- Waldeck, Frédéric. *Voyage pittoresque et archeologique dans la province de Yucatan... pendant les années 1834 et 1826*. París: 1838.
- Wauchope, Robert. *Maya Houses. A study of their Archaeological Significance*. Washington: 1938.
- Williams, Pita M. J. "Church and Society in Eighteenth Century Yucatán". Tesis, Universidad de Nueva Gales del Sur, Sydney, 1983.
- Yucatán. Artículos amenos acerca de su historia, leyendas, usos, costumbres, evolución social, etc., etc., por distinguidos escritores yucatecos*. Mérida: 1913.
- Yuste López, Carmen. *El comercio de Nueva España con Filipinas, 1590-1785*. México: 1984.
- Zapata, Anastasio. *Breve resumen de datos históricos tomados de varios autores que se refieren a la erección del Arzobispado y parroquias de Yucatán*. Mérida: 1935.
- Zimmermann, Charlotte. "The Cult of the Holy Cross: An Analysis of Cosmology and Catholicism in Quintana Roo", *History of Religions* 3 (1963): 50-71.

Índice

página 5

Prefacio

página 7

Yucatán: Conquista espiritual y arquitectura religiosa

página 31

La Catedral de San Ildefonso y su entorno
y el ex-convento de las concepcionistas (“Las Monjas”)

página 47

San Miguel Arcángel Maní

página 59

Mérida: el Convento Mayor o de la Asunción
y el del Tránsito de Nuestra Señora (“La Mejorada”)

página 67

San Antonio de Padua Izamal

página 77

San Bernardino de Sena Sisal

página 87

Dzibilchaltún, Uman y Calkiní:
las Capillas de Indios de Yucatán

página 97

Santa Clara de Asís Dzidzantún

página 105

San Pedro y San Pablo Teabo

página 111

La Asunción de Tabi

página 119

San Francisco Yaxcabá

página 125

San Juan Bautista Tixcaltuyub

página 131

Santa Elena (Nohcacab)

página 137

San Esteban Calotmul

página 141

Ichmul: el Santo Cristo de las Ampollas

página 147

Chan Santa Cruz Balam Na

página 153

Santa Bárbara Paraíso

página 157

Bibliografía

Este libro se terminó de imprimir en el mes de octubre
de 1992 en Litoarte, S.A. de C.V.,
San Andrés Atoto 21-A; 53519, Naucalpan, Edo. de Méx.
Se tiraron 2 000 ejemplares.